MARC PASTOR

EL HORROR DE RÉQUIEM



RUNAS

Prólogo de BIEL PERELLÓ

EL HORROR DE RÉQUIEM

(Basado en una historia real)

VÍCTOR NEGRO

ALIANZA EDITORIAL

Para Lando y Eva, cazadores de monstruos

Un exceso en la dosis de truculencias, de monstruos o de tensión dramática provoca indefectiblemente la sonrisa, la risa y hasta la burla. El terror y el humor van del brazo muy a menudo.

Chicho Ibáñez Serrador, *Historias para no dormir.*

Prólogo a la vigesimoséptima edición

por Biel Perelló

El autor y su época

¿Qué se puede decir de Víctor Negro que no se haya dicho ya?

Poca cosa, francamente.

Víctor Negro no da entrevistas, no se deja ver en público, no asiste a inauguraciones de picoteo. Nada.

No obstante, una cosa es indiscutible: Víctor Negro es el autor de algunas de las páginas más brillantes de la literatura contemporánea desde que se publicó *El año de la plaga* íntegramente en papel de aluminio.

Y también es un hecho que, siempre que nos acercamos a la figura de Víctor Negro, tarde o temprano acaba apareciendo otro nombre misterioso: Marc Pastor. ¿Quién es este otro personaje? ¿Un sosia? ¿Un *alter ego*?

Rotundamente, no tenemos ni idea.

Es probable que le revise los textos y que le pase el corrector ortográfico de Word.

Durante un tiempo se dijo que Negro escribía y Marc Pastor le hacía las gestiones editoriales, ya que su talante más abierto, la experiencia en el mundo literario, la placa de agente de la autoridad y una pistola sobre la mesa del editor agilizaban notablemente las negociaciones. En cualquier caso, no son más que rumores que no se han podido demostrar y seguramente son falsos.

La obra como aproximación a las tesis económicas de la Escuela de Chicago

Aquí es como predicar en el desierto. La falta de bibliografía sobre el tema es descorazonadora. Uno ha encontrado en *El horror de Réquiem* referencias al dinero, a la precariedad laboral, a las penurias pecuniarias. Aunque son sutiles, muy alejadas del efectismo keynesiano de *Los miserables* y del dickensiano *Oliver Twist*.

No obstante, la novela funciona perfectamente como una refutación sólida de las imbecilidades de Hayek.

Resulta extraña la ausencia de algún estudio en profundidad sobre la macroeconomía en la literatura victornegresca, ya que los economistas suelen ser personas aventureras y con una gran imaginación.

Intentamos hacer otra aproximación

En *El horror de Réquiem* la palabra «dientes» aparece once veces; «encías», cuatro; «dentadura», tres; «endodoncia», cero. La aproximación odontológica es, pues, bastante limitada.

Una aproximación a las aproximaciones

El estudio interdisciplinario de esta novela comienza a dar frutos, sobre todo en el terreno de la literatura comparada. Recientemente, una prestigiosa universidad publicó un artículo donde comparaba el libro de Víctor Negro con una maquinaria agrícola. Es una noticia excelente, aunque hemos de ser cautos: un análisis superficial demuestra que el origen del artículo era el blog outlet-for-agricultores.wordpress.com, y que su autor, erpollon2004, efectivamente estaba vinculado a una universidad: concretamente, a la Universidad Río Bravo de Lérida, que, en realidad, no era una

universidad, sino una tapadera de negocios de compraventa de material agrícola defectuoso.

En paralelo, el Ateneo Barcelonés trató de hacer un curso sobre ética estética en *El horror de Réquiem*, y se lo encargaron a un señor de Badalona insistiendo en que podía aprovechar su experiencia como vendedor en Bauhaus y que, seguro, alguna cosa podría decir de Kandinsky, Mies van der Rohe o Leroy Merlin.

Pero parémonos un momento.

Dónde están los eruditos sobre el género negro, fantástico, *sci-fi*, terror o *gore-tex*, géneros que, personalmente, también me parecen fantásticos.

¿Es que no hay un solo estudio de la obra que se sostenga mínimamente?

Pues sí que hay. Uno, exactamente[1]. Aunque parece que se escribió con displicencia, con miedo.

Mirémoslo con perspectiva, entonces. En este momento, respecto a *El horror de Réquiem*, hay dos corrientes de pensamiento opuestas:

a) Los estudiosos[2] que, en la obra, ven un conjunto armónico entre el *ethos* y el *pathos*.
b) Yo, que más bien no.

A mi parecer, el estudio académico anteriormente citado[3] requiere urgentemente una *peer review.* El autor confunde *ethos* con un futbolista camerunés y, lo que es más alarmante, solo hace referencia al *pathos* cuando habla de la limpieza de lavabos, y siempre usando la expresión «*pathos* WC».

Esta aproximación divaga y no va a la raíz del asunto. Le falta aquello que Pla llamaba «vergüenza torera».

Da la impresión de que nadie quiere acercarse a este libro. ¿Es un prejuicio sobre el género? No y mil veces no. Esta es una obra que entronca con la tradición del género fantástico de este país: Manuel

de Pedrolo, Joan Perucho o Borja de Riquer, sin olvidar los columnistas de opinión de los diarios digitales.

¿Por qué, entonces, hay tan pocos estudios solventes alrededor de esta obra, y más teniendo en cuenta el elevado número de especialistas en literatura de género y el entusiasmo que genera entre los letraheridos?

La obra como aproximación a una muerte prematura y violenta

Puede ser que la explicación más prosaica sea que zambullirse en las páginas de *El horror de Réquiem* es un deporte de riesgo, nada recomendable para los frágiles de espíritu, y es que parece como si algún tipo de desgracia cayese sobre el que se acerca a la obra de Negro.

La gente que ha intentado editar o estudiar sus novelas tiene tendencia a sufrir algunos contratiempos.

Al prologuista de la edición andorrana lo encontraron con un tiro en la cabeza dentro de un Cadillac rosa; al editor italiano, muerto y abandonado en un contenedor de basura; al puertorriqueño, colgado de un gancho en un camión frigorífico, y al islandés le cerraron una semana la cuenta de Twitter.

Es por eso por lo que los especialistas que se aproximan a la obra negresca (o afroamericana, como prefiere denominarla la escuela postmodernista[4]) lo hacen con cierta cautela paranoide, que es parte fundamental de cualquier estudio literario riguroso.

Y es esta contrariedad la que ha dejado fuera del terreno de juego a aquellos eruditos más acomodados, más temerosos, con una familia que proteger, y ha abierto paso a un abanico de emprendedores con los trasfondos más diversos, a menudo con pocos escrúpulos, que ven en el negocio editorial una oportunidad de enriquecerse rápidamente, lo que atrae oportunistas de disciplinas heterodoxas y, con frecuencia, alejadas de la literatura,

con resultados desiguales, como ha quedado demostrado con el engaño de la maquinaria agrícola y la puta mierda de charla del Ateneo.

Pero hay voluntad, y eso es importante. No hace falta más que rigor y no imaginar conspiraciones delirantes allá donde solo ha habido una serie de asesinatos horribles que parece que tienen una relación macabra con este libro.

Yo también soy un recién llegado al mundo afronegresco. Fue una mezcla de curiosidad y de desesperación absoluta lo que me acercó a la novela.

Aproximémonos de una vez sin miedo ni esperanza

¿Qué se puede decir de *El horror del Réquiem* que no se haya dicho ya?

La primera palabra que a uno le viene a la cabeza al acabar la novela es, sin duda, **merkwürdigliebestraum,** que podría traducirse como «Fua, tío, qué pasote».

¿Es esta una novela de autoficción? No. ¿Es esta una novela sobre alguien joven que se va de Barcelona para reencontrar las raíces y el habla local del pueblo de sus abuelos? A duras penas.

¿Es una novela de terror? Sí. ¿Hace reír? Por descontado.

Según el difunto catedrático peruano Leopoldo Torresaguado, de la Universidad Católica del Cristo en Zapatillas, el final de la novela deja al lector con «una sonrisa y mal rollete». Y no puedo más que darle la razón.

En cambio, de la publicación en alemán del malogrado profesor Frugenbach, de la Facultad de Lingüística de la Universidad de Potsdam simplemente discrepo, aunque quizás solo de la traducción de Google Translate.

En cualquier caso: ¿de qué trata *El horror de Réquiem*?

De muchas cosas, como todos los clásicos. Los clásicos resisten bien el paso del tiempo, y *El horror de Réquiem* no es la excepción. Es cierto que, de tanto en tanto, será necesario actualizar los

modelos de teléfonos que usan los personajes, aunque, aparte de eso, tiene aquello que distingue a los clásicos del resto de obras: que la peripecia del protagonista provoca en el lector un efecto emocional purificador (Κάθαρσις) que nos acerca a la serenidad y a la imperturbabilidad (ἀταραξία), y una portada guapa.

Para no aguarle la fiesta al lector neófito diremos que en la novela hay un personaje que podríamos definir como el protagonista. Y que le pasan cosas. *Grosso modo.*

El esquema es clásico y muy claro. La vida monótona del personaje protagonista da un giro de 365 grados a babor al encontrar un objeto con muy mala pinta, que es el detonante de la historia (en otras palabras: una περιπέτεια *comme il faut*).

Entonces, el autor coge al lector por las solapas y lo invita a un viaje iconoclasta, a la *follie à trois* de una Santísima Trinidad de fracasados que sospecha que no tiene nada que perder; gran error, porque en el peor momento verá que sí que queda alguna cosa que perder y la defenderá caiga quien caiga.

Es el prototípico descubrimiento crucial del protagonista (una ἀναγνώρισις de tres pares de cojones).

Los lectores de Lovecraft encontrarán reminiscencias cthuloidianas, incluso cthulescas o, al menos, el regusto de Gozer el Gozeriano.

A partir de aquí, y siguiendo el canon aristotélico, habrá μελοποιΐα y lluvia dorada. Habrá tensión sexual no resuelta con un tentáculo monstruoso, números musicales, viajes organizados, funcionarios desmotivados («¡El horror! ¡El horror!») y un encargado del museo de cera hipermotivado, lloros, personajes metaliterarios, incendios a *tout-i-plein* y un montón de notas a pie de página, como si el autor se hubiera tomado en serio las palabras de Nöel Coward[5], y sin complejos, hace de la novela un viaje constante escaleras arriba y abajo, de la carcajada al miedo.

Un planteamiento prácticamente novecentista, vaya.

En manos de un escritor más perezoso, como Dostoievski, el relato podría haber acabado con un *Deus ex machina* o un ***Donec***

perficiam y aquí *pax et gloria a posteriori*. Pero no. El autor hace un auténtico *tour de France* y acaba otorgando al lector la última palabra, y deja que sea él el responsable del destino del mundo; le pasa, en definitiva, eso que en términos filosóficos se llama un marronazo del quince.

Y ahora sí, es el momento de sentarse en la butaca, con una copa de coñac de medio litro al lado, de encender un buen puro y de comenzar a leer *El horror de Réquiem.* Ir leyendo hasta que se te cierren los ojos y comiences a tener pesadillas que no te pertenecen, mientras el puro se te resbala de los dedos y cae al lado de esa cortina que tiene toda la pinta de ser muy inflamable.

Sobre esta edición

Del manuscrito original entero, si es que tal cosa existió, solo nos han llegado fragmentos inservibles. Negro lo quemó para prepararse una infusión de eucalipto.

El grueso de esta edición se basa en la única versión presuntamente íntegra que se conserva: una copia en ruso de una traducción al francés. Como fuentes secundarias hemos usado el borrador que Negro colgó de geocities.com hacia el año 2001 y dos cintas de casete TDK de 90 minutos donde el autor interpreta los diálogos de la novela con voz de ardilla castrada.

La fuente (perdida ya) de Geocities la llamaremos versión Δ; a la versión TDK la llamaremos μ; por coherencia y para simplificar, la versión del manuscrito en ruso se llamará Љ.

Por el camino nos hemos encontrado algunos escollos: hemos tenido que correlacionar μ con Љ guiándonos por Δ y eliminar todo Љ que no μ o que contradijera Δ, siempre que Δ-1 > μ o, en caso de duda, Љmc=E.

Y también hemos tenido que aprender ruso.

Esperamos que los eruditos saquen provecho del esfuerzo.

Cabe decir que el afortunado hallazgo reciente de la copia íntegra en ruso en una zapatería de San Petersburgo ha sido el detonante de esta edición, que podríamos calificar de canónica-def-OK[6].

---

[1] *Cosas que dan yuyu*, Enric Juliana, Publicaciones de la Abadía de Montserrat, 2016.

[2] Ídem.

[3] *Ibidem*.

[4] *Ibidem one more time*.

[5] «Tener que leer notas a pie de página es como tener que bajar a ver quién ha llamado a la puerta mientras haces el amor».

[6] Desgraciadamente, todas las referencias a Δ, μ y Љ se extraviaron justo antes de que el libro entrase en imprenta y, de todas maneras, resultaron irrelevantes y mayoritariamente erróneas cuando el autor entregó el manuscrito original que el prologuista daba por perdido.



LA MANSIÓN SANTES CREUS

Aaah, mmm, yes, yes, wgah'nagl fhstagn!

Greta Von Pussy, *Kiss My Edelweiss*

1
El anillo dentro del cadáver

Antes que nada, tenemos que encontrar un protagonista.

En esta sala de autopsias pasteurizada y liofilizada no faltan candidatos, impoluta, como de revista de interiorismo (sin las páginas de publicidad entre foto y foto), iluminada como un plató de televisión (sin las horas de publicidad entre programa y programa), atestada como un festival de música en verano (sin la omnipresencia de la publicidad entre canción y canción).

Si esta historia fuera una fábula moral o una película de Disney —a menudo inseparables—, comenzaríamos introduciéndonos en los ojos de un roedor que observa los extraños comportamientos humanos desde el agujero que hay en el rodapié de aquella esquina, oculto por un contenedor de residuos orgánicos. El ratón olfatearía la carne en descomposición, que le abriría el apetito y lo empujaría a arriesgarse a trepar hasta los cuerpos, esquivando miradas indiscretas, hasta encontrar un cadáver no demasiado frío aún donde poder cobijarse y, en definitiva, darse un buen festín.

Pero, como ya hemos dicho, la sala está limpia y no hay ratones. Ni siquiera cucarachas. Ningún rastro de comensales *post mortem,* ni de larvas de *Sarcophagidae* que ayer saltaron apalomitadas del interior de la bolsa de un podrido cuando abrieron la cremallera, como reos liberados después de que un terremoto agrietara los muros de la prisión.

Descartada la *ratatotuille* de ultratumba, la otra opción son los cadáveres, que siempre que siempre gustan. Tener una historia explicada por un finado viste mucho y le da un aire de trascendencia impostada, de relativizarlo todo, de reírse del muerto y del que lo

vela y toda la pesca (literalmente, en este caso). También te permite hacer algunos trapicheos a la hora de dosificar la información porque parece que, cojones, alguien que ha muerto debería tener manga ancha. Un muerto es, por naturaleza, un narrador poco fiable. Desconfía de cualquier difunto que te intente explicar una historia: o te quiere vender la moto o te quiere dar la chapa. Los muertos pasan demasiadas horas solos y, cuando enganchan a alguien que los escucha, no lo dejan de ninguna de las maneras. Un *poltergeist* no es más que una pataleta ultraterrenal por necesidad de atención que se va de las manos. Por eso, no conviene tampoco que el protagonista sea un muerto. Son egocéntricos y tienen poca capacidad de concentración. Acaban hablando de ellos, de su vida, de cómo murieron, y se olvidan de la historia principal. Son cuentacuentos posmodernos, incapaces de explicar nada con el clásico inicio, nudo y desenlace[7], y se desvían y encuentran la manera de llorarte sus desgracias, de rellenarte la historia con pies de página que se convierten en auténticos purgatorios.

No quieres que un muerto te explique nada.

¿Conoces algún médium que no tenga cara de amargado? Ahora ya sabes el motivo.

Nos quedan los humanos vivos, que tienen una larga tradición en eso de ser los protagonistas de las novelas. Aquí también hay de todo tipo, claro. Hace falta elegir uno interesante. Alguien con quien tú, lector, sientas una cierta familiaridad. Alguien que te acabe importando tanto que quieras seguir leyendo. Alguien que te despierte empatía. Alguien que sepa conducir bien la historia, no como aquel tío que siempre comenzaba por el final, reía sacudiendo la papada y después la retomaba desde un inicio incierto, soso, sin gracia ni tensión. Alguien que tenga algo que decir, y eso tampoco es fácil. No son pocas las novelas que han acabado rotas en la papelera de un editor porque el protagonista era un insulso, alguien sin ningún tipo de interés, normalmente reflejo fiel del escritor, un autor tan flojo que es incapaz de imaginar nada más allá de la propia monotonía existencial.

La mala suerte hace que en este mismo momento, en la sala, solo esté Réquiem.

Sin ánimo de ofender, Réquiem no es precisamente en quien habíamos pensado como protagonista.

Esperábamos al doctor Broch, el médico de larguísima trayectoria, el último de un linaje de forenses que revuelven vísceras como quien mezcla las fichas del dominó, caliqueño en los labios y carajillo sobre la mesa. Con su experiencia, su visión fría y profesional, su cartesianismo científico, toda la narración queda bien ordenada, limpia, de trazo nítido, con impecable orden maoísta. Coleccionista de cámaras fotográficas, el doctor Broch puede pasarse horas corrigiendo los niveles y la saturación de las fotografías, etiquetándolas, rellenando manualmente los metadatos (es una de las trescientas veintiséis personas alrededor del mundo que lo hacen), comparándolas para encontrar patrones y uniéndolas en mosaicos para crear composiciones artísticas (como aquel retrato de la Madre de Dragones hecho a partir de instantáneas de riñones, la joya de la corona de su colección).

August Broch ha salido un momento a buscar una batería de recambio de la Leica.

Sara es una de las técnicas. Ojos de princesa árabe y voz de piloto de helicópteros canadiense. Es intuitiva, despierta, mordaz, astuta y carismática. Lo tiene todo para capitanear la historia con mano firme y una voz muy personal. Además, vive sola, lo que nos ahorra subtramas dramáticas sobre desengaños amorosos o padres enfermos. Sara está libre de compromisos y no tiene intención de adquirir ninguno en las próximas páginas. Salvo el compromiso urinario que tiene que cumplir ahora mismo con su vejiga y que la tiene apartada en esta escena.

Con Julio no contéis, que ha salido a fumar.

Deberíais haber comenzado a leer un rato antes: de esta manera no os encontraríais ahora a solas con Réquiem, pesando el estómago de la chica ahogada cuando encuentra el anillo.

[7] Aquí no garantizamos nada.

2
La misteriosa muerte de Lynette Santes Creus

Hay clientes de Réquiem que parecen más vivos que él.

Pelo cortado con una desbrozadora oxidada, bolsas bajo los ojos como saquitos de té negro, la piel cetrina de sufrimiento hepático constante —un hígado furioso, definitivamente desentendido del cuerpo en el que habita—. Réquiem es todo un modelo de la temporada primavera-verano de 1945 en Polonia.

Arrastra los pies al caminar y tiene una caña de pescar por columna.

Podrías llegar a pensar que un hombre así (ASÍ) debería tener una personalidad magnética para compensar tanta desgracia leptosomática, una colección de atributos irresistibles que lo colman de carisma, un ejemplo a seguir, alguien a quien admirar, el espejo de una generación. En cambio, Réquiem no es nada de eso: la falta de astucia en la mirada es un fiel reflejo de un intelecto justito, el procesador necesario para hacer sostenible un mundo interior tan atractivo como el solar de un campamento de toxicómanos.

No le atrae nada lo suficiente como para dedicarle el mínimo esfuerzo.

Una vez, puso un anuncio en la sección de contactos del periódico: «Chico romántico de diecinueve años al que le gusta leer, el cine, la música y pasear a la luz de la luna busca chica con intereses similares para amistad y lo que surja». Lo único que era cierto era la edad, el resto lo había copiado de otro candidato a buscar pareja a través de las páginas dominicales, entre mujeres solitarias, hombres desesperados y amores a primera vista en vagones de metro. Réquiem siempre se excusa en que no tiene

tiempo de leer, que no va al cine porque es muy caro, que no entiende de música y que la última vez que paseó a la luz de la luna fue volviendo a casa durante una huelga de taxis. Ahora bien, el interés por mantener cierta relación con el sexo femenino se mantiene hormonalmente intacto desde la adolescencia, demasiado a menudo no correspondido por su aspecto de retrato de Dorian Gray taciturno. Desde que tiene la mejor fibra óptica del mercado, además, ya no le hace falta amontonar columnas enteras de cederrones y deuvedés quemados de películas pornográficas que se sabe de memoria.

Antes del *cliffhanger*, nos habíamos quedado con Réquiem pesando el estómago de la chica. Centrémonos en este cadáver un momento, porque tendrá una importancia de peso más allá del del estómago en el desarrollo de la historia que estamos arrancando.

Incluso muerta, Lynette tiene un aspecto saludable. Puede ser que ahora esté un poco inflada y cianótica, la piel desgarrada y los pulmones anegados de agua; sin embargo, exceptuando estos detalles, parece una chica sana y recién desayunada. Con resaca. Y sin funciones motoras. Podrías decir que se ha comido el bol de cereales y se ha vuelto a dormir. En la mesa de autopsias. Con el torso abierto en forma de «y».

Lynette tiene veintisiete años y unas diligencias abiertas por suicidio. La encontraron ayer por la tarde flotando en el Moll de la Fusta, entre plásticos, latas de cerveza y condones usados. Cuando los de la subacuática la engancharon a la grúa por debajo de las axilas y la alzaron un metro sobre el agua, la capa de aceite que la recubría reflejó las potentes luces de los focos, convirtiéndola en una bola de discoteca pinchada. El vestido se le pegaba al cuerpo como una cortina de ducha. Giraba acunada por el viento. Tenía tan buen aspecto que todos esperaban que se disculpase en cualquier momento. «Perdonad, me he caído al agua y se me ha ido la cabeza, pero ya estoy mejor, gracias. ¿Alguien puede descolgarme? No me gustaría resfriarme».

Una gaviota le vació un ojo y la gente admiró el comportamiento discreto, nada estridente, de la chica.

El hecho de que la boca le gotease aún durante un buen rato comenzó a hacer sospechar a los policías, a los bomberos y a los del cerosesentayuno, al centenar de personas que hacía cola para entrar en la carpa del circo, al paquistaní que le ofrecía cerveza *amigo* arriesgándose a caer él también y a un repartidor a domicilio que se estaba zampando unos niguiris de la entrega que, total, qué más daba ya, llegaría con retraso.

En la muñeca, una pulsera de identificación del pabellón psiquiátrico de Can Ruti: Lynette Santes Creus. Los agentes de investigación hicieron dos llamadas y averiguaron que se había escapado hacía tres días. La primera llamada era al Pizza Pazzo para avisar que llegarían tarde a cenar. La segunda, al hospital, donde les atendió un enfermero desganado que los confundió con una antigua novia de voz profunda y viril, y que todavía no ha entendido por qué aquella chica que le había roto el corazón encamándose con su mejor amigo (un hombre que apenas conocía) le pedía información sobre una paciente fugada.

El agente de investigación de nombre irrelevante para la trama se despidió del enfermero enviándole besitos y con el firme propósito de hacer revivir la pasión que alguna vez había existido entre los dos, a pesar del matiz de que no habían mantenido ningún tipo de relación más allá de la confusión telefónica.

Ahora ya sabía todo lo que necesitaba de Lynette Santes Creus: paciente con una enfermedad mental grave (indefinida, ni falta que hace), manías persecutorias, delirios apocalípticos y aficiones autolíticas. La chica sanísima rescatada del puerto se había suicidado. Caso resuelto.

¿Hacía falta llamar a la familia?

No. Lynette Santes Creus la había perdido toda en un incendio nada sospechoso en la mansión de sus padres, aún no hacía ni un año. Padre, madre, seis hermanos, dos sobrinos, cuatro primos, nueve cuñados y excuñados, un conejillo de indias, un tucán llamado

Félix, las cenizas del abuelo dentro de una urna de cartón biodegradable y la matriarca de la familia, la gran *Madame* de Santes Creus, que con noventa y nueve años quedó atrapada en el panteón privado del jardín mientras le tomaban las medidas para construirle un sarcófago de estilo egipcio.

El agente de investigación no tenía ningún interés en seguir el rastro de la evidente maldición familiar porque es un hombre racional que no cree en la mala suerte y sí en la estadística. Y la estadística decía que este era otro caso cerrado brillantemente por su unidad, ahora lo archivamos en unas carpetas que amarillearán con los años y todos contentos.

Más adelante volveremos a Lynette Santes Creus. Todavía no sé cuándo. Tengamos paciencia.

Réquiem cree que es un tumor. Su pensamiento cada vez que detecta un cuerpo extraño es el mismo: es un tumor. Como una pelotilla dura envuelta por el tejido estomacal. Como el pico escondido en la piel viscosa de un pulpo. Agarra el bisturí y le hace una incisión precisa de forma totalmente innecesaria, porque, si hubiera sido chapucero, el resultado habría sido idéntico: un anillo de oro, juraría que es oro, con un sello opalino con la letra «H» en ámbar.

«Un anillo que parece un helipuerto para mosquitos», piensa Réquiem.

La letra del sello parece latir, arrugarse y girar en una espiral que le hace cerrar los ojos con fuerza para asegurarse de que no alucina. De reojo, le parece que Lynette Santes Creus exhala el último aliento, a destiempo, y vibra unos segundos, como si hubiese esperado que alguien encontrara su pequeño secreto gástrico antes de irse del todo.

Frota el anillo con la manga y se lo mete en el bolsillo; no lo echará de menos nadie, o eso cree.

Réquiem no se imagina que un gesto tan ínfimo, una cleptomanía de tan poca monta, ha ligado su destino al de Aquel Que No Puede Ser Nombrado.

3
Un lago extraño

La niebla sobrevuela la orilla del lago, el oleaje espumoso oscurecido por la puesta casi simultánea de los dos soles, que abandonan en las tinieblas las ruinas de una ciudad lejana. El imperio de los astros oscuros y los satélites huidizos se apodera de la bóveda celeste, pero las urbes se resisten al yugo. Ajeno a la música de las ninfas, allá donde el Rey espera en el trono, Réquiem entona un canto sordo, un llanto, un lamento que no escuchará nunca nadie.

Después, eructa y libera una parte del alma que le oprimía el estómago, gas sobre gas, la broma inflamable que toca un valle baldío. Gira la cabeza de lado a lado y no encuentra a nadie con quien disculparse. La ciudad aparece lejana y sin nombre, o al menos no ve ningún cartel, ningún indicador, ninguna señal de tránsito ni aviso por obras. Arranca a caminar por el lodazal a la espera de vida, los pulmones abrasados, pústulas moradas en la piel que, no obstante, no escuecen, como si el cuerpo perteneciera a otro, como si el aire que respira, un oxígeno viciado y pestilente, no le correspondiera. Réquiem se acerca al lago para reflejarse, pero el agua recula a cada paso y da la impresión de que se aleja, en una huida perpetua. Saca el móvil del bolsillo e intenta encenderlo, pero no tiene batería. Se maldice por no haberlo dejado cargando durante la noche, antes de penetrar en el mundo de los sueños. Más tarde, le quita hierro, cuando calcula que el *roaming* en otra dimensión lo arruinaría a él y a su descendencia (en caso de que nunca tuviera, que todavía está por ver) durante generaciones. La pantalla le sirve de espejo, un reflejo oscuro y malévolo como unos ojos celestiales

que lo acechan a través de la calma ferruginosa que lo envuelve ahora. No reconoce su propio rostro, ni tampoco el de ningún otro.

Nada tiene sentido en un sueño.

Réquiem cree que no hace falta buscarle ninguna lógica a los sueños. Que eso no es más que para psicoanalistas de medio pelo y novelistas con pretensiones, que más o menos son el mismo colectivo.

Se dedica a seguir caminando como si explorase un videojuego, a la espera de alguna orden, alguna instrucción, alguna pista o algún camión de basura que lo despierte de madrugada con el estrépito de un contenedor cargado de detritus en descomposición y vidrios despachados en el color equivocado.

Como de la nada, un extraño castillo abandonado, a medio construir, y una rueda de carro en la puerta. Escrito con sangre (vete a saber de quién o de qué), en un alfabeto imposible que es capaz de descifrar por iluminación onírica y con una caligrafía infausta que lee con habilidades farmacéuticas: «Fortificación controlada por los hermanos Byakhee».

No hay ni rastro de los tales Byakhee ni ganas, más allá del olor a flatulencia leguminosa que impregna cada ladrillo, cada columna, cada balaustrada, cada punto de bóveda, cada arco gótico, cada salida de emergencia correctamente señalizada, cada extintor, cada armadura vacía, abandonada, como si alguien hubiera sorbido el cadáver de dentro como quien succiona un percebe. Sí, puede ser eso. Un castillo como los restos de una mariscada al día siguiente por la mañana, crocante de caparazones y moscas, los platos sucios en el fregadero, esa copa rota aunque con un culo de vino blanco donde flota una avispa glotona.

De repente, porque en estos extraños lugares ultradimensionales todo siempre pasa de repente, un extraño gañido que ninguna garganta puede emitir, el extraño aullido prolongado de un sufrimiento insaciable… y extraño. El lamento finisecular de un extraño habitante del extraño paraje. Réquiem baja unas extrañas escaleras de caracol hasta llegar arriba del todo de una extraña

torre. El lago regurgita extrañas burbujas de gas que estallan en extraños y terroríficos gritos de miles de almas condenadas. Una extraña carcajada rompe el firmamento y hace girar las nubes en extrañas formaciones espirales. Una luz se enciende en un edificio de la ciudad lejana. Una luz extraña, claro. Y la ciudad también es extraña. Y terrorífica. Y Réquiem siente que pierde la cordura y el móvil, que se le cae de las manos y se estrella contra el cielo, que hay que insistir que es bien extraño.

De súbito, de nuevo, se da cuenta de que tiene el anillo cerrado en el puño y que el puño se deshace como una aspirina efervescente en la mesilla de noche. Una sombra le acerca el vaso para que beba, tumbado cerca, la mano en la nuca para ayudarlo a dar el primer trago, como una comadrona o un actor porno atento. Réquiem se moja los labios al mismo tiempo que abandona el suelo, con los músculos todavía agarrotados.

—Gritabas —dice la silueta con voz nasal de cocainómano resfriado— de una forma muy extraña.

—Cojones, Kurosawa —exclama Réquiem—. Creo que he cenado demasiado fuerte.

4
Kurosawa

Si no fuese porque comparten piso desde hace casi un año y ya se ha acostumbrado, Réquiem tendría todo el derecho a sentirse aterrorizado al encontrarse a Kurosawa nada más despertar. Cualquier otra persona preferiría volver a la pesadilla, comprarse una casa, conocer a alguien con quien compartir el proyecto letárgico, quién sabe si tener descendencia (hijos amorfos, de cabeza de mosca y tentáculos en el torso, que te pidan dinero, te contesten mal y peguen portazos cuando puberteen), envejecer en sufrimiento constante y, finalmente, morir entre lágrimas paranoides.

Consumido por la heroína, tiene la boca como un orfanato de encías, los párpados como persianas a medio bajar —vuelvo de aquí a cinco minutos—, los pelos con manchas, tatuajes irreconocibles hechos con tinta taleguera repartidos aquí y allá como metástasis caprichosas, uñas mordidas hasta la primera falange y chándal, siempre chándal, dalmateado de agujeros de diferentes etiologías (tabaco, maría, *crack*, tomillo). Kurosawa es la viva imagen de un hombre (o la morfología aproximada de lo que se entiende por un hombre) institucionalizado: cabizbajo, desubicado, dócil, imprevisible, inestable como un barril de dinamita caducada, un carné de identidad de los que muestran el estado civil y la ocupación.

No se puede decir que los doce años de condena lo hayan convertido en esta especie de ser maléfico de bestiario medieval, porque ya apuntaba maneras cuando se ganaba la vida entre los aparcamientos de Chocolate, Spook y Puzzle vendiendo botellas de agua a los bakalas que iban hasta arriba de ácido, *speed* y anfetas,

clientes que lo bautizaron con el nombre de Kurosawa, porque repetía como un mantra, con la dicción y entonación de un reputado actor que acabase de sufrir un grave derrame cerebral, «¿Quieres agua? ¿Quieres agua?».

Kurosawa tenía la entrada vetada en el aparcamiento del Barraca, sin embargo, por un curioso incidente (pícnic, rayo, menor, concejal de deportes, decapitación) que desembocó en una enemistad de larga duración con los propietarios de la discoteca y una sentencia no más corta en Picassent, donde no delató nunca a los responsables de los secuestros, torturas y clubs de lectura que habían proliferado por la zona, quién sabe si empujado por un código ético que solo él conocía y practicaba o por el convencimiento de que cualquier intento de confesión en un programa nocturno de máxima audiencia acabaría con su cuerpo calcinado dentro de un hoyo entre naranjos.

—¿Qué hora es? —pregunta Réquiem.

—Casi las cuatro.

—¿Y qué hacías despierto?

Kurosawa desvía la mirada a una maraña reseca de pañuelos de papel que dejó caer como un copo de nieve sobre la manta.

—No podía dormir y me he puesto un vídeo de Greta Von Pussy.

Los dedos esqueléticos de Kurosawa, que no han abandonado la nuca de Réquiem, adquieren entonces un tacto pegajoso.

—¿Te has lavado las manos?

Réquiem conoce sobradamente la respuesta: no ha visto nunca a Kurosawa lavarse nada.

—Eh, tranqui, que estoy limpio.

Un chorro de semen amarillento como niel líquido se escapa entre los pañuelos de papel arrugados a los pies de Réquiem. Kurosawa viste una camiseta imperio (LA camiseta imperio) y calzoncillos de golfista (dieciocho agujeros) con un testículo cotilla. Apestaría a paja y hormona desatada si la halitosis no monopolizara el olor corporal.

Réquiem, en un acto de higiene preventiva que tal vez llega tarde, le desplaza la mano a la distancia mínima imprescindible fuera

de su espacio vital.

—Gritabas y he venido a ver qué pasaba. —Kurosawa no se da por aludido—. Parecía que te estuviesen torturando.

—¿Gritaba después de que te la cascases?

—¿Eh? —La respuesta por antonomasia de todo buen politoxicómano.

—Si ya habías acabado cuando tenía la pesadilla.

—¡Ah, no! —Sonríe, como recordando los viejos tiempos de hace diez minutos—. Greta le estaba comiendo el agujero del culo al maromo cuando has empezado a pegar unos gritos como de matadero y ya me dirás tú quién debía parar.

—¿O sea que has seguido masturbándote con mis aullidos de banda sonora?

—¡Es una de las mejores escenas y se ha de disfrutar hasta el final!

—¡Me podía estar muriendo! ¡Podía estar teniendo un ataque al corazón!

—¿Mientras dormías? ¿Eso puede pasar? ¿Puedes tener un ataque al corazón cuando duermes? ¿Le has hecho la autopsia a algunos de esos?

—Kurosawa, que esta puta peli la has visto un millón de veces. ¡Que me la sé de memoria de guiparla de reojo cuando voy a la cocina o a cagar!

—Es buena, ¿eh?

La gran afición de Kurosawa es el porno tirolés. De adolescente encontró un puñado de revistas alemanas con abundantes fotografías donde unas valquirias rubias de trenzas como amarres de transatlántico se introducían penes bratswurtianos sin abandonar la sonrisa (alegres como el concierto de Año Nuevo) ni el tradicional *dirndl* (blusa, corsé, falda, medias, vellosidad frondosa de bosque alpino), con especial atención en los primeros planos de tetas nevadas y la floración del edelweiss de hombrones llamados Carl, Hans o Tobias. Desde entonces se vio atraído por la copiosa cinematografía sexográfica del Tirol, coincidiendo con su época de

esplendor entre finales de los ochenta y la primera mitad de los noventa. De ahí que Kurosawa le haya sido más fiel a la colección de cintas VHS de especialistas como Maximilian Dickfest o Arnold Schwanzgesicht que a otras aficiones vitales como la heroína o el oxígeno (Kurosawa ha tenido seis paradas cardiorrespiratorias por causas de diversa índole: apneas, asfixias, sobredosis o simples descuidos). En todo el tiempo que pasó en prisión, lo único que lo consolaba eran los vídeos que le esperaban en el sótano del apartamento de la Cerdaña, que sus padres (antiguos directivos del Barça en la peor época) no visitaban nunca, como nunca fueron a verlo a la trena.

—Escucha, ¿tú conoces a los hermanos Byakhee?

—¿Cómo se escribe [baIα:ki:]?

—Con sangre.

—No. Que cómo se deletrea.

—No lo recuerdo. Era un alfabeto extraño.

—Entonces son rusos. Y si tienes problemas con rusos, la has cagado. En la trena, una vez me peleé con un ruso en un sueño y al día siguiente vino a pedirme explicaciones en el patio. —Señala una cicatriz mal cosida a la altura del hígado.

—No era ruso.

—¿Moro? —Levanta un brazo para mostrar una herida blanquecina debajo del bíceps.

—Tampoco.

—Yakuza. —Comienza a bajarse los calzoncillos cuando Réquiem lo detiene.

—Era alien.

—¿Qué?

—Estaba escrito en alien.

Kurosawa hace inventario de heridas, puñaladas y pagarés pero no encuentra ninguna de procedencia extraterrestre. Réquiem le resume el sueño, de esa manera que la narración no solo no se ajusta al episodio vivido, sino que lo modifica, lo borra y lo acaba sustituyendo. A medida que habla, el recuerdo se vuelve vaporoso.

Cuando lo remata, lo hace con un final alternativo que no existía en la versión estrenada en cines, porque le daba angustia dejar la historia incompleta, sin una evolución del personaje y con un final demasiado abierto. Kurosawa lo ha escuchado con toda la atención que es capaz de proporcionarle durante los primeros diecisiete segundos, y después se ha quedado dormido con los ojos abiertos, ni un pestañeo, el cuerpo ligeramente inclinado hacia Réquiem, que se da cuenta y lo arropa a su lado e intenta volver a dormirse. Kurosawa emite un estertor de radio estropeada, grita y se eleva un palmo sobre la cama, y hace saltar a Réquiem y al pañuelo manchado de esperma.

—Perdona, tío, que se me ha ido la pinza —se disculpa y ayuda a Réquiem a levantarse del suelo, hacia donde había salido proyectado. Entonces es cuando ve el anillo estomacal y lo recoge de encima de la sábana con la codicia de un usurero sonámbulo—. ¿Qué es eso?

—¡¿Queréis callar de una puta vez?! —La voz estridente de Dalsy atraviesa la pared—. No hay quien duerma en esta puta casa.

—¡Buenas noches, Dalsy! —dicen al unísono Réquiem y Kurosawa.

—¡Idos a cagar! —brama la compañera de piso con su habitual buen humor—. Pero en silencio, que algunos mañana tenemos que trabajar.

—Lo he sacado de la tripa de una suicida.

—Por supuesto —responde Kurosawa—. ¿Quieres que te lo coloque? Conozco peristas que te lo podrían valorar al alza.

—No. Tengo curiosidad por saber de dónde sale.

—De la barriga de una suicida. Me lo acabas de decir.

Resoplido sobredimensionado de Dalsy en la otra habitación.

—¿Qué será esta hache?

—Si es de una suicida, puede querer decir *hayuda*. Si lo tenía en la barriga: *halimento*.

Chirrido del somier, gañido del parqué, rechinar de una puerta, aullido de Dalsy.

—¡¿Quién es el medusomental que se acabó la puta horchata que había en la nevera?!

5
De primos, falsos detectives y médicos en sótanos

Una avenida larga y diáfana de gravilla con oscuros cipreses imponentes a un lado y a otro que lleva hasta un caserón de paredes enlucidas y ornamentación marina (conchas, almejas, estrellas de mar, anillas de latas de refrescos, briks de leche desnatada con la marca desvaída por el sol y la sal), acogedor y amenazante, de donde salen repeinadísimos enfermeros musculosos de uniforme blanco con los botones cruzados, paseando pacientes de mirada ausente en sillas de ruedas. Una mariposa blanca traza un vuelo errático entre los rosales de carmín intenso como una salpicadura de sangre. Una silueta se escuda detrás de la ventana de la buhardilla, quién sabe qué secretos guarda. Un viejo Royce se para en la placita de la fuente, un tritón de piedra de donde brotan dos chorros de agua cristalina que hacen bailar las carpas entre destellos de luz. El chófer se afana en bajar del vehículo y abrirle la puerta al pasajero que lleva en el asiento posterior, un hombre encorvado con guantes de seda y bastón de cabeza de marfil que se protege el rostro bajo una bufanda de cachemira.

Todo eso es lo que Réquiem no se encuentra en Can Ruti.

Dos edificios como dos cajas de cereales gigantes, asediados por aparcamientos mastodónticos, en una loma atestada de pinos, robles, mirlos, petirrojos, *cruising*, jabalíes y paquetes vacíos de tabaco.

Réquiem llega a primera hora de la tarde, después de acabar el turno y atravesar odiseicamente en transporte público de horario estival (épica combinación de Ferrocarriles de la Generalitat, metro,

autobús y semáforos en ámbar) una Barcelona bochornosa dominada por hordas de turistas, sirenas carteristas y cíclopes en patinete eléctrico. Va empapado de sudor y el contraste con el aire acondicionado de temperaturas árticas una vez que atraviesa las puertas automáticas lo deja medio rígido. Se dirige a la recepción y pregunta por el doctor que trataba a Lynette Santes Creus.

—¿Quién es usted?

—Un amigo de la familia —improvisa.

Lo atiende un chico imberbe, muy joven, con toda probabilidad un estudiante de preescolar en prácticas. Para compensar la apariencia infantil, el chico se peina como si quisiera ocultar una calvicie inexistente y viste una rebequita de punto por debajo de la bata. Guarda una botella de sérum rehidratante con sabor a nuez de macadamia bajo el mostrador. Réquiem tendrá que apresurarse antes de que al recepcionista le entren ganas de mear o llegue a la adolescencia y le cambie el humor.

—Si no es de la familia, no puedo derivarlo al médico. Por la ley de protección de datos.

—Entonces, soy de la familia.

—Ya me lo había parecido. ¿Es usted el padre? ¿Un hermano? No, espere, déjeme adivinarlo: es un primo. Tiene usted toda la pinta de primo.

—Solo quería hacer una consulta rápida.

—Es muy bonita la relación que hay entre primos. A veces, más fuerte que entre hermanos. Mi prima, por ejemplo. Nos lo contamos todo: su primera menstruación, la contraseña del *streaming,* la tercera desaparición de su novio en circunstancias inquietantes…

—Me pregunto si podría avisar al médico y ya lo hablo con él.

—¿Es usted primo por parte de padre o de madre?

Réquiem ha de tomar una decisión en milésimas de segundo. Quién sabe cuál es la respuesta correcta.

—Es más complicado que eso.

—Ya lo veo. —El recepcionista coge el teléfono y lo sostiene a medio camino de la cara, pero se resiste a callar—. Las familias ya

no son como antes, ¿verdad? Padre, madre, dos hijitos y perro. Todo el mundo quería tener la parejita, ¿verdad? De hecho, yo soy el pequeño de dos hermanos y mamá esperaba que fuera una niña. Cuando le dijeron que en la ecografía veían un pene el disgusto fue tan grande que nada más llegar a casa intentó abortar con una aguja de hacer punto, un asunto muy turbio. Papá la paró a tiempo y le compró una perrita.

La cola detrás de Réquiem crece como una tenia descontrolada.

—¿Puede avisar al médico, por favor?

—Ahora mismo.

Pero no lo hace. Se queda quieto, el auricular en el puño como una promesa a Dios pongo por testigo, la mirada acuosa fija en Réquiem, todo él un aparato electrónico en modo avión, vivo y ausente.

—¿Hola?

Como si volviera la corriente eléctrica después de un apagón, el recepcionista se reinicia.

—Claro. —Y marca una extensión telefónica—. Mamá no quería saber nada de mí, ¿sabe? Por eso me criaron mis tíos. Sin embargo, ellos tampoco me querían demasiado, así que tuve que hacerme pasar por mi prima, muchas veces, para que me dieran de comer. Al final fui un poco la niña que mamá quería. ¿Sí? ¿Hola? Doctor Gisbert, mire, tengo aquí al primo de…

—Lynette Santes Creus.

—El primo de Lynette Santes Creus, que pregunta por usted. Sí, de acuerdo.

Cuelga.

—¿Qué le ha dicho?

—Que está muerta.

—¿Pero me atenderá o no?

—Sí: dice que le espera en el sótano, en la sala de calderas. —No obstante el chico ya no lo mira cuando habla, más pendiente de la cola que se ha formado, con el anhelo de que algún día esté su madre para abrazarlo, llenarlo de besos y decirle: «Hijo, qué

equivocada estaba, debería haber ido a una clínica especializada en abortos»—. Siguiente, por favor.

El despacho del doctor Gisbert es un parlamento de sombras preternaturales, parapetado en un pasillo de zumbidos y lámparas titilantes, escoltado por la respiración purulenta de calderas y generadores. Las paredes palpitan pesadamente. Una rata pálida corre despavorida y desaparece en la penumbra, a través del hormigón podrido. Una pestilencia plúmbea planea en el ambiente. La puerta del psiquiatra parece pesada, de una presencia prehistórica. Está parcialmente abierta y del interior surge un resplandor pictórico.

Réquiem llama a la puerta.

—Pase —ruega la voz del especialista.

Poco a poco, Réquiem empuja la madera, que se resiste a cerrarse a su presencia.

El psiquiatra lo examina perspicaz desde detrás del pupitre. Es un hombre delgado, peludo e imponente, de perfil chupado y aire pedante, plenamente empoderado en su papel primordialmente paternal, pero principalmente pedagógico.

—¿Podríamos parar de hablar con la puta pe, por favor? —ruega Réquiem en silencio.

—¿Perdone?

—No hablaba con usted.

—Perfecto. Prosiga.

—Pare.

Como un vampiro al que no han invitado a entrar, Réquiem no pasa de la puerta. El gabinete es tan pequeño que si entra tendrá que lubricarse el cuerpo para salir. Apenas caben la mesa (un pedestal de portafolios, carpetas de anillas, archivadores, lápices descabezados y un ordenador antediluviano), las estanterías rebosantes de archivadores, fetos en formol dentro de botes de vidrio (¿qué psiquiatra no necesita al menos media docena?), el péndulo de Newton reglamentario, máscaras rituales de magia negra guineana, el título de licenciado en Psiquiatría por la Universidad de

Pratdip, una colección de *Interviús* de 1986 y un par de fotografías enmarcadas de un jovenzuelo doctor Gisbert (en una sale posando en un muelle con una caña de pescar y un anfibio antropomorfo de dimensiones aberrantes, en la otra pasa el brazo por encima del hombro de la Maña). El doctor Heribert Gilbert, alopécico a jornada completa, gafas de sol y bigotito franquista, dentadura amarillenta y bata blanca (combinación vaticana), se disculpa por recibirlo en un despacho que asegura que no es el habitual.

—Es provisional —matiza—. El mío está en obras porque hace una semana se prendió fuego el reponedor de la máquina de *vending*. A lo bonzo, una cosa muy desagradable. El tercero, desde principios de año.

—Lo entiendo.

—Cuesta que se vaya el hollín.

—No hace falta que se justifique.

El psiquiatra se levanta y le ofrece la mano. Réquiem la encaja con firmeza y le rompe dos falanges. Por suerte, el médico es zurdo y enfunda la mano derecha de nuevo en el bolsillo, con los dedos inflados y retorcidos como una jirafa hecha con globos por un payaso borracho.

—Me ha dicho el chico que quería información sobre Lynette Santes Creus.

—Exacto.

—Que usted es su primo.

Réquiem coge una tarjeta de visita del médico del montón que hay sobre el escritorio y la guarda en el bolsillo de los tejanos.

—No exactamente. Soy detective privado. Estoy investigando el suicidio. —Más por impulso que por cabeza fría, a Réquiem le parece más conveniente hacerse pasar por investigador que por primo.

—¿Qué quiere saber? Ella se fugó cuando aún estaba viva. De otra forma, habría sido más complicado. No imposible, pero sí más difícil.

—La familia echa de menos una joya que ella llevaba encima: un anillo —se arriesga.

—Tenía entendido que toda la familia había muerto.

—¿Sí? Quiero decir: sí. Claro. Es una familia diferente.

—¿Cómo diferente?

—Unos primos. Unos primos terceros.

—¿Primos detectives?

—No. Primos de tercera. Fueron al depósito de cadáveres y les costó porque hacía tiempo que no la veían y la última vez ella todavía respiraba.

—La muerte cambia mucho a las personas. La mayoría no vuelven a ser las mismas.

—Exacto. Los primos… lejanos echaron en falta un anillo.

—O sea que hacía tiempo que no se veían sin embargo detectaron que le faltaba un anillo.

—Son de una rama de la familia con un vínculo emocional escaso pero muy tacaños.

—¿Y por qué me explica todo esto?

—Me preguntaba si Lynette tenía el anillo cuando estaba aquí encerrada.

—Aquí no tenemos a nadie encerrado.

—Ya me entiende.

—No recuerdo ningún anillo.

—Un anillo negro, con una letra hache bien visible.

—Tampoco recuerdo ese anillo.

—Pero recuerda a Lynette.

—Por supuesto, hombre. Tengo el expediente por aquí. —Rebusca entre papeles y finalmente saca una carpeta con el logo del hospital, que despliega como puede sobre la mesa. La luz de la bombilla titila —. Se ha de archivar, porque dudo que hable más con Lynette. Deliraba. Pensaba que conspiraban contra ella. Que le querían hacer daño.

—Y por eso se suicidó.

—Irónico, ¿no?

—¿Quién?

—¿Quién qué?

—¿Quién le quería hacer daño?

La luz se va unas milésimas de segundo y, cuando regresa, Réquiem tiene al doctor Gisbert al lado, sosteniendo la carpeta verde. Puede olerle el aroma a rapé. De hecho, aún tiene un poco de tabaco de esnifar pegado a los pelos arácnidos que le cuelgan de la nariz.

—Todos. Desconfiaba de todos. De mí el primero. Daba unos gritos horribles cuando me aproximaba y después se quedaba calladita, los ojos fuera de las órbitas, los labios temblorosos, encogida como un cachorro indefenso…

—Ya me hago cargo.

—A raíz del incendio en la mansión Santes Creus lo pasó muy mal.

—Explíqueme eso del incendio.

—La familia tenía una casa en Sant Feliu de Llobregat. La mala combustión de una estufa catalítica quemó hasta los cimientos, con todos los parientes dentro, menos ella.

—Puede ser que la manía persecutoria viniera de ahí. Puede ser que alguien sí que intentase matarla.

—¿Por qué lo dice?

—Puede ser que quisieran matar a todos los Santes Creus y ella sobreviviese.

—No lo había pensado. —El doctor Gisbert se pone la mano sana en el mentón y se lo rasca. La otra mano le palpita y tiene un aspecto preocupante.

—¿No lo había pensado?

—Sin embargo, todos no están muertos, ¿no? ¡Usted trabaja para unos primos!

El médico hace el gesto de acompañarlo a la salida. De reojo, Réquiem ve una babosa escurriéndose entre el papeleo de la mesa. La luz se va de nuevo y cuando vuelve con un zumbido ya están en las escaleras que llevan a recepción, a pesar de que Réquiem juraría que no ha dado ni un paso.

—Que seas paranoico no quiere decir que no te persigan —dice Réquiem con una sonrisa forzada, intentando alargar la conversación.

—¿Quién le ha dicho eso? —Heribert Gisbert arruga la frente.

—Nadie. Quiero decir que son cosas que se dicen.

—No haga caso. Diga a los primos que Lynette no tenía ningún anillo como el que usted me ha descrito. Y dígales que se olviden, que no busquen fantasmas.

—No he hablado de fantasmas —dice Réquiem mientras es amablemente empujado escaleras arriba por el doctor.

—Así me gusta, la parapsicología no lleva a ningún sitio más que a la locura. Y ya tengo suficientes pacientes. Páselo bien.

Ahora podríamos seguir a Réquiem y acompañarlo al baño, que hace un rato que la vejiga le marca el depósito lleno. Lo veríamos cruzar la mirada con el recepcionista, que llora desconsoladamente delante de la triste historia familiar de un paciente (un primo, con toda probabilidad) que ha perdido el tique del aparcamiento. Observaríamos cómo busca la mansión Santes Creus en el móvil y encuentra la dirección, un par de vínculos en diarios digitales, un anuncio de casas de apuestas virtuales y un artículo del *Time Out* sobre las casas encantadas más misteriosas del área metropolitana. Sin embargo nos quedaremos un rato con el doctor Heribert Gisbert, que vuelve al despacho y se venda la mano lesionada, rasga el esparadrapo a mordiscos y marca de memoria un número en un teléfono de dial con los dedos de la mano buena.

—¿Maestro? (L…) Magíster, sí. Perdón. Magíster. (…) Acabo de recibir una visita en el despacho preguntando por Lynette. (…) ¿Que ahora está en el Paraíso? (…) Ah, el prostíbulo, claro. ¿Pero puede hablar? (…) Sí, sí. (…) No, no. No le he dicho nada. (…) Por supuesto, por supuesto. (…) Preguntaba por el anillo. (…) No lo sé. No me ha dicho nada de ninguna medalla, no parecía olímpico. (…) He comido en el comedor del hospital, un desastre: todo recalentado, como siempre. (…) Me está repitiendo, pero me tomaré un antiácido. (…) Sí. (…) Sí, sí, sí. (…) No. (…) No me ha interesado

nunca la lucha grecorromana, aunque miraré si hay entradas. (…) Un detective. (…) Sí. (…) Un primo, que es detective. (…) De acuerdo. (….) Quedamos así. (…) Venga, *dios, dios*.

Clic.

6
La caída de la casa Santes Creus

La primera referencia que hay sobre el enclave de la que siglos después sería la mansión Santes Creus es de alrededor del 700 antes de Cristo, cuando un puñado de layetanos se estableció en la ladera sur del Turó d'en Pisca, a las afueras de lo que hoy conocemos como Sant Feliu de Llobregat.

Era un poblado donde llegaron a vivir medio centenar de personas contando trece ovejas, que disponían del mismo derecho a voto que cualquiera de sus vecinos[8]. En excavaciones arqueológicas recientes se han hallado restos de ánforas, de cerámica ática, corintia, jónica, fenicia y masaliota, así como piezas de un collar de origen púnico (para consultar la entrada en la Wikipedia, clicar aquí).

El nombre del poblado ibérico, Puig Perillós, proviene del hallazgo de una necrópolis en el mismo lugar donde se contabilizaban medio centenar de esqueletos carbonizados, contando los de trece ovejas que disponían del mismo derecho a morir chamuscadas que cualquiera de sus vecinos[9].

Entre los huesos, se hallaron dos plaquitas de plomo minúsculas (hoy oportunamente desaparecidas en circunstancias misteriosas por necesidades narrativas) datadas en el 500 a. C. (siglo arriba, siglo abajo), con inscripciones en lo que parece lengua ibérica. Un misterio que nadie aún ha conseguido descifrar pero que han sido adjudicadas con una seguridad casi total a los habitantes humanos, ya que se considera improbable que ninguna de las ovejas dominase el idioma ibérico ni tuviera ningún interés en ello.

Hacia el siglo X, en Puig Perillós se levantó una torre de vigilancia para controlar el valle del Llobregat y mantener un punto de defensa

en la delicada frontera de la Marca Hispánica. La leyenda dice que, dos días después de acabar la fortificación, una razia de musulmanes prendió fuego y abrasó a los dos soldados que había destinados mientras se zampaban un buen trozo de cerdo que acababan de cocinar. Al día siguiente de tomar posesión de la torre, los soldados musulmanes murieron carbonizados cuando quedaron atrapados en un incendio provocado por los reflejos que el sol producía en los puñales de los catalanes muertos y que los moros no habían osado tocar por la impureza porcina de su destino.

Estas idas y venidas, estas pequeñas conquistas y derrotas efímeras, estos incendios fortuitos y devastadores se fueron sucediendo al menos una decena de veces en los siguientes años, hasta que ambos bandos abandonaran la idea de dominar Puig Perillós bajo el pretexto de que en invierno hacía demasiado frío, y en verano, demasiado calor.

No fue hasta bien entrado el siglo XIII, bajo el dominio del noble rey Jaume I, que el caballero Guerau Corvo ordenó construir *«lo pus bell castell del Llobregat»,* tal y como se recoge en el *Llibre dels Fets*: *«Lo castell és una fortalesa formosa, que mira vers Tarragona e ha sol tot lo jorn, ben distribuïda i agençada, e quadrada, e ha porta de fusta de roure, e merlets sense usar, e pou, e dues torres, e pati d'armes prest a entrar-hi a formar, e celler propi, una sinecura, òptim parelles»*[10]. El rey Jaume I donó las tierras del Turó d'en Prisca a Guerau Corvo en agradecimiento por la ayuda en la conquista de Mallorca, si bien obvió mencionar la suerte que había acompañado a los habitantes y a las ovejas de Puig Perillós a lo largo de los años. Al fin y al cabo, el rey no se sentía *tan* agradecido con el caballero Corvo, quien, a las órdenes de Guillem II de Bearn i Montcada, fletó una nave hacia Mallorca con diez amigos y veinte doncellas de linaje vaporoso y acabó llegando tarde porque se equivocaron de rumbo (una pequeña confusión con los astrolabios que acabó con el capitán del barco con el estómago relleno de piedras en el fondo del Mediterráneo en algún punto entre Sicilia y Chipre) y fueron a parar a una isla controlada por un pirata

otomano, donde fueron apresados durante seis años, durante la mayor parte de los cuales sufrieron todo tipo de encariñamientos bruscos por parte de los carceleros y una gaviota especialmente tozuda. Cuando Guerau Corvo consiguió escapar del encarcelamiento, cinco de sus hombres lo acompañaron en el viaje de vuelta; tres le dijeron que fuera tirando, que ellos saldrían más tarde, dos no dijeron esta boca es mía porque habían muerto atravesados por una espada uno y por un pico otro, y de las doncellas ya hacía tiempo que no tenían más noticias que la sonrisa pícara de los corsarios turcos. Al llegar a Mallorca, por fin, ya estaba más que conquistada, y los caballeros se dirigieron a la ciudad de Valencia, que justo caía sobre dominio cristiano. Guerau llevaba de su estancia con el pirata todo un cargamento de sedas, especias y enfermedades de transmisión sexual que deleitaron al buen rey Jaume.

Levantado el castillo en Puig Perillós, el caballero Guerau se instaló en las mazmorras para no perder las costumbres adquiridas con los años. Allí, rascando la tierra sin ninguna razón en especial, un tic que le quedaba de las visitas del carcelero, encontró medio enterradas las plaquitas de plomo en idioma íbero que con una seguridad casi total no habían sido escritas por una oveja. Guerau Corvo forzó la vista para intentar descifrar los garabatos de las piezas. Como no veía, cogió una antorcha y se la acercó a la cara, sin prestar atención a que todavía yacía sobre un lecho de paja seca que prendió en un santiamén.

Las llamaradas que salían por las ventanas y aspilleras sirvieron de faro para los navegantes que surcaban la desembocadura del Llobregat durante toda una semana.

Tal vez porque Puig Perillós tenía mala fama, no fue hasta la Guerra de Sucesión que nadie se atrevió a ocuparlo de nuevo. En junio de 1713 (siglo arriba, siglo abajo), se reunían en Sant Feliu de Llobregat el representante de las tropas de Felipe V y el virrey y jefe de mando de los austracistas de Cataluña para dirimir la capitulación de la Ciudad Condal. El barón de Pallejà i Torrelles ofreció el Puig

Perillós como lugar de encuentro. Los comandantes aceptaron la localización porque el barón de Pallejà era manifiestamente austracista, pese a que su mujer se declaraba abiertamente borbónica, a veces de forma demasiado literal. Los ejércitos plantaron campamentos en la falda del Turó d'en Prisca y los nobles se alojaron en los dormitorios confortables del Mas del Perill.

Entrada la tarde, buen vino, buena comida y alguna discusión acalorada sobre quién ha matado a quién y quién ha jurado fidelidad a quién, que acabó con un «eso no me lo dices fuera» y dos personas visiblemente ebrias que se baten en duelo en el patio de la finca, un patio inclinado, no lo olvidemos, que los hacía caer una y otra vez cada vez que desenfundaban las pistolas y las alimentaban con plomo, paja, pólvora y aliento de borracho, y que provocó que un disparo rebotase en uno de los pórticos y la bala se estrellara en una lámpara de aceite y la rompiera, precipitándose ardiendo sobre todo el alcohol que empapaba la tierra y el estiércol de los caballos que puede imaginarse cómo acabó la cosa: la cima de la montaña como una pira enorme donde era imposible distinguir un felipista de un partidario de Carlos de Austria si no fuera porque unos gritaban en castellano y otros en catalán, a pesar de que haya quien lo pone en duda.

Sobre el incidente se selló un pacto de silencio y los capitostes carbonizados se reemplazaron por soldadesca de físico parecido (un bigote de más o de menos, pero sin una brizna de hollín) que acabarían viviendo el final de la guerra en una impostura chamuscada.

Ramon Santa Creus eligió el Turó d'en Pisca para construir la mansión que vería nacer y morir (sobre todo morir) a las siguientes generaciones de la que ya era una de las fortunas más poderosas del país, en parte gracias al negocio del cultivo, transporte y venta a precios muy competitivos de mercancía humana a ultramar. El linaje de los Santes Creus vivía holgadamente gracias a la explotación de los esclavos, por lo tanto. El señor Ramon hostigaba a las criadas, a los negros y a los deudores; el señor Ramon hostigaba a todo el

mundo. Era implacable, porque solo alguien con la constancia, falta de escrúpulos, empatía y ropa interior del señor Ramon podría volver a la villa natal de donde salió con una mano delante y otra detrás cargado con un zurrón de manos amputadas de esclavos rebeldes. Manos que hizo embalsamar y engarzar para colgarlas sobre el portal del Mas del Perill, hecho por el cual en Sant Feliu muchos rebautizaron la casa señorial como «Manos del Perill».

La muerte accidental de Ramon Santes Creus mientras quemaba rastrojos en la huerta de la finca hizo que el heredero tomara las riendas del negocio durante tres semanas, tiempo que tardó en despeñarse con un carro lleno de explosivos colina abajo cuando se dirigía a demoler la mansión familiar por razones que nadie conoce y que ni siquiera el hermano pequeño, que heredó la fortuna, las influencias y el destino inflamable de los habitantes de Puig Perillós, consiguió aclarar contratando un vidente para que estableciera contacto. Vidente a quien, en una sesión de espiritismo, se le fue de las manos con las velas y acabó enviando a media familia (heredero de recambio incluido) al otro barrio en medio de una agonía de llamaradas y gritos de ultratumba.

Fermí Santes Creus, un sobrino de rebote, hijo bastardo del sexto hermano con una criada del palacio Falguera, se hizo cargo con cuatro años del patrimonio familiar y de la afición por el ocultismo. Fascinado con la historia de Puig Perillós, al cabo de siete años promovió las excavaciones para desenterrar el pasado misterioso y flamígero del enclave. Él es el responsable del hallazgo de las desaparecidas plaquitas de plomo, de la necrópolis íbera y de una baraja de cartas Hermanos Fournier en perfecto estado sobre las cuales desde entonces tomaría todas las decisiones importantes en la vida. No debía ser tan mala decisión porque Mas (o Manos) del Perill no volvió a arder (ni los residentes de dentro) hasta la maldita noche en la que todos los parientes vivos y uno muerto de Lynette Santes Creus, salvo primos detectives postizos, murieron calcinados.

[8] Ninguno.

[9] Plenipotenciarios.

[10] El *Libro de los Hechos*: «El castillo es una fortaleza hermosa, que mira hacia Tarragona, bien distribuida y arreglada, y cuadrada, y hay puertas de madera de roble, y almenas sin usar, y pozo y dos torres, y patio de armas preparado para entrar a formar y bodega propia, una sinecura, óptimo parejas».

7
La gasolinera de los halcones nocturnos

Los mosquitos del atardecer patinan sobre el sudor de Réquiem, que ha tirado carretera arriba hasta Puig Perillós para descubrir que ahora la antigua mansión es una gasolinera. Una serie de carambolas notariales propició que, una vez incapacitada Lynette Santes Creus, la herencia fuera a recaer sobre una compañía petrolífera venezolana, uno de cuyos socios fundadores había sido compañero de cacerías del teniente coronel del ejército armenio que tuvo una relación sentimental con el dentista del zapatero del veterinario de la serpiente que un mal día se intentó zampar a Félix, el queridísimo tucán de la familia Santes Creus.

Las torres de alta tensión de cables destensados zumban sobre la gasolinera. Un padre compra cohetes en la máquina expendedora de fuegos artificiales que hay al lado de los surtidores. Un perro orina sobre las brasas al rojo de las barbacoas al aire libre que hay cerca del depósito de bombonas de butano, al lado de la zona de fumadores señalizada con cuatro antorchas mal colocadas. Réquiem abre la puerta y encuentra todo lleno de estanterías atestadas de aceite de motor y aceite de palma, plásticos que envuelven sustancias de textura y color similar al chocolate, envases de sopas microondables, bolsas de piedras de sal salpimentadas de frutos secos y toda una repisa dedicada a la prensa, a saber: periódicos desactualizados desde primera hora de la mañana, revistas del corazón eviscerado y cuadernos de crucigramas con fotografías de modelos femeninas de ropa interior de 1973.

El Dependiente lo mira desde detrás de la caja registradora. Es un hombre flaco y calvo que acaba de comenzar el turno de noche y

tiene esa mirada de quien reclama una muerte rápida y acabemos ya con esta mierda. Hoy no se ha afeitado (su hoy hace veintiséis meses que dura, un ciclo interminable de insomnio, dolor y fotofobia), se balancea compulsivamente sobre un Teleprograma y sostiene una cerilla entre los dientes. Tiene tantas ganas de estar en la barra como de que lo encierren en un ataúd lleno de escorpiones y lo entierren bajo los restos de la necrópolis íbera que hay tras la gasolinera. Además, tiene un soplete adherido bajo la barra con cinta americana y no ve el momento de usarlo. El día que lo ataquen de nuevo, o cuando un cliente intente engañarlo con el cambio, o cuando el relevo de la mañana llegue diez minutos tarde y lo mire de aquella manera con la que lo mira, como si le jodiese. Tiene un soplete y está dispuesto a encenderlo en la cara de que quien sea, y Réquiem parece un buen Quien Sea.

Dos *mossos* de tráfico despegan la mirada de los móviles y escrutan a Réquiem, quien, por unos instantes, se siente un espía a punto de ser descubierto con un maletín lleno de microfilms en el Checkpoint Charlie. El escaneo visual de los policías debe resultar negativo, porque no tardan en sumergirse en un laberinto de memes internáuticos.

Si en lugar de Réquiem el anillo lo hubiera encontrado el doctor Broch, ahora estaríamos hablando de una investigación muy diferente. Porque como una investigación es como se lo toma nuestro poco habilidoso protagonista: ha de averiguar el origen de este anillo, sea como sea. La pesadilla que lo condujo a aquel planeta extraño es solo la patita del lobo haciéndose pasar por la madre cabra. Si el doctor Broch hubiese aparecido por esta gasolinera con su estatura menuda, pantalones de pinza y americana de gemelos personalizados, seguro que el interrogatorio habría sido diferente. Más directo. Conciso. Estructura clara. Objetivo definido. Él sí que habría sido un buen investigador. Réquiem, en cambio, ha entrado por la puerta sin saber bien qué venía a hacer, confiando en que la intuición lo guiaría. La intuición de Réquiem era

tan preclara que, cuando era pequeño, tomó consciencia propia y lo abandonó, mientras dormía, para irse con alguien más afortunado.

—¿Sabe que los sauditas tienen cincuenta palabras para referirse al petróleo?

No es la mejor frase del mundo para romper el hielo, pero a Réquiem no se le ocurre ninguna otra en el trayecto hasta Sant Feliu.

—Nosotros somos venezolanos. Y tenemos cincuenta y una.

—Me toma el pelo.

El Dependiente hace bailar las pupilas al ritmo del tintineo de uñas sobre el linóleo.

—*Pechicho, pecherote, tualamacán, aberroque, relachidasa, benzilona, cacereña, bombedisca, espelmoquiño, guatelentera, furolontana, clarera negra, clarera espesa* —toma aire—, *petropapa, petropincho, panchelosco, endobrecio, sachimavisca, mirlón, orito prieto, gel fiduncio, camagüero, ledanenco, arganera, zurbabastro, petróleo, deluschacada, sinsaboniclo, mesmonio, rifofestaso, chaluría*…

—De acuerdo, le creo.

—No, espere: *ebonesía, carmesí oscuro, arrepompa, bimtorodona, galvanediso, cacopusco, sifilinquero, broncho, pus pesquera, calabracha, berbecó, asticlosón, mesuquero, chilobombo, gomatoso, crin, niralato, salivón, salmoniteo* y *flor de azil.*

—Usted es venezolano.

—Por parte de suegra. —Pasa un trapo sobre la barra, como si quisiera borrar los nombres que ha vertido—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Pensaba que aquí estaba la mansión Santes Creus.

—Se quemó hace cosa de un año.

Réquiem no está obligado a saber toda la información de la cual dispone ahora el lector. Se podría dar el caso de que demasiados datos lo confundiesen y comenzase a comportarse de forma aún más imprudente; no sería la primera vez. Además, la historia de Puig

Perillós es más un apunte curioso y tangencial en esta historia que un hecho auténticamente relevante.

—¿No queda nada?

Se sienta en un taburete que rechina y se desploma un palmo con el peso. La barra está pegajosa.

—Cuatro paredes, al lado del túnel de lavado.

Señala fuera, a través de la máquina de café, como si confiase en la visión de rayos X de Réquiem. Si la tuviera, vería que el túnel de lavado es una estructura de hormigón similar a un pesebre soviético, con tres mangueras (agua, aire y mirra) y un cubo de basura con una rata muerta por intoxicación alimentaria.

—¿Se puede visitar?

El Dependiente arquea las cejas. Sería la pregunta más extraña del día si un camionero no le hubiera pedido a media tarde un lugar seguro donde poder esconder un cadáver que ya está pudriéndose y deja la cabina del camión toda apestada.

—¿Tomará alguna cosa? —interroga el Dependiente. El negocio es el negocio.

—¿Qué tie…?

—¿Té? ¿Con menta?

—No. Que qué tiene.

—Trastorno esquizoafectivo, pero mi psiquiatra dice que está controlado. Mentira. —Coge un bote de caramelos de menta para el mal aliento y lo abre—. Me receta unas pastillas para controlarme mentalmente y he dejado de tomarlas. Las cambio por estas y así nadie sospecha.

Devuelve los caramelos psicoactivos al expositor.

Réquiem rescata la tarjeta del doctor Heribert Gisbert del bolsillo de los tejanos y se la entrega al Dependiente.

—Si alguna vez quiere cambiar de psiquiatra, este era el de la antigua propietaria de la mansión de Santes Creus.

De una torta, el Dependiente chafa un mosquito impertinente que le revoloteaba alrededor del cuello desde hacía un rato y, con los dedos aún ensangrentados, recoge la tarjeta.

—¿Le ha enviado mi psiquiatra? —*El soplete acabaría con todo bien rápido,* piensa el Dependiente.

—No —responde Réquiem con una naturalidad del todo impostada—. Póngame un café.

—¿No quería un té?

—Lo que le sea más fácil.

Los policías responden a un aviso ininteligible de la emisora, se aprietan el cinturón y dejan unas monedas en la barra. Réquiem hace un movimiento de cabeza para saludarlos y ellos responden con un gruñido. Salen justo cuando entra una mujer y grita desde la puerta:

—¡El depósito lleno en la 4!

—¿Diésel Ristretto? —pregunta el Dependiente mientras manipula el ordenador.

—No. 95 intenso, avainillado.

—Ya lo tienes.

—¿No le pide una identificación? —Réquiem señala el cartel de «Para llenar el depósito en turno de noche se requerirá DNI», garabateado con prisas y rotulador de trazo grueso sobre una cartulina, al lado del bote de las propinas forrado con dibujos eróticos amarillentos de antiguas publicaciones pornográficas.

—Es clienta habitual —se excusa sin ganas el Dependiente.

—¿Y no sabe qué combustible consume su coche?

—Lo cambia muy a menudo, cada vez que se le muere el marido. Tiene muy mala suerte, esta mujer.

—Sí que es mala suerte, sí.

La mujer cuelga la manguera en el surtidor y vuelve para pagar con un fajo de billetes en la mano. Cuando se acerca a Réquiem, le guiña un ojo. Réquiem hace un simulacro de sonrisa y ella deja un billete de cincuenta sobre la barra.

—Hoy invito yo —dice, se pasa la lengua por los labios y se va contoneando el culo embutido en leotardos de gimnasta de cuneta.

—Es su día de suerte —remacha el Dependiente.

—Eso parece. Olvide el café. Póngame un trifásico… con el mejor coñac que tenga.

La araña que tejía una telaraña entre las botellas huye al sentirse amenazada.

—¿Quiere unos caramelos para la garganta?

—No. Solo busco información.

El soplete. El soplete lo llama. El fuego lo purifica todo.

—Entonces, le costará dinero.

—Cóbreme el trifásico. —Esgrime el billete de cincuenta euros que la viuda enleotardada ha entregado alegremente.

El Dependiente teclea en la caja registradora y le devuelve dos de veinte y un puñado de chatarra. Réquiem lo guarda en el bolsillo del que había extraído la tarjeta —nunca usa cartera—, sin embargo desliza uno de los billetes sobre la barra. Por el camino, se han adherido sustancias mucosas indeterminadas.

—¿Qué quiere saber?

—Me pregunto si conoce a esta chica. —Desbloquea el móvil y busca la fotografía del rostro de Lynette que hizo durante la autopsia. Está inflada y cianótica, los ojos hinchados, el labio torcido en un gesto que deja al aire unas encías oscuras, los cabellos enredados sobre la frente.

—Es guapa —responde el dependiente—. Parece muy viva. ¿Es su novia? ¿Ha desaparecido y la está buscando?

—No. Vivía aquí antes, en la mansión Santes Creus.

—Hace un año que…

—… se quemó. Lo sé. ¿Pero la conocía?

—Déjeme mirar… —Agarra el móvil y se lo acerca a pocos centímetros de los ojos, como si lo tuviera que utilizar para peinarse las pestañas—. Sí. Había venido alguna vez por aquí. Me suena.

—¿Y le habló?

—¿Seguro que no lo envía mi psiquiatra?

—No.

—Creo que solo la veía yo, a esta chica. Entraba, se sentaba aquí en el mismo sitio en el que usted está ahora y se pasaba horas en

silencio. Estaba más delgada y menos azul, pero ahora la recuerdo bien: es ella.

—Entonces, ¿nunca le dijo nada?

—Solo una vez. Aunque ya le digo que hasta ahora que me ha enseñado la foto —le devuelve el teléfono— creía que era, ya sabe, otra de las voces de mi cabeza. Todos la ignoraban, era como si no existiera. Como en aquellas películas en las que descubres que el protagonista tiene un amigo que en realidad es una proyección de él mismo y que no ha existido nunca más allá de su fantasía, no sé si me entiende.

—¿Qué le dijo?

—¿Qué?

—Dice que habló solo una vez.

—Que moriríamos todos.

Réquiem le da un trago al trifásico, lechoso, amargo y tibio como un escupitajo.

—¿Así tal cual?

—Dijo que el fin del mundo se acercaba y no había marcha atrás. Me miró fijamente a los ojos y me dijo que me despidiese de la gente a la que quiero, que me preparase, porque el advenimiento de no sé qué rey ya había comenzado y ella era la culpable. Fue la última vez que la vi, no lo sé, hace cosa de un mes. Escuche, el psiquiatra este que me ha recomendado ¿es el mismo que el de la chica?

—Sí.

—¿Y usted existe o también sale de mi cabeza?

—A ver, hay diferentes corrientes filosóficas que aún se pelean para responder esta pregunta… —Réquiem aprovecha para estirar los músculos y desperezarse—. Sea como sea, si viviera dentro de su cabeza, también sería real, ¿no? Quiero decir: si existo solo para usted, soy real «para usted».

El Dependiente está más tentado que nunca de encender el soplete y asar a este espectro molesto que no calla. Puestos a delirar, prefería a la chica apocalíptica.

—La conversación se ha acabado —sentencia, la mirada oscurecida.

—No se lo tome así —dice Réquiem—. ¿Qué quería decir con el advenimiento de un rey?

Silencio por respuesta. Precisamente ahora ha decidido hacer caso al psiquiatra e ignorar las voces que le hablan.

Réquiem insiste:

—Si responde a la pregunta prometo irme y no volver nunca más.

La oferta es tentadora. El Dependiente limpia el tubo calentador de la máquina de café con el mismo trapo con el que ha ido refregando todo el local.

Colgado de la pared sobre la puerta del baño como una escopeta catódica de Chéjov, en el televisor, el hombre del tiempo habla del paso cercano a la Tierra de un cometa descubierto hace pocos días el próximo 13 de agosto —no queda ni un mes—. Entonces, se dedica a repasar la intensa actividad volcánica del Estrómboli y un par de volcanes islandeses de nombres de luxación palatal, tempestades torrenciales en el este de Europa, el frente de dos ciclones gemelos que han arrasado Madagascar, un tifón de dimensiones gigantescas que ha causado decenas de miles de muertos en la Polinesia, cuatro terremotos simultáneos en América Latina que se han tragado poblaciones enteras, un huracán que ha hecho desaparecer medio estado de Texas, incendios masivos en Siberia y el Amazonas y un tsunami que ha barrido la isla de Kyushu, en Japón.

El Dependiente suspira y gira la cabeza hacia el hombre de traje y fedora azules que se encorva sobre un vaso de *whisky*. Este le da su aprobación con un encogerse de hombros y continúa invisible a los ojos del mundo, todo un halcón nocturno.

—Aquel Que No Se Puede Nombrar, me dijo. El Rey de Amarillo.

8
Bushido cuántico

—Yo creo que el principal escollo es que vemos el tiempo como una línea recta, del punto A al punto B, como si fuera una carrera contrarreloj y no hubiese ningún desvío ni atajo posible —dice Dalsy.

—Pero si vas tarde, vas tarde. Si tienes que llegar antes de las diez, no puedes presentarte a las once y cuarto. —Francesca, enfadada, brazos en jarras.

—Eso es a lo que me refiero: vivimos enjaulados en husos horarios, en una continuidad esclavizadora que es falsa —y recalca, como si hablase en negrita—: **Fal-sa**. Nos guiamos como zombis a partir de las coordenadas absurdas de una roca que gira a toda velocidad sobre sí misma alrededor de una bola de gas en llamas. No sé tú, pero como vara de medir me parece primitivo.

—Es lo que hay. —Francesca se apoya en el marco de la puerta.

—Mira las partículas cuánticas, por ejemplo. ¿Tú crees que a un cuanto le importa si ha de rotar sobre una estrella? A un cuanto las estrellas se la soplan. Son estrellas en sí mismas, en cierta manera. Un cuanto… Sabes qué es un cuanto, ¿no?

—Sí, pero no creo que…

Dalsy la interrumpe. Va lanzada, como cada vez que se lía a charlatanear.

—Se ha demostrado que una partícula cuántica puede aparecer aquí y en otro lugar del universo simultáneamente, porque también puede no estar en ninguno de los sitios a la vez. Ya me entiendes. O no, porque ya sabes eso que dice que si entiendes la mecánica cuántica es que no la has entendido de verdad. O sea, quiero decir: un cuanto ahora, aquí, puede estar ahora y aquí, ¿me sigues?

—Mira, Dalsy… Porque te llamas Dalsy, ¿verdad?

—Sí.

—De verdad, no hace falta continuar por aquí. Hacemos ver que no has llegado tarde y ya está.

—No. Quiero decir: sí. Pero ya es eso. Un cuanto que puede o no puede estar aquí y ahora, puede aparecer aquí y antes. El mismo. La única pega es que en el momento de observarlo, lo fijamos. Eliminamos el rastro de probabilidad. Que es lo que ha pasado cuando he llegado: hemos fijado mi llegada en el tiempo no estimado, y por eso parece, pero solo parece, que haya llegado tarde.

—¿Puedes darme el *sushi*, por favor?

—Sí, claro, perdona. —Dalsy abre la mochila amarilla y saca dos bolsitas de plástico reatadas.

Del interior del piso, una voz masculina pregunta si pasa algo.

—Es mi marido… —empieza a justificarse Francesca, pero Dalsy le sella los labios con el dedo índice.

—Calla o no pasaremos el test de Bechdel. —Se coloca de nuevo la mochila, coge la bicicleta y encara las escaleras—. ¡Recuerda puntuarme bien!

Dalsy ha hecho todas las entregas y examina las peticiones del móvil. Tiene una recogida de hamburguesas en la otra punta de la ciudad, una petición de ácido ascórbico a veinte minutos de donde se encuentra ahora (¿quién quiere vitamina C a medianoche?) y ocho peticiones de alcohol repartidas en diferentes barrios. Incluso una partícula cuántica debería resignarse a perder puntuación por no poder atender todas las entradas hoy.

—¡Eh, nena!

Reconocerá este grito el lector que haya rondado por la calle a ciertas horas de la noche. Es un código sencillo que, habitualmente, significa «problemas». Dalsy da la respuesta habitual: ignorarlo. Se pone el casco con un dibujo de una caca rosa con cara y ojos de nuevo sobre el hiyab y acepta el encargo de ir a Bon Pastor —quince

minutos a buen pedal— a llevar dos botellas de Jack Daniels y una garrafa de Pepsi-Cola.

Algún otro le insiste, ahora más alto:

—¡Ey, que te hablamos a ti, guapa!

Se gira poco a poco y se encuentra a cinco gamberros de fiesta, embravecidos, uno de los cuales avanza a trompicones y esboza lo que una babosa imaginaría como una sonrisa seductora. Cuando lo tiene a un metro de distancia, el hombre exhala vapores de alcohol en forma de fonemas. La transcripción literal sería un despropósito, aunque, en una traducción más o menos fiel, Dalsy interpreta que le ha dicho:

—Me parece que tienes una cosita para nosotros…

—Estoy trabajando, he hecho todas las entregas y nadie me ha pagado en efectivo. Por no tener, no tengo ni tiempo para vosotros.

—Con esos ojos tan bonitos que tienes y esa boquita antipática… —Esta es otra aproximación a las palabras de la babosa ebria—. Eso es porque trabajas demasiado. Ven con nosotros, que una chica no puede ir sola por el mundo. Hay demasiada gente mala.

Dalsy da un paso atrás hacia la bicicleta cuando de repente siente las manos de alguien que no tenía controlado que la agarra de los brazos. Es un sexto hombre, que había ido a mear a un árbol y se la ha encontrado de vuelta. Incluso en una noche calurosa y húmeda de julio, puede sentirle el aliento cálido en la nuca. Una gota de sudor frío le resbala por la espalda.

—Nadie te protegerá mejor que nosotros, ¿verdad, chicos?

Carcajadas, erecciones guturales, frotar de manos.

—Sé protegerme sola —les advierte Dalsy.

Chasquido de risa simiesca de la babosa que tiene un eco en el grupo.

—Entonces nada, chica —mastica el valiente—. Ahora volverás a trabajar, no te preocupes.

—Dile a tu amigo que me suelte.

—Antes nos darás un beso de buenas noches, ¿no?

—Es mi última advertencia: dile a tu amigo que me deje ir si no queréis acabar mal.

Aplausos por el chiste. Los amigotes de la babosa se calzan bien los pantalones y se pasan la lengua por los labios, hambrientos, excitados, depredadores que olfatearían la presa si no apestaran a ginebra de cisterna.

El aviso de Daisy no es ningún farol ni pretende engañarlos para ganar tiempo. Tal vez su físico menudo, de extremidades delgadas como ramitas a punto de romperse, el dulzor inocente de un rostro púber o la voz tan aguda que le ha valido un mote farmacológico (por la necesidad imperiosa de recurrir al analgésico infantil) hagan creer que es una chica delicada. Dalsy es esa participante ofensivamente cortita de un concurso de talentos, carne de picota y mofa, puro *bullying* televisivo, que acaba haciendo llorar al jurado y pone al público de pie, todo son pieles gallináceas y gargantas gordianas, con su interpretación angelical del aria más popular de la ópera más famosa. Nacida en el año más catastrófico en la alcantarilla más maloliente del barrio más miserable del distrito más pobre de Rangún, en Myanmar, Dalsy es una maestra en Bokudenryu Jujutsu Koshimawari Iaiheiho[11].

—Venga, nena.

Con un gesto velocísimo de la mano, saca la catana de la funda, atada al cuadro de la bicicleta, se libera del captor con un golpe del casco que le revienta la nariz y se coloca en *chudan kamae*, la posición de guardia con la espada apuntando directamente al esternón de la babosa.

—Venga, medusomental.

A dos metros por detrás de la babosa, el Acosador #3 aplaude sorprendido.

—¡Tenemos una samurái!

Dalsy hace un gesto de desaprobación, aprieta la punta de la espada contra el pecho y le rasga un trozo de camiseta.

—No hace falta ponerse así. —La catana de Dalsy tiene unas propiedades logopédicas excepcionales, porque ahora la babosa

vocaliza a la perfección—. Solo te echábamos unas flores. Eres una chica guapa…

—¡Pero si no debe saber ni cómo usarla! —grita el Acosador #4.

El Acosador #5 no tiene línea de diálogo porque es de ese tipo de hombres que siempre se deja llevar por los colegas y no abre nunca la boca, ni tan siquiera para pararlos.

—¡Calla, idiota! ¡La señorita y yo estamos hablando! —La babosa no gira la cabeza, hipnotizada por el centelleo del metal.

—Recoge a tu amigo del suelo —Dalsy señala al chico de la cara cubista que se mira las manos ensangrentadas como si no hubiera visto sangre antes— y largaos de aquí, mothertrefes.

La babosa tiene las manos en el aire en señal de paz y rendición y de haberse miccionado en los pantalones.

—Y, a partir de ahora, vigilad qué hacéis y a quién se lo hacéis —remacha Dalsy—. Hay mucha gente mala.

Melodía seca de oboe, los Acosadores que se van con el rabo entre las piernas, Dalsy que enfunda la catana y sube a la bicicleta, en blanco y negro, los títulos de crédito en *kanjis* gigantes sobreimpresionados mientras ella pedalea hacia el horizonte, se para en un semáforo, pasa una bolsa de supermercado haciendo giros por el viento, fundido a negro.

Se encienden las luces de la sala.

De hecho, las enciende Dalsy al llegar al piso que comparte con Réquiem y Kurosawa, porque están los dos a oscuras, las caras iluminadas por el resplandor de un televisor que tiene más pulgadas que metros cuadrados el apartamento, filtrados por una neblina cannábica. Como vampiros emporrados dan un aullido con el impacto lumínico y se refugian inútilmente bajo una manta agujereada por las quemaduras.

—¡Apaga! ¡Apaga! —la insta Kurosawa.

Dalsy lo ignora, apoya la bicicleta contra la pared del recibidor (un recibidor *office*: un colgador de ropa roto, un colgador de llaves donde los ganchos son penes y un cenicero Cinzano sobre un

taburete robado de un bar entre la puerta de entrada y la sala de estar) y echa un vistazo a la tele.

—¿Otra vez el programa de las aduanas? —exclama.

—Es en el que intentan llevar tortugas tropicales escondidas dentro del recto —dice Réquiem desde debajo de la manta, como un fantasma cosido a tiros.

—¿Cuántas veces lo habéis visto?

—Siempre hace gracia —se excusa Kurosawa.

Dalsy va hacia la habitación con la sensación de que vive con dos niños que siempre quieren ver la misma película de la princesa Pescanova, una y otra vez. Quita el candado y se desviste para ponerse el pijama. Después del enfrentamiento con los borrachos, ha dado por finalizada la jornada y ahora solo quiere sentarse un rato, beberse un litro de horchata y no pensar en nada.

Réquiem aparece por la puerta.

—¿Tienes un momento?

—Estoy en bragas.

—Me espero.

Réquiem cruza los brazos y cumple su palabra. Ella da unos saltitos para embutirse en unos pantalones que guarda de Rangún y que no están mucho mejor que la manta del comedor. Sale de la habitación, cierra la puerta y va hacia la cocina. Examen sorpresa de Primero de Nevera.

—¡Kurosawa!

Réquiem la sigue como un perrito que espera que lo mimen.

—¡Mañana! —Kurosawa responde a la pregunta inexistente.

—¡Eso me dijiste ayer!

—Técnicamente, te lo he dicho de madrugada —matiza desde el sofá—. Por lo tanto, la respuesta todavía es mañana.

Un puchero de frustración se abre paso entre los músculos faciales de Dalsy.

—Tengo leche de avena con vainilla —ofrece Réquiem—. No es leche de verdad y la vainilla es un aditivo cancerígeno, pero parece horchata.

Ella acepta y Réquiem le llena un vaso de crema de chocolate reutilizado.

—No parece horchata —dice ella después de darle un trago.

—No, pero durante unos segundos has tenido la ilusión de que podía parecerlo. Eso es mejor que nada.

—¿Ahora haces de *coach*? —Se acaba la bebida de un trago.

—No es tan mala, ¿eh?

—¿Qué querías?

—¿Tú sabes quién es el Rey de Amarillo?

—¿Qué pasa? ¿Han explotado los servidores de Google?

—No lo sé. ¿Han explotado los servidores de Google? —pregunta a Kurosawa, que acaba de dar una calada y se vuelve a esconder bajo la sábana.

No hay respuesta.

—¿No puedes mirarlo en internet? ¿Tenías que esperar a que llegara? ¿Quién soy? ¿Tu madre?

—A la primera pregunta: el *router* ha petado y nos hemos quedado sin datos en los móviles. A la segunda: tú eres una tía leída y siempre tienes estos temas de conversación que alucinamos con de dónde los sacas. A la tercera y cuarta: afortunadamente no, porque si mi madre me viese hacer lo que tú me has visto hacer desde que compartimos piso ya la habría matado del disgusto.

Parece que los argumentos son convincentes o que la leche de avena le ha sentado bien, porque afloja una sonrisa.

—¿De dónde has sacado eso del Rey de Amarillo?

---

[11] No hay duda de que siendo como es el lector que tiene este libro en las manos alguien cultivado, habrá oído el nombre de Musashi, el mejor espadachín japonés de la historia. Sin embargo, puede ser que la inmensa fama de Musashi haya eclipsado el mito de un guerrero anterior a este, Tsukahara Bokuden, creador de la escuela de la disciplina del Bokudenryu Jujutsu Koshimawari Iaiheiho y protagonista de un buen puñado de leyendas como las fantasías sexuales más lúbricas de Dalsy. Una de las historias que se explican sobre Tsukahara Bokuden es que, de joven, fue a ver al gran

maestro Musashi y le pidió luchar en un duelo para comprobar que le podía ganar. Musashi lo recibió con amabilidad y lo invitó a un té. Hablaron de filosofía, matemáticas y de una serie que aquellos días estaban representando los actores de la aldea y tenía a todos enganchadísimos. La voz de Musashi era dulce y aflautada. La de Tsukahara Bokuden, un trueno contenido. El comportamiento de ambos era de respeto y vigilancia mutua, con largos silencios entre sorbo y sorbo. La ceremonia del té duró seis días, hasta que Tsukahara Bokuden se levantó y retó al maestro Musashi a un combate. «No lucharé», dijo Musashi, «porque ya me has ganado». «¿Cómo?», preguntó Tsukahara Bokuden. «Te he estado observando: el movimiento de los dedos, la respiración, los latidos del corazón, la calma… en un duelo contra ti, no tengo ninguna posibilidad». Tsukahara Bokuden se quedó con las ganas de cruzar catanas con el gran maestro Musashi, pero no protestó demasiado. Una leyenda muy bonita si no fuera porque ya habíamos advertido que Tsukahara Bokuden vivió antes que el maestro Musashi, un pequeño error de continuidad que no impide que se siga contando a todos los muchachos que pisan un *dojo* el primer día. Otra de las aventuras de Tsukahara Bokuden es aquella que narra cómo un guerrero lo asaltó mientras le cortaban el pelo y le exigió que le explicase la famosa técnica de lucha sin catana. «Ahora estoy ocupado», se excusó Tsukahara Bokuden. «He llegado de muy lejos para aprender de su técnica secreta de lucha sin catana», dijo impetuoso el guerrero. «No, de verdad, es mal momento». «La vida es un momento inoportuno en el camino del aprendizaje». Las palabras del guerrero hicieron entender a Tsukahara Bokuden que iba muy bebido y que un samurái borracho es un pesado que cuesta quitarse de encima. «De acuerdo, te enseñaré mi técnica de lucha sin espada, aunque me habrás de hacer dos concesiones». «¿Cuáles?». «La primera, que me acabe de cortar el pelo. La segunda, que vayamos juntos a aquella isla deshabitada que se ve desde el puerto de esta aldea. Aquí hay demasiada gente y no quiero lamentar heridos o muertos». «Como ordenéis, maestro». Así fue cómo los dos contrincantes, maestro y alumno, subieron a una piragua y enfilaron remando hacia la isla. Durante el trayecto, el aprendiz acariciaba la catana con el anhelo secreto (bien, no tan secreto) de vencer al legendario Tsukahara Bokuden y entrar en el Olimpo de los espadachines. No habría mejor ocasión que esta. Llegados a las playas de la isla, el joven impetuoso bajó de la piragua de un salto. La catana desenfundada y un grito de guerra. Al girarse, sin embargo, vio cómo Tsukahara Bokuden se alejaba remando de vuelta al pueblo y lo abandonaba sin posibilidad de escapatoria. «¡Esta es mi técnica de lucha sin espada!», gritó Tsukahara Bokuden. Dalsy aprendió la disciplina de bien pequeña, hasta convertirse en una de las más grandes maestras del arte de Tsukahara Bokuden. Salió de la miseria y de Myanmar,

de exhibición en exhibición alrededor del mundo, hasta que una serie de incidentes en cadena que no son el motivo de este pie de página la retuvieron en Barcelona. Dalsy no ha perdido nunca el optimismo y se ha adaptado a cualquier situación sobrevenida, un espejo de su espíritu que resume con una frase de cosecha propia: «El Bokudenryu Jujutsu Koshimawari Iaiheiho es como el rock: lo importante es la actitud».

9
La ominosa amenaza de Aquel al Que No Se Puede Nombrar, pero a quien al fin y al cabo quien más quien menos llama el Rey de Amarillo o, si me aprietas, Hástur

Forjada en el creepypastismo de los canales de YouTube más oscuros y el evangelismo siniestro de los podcasts, Dalsy tiene un conocimiento superficialmente enciclopédico sobre todo lo que está relacionado con la mitología de terror: eméticas posesiones demoníacas, laberínticos hoteles encantados, asesinos de máscaras icónicas, aberraciones metamórficas antropófagas, complejos de Edipo mal curados, canibalismo por la vía de la motosierra, órganos de dirección de diputaciones provinciales, taxistas insomnes, taxistas en general, anticristos prepuberales, procristos seniles, ectoplasmas ectoplastas, muertos revividos, muertos de colmillos afilados, satanistas encapuchados, pueblerinas aficionadas al mimbre, armarios ultradimensionales, topos semihumanos, brujas guapas y brujas feas, payasos, nazis, malas mujeres y ultracuerpos.

—Algunos consideran al Rey de Amarillo una divinidad. —Dalsy se acurruca en el sofá y le da otro sorbo a la leche de avena, el octavo; ya se ha bebido dos briks.

—¿Quién? —pregunta Réquiem—. Nunca he oído hablar de ninguna religión que venerase a este Rey de Amarillo.

—No pertenece al *mainstream*, como si dijésemos. Evidentemente, no lo encontrarás en el santoral de ninguna de las monoteístas, ni forma parte del panteón de las politeístas más

conocidas. Por no tener, no tiene ni iglesia como tal, no hay un corpus ritualista ni una adoración devota más o menos organizada[12].

—Siempre me dejas flipado —dice Kurosawa.

—Soy la reina del *infodumping*. —Sonrisa monárquica y vuelta a la sobreexposición de información dialogada—. El caso es que ni siquiera es un dios en sí. Solo es uno de los avatares de una divinidad en nuestra dimensión. Y antes de que me preguntéis qué es un avatar: es el embajador de un ser superior en nuestra realidad.

—¿Y esta divinidad es…? —Le da pie Réquiem.

—Hástur. Un monstruo amoroso, tentacular y escamoso, que vive en Aldebarán, en la constelación de Tauro —aquí es donde Dalsy ha de consultar el móvil—, en la orilla del lago Hali.

—¿Un lago? —El sentido arácnido de Réquiem le espeta un cachete.

—Un lago fétido bajo un cielo de estrellas negras.

—Y una ciudad abandonada.

—Carcosa.

—Es el planeta de mi sueño…

—Sí que aspiras a poco —dice Kurosawa.

—Que no. Que es el planeta con el que soñé. Estaba este lago y una ciudad al fondo. Entré en un castillo en ruinas. ¿Qué era?

—Aquí no llego. El castillo que dices aún no tiene ninguna reseña en internet. Sin embargo, puede ser el castillo del Rey de Amarillo o de alguien de su corte de monstruosidades cósmicas.

—¡Los biají! —grita Kurosawa, y con la exaltación relaja el esfínter y suelta un pedo trompetero que se gana la recriminación de los compañeros de piso.

—Si te vas a cagar encima vete al baño —protesta Réquiem.

—Es la alarma corporal que me avisa cuando hace un rato que no como nada. Y no tiene olor.

El comedor apesta a matadero tropical una mañana calurosa de verano.

—He traído *pizza* que no han aceptado porque se me había caído al suelo. La tengo en la mochila, Sawa.

—¿Queréis? —ofrece Kurosawa mientras se levanta y las rodillas y los muelles del sofá chirrían en una coral armónica.

Réquiem dice que no con la cabeza, enrojecido por la falta de oxígeno.

—Tú te lo pierdes. Y que sepas que en el curro tienes que soportar pestes mucho más asquerosas que mis pedos y no te quejas.

—En el curro me pagan.

—Y yo te regalo mis ventosidades; soy así de generoso.

—Tiene razón. No sobre su altruismo gaseoso. Sobre los byakhee. —Réquiem, que se ha rendido a su sistema respiratorio, lo ignora. En el sueño, los byakhee eran los protectores del castillo.

—Pues estamos apañados[13]. Los byakhee —espera unos segundos a que cargue la página en el teléfono— son criaturas aladas, grandes como un camión y tan agresivas que nadie que las haya visto ha sobrevivido.

—Entonces, ¿cómo sabemos que las han visto si no han sobrevivido?

—Por testimonios indirectos, supongo. Sin embargo, no tenemos ninguna descripción más allá de que son horribles, medio insecto medio dragón, queratinosos[14], de garras palmeadas como las de los patos, lo que no es demasiado terrorífico, que sirven de montura a jinetes experimentados y que pueden volar a la velocidad de la luz.

—Encuentro que es demasiada descripción para no tener testimonios directos vivos.

—No lo sé, Rick —interviene Kurosawa con media *pizza* colgando de la boca—. Parece falso.

—Si no los ha visto nadie, no deberíamos tener ninguna descripción —continúa el razonamiento Réquiem.

—A menos que hayan desenterrado algún fósil, como los de los dinosaurios —razona Kurosawa.

—Pero eso implica verlos. No dice que nadie los haya visto «vivos». —Hace la señal de las comillas para acompañar la palabra entre comillas—. Dice que no los ha visto nadie.

—¿Hace ruido un árbol que cae en el bosque si no lo puede oír nadie? —piensa en voz alta Dalsy.

—¿Son leñadores? —pregunta Kurosawa, que ha encontrado un escarabajo zampándose el *pepperoni* de la *pizza* y lo hace correr entre los dedos.

—¿Qué?

—Que si son leñadores. Has dicho que talan árboles. ¿Son monstruos cósmicos que se dedican al negocio de la madera?

—No —responde, contundente, Dalsy.

—Ah. Entonces, ¿a qué se dedican?

—Son monturas. Deben transportar a alguien —dice Réquiem.

—¿Alguien que no puede verlos? ¿Qué son, monstruos lazarillo?

—Algún otro monstruo galáctico que no aparece en internet. —Réquiem hace aspavientos, el porro trazando estelas anaranjadas entre la humareda.

—Monstruos ciegos. Los montan monstruos ciegos del espacio exterior. ¿Para ir a dónde?

—Son leñadores —cede Dalsy, tan contundente como cuando lo había negado—. Talan árboles en el bosque.

—Lo ves. Yo tenía razón.

—Nos estamos desviando —Réquiem intenta retomar el hilo—. Tenemos un Rey de Amarillo, que en realidad es la apariencia de un dios en nuestra realidad, que vive en un planeta donde hay un lago y una ciudad y un castillo protegido por monstruos invisibles…

—Leñadores —puntualiza Kurosawa.

—Monstruos invisibles le-ña-do-res con licencia de transporte público interdimensional.

—Que además se pueden colar en tus sueños —dice Dalsy.

—Y de todo eso no hay nada escrito en ningún sitio que no sean páginas de internet.

—Y foros de ocultismo. Nada.

—Ni libros, ni relatos, ni juegos de mesa, ni nada.

—Nada de nada.

—No me puedo creer que una mitología como esta no tenga ningún reflejo literario.

—Espera, espera, espera. —Kurosawa ha tenido una epifanía y salta sobre el sofá para ir corriendo a la habitación—. Me parece que he leído sobre una cosa así.

—Es todo por amor al arte[15] —sentencia Dalsy.

Réquiem le da una calada al porro. Dalsy chupetea la boquilla del brik de leche de avena con la lengua. En la televisión, policías con el casco y pasamontañas cargan con porras y fusiles contra manifestantes encapuchados que les lanzan piedras. Podría ser Barcelona, Santiago de Chile, Hong Kong o el tráiler de un videojuego. Las llamas los hipnotizan, el caos es atractivo; la violencia, golosa. La mosca del *mute* silencia las barricadas en la pantalla con un baile aleatorio. El humo parece brotar del televisor, fluido, orgánico, seductor, dulce. Hasta que la voz psicotrópicamente nasal de Kurosawa rompe el encanto.

—¡Aquí! —dice, y señala un librito blanco con un niño de mirada vacía en la cubierta—. La historia de uno de estos jinetes siderales que vive en un asteroide volcánico a millones de años de aquí. Mira, mira. Está obsesionado con talar los árboles de su planeta y recorre el universo de mundo en mundo para apoderarse de ellos. Se hace llamar el Príncipe y cuenta historias de serpientes gigantes que se pueden tragar elefantes. ¡Es eso! Esta es la mitología que buscamos. ¡Este es el Rey de Amarillo! No hay más que ver el color de los cabellos!

—Eso es *El Principito*, niño. —Réquiem le ha arrebatado el libro y lo ojea, los ojos entrecerrados y resecos—. Y además tendrías que haberlo devuelto a la biblioteca hace nueve años.

—Lo saqué la primera vez que me dieron permiso en la cárcel y subí a Barcelona a ver a mis padres. Y aquí se quedó, con los vídeos de Greta.

—No te dejarán coger ningún otro libro más en préstamo durante una buena temporada —confirma Dalsy.

—Tienes suerte si no hay un francotirador esperando a que salgas por la puerta —aventura Réquiem.

—Hay un libro, pero vale más que lo evites. —Dalsy levanta el índice.

—No creo que le suponga ningún problema —dice Réquiem, atento.

—*El Rey de Amarillo* —dice Dalsy, y obtiene una respuesta de miradas atónitas—. A ver, si eres una divinidad, no te has de esmerar demasiado con el título.

—Ilústranos.

Ella hace una búsqueda rápida en la red y les muestra una colección de imágenes góticas, letras doradas, terciopelos gastados, ácaros digitalizados, la foto de una infanta ictérica y símbolos arcanos.

—Se supone que *El Rey de Amarillo* es el texto de una obra de teatro que vuelve loco a quien la lee. «Aquel que se sumerge —cita literalmente un foro de *singles* conspiranoicos— se verá poseído por Hástur, que lo someterá a voluntad hasta conducirlo a la devastación moral, intelectual y física».

Réquiem se inclina hacia adelante y aparta la manta.

—¿Y dónde dices que puedo conseguirlo?

---

[12] Es necesario puntualizar aquí al lector que, en beneficio de la fluidez narrativa, se han pulido ciertos aspectos del habla de algunos protagonistas. Lo recordará el lector del encuentro entre Dalsy y la babosa, y ahora lo tendrá que tener en cuenta (u obviarlo, como prefiera) cuando nuestra samurái preferida de Myanmar se exprese con una riqueza léxica, una habilidad sintáctica y una capacidad hermenéutica impropia de una chica asiaticodickensiana que aprendió a leer en un *dojo* de Rangún y que a los doce años creía que los tomates crecían dentro de latas en el lodo fecal de los colectores del vertedero.

[13] ¿Lo veis? Es evidente que Dalsy no dice «Pues estamos apañados». Ni siquiera ha oído nunca esta expresión. En lugar de eso, ha usado un dicho muy popular en Rangún, «ငါ့ကိုလှည့်ပတ်လူတိုင်းအသဖြစ်၏နှင့် ငါ့ကိုယ်ထဲမှာတွင်းထဲမှာသွေးခဲရှိသည်။», que también se podría traducir como: «Todo a mi alrededor está muerto y yo sangro grumos viscosos por todos los orificios». Por economía semántica y proximidad biográfica, se opta por una respuesta más nuestra.

[14] Eso sí que lo ha dicho Dalsy, pero porque lo ha leído directamente de la web. No sabe qué quiere decir, le ha costado tres intentos, se ha trabado y el acento ha convertido la palabra en un accidente fonético, un puñado de chatarra silábica al borde de la boca. Pero lo ha dicho.

[15] Exactamente no dice «por amor al arte». La expresión que emplea es «por amor artesano».

10
Otra vez una pesadilla como recurso narrativo

Unos pasos lo desvelan.

La luz del patio se cuela tenue a través de la cortina estampada de piratas y tiburones simpáticos, herencia de la familia que vivía antes en el apartamento y que Réquiem, por pereza o por dejadez estética (pero sobre todo por pereza), no ha cambiado. No recuerda las manchas de sangre seca como pétalos de rosa gigantes que hay en las esquinas, así que lo atribuye a las sombras de una habitación en la oscuridad de la madrugada. El despertador está apagado y no muestra la hora. Ningún perro ladra fuera. Ningún camión de la basura vacía los contenedores con el estrépito de unas mandíbulas hidráulicas. Ningún tubo de escape trucado de ciclomotor rompe la barrera del tímpano calle arriba. Réquiem deduce que o han envasado la realidad al vacío o su cerebro pasea por un entresueño viscoso. Agarra el cojín como un transistor, chuta la sábana bien lejos de las piernas sudadas y se tumba en la cama.

Los pasos se acercan.

Debe ser Dalsy en uno de los continuos viajes a la nevera. No es solo que la chica no duerma nunca; es que tampoco deja de trabajar: no tiene suficiente con pasarse el día de un lado a otro, que por la noche entrena.

Cuando Réquiem quiere decirle que haga menos ruido, no puede articular una sola palabra. Un estertor le sube garganta arriba y choca con los labios, cosidos. Unos hilos gruesos de esparto le penetran la carne una, dos, tres, cuatro, cinco, seis veces, como gusanos resecos que le han cerrado la boca. Se palpa la cara, inspira

fuerte por la nariz, el corazón se acelera, se levanta del colchón y las náuseas amenazan con ahogarlo.

No puede gritar. Los músculos agarrotados le impiden levantarse.

Lynette Santes Creus entra por la puerta, una aparición espectral, pañuelo en la cabeza, rebequita, ropa de psiquiátrico. Se para a los pies de la cama y sobre Réquiem, que llora lágrimas mucosas, aterrorizado. En las paredes, las manchas de sangre forman mapas de tierras inhóspitas que ningún hombre ha hollado jamás. Lynette tiene la piel cerúlea y una telaraña de ríos cian le recorre las mejillas y le rodea los ojos, de una esclerótica de huevo frito. Se desabotona la rebequita, que cae al suelo. Hace resbalar la bata y se muestra desnuda, apergaminada, el tórax con el recosido en i griega con el que Réquiem lo cerró en la sala de autopsias. Los dedos de Lynette son garras de buitre que arrancan los puntos uno a uno haciendo brotar los órganos, vísceras, gasas y guantes ensangrentados, con un hedor a orina y espárragos que lo cubre todo, y Réquiem quiere gritar y no puede, y además esta semana le tocaba limpiar las habitaciones porque se lo había cambiado a Kurosawa a cambio de no hacer los baños.

Un crujido retuerce las extremidades de la aparición hasta darles un aspecto arácnido. La vulva, rasurada, se dilata, y salen de ella unas raíces tentaculares, gelatinosas, de no más de un palmo de longitud, que se enganchan a la parte interior de los muslos y azotan al aire y escupen una sustancia amniótica y corrosiva como el coñac del bar de un prostíbulo de carretera. Lynette retrocede hasta la pared e inicia un ascenso lento, los codos golpeando el tabique, los dedos fracturados, las uñas se parten en trocitos que gritan con vida propia. Lynette, o la araña alopécica en la que se ha transformado, no deja de observar a Réquiem, pese a que el cuerpo es un lío de articulaciones imposibles, ensartada en lo alto de la pared como una humedad que no se va nunca, y ahora abre tanto la boca que la piel de la mandíbula se rasga y el chasquido de la lengua es de un látigo de un galeote y el aliento le apesta a fuet y alioli y un ojo lo mira desde la garganta, un ojo redondo, de

parpadeo nictitante, inquieto, y Réquiem no puede apartar la mirada y casi no siente el zumbido, que cada vez es más intenso y que hace temblar la mesilla de noche con el móvil a medio cargar y la trinchadora de cogollos de maría y un matamoscas estucado de los restos de dípteros mutilados, que aprovecha para coger y esgrimir contra la monstruosidad que repta por el techo y se sitúa cara a cara, si el rostro partido con el ojo epiglótico se puede considerar una cara, y abre un portal de constelaciones negras, la tinta de un universo lejano esparcida sobre un océano de acné galáctico, y una roca que viaja a toda velocidad, un gran meteorito, un asteroide como un trueno, que recorre las distancias infinitas con un objetivo concreto, que es el anillo que late en el puño de Réquiem y le quema la palma y escarifica la letra hache que se ha convertido en un símbolo en espiral, el remolino perverso y acaparador surgido de las profundidades de un mal insondable que sonríe, lo puede ver en la retina del ojo del esófago de Lynette Santes Creus, a punto de hablar, preparado para revelar el advenimiento del Rey, si es que Réquiem deja de esgrimir el matamoscas como si fuese un espadachín atáxico de una santa vez.

Uno de los tentáculos vaginales de Lynette Santes Creus arranca el matamoscas de un revuelo y lo lanza contra los piratas de la cortina, que están siendo engullidos por estampados de leviatanes de sonrisas gentiles, y del vacío torácico se abren un millar de bocas hambrientas, dentadas, que gritan, silban, al unísono, una advertencia estridente, un grito de alarma, un aviso, una señal que alerta de un bombardeo inminente o del final de la hora del patio:

—¡Teke-lili! ¡Teke-lili!

Y la oscuridad se lo traga todo.

El lector puede tener ahora el estómago revuelto. No le echamos la culpa. Es el momento de pararse, tomar aire, un protector estomacal, llamar a la familia y decirles que los quiere.

Es posible que después no quiera continuar leyendo, por muchas razones. Porque esto no es la historia que esperaba, porque no le está gustando nada de nada, porque ha perdido el interés, porque hay un libro en la mesilla de noche que le tienta o porque considera que no está para perder el tiempo. O porque ya ha tenido suficiente, ha probado el primer plato y ya se ha hecho una idea del tipo de restaurante que es.

Permítanos el lector que le hagamos una pequeña recomendación. Si este es su caso, si quiere abandonar pero le sabe mal dejarlo inacabado, le hemos preparado un final al cual podrá recurrir en cualquier momento (ahora mismo, si le apetece) y que se encuentra en la página 274. Solo tendrá que dirigirse allí y podrá devolver el libro a la estantería, a un cajón, a la papelera, al contenedor azul, a la biblioteca, a un punto de *book crossing*, a una *app* de venta por internet o a una librería de segunda mano con la satisfacción de haberse leído la historia completa. Recuerde: puede desviarse cuando quiera a la página 274 para saber cómo acaba.

Le pedimos que no se lo devuelva al amigo que le ha prestado este libro, por favor, en caso de que haya sido así. Ya conoce el dicho: «Solo hay una cosa más idiota que dejar un libro, y es devolverlo.»



LA MANSIÓN LE BORG

Aserejé, ja deje tejebé tude jebere
sebiunouba majabi an de bugui an de buididipí.

Raoul Le Borg. ***Poltergeist pour les nuls***

11
Club Inferno/Club Paradiso

La sustancia amniótica y corrosiva que contiene el vaso sobre la barra del Club Inferno es ambarina como una muestra de orina. Massagran aprovecha los reflejos iridiscentes de la iluminación del local —neón sobre terciopelo de escala cromática ofensiva— para fotografiarla con el teléfono de última hornada, aplicarle el filtro Charmes, subir la saturación, atenuarla con un efecto mate, escribir un «buenos días buena gente» (aunque ya sea el anochecer) y colgarlo en una red social de instantáneas efímeras. Después se hace un selfi con Rosie, la cubana de rizos teñidos de fucsia que le besuquea las mejillas mientras le agarra el bulto genital en un fuera de plano bien estratégico. Filtro Juno, «aquí con mi musa», «*good vibes*» y la foto que sube a internet mientras el coñac baja a la barriga.

—Chica —dice Massagran mientras contiene un eructo—, haré de ti una estrella.

Rosie lo acaricia con oficio mientras por dentro está muerta de miedo.

—¡Ay, mi amor![16]

Es el único cliente del Club Inferno, tal vez porque es demasiado temprano todavía o porque el local ha cogido mala fama (*más* mala fama) de estar encantado. Aunque a primera vista no lo parece. O nadie que entra pensaría en ningún tipo de maldición faraónica, ni en males de ojo gitanos, ni en acciones preferentes. El vestíbulo del Club Inferno tiene esa distensión estilística de los sitios de paso, una mezcla de sofás rococó, taburetes *rockabilly* y lentejuelas encadenadas en un *sfumato* vaporoso de hachís, brummel y ron con

piña, la iluminación justa y necesaria para borrar la celulitis y producir al menos un par de ataques epilépticos al mes en los clientes.

Como aún es temprano, solo hay cuatro meretrices, las fijas del Club Inferno: Rosie, Merche, Zolayda y Carmeta, enfundadas en sus microuniformes de profesionales de la amatoria. El camarero es Jose (alias El Jose), un donnadie escuchimizado de patillas carlistas que es la pareja estable de Carmeta y a quien contrataron porque el propietario del local creía que era mudo y eso daría confianza a la clientela, para descubrir al cabo de tres años que no era ninguna tara física sino más bien una timidez pertinaz, y porque se reservaba la lengua para otras formas de interrelacionarse.

Zolayda está aplicando una pomada a la entrepierna de Merche, toda espatarrada en una butaca de mimbre, el vestido de gasa a los lados como el telón de un teatro, porque hace unas semanas que tiene una micosis tan fuerte que hay quien baja del Berguedà a coger setas.

Después de cenar —Rosie cocinará unos deliciosos platos precocinados del supermercado del pueblo al microondas— deberían de empezar a llegar la otra decena de prostitutas que frecuentan el Inferno. Últimamente, sin embargo, solo vienen una o dos, Sylvie y Za-Za, porque el resto prefiere la seguridad de la farola rota en la carretera nacional o la comodidad de una silla de plástico de una marca de refrescos de cola en el borde de una cañada.

Ninguna chica quiere trabajar en el Inferno, y ya pocos clientes lo pisan.

Está maldito.

Entonces, ¿qué hace aquí Massagran?

¿Qué hace un productor de cine que no ha tenido nunca ningún éxito de taquilla en este bar de carretera, aparte de intentar embaucar a una furcia para sacar una felación gratis a cambio de la promesa de un papel en la próxima película?

Si nos fijamos en el collar que descansa sobre el pecho peludo de Massagran, reconoceremos el símbolo de la Logia de la Napia de

Plata, una sociedad francmasónica vegetariana y antiesoterista que hace servicios de limpieza y desalojo de sectas, malos espíritus y todo tipo de criaturas sobrenaturales a horas convenidas. La filigrana de las dos narices ptolemaicas ha sido una amenaza para cualquier culto apocalíptico desde antes de la escritura del Apocalipsis según San Juan. Se dice, incluso, que el autor de este Apocalipsis —el filósofo griego Cerint— recibió una buena paliza en una calle de Alejandría a manos (y sandalias) de la Logia de la Napia de Plata. Pero todo quedó en un rumor porque nadie creía a Cerint, a quien todos, desde Cartago Nova a Trípoli, tomaban por un alarmista y un exagerado.

Massagran deglute el coñac y golpea el vaso sobre la formica de la barra. Todo masculinidad. Ya está listo para enfrentarse al causante de la tragedia del Club Inferno, un desalmado (literalmente) que invocó a Xenoctel, un demonio menor con nombre de impresora azteca del segundo círculo bis del infierno, bajo primera, y que ha hecho la vida, la cópula y el negocio imposible a los trabajadores del burdel. Durante el coito, una ración de moscas y larvas emergían del glande del cliente con las consecuentes molestias y falta de vigor sexual. En cada francés, un vómito urticante de bilis, zarzas y crema de afeitar barata. Si el cliente pedía sexo anal, el esfínter estallaba en carcajadas estrepitosas en cada empujón y hacía befa, con una voz de ventosidad dodecafónica, de la medida del ariete empotrador. Un drama. El propietario del club Inferno no puede decir nada porque está momificado en su despacho, la piel apergaminada y el rictus en una mueca macabra que ya tenía antes de que Xenoctel absorbiese el Cointreau que le corría por las venas, se lo bebiese y orinase sobre los trabajadores sin pagar por el servicio después.

—¿Tienes una polvorera, chica? —pide Massagran a Rosie. El productor es el tipo de persona que siempre utiliza el vocativo de «chica» o «rey», la confianza ante todo.

Rosie revuelve dentro de la bolsa y saca una cajita redonda empedrada de bisutería barata. Massagran la coge, la abre y se mira

a través de una capa de suciedad y clenchas antiguas. Ya le sirve.

Hace crujir los nudillos y siente la expectación de las prostitutas en la espalda, respiraciones sostenidas, dedos entrecruzados, patas de conejo en el canalillo, hongos al acecho. Se tumba y las observa con la mirada inseminante, se levanta y sale al exterior con andares de vaquero.

El sol se esconde tras las copas de los abedules al otro lado de la carretera y proyecta sombras vitiliginosas sobre el mamífero indeterminado que hay reventado en el asfalto, un banquete de moscas, congeladas al sentir la presencia del productor. Massagran se acerca y fotografía las tripas peludas partidas por la mitad, mandíbula abierta en un grito infinito que colgará con las etiquetas #CatOrDog, #NoPainNoGain, #Sunset y #NoFilter.

Massagran siempre tiene el móvil y nunca coartada.

El Club Paradiso es una casa de dos pisos adosada al Inferno, los dos únicos edificios en este tramo de carretera. Si bien el Club Inferno aún conserva una fachada que, gustos estéticos aparte, es bastante indicativa de la actividad que se ejerce en el interior (una capa de pintura rojo pasión sobre el revoque, buzón relleno de facturas por abrir, lucecitas de Navidad en las ventanas, cortinas de canutillos, rótulo con el nombre y el dibujo de una palmera), el Club Paradiso es un reflejo ruinoso. De blanco costroso, los porticones de madera carcomida de las ventanas se caen a trozos, la puerta principal está tapiada y el nombre del antiguo prostíbulo es casi ilegible porque alguien lanzó un proyectil de materia fecal una noche de intoxicación etilicoamorosa. Se entra por el lateral, desde una puerta abierta que conduce a un recibidor alfombrado de cartas dirigidas a un huésped que murió hace meses y unas escaleras que suben a las habitaciones. Los dormitorios, que tiempo atrás habían sido el lugar de tantas transacciones eroticopecuniarias, ahora hacen el servicio de habitaciones de alquiler para inquilinos con pocas posibilidades económicas e higiénicas. La cocina es un fregadero sin agua corriente, platos amontonados y unidos por una argamasa de restos de paella, pieles de pollo y puré de patatas. Un olor dulce de

gas llega desde las bombonas de butano acumuladas en el suelo (usadas y nuevas) y las revistas pornográficas *vintage* (mayoritariamente usadas). Massagran recorre el pasillo de paredes con inscripciones a bolígrafo, poesía maldita y popular, algunos escombros, pictogramas de cacas y pijas en tinta azul. Las puertas a cada lado están cerradas con llave. Pasa por delante de un lavabo inmundo que tiene el plato de ducha escondido por la cortina. Se para y pega la oreja para oír la respiración de quien pueda ocultarse, y un ratón huye poseído hacia el agujero tras la taza.

La puerta de la habitación del fondo del corredor tiene un pentáculo trazado con sangre y apesta a azufre, lo que le hace sospechar que podría ser la guarida de Xenoctel.

Golpea con el puño sobre la madera conglomerada, mientras prepara la polvera.

—¿Quién es? —dice una voz torturada desde el otro lado.

—La última persona a quien querrías ver.

Es una frase que Massagran leyó en uno de los guiones que no consiguió llevar a la gran pantalla, sin embargo, le gustó tanto que la incorporó a su día a día de la Napia de Plata. Hace eso, Massagran. Se apropia de ideas de otros para incorporarlas a su catálogo de recursos personales y parecer un tío ocurrente y divertido. Cada día es Cannes, Venecia o la Berlinale, en casa Massagran. Siempre hay motivos de celebración pese a que no haya conseguido suficiente financiación para su último proyecto o aunque la película que acaba de estrenar sea un despropósito de crítica y público. Siempre encontrará un guionista cándido que creerá en todo el confeti que verbaliza en reuniones en terrazas de hoteles tan lujosos como fotogénicos, firma aquí y aquí, eso será una obra maestra.

El balido de un cabrón al otro lado es definitivo y empuja a Massagran a abatir la puerta de un puntapié y alzar la polvera como quien blande la estrella de *sheriff*.

Dentro, le espera una habitación dorada por los últimos rayos del sol y un hombre desnudo, el cuerpo tatuado con una Jormungand

larguísima, los ojos condenados, atemorizado, el pene sangrando, colorado como una caperucita roja dentro de un bosque tenebroso de vello púbico.

Gimotea, más espantado que amenazante.

—No, por favor. Por favor.

Y entonces el balido de Xenoctel se apodera de la estancia. Brota de las cuerdas vocales del hombre, si aún hay humanidad en esta recopilación de sangre y huesos, esclavizado por una entidad demoníaca a la que pretendía dominar.

—Las putas te han salido caras, rey.

La columna vertebral del hombre dibuja una cenefa al mismo tiempo que los ojos se le tiñen de un rojo intenso.

—¿Quieres ser mi putita, cineasta? —La voz llega de las profundidades de un charco de corrupción.

Es Xenoctel quien habla.

Massagran dirige el espejo contra el demonio.

—*Regna terrae, cantata Deo, psallite Cernunnos* —recita Massagran—. *Regna terrae, cantata dea psallite Aradia…*

—¿Te piensas que me hará algo esa mierda de línea de diálogo en latín? —El poseído se acerca y con las uñas se rasga los antebrazos, de donde brota un ejército de moscas—. Ni siquiera lo pronuncias bien.

El diablo miente siempre, pero al César lo que es del César, y sí, tiene razón, hay que reconocerlo: el acento de Massagran hace que más que latín parezca el italiano de un cantante de cruceros armenio que tiene un ictus a media actuación.

—Caeli Deus, Deus terrae, Humiliter majestati Gloriae tuae supplicamus ut ab omni infernalium spirituum potestate… —continúa, mientras espanta a las moscas a manotazos.

—No, no, no. Déjalo correr. Eres un actor pésimo. Eres un guionista pésimo. Eres un director pésimo. Y como productor no vales una puta mierda. ¿Qué has hecho? Nada. Y podrías ser el mejor de todos. Podrías conseguir toda la fama que quisieras. Yo puedo aconsejarte…

—Exorcizamus you omnis immundus spiritus Omnis satanica potestas, omnis incursio, Infernalis adversarii, omnis legio, Omnis and congregatio secta diabolica… —Massagran se ha plantado a un palmo de la cara del hombre, desfigurada por el control de Xenoctel, con el espejo de la polvera como escudo.

—Te daré lo que buscas. Te daré la fama, cineasta.

—Ab insidiis diaboli, libera nos, dominates, ut coven tuam secura tibi libertate servire facias, te rogamus, audi nos!

—¿Dices que quieres un Audi? Lo tienes ahora mismo, si quieres, aparcado aquí abajo. ¡Pero quita esta mierda de espejito de delante! ¿Crees que me hace algo, eso? ¿Crees que esa cancioncita me afecta? ¡Lo que me molesta es que la pronuncias de puta pena, cineasta! ¡Eres un perdedor! Te piensas que con cuatro trucos que has visto en las películas podrás…

Massagran tiene arrinconado al demonio entre la ventana y la pared, y con un golpe súbito le inserta la polvera en el septo nasal, lo que lo aturde unos segundos. Con el canto de la mesa de noche (ceniceros Martini con colillas de cigarrillos, un plato con jamón cocido mohoso, gafas de sol de imitación, un cargador de móvil deshilachado) agrieta el espejo y agarra un trozo puntiagudo que proyecta contra la carótida del hombre.

—¡Estos cuatro trucos han servido para entretenerte y distraerte! —Massagran le perfora el cuello y sale un chorro de sangre. El hombre da un último balido antes de caer fulminado al suelo—. Dime ahora que no sé hacer bien mi trabajo.

Las moscas huyen de la habitación, la sangre lo salpica todo (el papel estucado que ya se caía a trozos, el colchón con meados resecos, el rostro afeitado de Massagran) y el demonio que intenta mover los músculos del hombre para contraatacar.

El productor saca una papelina del bolsillo y la abre. Se coloca en cuclillas junto al cuerpo agonizante y deja caer el gramo. Con mucho cuidado, dibuja con la coca el glifo alquímico del sulfuro, una cruz de Caravaca encima de un símbolo de infinito, sobre el tatuaje de la

Serpiente de Midgard. La Cruz del Leviatán, el sello del alma humana, ahora todo enrayado.

Se agacha, se tapa una narina con el índice y esnifa el sulfuro con la otra, y con ello se traga el poder de Xenoctel de caminar sobre el suelo hasta que otro miserable anónimo con ganas de ir de putas gratis y en exclusiva vuelva a invocarlo.

Un cosquilleo le recorre el espinazo. El sol se pone y deja la estancia en tinieblas, el cuerpo inanimado y gris del desgraciado a sus pies.

Saca el móvil y, cuando está encuadrando para fotografiarlo, entra una llamada.

El doctor Heribert Gisbert acaba de hablar con Réquiem por primera (y última) vez.

---

[16] N. del T. «Ay mi amol» en el original.

12
El Principito y la Señora Natividad

La biblioteca, de aspecto de sede de corporación multinacional dedicada a los ventiladores de torre de ordenador, custodia la entrada al patio interior de una isla del Eixample invadida por la chiquillería y los mosquitos. Kurosawa espera apoyado contra la pared del chaflán más cercano al Mercado de Sant Antoni, vestido con anorak naranja, mallas de escalador, gorro peruano y gafas de plástico con nariz y bigote grouchianos.

Réquiem llega después de salir del trabajo y engullir un kebab rápido para comer no demasiado diferente al que ha abierto esta misma mañana, medio podrido, si bien la salsa de yogur no tiene sabor a cerebro licuado. Ha quedado con el compañero de piso para entrar juntos a la biblioteca y coger un ejemplar de *El Rey de Amarillo*, ya que él no dispone de carné ni tiene intención de hacérselo, porque es de conocimiento popular que los servicios de inteligencia usan las bases de datos de los préstamos como una herramienta de seguimiento de la gente y control de la disidencia. Si alguien ha de pringar, que sea Kurosawa.

Cuando lo ve, sin embargo, con esa pinta de haber caído en el baúl de un payaso deportista, se echa las manos a la cabeza.

—¿Qué coño haces disfrazado así?

Una señora mayor pasa a su lado con un carro de la compra lleno de verduras y precursores de explosivos. Los mira con una sonrisa cómplice porque también tiene un nieto con trastorno disociativo de la personalidad.

—No quiero que me reconozcan y he pensado en disfrazarme. Aunque no sabía de qué. De pequeño, solo tenía un disfraz,

Réquiem. Mis padres me vestían de *cowboy* cada año. ¡Cada año! Con la misma ropa del oeste: el sombrero de plástico, el chaleco de borreguito, los pantalones tejanos con faldones, el revólver de juguete. Yo me iba haciendo mayor y el disfraz cada vez me iba más estrecho. Se me cortaba la circulación en los tobillos y en los codos, pero ellos decían que no podían permitirse ningún otro disfraz, que si te piensas que nosotros somos el Banco de España.

—Y no querías venir de *cowboy*.

—Sí, pero el disfraz está para lavar. Así que lo primero que he pensado ha sido en travestirme. Coger ropa de Dalsy y hacerme pasar por mujer, pero enseguida he caído en que es un truco muy barato. Me calarían nada más entrar en la biblioteca. Dirían: mira, Kurosawa, que se ha vestido de mujer para que no lo reconozcamos.

—¿Y cómo has llegado a… esto?

La señora vuelve a pasar por el lado porque ninguna de las personalidades de su nieto tiene la consideración de llamar y lo(s) echa de menos. Le hace un guiño a Kurosawa. Se humedece los labios con la lengua. Tenía una relación muy peculiar con su nieto.

—Dalsy me ha dicho que no tenía que ser un cliché. Que, sobre todo, mi disfraz no fuese un estereotipo cultural ofensivo, un personaje arquetípico a quien el bibliotecario pudiese desmontar con una mirada.

La mujer saca un billete de cinco euros y se lo ofrece a Kurosawa, que indica que no con la mano.

—También puede unirse tu amigo, si quiere —propone, señalando a Réquiem.

—Señora, ¿quiere hacernos un favor?

—¡Sí! —Deja ir el carro y le tiemblan las piernas bajo la falda plisada.

—¿Usted tiene carné de la biblioteca?

—¡¿Qué clase de viciosos sois?! —Se indigna y da un paso atrás.

Sería de mala educación no presentar ahora a la señora Natividad, la vieja aparentemente decrépita y viciosa del amor gerontofilial a quien Réquiem y Kurosawa acaban de convertir en un

espantajo adornándola con piezas de ropa inconexas más propias de una manta extendida en el Mercado de las Pulgas que de un armario de una persona con dos dedos de frente y un par de ojos en la cara. De mirada acuosa y bigotes fumanchunianos, la Señora Natividad es escritora, aunque hace años que ya solo se dedica a pequeños sabotajes terroristas en sucursales bancarias. Escribía novelas de confesionario, retratos intimistas de experiencias vividas en una infancia de abusos y una familia dominada por un padre déspota, llenas de descripciones de flores mágicas, sentimientos enterrados y distopías neofascistas protagonizadas por zombis renacidos de crisálidas invasoras de Hiperbórea. Ahora la ven pasar por el barrio, hablando sola, mezclando aluminio y óxido metálicos en los cajeros, persiguiendo gatos con su habitual y afable sonrisa ausente.

Es por esta razón que el plan improvisado de Réquiem fallará.

Kurosawa entra en la biblioteca del brazo de la Señora Natividad con camiseta imperio y mallas de escalador. Ella se recoloca las gafas y la nariz de Groucho, que se le caen porque tiene una nariz pequeñita que había inspirado todo un libro de poemas de un conocido y empalagoso editor catalán en el exilio. Se detienen delante del mostrador y el bibliotecario levanta la vista de la pantalla para escudriñar primero a uno, después a la otra.

—No se lo creerá —dice, profético, Kurosawa—: Estábamos vaciando la casa de la abuela porque por fin ha conseguido plaza en una residencia y hemos encontrado estos. —Saca el ejemplar de *El Principito* del carro de la compra—. Se ve que la abuela lo había cogido hace tiempo, *no sé cuánto*, y lo había acumulado con toda la mierda que juntaba. Mírela. Es que no rige. No está bien. ¿No le da lástima? A mí, mucha. Yaya, que los libros de la biblioteca son para que todos los puedan consultar, no para quedárselos, ¡que no son suyos! ¿Lo ve? Finge que no me oye. Mire cómo va vestida, pobrecita. Yaya, hemos venido para devolverlo, que eso que hizo de usar mi carné no está nada, nada bien. Que hacerse pasar por mí para coger un libro en préstamo es falsificación de documento público, sobre todo si no tenía la intención de devolverlo. Ay, pobre.

No rige nada de nada. Si es que *El Principito* se lee en una tarde, no hace falta tardar tanto. Mire, aquí tengo el carné con el que lo sacó sin decírmelo. Y ahora he de pagar la multa, ¿no? ¿O no me dejará consultar ningún libro durante una buena temporada porque mi pobre abuela, una anciana demente con Diógenes que no sabía lo que hacía y actuaba a escondidas de mi consentimiento me ha usurpado la personalidad y mi buena reputación como usuario de esta biblioteca en los últimos años?

Réquiem aprovecha para consultar el catálogo virtual desde el ordenador, atrincherado entre estanterías. Teclea «el rey de amarillo» y aparece una página de resultados con biografías sobre monarcas supersticiosos, álbumes ilustrados para explicar emociones a los más pequeños, algún poemario autoeditado y, finalmente, una entrada a un texto teatral de autoría anónima que aparece como «No Disponible».

El bibliotecario toma el libro de las manos de Kurosawa y lo olfatea.

—Mi padre me habló de *El Principito*. —Pone los ojos en blanco mientras recuerda la figura paterna sentada en la misma silla que él ocupa ahora—. Desapareció en su época. No se había perdido nunca ningún libro bajo su supervisión hasta que alguien se llevó las aventuras del niño del asteroide B612 y ya no lo devolvió. Mi padre intentó contactar con el secuestrador del ejemplar, sin éxito: lo llamó, le envió cartas, le envió burofaxes, incluso lo esperó cada tarde durante cinco años delante de la portería de la dirección que constaba en la ficha. Cinco años que me tuvieron apartado de mi padre, porque se dedicaba en cuerpo y alma a recuperar *El Principito* que se había sustraído. Me pagó los estudios con la única condición de que cursara biblioteconomía, hiciese unas oposiciones y ganase la plaza que él dejaría vacante por una prejubilación forzada a causa de la depresión a la que le había conducido el desvanecimiento de la novela. Y tanto que me había hablado: «Algún día vendrán a devolverlo, tengo el presentimiento». Estas fueron las últimas palabras antes de que se suicidara de un tiro en el pecho, como un

romántico. Se fue al desierto del Sáhara y se disparó una bala directa al corazón, mientras con la otra mano sostenía una nota de disculpa por no haber sabido custodiar el libro como era su deber. Ni siquiera me dejó nada en herencia: lo donó todo a la Fundación Saint Exupéry para Jóvenes Pilotos Desaparecidos en Combate, que finalmente acabó siendo una tapadera de blanqueo de dinero del tráfico y corrupción de menores de una mafia mongola.

—Si lo hubiésemos sabido, habríamos ingresado a la yaya en una residencia mucho antes. —La frase de Kurosawa pretende sonar a disculpa—. Pero el pasado es el pasado y ahora no es necesario removerlo, ¿no? Celebremos que estamos aquí y todo ha acabado bien. Su padre estaría orgulloso. ¿Y quién puede responsabilizar a la yaya de todo lo que ha pasado? Mírela. No se quita el anorak porque piensa que hace frío. No rige.

—La verdad es que tenemos el aire acondicionado demasiado alto.

—No te quejes —masculla la bibliotecaria de su lado sin apartar la vista de la pantalla—. Está a la temperatura perfecta y a ti no te soporta nadie, picha fría.

—¿No me perdonarás nunca? Te advertí que no debías guardar juntos el tarro del aceite de masajes y la botella de salfumán —responde el bibliotecario con el rabillo del ojo, sin perder la sonrisa en ningún momento.

—He pensado que podríamos hacer cruz y raya y activar el carné sin ninguna penalización —interviene Kurosawa.

—Me dejaste medio cuerpo como el de una muñeca de plástico, Claudi —recrimina la bibliotecaria mientras pasa el escáner a unas devoluciones.

—No te molestó tanto cuando te tiraste al dermatólogo, Calpurnia.

—Es el único que me entiende.

—Miren —insiste Kurosawa—, es posible que mi abuela se cague ahora aquí y no lleva pañales. Deberíamos hacer esto rápido.

Réquiem clica sobre los resultados de *El rey de amarillo* en el resto de las bibliotecas: en total hay tres ejemplares, y todos figuran como «No disponible».

—¡Mierda! —grita.

Claudi y Calpurnia lo hacen callar al unísono como dos suricatos detrás del mostrador. Réquiem se endereza y hace ver que no conoce a Kurosawa ni a la Señora Natividad.

—¡Busco un libro y todos los ejemplares salen como no disponibles!

Calpurnia alarga el brazo y, al desplazarse la manga, aparece un trozo de piel lisa y arremolinada, como si un niño con la psicomotricidad fina afectada le hubiese plastificado el brazo con forro de libros. Huele a espliego y rosa mosqueta.

—Páseme la referencia.

Réquiem le da el papelito donde ha escrito el código. Al leerlo, ella empalidece.

—¿Hay algún problema? —pregunta Réquiem.

—*El rey de amarillo…*

—Sí.

—¿Podrían activar el carné, por favor? —vuelve Kurosawa, ahora que Calpurnia está distraída o en *shock*—. Hagámoslo por la yaya.

—Mi padre me habló de *El rey de amarillo*. —La bibliotecaria pone los ojos en blanco mientras recuerda la figura paterna sentada en la misma silla que ocupa ella ahora—. Desapareció en su época…

—No me interesa el drama familiar —la corta Réquiem—. ¿Cómo puedo conseguir el libro?

—No puede. Es una obra de teatro maldita que hizo enloquecer a mi padre y a todo el que la lee. De hecho, fue mi padre quien desapareció con el libro y no se ha sabido nunca nada más. Me hice bibliotecaria para averiguar qué fue de él, para ponerme en su pellejo —se mira la muñeca, la quemadura que aún escuece aunque de otra manera— y con la esperanza de encontrarlo algún día.

—Entonces no lo tenéis —resume Réquiem.

—No lo busque. Solo le traerá problemas. *El rey de amarillo* le hará perder el juicio.

—Esta no es su abuela, esta es la Señora Natividad —dice Claudi, y señala el rótulo del ventanal: Pública Señora Natividad Biblioteca

—Yaya, vámonos, que aquí no nos quieren —sentencia Kurosawa.

La Señora Natividad se quita las gafas y la nariz de Groucho, agarra a Kurosawa por el tirante de la camiseta y le espeta:

—Sí, y ahora tú cumplirás tu parte del trato, bonito.

Réquiem se va en dirección Sant Antoni y abandona al compañero de piso a su infortunio. El calor es sofocante y lo hace sudar. Un hormigueo bajo la piel le inquieta y comienza a rascarse los brazos, primero, y el torso, después. Cierra los ojos y ve Carcosa en la lejanía. Alguien grita. Se para en seco, se gira y tiene la sensación de que lo siguen. Se rasca cada vez con más intensidad. Hástur. Las Híades. Aldebarán. Saint Exupéry.

Enfila hacia casa.

Camina tan ensimismado que no ve cómo Massagran va detrás desde que ha salido de la biblioteca.

13
La Luger de Hitler

Dalsy consuela a Kurosawa, que llora desconsoladamente.

Pocos días después de que la Señora Natividad y él iniciasen una tórrida relación, ella le envió un telegrama para comunicarle que no quería volver a verlo nunca más.

Atrás quedan las horas de pasión octogenaria en la cama articulada, de sexo desenfrenado e hiperlubricado, de bajar a Valencia a buscar horchata y grifa, de miradas cómplices delante de amigos, de esconderse en los lavabos del centro cívico para desfogarse, de correr a urgencias del ambulatorio para recolocar el hombro dislocado y la cadera desplazada, de sorprenderla por la mañana con un desayuno acabado de recalentar (croquetas de jamón y setas de la tienda de comida preparada de la esquina y horchata fresca), de comprarle flores que ella deja en remojo con agua y una aspirina en el jarrón donde guarda cada noche la dentadura, de criticar las nuevas modas de peinados, de subir al Tibidabo gratis (carné rosa ella, tarjeta de discapacidad falsificada él) y abrazarse en la montaña rusa, buscar la oficina de objetos perdidos, recuperar el ojo de cristal, pasar por el pasaje del terror, pringarse la cara con algodón de azúcar rosa, reñir a los niños que se cuelan en las colas, enfrentarse a los padres, simular un infarto, volver a casa en el funicular, pasear por la noche por las calles bochornosas de Barcelona.

Kurosawa no había vivido nunca una relación con esa intensidad, ni cuando Òleg «El Troll» lo embestía enérgicamente en las duchas del centro penitenciario, ni con todas las cintas de Greta Von Pussy.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Réquiem al encontrarse la Piedad del Sofá.

En el televisor, el último programa que grabó el adiestrador de perros —todo sonrisa fluorada, mentón de delineante, atractivo macho alfa latino, superpoderes caninos— antes de morir atacado por una manada de crestados chinos.

—La Señora Natividad me ha dejado —lloriquea Kurosawa.

—¿Por qué?

—Ella dice que es porque no siento la misma pasión que ella por el anarcoterrorismo, pero no es cierto. —Coge un pañuelo de papel de Dalsy, se lo pasa por la cara y acaba de esparcir mocos y lágrimas por la frente y las mejillas—. Ayer estuvimos hasta bien entrada la madrugada confeccionando explosivos con el nitrato de magnesio hexahidratado y fabricando cócteles molotov que teníamos que repartir mañana a la salida del instituto. Hasta he traído una docena de bombonas de butano para almacenarlas en casa, que casi no puedo ni entrar en la habitación porque ella planificaba hacer explotar la sede de la bolsa la semana que viene… y ahora de todo eso no queda nada. ¡Nada! ¡Dice que no quiere volver a verme!

Llora de nuevo y Dalsy lo abraza.

—Y si no es por eso… —se interesa Réquiem.

—Esta mañana le he llevado ropa de tirolesa que me ha llegado por internet —hipa Kurosawa.

—La he traído yo. —Dalsy alza un dedo.

—Me la ha lanzado a la cara y me ha dicho que no piensa vestirse nunca así. Que su difunto marido fue uno de los soldados republicanos que entraron en el Nido de las Águilas de Hitler, en Austria, y que no pensaba convertirse en una colaboracionista a estas alturas. Ha lanzado mis cosas por la ventana, me ha apuntado con una Luger de oro que dice que perteneció al *Führer* y me ha obligado a irme. Eso me ha hecho sospechar que el argumento del anarcoterrorismo es una excusa.

Entonces Réquiem comienza sin convencimiento una letanía aprendida en los años de instituto que recita casi de memoria (hay

más peces en el río, ella no te merece, ella se lo pierde, no se puede obligar a querer, es lo mejor que te podría haber pasado, todo pasa por algún motivo, nunca me gustó, mereces ser feliz y lo conseguirás, no encajabais, el tiempo pone a cada uno en su sitio y a ella el cuerpo le pide tierra), pero es la Dalsy quien da con la tecla acertada:

—Tengo un código de oferta de una *app* para conocer gente.

—¿Cómo? —Kurosawa interrumpe el llanto como quien cierra un grifo.

—Te la paso y te sale gratis durante un mes. *Likes*, *superlikes*, *megalikes*. Todo lo que quieras. A mí no me interesa.

—Envíamela.

—Pero solo porque has traído horchata de la buena —dice ella golpeándole la mejilla afectuosamente y pegajosa.

—Me voy a dormir —dice Réquiem—. Si las pesadillas me dejan.

—¿Ha vuelto la suicida del coño octopodiforme? —pregunta Dalsy.

Kurosawa se ha sumergido en el móvil y descarga la aplicación. Ya ha olvidado a la Señora Natividad.

—No. Ahora sueño que me salen ampollas en la piel, que revientan y estoy cubierto de larvas de gusano. —Chasquea la lengua.

—O sea, que sueñas con el trabajo.

—Sí.

—Eso ya es más normal.

No dice nada de la sensación de que lo persiguen allá donde va porque no quiere que lo tomen por paranoico. Se toma un tranquilizante con un vaso de agua con el que brinda con la horchata de Dalsy y el teléfono de Kurosawa y se va a dormir.

Aún no ha salido el sol cuando lo desvelan unos pasos húmedos que van hacia la habitación, como de ventosas sobre la grasa sedimentada de las baldosas. Una respiración profunda, como de pulmones desalados como bacalaos. La presencia de alguien que entra al dormitorio, se acerca poco a poco y lo sacude.

—Si eres Lynette, ya tuve suficiente con el espectáculo del otro día: no quiero repetir —murmura.

—Réquiem… —susurra la voz ronca.

—Tengo caramelos para la garganta. O colirio, lo que te vaya mejor.

Una luz fría proyecta la silueta tendida de Réquiem sobre las cortinas de piratas.

—Réquiem, despierta —insiste Kurosawa.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro.

—¿Ahora eres poli? Solo los polis despiertan a la gente a las cuatro de la madrugada.

—Lo he encontrado.

Réquiem se quita las legañas, bosteza, se rasca una nalga bajo los calzoncillos y se incorpora en la cama. Sentado al lado, Kurosawa sostiene el teléfono móvil con la pantalla encendida, un chorro de luz espectral que le ilumina el rostro en contrapicado, todo un actor de cine expresionista alemán.

—¿De qué hablas?

—He estado mirando la *app* de contactos y lo he encontrado.

—¿Qué has encontrado? Acaba las frases, cojones, que no son horas.

—Tu anillo.

Lo lleva en el dedo. No se lo ha quitado desde que Lynette Santes Creus jugó a desantropomorfizarse en el techo de su habitación.

—Lo tengo aquí.

Kurosawa lo deslumbra con la pantalla del móvil. Cuando recupera la vista, Réquiem distingue una mujer de unos cuarenta años que se muerde de una forma impostadamente inocente la punta del dedo índice (uñas de carmín de *giallo*), con el cabello recogido en una cola que le cae sobre la blusa, desabotonada para insinuar un escote robusto sobre el cual reposa un collar dorado y un anillo de ónice negro con…

—¡… el signo del Rey de Amarillo[17]! —finaliza la descripción Réquiem.

—Flipa. Hace horas que navego por aquí. Hay tías que van de duras, hay emos, las hay que salen con el perro, las hay de *cross-dresseds*… ¿Sabías lo que es el *cross-dressing*? Yo no sabía lo que era el *cross-dressing* hasta hace un rato. Las hay vigoréxicas, gorditas, delgadas como fideos chinos. Esto es interminable, inabarcable, infollable… ¡el catálogo es infinito! Y yo estaba a punto de acabar cuando me he encontrado a esta.

—«Vicky, 25 años»…

—En cada pata —matiza.

—«Un pie en Barcelona y el otro en Madrid».

—No parece tan alta.

—«Catalana, española, europea, ciudadana del mundo».

—No dice nada del sistema solar. ¿Es una de esas secesionistas del sistema solar?

—«Amiga de mis amigos. Romántica, con carácter, adicta al trabajo, a las series y al chocolate».

—Lo ha sacado de una plantilla de bíos para ligar.

—«Me gustan los paseos por la playa a la luz de la luna, las confesiones al oído y los cachorros de Cavalier King Charles Spaniel. No me gustan las carreras de motos, la democracia, los polvorones y la humanidad en general».

—Eso no lo he visto venir.

—Espera, espera. Que remata: «Busco relación efímera porque se acerca el fin de los días y no tengo tiempo que perder».

—¿Le has dado *like*?

—No. He venido corriendo tan pronto como he visto el signo. Se acerca el fin de los días y no tengo tiempo que perder —parafrasea Kurosawa, burlón.

—¿Crees que es una devota de Hástur?

—No tengo ningún tipo de duda.

—¿Crees que debería quedar?

—No tengo ningún tipo de duda.

—¿Crees que la Luger de oro era realmente de Hitler?

—No tengo ningún tipo de duda. —Se levanta la camiseta y deja a la vista la empuñadura dorada de la pistola, que lleva enfundada dentro de la ropa interior; un pequeño recuerdo de la Señora Natividad, por los viejos tiempos.

—¿Crees que haremos *match*?

—Tengo todo tipo de dudas.

Dalsy asoma la cabeza toda despeinada con las mejillas hinchadas, los ojos un cementerio de pestañas y, como pijama, una camiseta gigante de ponis alados de colores que habían sido muy vivos antes de conocer todos los programas de la lavadora.

—Cuando vine a vivir aquí no me avisasteis de que erais aficionados a las tertulias nocturnas —les recrimina.

—Tenemos que conseguir que Réquiem ligue, Dalsy. —El único que mantiene el entusiasmo de un niño engullendo anfetaminas es Kurosawa—. Y tú nos ayudarás.

—No son horas —protesta ella.

—El mundo se acaba.

—Pues prefiero que me pille descansada. —Se gira y se despide —. Buenas noches.

Al salir, Dalsy no la ve pero se topa con el espectro de Lynette Santes Creus, que espera ingrávida, vaporosa, ectomórfica e impaciente en el pasillo porque Aldebarán está a punto de desaparecer tras el horizonte y entonces se acabará la hora de visitas oníricas.

Ser una aparición fantasmagórica de ultratumba no se puede hacer de cualquier forma ni está reñido con la puntualidad ni las buenas maneras.

---

[17] El lector se preguntará cómo es capaz Réquiem de distinguir una simple consonante muda del signo del Rey de Amarillo, y haría bien en hacerlo. La explicación es tan simple como que el sello de Aquel Que No Se Puede Nombrar provoca un efecto irreversible en todos los que hayan estado en contacto. Allá

donde otros solo ven una hache y ya, el iniciado no podrá escapar del flujo succionador de locura que gira en una rueda infinita de maldad y bisutería barata.

14
Pretty Réquiem

No es Hollywood Boulevard ni a Dalsy la recogen en limusina para llevarla a comprar ropa. Han caminado veinte minutos hasta el Raval esquivando apuñalamientos a turistas, tirones de bolsos, voluntarios de oenegés y desahucios en cada esquina. Dalsy ha amenazado con la catana a unos comerciales de corbata verde que le insisten en que invierta en ladrillo. Y al fin han llegado a la zona de tiendas de ropa moderna: escaparates sohonianos, mobiliario de un blanco inmaculado, dependientes con los tobillos al aire, bigotito, sombrero de reportero de los cincuenta, camisa de cuadritos con elásticos, aroma a capuchino inflacionado.

—¿Solo porque soy una mujer ya te crees que sé cómo acicalarte con elegancia? —ha preguntado Dalsy mientas desayunaban bollería industrial recién salida de la bolsa.

—Es una pregunta trampa, Réquiem —le ha advertido Kurosawa —. No respondas.

Solo le falta un rocanrol clásico de banda sonora a las idas y venidas de probador en probador de Réquiem. Los tejanos quedan descartados —demasiado informal—, las camisetas con ilustraciones paródicas también —demasiado infantil—, las pamelas no se estilan —demasiado Ascot—, las camisas hawaianas solo conjuntan con un Ferrari —demasiado caro— y los zapatos de gamuza azul son para los dinosaurios —demasiado *vintage*—.

Visitan tres, cuatro, cinco tiendas, se escandalizan con los precios, agobian a los vendedores, sudan las piezas de ropa y se despiden con un «damos una vuelta y nos lo pensamos» que significa «no nos volverás a ver el pelo en la vida».

Finalmente, encuentra una tienda de segunda mano en la calle Tallers donde compran un polo fucsia de cuello de pico, unos pantalones de pinzas *beige* y unos náuticos que Réquiem se resiste a calzarse sin calcetines. Se miran al espejo mientras la chica gótica tras la caja lo examina con cara de póquer.

—¿Me queda bien? —pregunta Réquiem—. No es mi estilo.

—No tiene que ser *tu* estilo. Tiene que ser el estilo de Vicky.

La chica gótica mastica chicle, impertérrita. Se conforma con cobrar, continuar erosionando la dentadura con el azúcar endurecido y esculpir los tímpanos a ritmo de hard-core trash-metal guitar-flame volcano-throat noruego.

Réquiem vende a precio de saldo la camiseta y las bermudas que llevaba puestas y sale a pleno sol con el nuevo *look* de club marítimo. Hay que actuar deprisa antes de que el sudor desbarate el esfuerzo, así que Dalsy cree que el mejor lugar donde hacerse la foto de perfil es en la Plaza de Sant Felip Neri por el *komorebi*: los rayos de sol que se filtran entre las hojas verdes y amarillas de las tipuanas que ofrecen esa iluminación tan especial, a medio camino entre una pintura puntillista y un retrato de primera comunión, en un lugar rodeado por edificios renacentistas, una escuela y una iglesia barroca. Y sobre todo porque las marcas del bombardeo italiano durante la Guerra Civil en las paredes de la plaza harán las delicias de una misántropa como Vicky.

El talento como modelo de Réquiem es nulo, y las fotos salen con muecas o movidas o con muecas y movidas. Dalsy lo retrata en primer plano, en plano americano, en picado, en contrapicado, en cenital, oblicuamente, con efecto *bokeh* y a contraluz. Le hace poner morritos, carita de pato, ojitos, posturitas, escarpado y la siempre efectiva mano en la barbilla, aunque en todas solo saca la misma expresión facial del hormigón y la rigidez corporal de una escultura egipcia —hecha de hormigón—. Como es sábado, la plaza se va llenando de cruceristas que quedan embobados con los trípticos del Museo de la Erótica, el Museo del Jamón y el Museo de los Trileros, de grupos de japoneses fugaces como bandadas de golondrinas, de

chiquillería de los casals y parejas de jubilados que buscan un poco de sombra para no caer fulminados de calor y sopor matrimonial.

—A ver, Réquiem: enseña el anillo. Lo importante es que Vicky vea que tienes el anillo. Si lo dejamos claro, el resto lo podemos pasar por alto.

Réquiem se apoya sobre la fuente y dobla los brazos, ofrece su mejor sonrisa (una tensión labial mediocre y agónica) y guarda el teléfono con el punto justo de impaciencia y desesperación que funciona en las redes sociales.

—Acaba, Dalsy.

—Creo que ya lo tenemos.

Se sienta en la terraza de una heladería del barrio judío. Ella pide una horchata fría como la esquela de una mala persona. Un acordeonista los mira en la distancia y se afana a correr a su lado y tocar una avalancha de canciones de karaoke con insistencia sisífica. Un pakistaní cargado de rosas marchitas oye los acordes del músico y hace acto de presencia para venderles una flor que selle su amor romántico de un mediodía de verano. Réquiem indica que no con la mano mientras esquiva la mirada del cupido de bajo coste, aunque ha de ser Dalsy quien lo expulse con un gruñido en catalán y un par de amenazas en birmano.

—¿Quieres que vincule tu nuevo perfil con el resto de redes sociales? —pregunta ella mientras la horchata entra en un remolino de ebullición en cuestión de segundos.

—No tengo redes sociales, no me gustan. Soy más de vivir el presente, de mirar a la cara.

—No te he visto nunca quedar con nadie, y las caras las sueles mirar por dentro. —Dalsy continúa trasteando con el móvil de Réquiem—. Ya está. ¿Aceptas mi política de privacidad?

—¿Qué?

—¿Quieres leer la letra pequeña?

—¿Cuál?

—La mía. La de la política de privacidad. Uso *cookies*. —Toma un melindro y lo muerde. Las migas dejan un rastro en espiral sobre el

metal reflectante y cegador de la mesa—. Todas tus comunicaciones pasarán por mí, podré ver tu historial, podré vetar mensajes que considere no adecuados…

—Haz, haz.

—De acuerdo. Tienes el perfil creado desde que nos hemos sentado. Todo el resto era burocracia digital. —Muestra el dedo índice, juguetona.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer ahora?

—Tenemos que escribir una bio. Ha de ser sutil y evidente al mismo tiempo. Ha de mostrarte tal como eres pero ha de mentir lo suficiente para que Vicky te quiera conocer. Por ejemplo: ¿qué te gusta hacer?

—No lo sé.

—Hecho: tu afición es descubrir nuevos horizontes.

—¿Quién se supone que soy? ¿Magallanes?

—Amplios conocimientos de historia.

—Me tomas el pelo.

—Me gusta reírme de todo, y de mí el primero.

—¿Tú crees que soy así?

—Gran capacidad introspectiva. Autocrítico.

Réquiem rebaña el helado líquido de dentro del cucurucho y le quedan los morros de un embadurnamiento helicoidalmente azul.

—¿No tendríamos que insinuar que conocía a Lynette Santes Creus?

—Lo último que quieres escribir en una bío es que eres necrófilo, créeme.

Gritos y carreras. Dos hombres marchan calle arriba y, bajo el vuelo de las camisas, el sol se refleja en las esposas. La gente de la terraza no se inmuta. Una calle más allá, golpes y batacazos, alto policía, un rugido feroz, el hombre de las rosas que ofrece su producto pase lo que pase.

—¿Cómo queda la cosa, entonces?

—Te lo leo: profesional en el ámbito de la medicina, versado en historia; con mucho sentido del humor y de la justicia… eso es

cosecha mía, que siempre queda bien. Sigo, ¿eh?: en busca constante de ampliar mi mundo, interesado en el armagedón y las monarquías cósmicas. Punto. ¿Qué te parece?

—Creo que nos dejamos alguna cosa.

—¿El qué?

Los policías cargan de vuelta con un hombre levantado en volandas por las axilas. Lo llevan esposado pero les cuesta moverlo porque se resiste y tose y echa espuma por la boca. Tiene el rostro demacrado de un tarotista televisivo de madrugada y la camiseta —con el dibujo frontal, claro y nada subliminal de un vórtice solenoidal— ajada por la detención. El hombre se deshace de la presa y cae de rodillas justo al lado de la mesa donde están Dalsy y Réquiem. Murmura algunas palabras inconexas en un idioma indescifrable, nada que los policías de paisano no vean cada día en este barrio. Desenfundan las porras extensibles porque el hombre, que tiene los ojos inyectados en sangre, se ha incorporado y se encara a Réquiem, y eso les parece intolerable.

—*¡Teke-lili!* —escupe el detenido. Dalsy aparta el vaso de horchata a tiempo, pero el helado de Réquiem ha recibido una salpicadura de sangre—. *¡Teke-lili!*

Un golpe en la riñonada lo vuelve a inclinar. Uno de los policías lo agarra por la oreja y lo aleja de Réquiem. De la esquina, por una callejuela donde nadie habría dicho que cabría, gira una furgoneta de *mossos.* La puerta lateral se abre a tiempo para que los de paisano lancen al hombre al interior, entren y la furgoneta dé marcha atrás, desaparezca y los turistas vuelvan a ocupar la calle como si no hubiese pasado nada. Dos gaviotas sobrevuelan en círculos la mesa donde todavía quedan los esputos sanguinolentos y salivosos del detenido, haciendo tiempo para la hora de comer.

—*Teke-lili* —repite Réquiem—. Escribe, Dalsy: *Teke-lili*.

—¿Qué significa «*teke-lili*»?

—Por el tono que ha empleado, estoy convencido de que quiere decir «a tomar por culo».

—Hecho. Ya tienes perfil en la aplicación, Don Juan[18]. Ahora hago *like* y a esperar.

Los acordes andinos, cíclicos, repetitivos y retorcidos del acordeonista, sin embargo, los empujan a esperar en otro sitio.

---

[18] Dalsy no menciona a Don Juan como un referente del macho alfa predispuesto a la aventura eroticoamatoria. Ni siquiera a Casanova. Ni a ningún galán de serial televisivo. Ella habla de Phyu Goenka, el personaje de una obra teatral del siglo XIX que tenía la fama de encamarse con absolutamente todo el mundo. En el texto, Phyu Goenka tiene relaciones sexuales con todos los miembros de su propia familia a la edad de seis años. Y eran veintitrés hermanos. A los catorce

años, ya se había cepillado a todo el pueblo, incluyendo a todo tipo de mamíferos como perros, cabras y, a escondidas, las muy codiciadas vacas. Phyu Goenka muere extenuado a la edad de treinta y nueve años, después de copular con más de sesenta mil concubinos y concubinas. Entonces, baja al infierno y se pasa por la piedra a toda la plana mayor de demonios. Y a la plana menor también. Y a los condenados. Hasta el punto de que lo expulsan y lo convierten en un alma errante que sirve para asustar a las criaturas: «Si no haces caso, vendrá Phyu Goenka y te hará pam-pam en el culete». Se entiende que «pam-pam», en la tradición popular, se refiere a la sodomización no consentida.



15
Victòria Bracons

La Vicky no se hace esperar demasiado.

El acordeonista todavía los persigue por los callejones del núcleo antiguo cuando llega la notificación al móvil.

Match.

Y, casi inmediatamente después, un mensaje privado:

«No sé quién eres pero te quiero conocer».

—¿Qué le digo? —duda Réquiem.

—¡Que sí, cojones, que sí! —dicen Dalsy y el acordeonista al unísono.

Con los dedos temblorosos, Réquiem escribe «Veámonos», pero el autocorrector insiste en cambiarlo por «Bañémonos». Enviar.

Ella responde:

«Eres directo. Me gusta. Me alojo en el Hotel-Spa Ahab Diagonal Mar. Te espero en el restaurante a las 21:00h».

—Creo que tenemos una cita.

El acordeonista se engorila y toca una pieza parisina, ay *el amour, Mont-Martre, monnaie s'il vous plaît.* Dalsy desenfunda la catana dos dedos para dar por finalizada la escena.

Y llega la noche[19].

El restaurante Krusty Krab Le Meridién Barcelona Diagonal Mar del chef Eugeni Cranc obtuvo la primera estrella de una prestigiosa guía de neumáticos para transportistas afamados hace poco más de medio año y, desde entonces hasta ahora, es casi imposible reservar

mesa. El local, pequeño, angosto y húmedo como la bodega de un galeote, ocupa parte de la planta baja del hotel de lujo preferido de los ídolos del pop, actores y actrices de Hollywood, deportistas de renombre y espías nazis que lo eligen para pasar la noche. Pese a que no se trata de un restaurante temático, los camareros visten diferentes adornos de forma casi imperceptible para darle un toque de personalidad, como parches en el ojo, patas de palo, loros a la espalda, garfios en lugar de manos o dientes de oro.

Réquiem ha llegado puntual y nervioso. Todo el camino en el tranvía —en los dos tranvías, de hecho, porque el primero ha descarrilado— ha dudado si presentarse. ¿Por qué va? ¿Qué le empuja a conocer a una mujer tan solo porque lleva un anillo encaramado a un colgante con el mismo símbolo que tenía el que se tragó Lynette Santes Creus? La única respuesta es que quiere saber por qué la heredera de Mas de Perill decidió quitarse la vida, usar digestivamente el símbolo de una divinidad cósmica como pago estigio y ahora aparecer en sueños hecha una monstruosidad arácnida y vaginotentacular.

El camarero de la entrada lo ignora. Réquiem aún va vestido con la ropa que le ha elegido Dalsy unas horas antes pero cree que, por mucho que se haya perfumado con la mejor colonia de supermercado alemán —la última que quedaba en el palé, de oferta con un paquete de seis latas de cerveza de trigo—, aún apesta a clase media-baja. Y suerte que hoy no ha trabajado.

Dos parejas sin reserva pero con dinero más tarde, Réquiem se aproxima al camarero y le dice:

—Tengo una mesa.

—¿Usted?

Se confirma el tufo clasista.

—Sí. Bien. A nombre de Vicky. Me esperan.

Parece que con el nombre ya es suficiente y a la contraseña no le hacen falta los ocho caracteres, ni mayúsculas, minúsculas, signos de puntuación y números para ser suficientemente fuerte, ya que el camarero cambia la cara con un simple movimiento de cejas —del

ghosting tenso al *welcoming* sarcástico— y con una verónica torera lo invita a entrar.

Victòria Bracons —«Hola, soy Vicky»— lo espera sentada surgida de una *sitcom* de los años noventa: media cabellera alisada de flequillo surfero, pendientes como placas solares, los labios rojos como una serpiente abierta en canal, *blazer* de hombreras esponjosas, pantalones holgados, camiseta de refresco de limón, unas Converse para añadir un toque informal a la propuesta y aliento a Martini para ganar confianza.

Ella se levanta y le clava dos besos en las mejillas con la intensidad de un luchador de *vale tudo*. Él esboza una sonrisa nerviosa y arrastra la silla con estrépito sobre los tablones de madera. Ella sonríe y muestra unos dientes blanqueados, banderas de rendición de unas encías en retirada. Él no sabe qué decir. Ella tiene suficiente experiencia en estas citas para llevar la voz cantante. Se presenta. Habla. Durante un buen rato.

Vicky es la productora y directora de un magacín matinal en una cadena de televisión privada de máxima audiencia. Vive a caballo entre Madrid y Barcelona, pero ahora que ha acabado la temporada pasa más tiempo en la segunda y aprovecha para subir a menudo a la casa que unos amigos tienen en Cadaqués. Aquí es necesario aclarar que el concepto que tiene Vicky de la amistad es el de la proximidad con aquellas personas de quien puede sacar rédito. Está divorciada, tiene un hijo de ocho años (Réquiem hace ver que le salen los números con la edad que consta en su perfil) y se define como una chica alegre con ganas de quemarlo todo. Literalmente. A simple vista, nadie diría que es una psicópata que goza con el sufrimiento y el dolor de la gente que tiene a su cargo.

Los dos simulan ignorar el signo de Amarillo que cada uno lleva bien visible, como si reservaran la conversación para más adelante, como aquel compañero de clase que llama para pedir los apuntes pero antes se interesa durante tres cuartos de hora por la familia, el perro que va cojo, el último ataque de gota del vecino del quinto o la cantidad de contenedores de reciclaje que tienes en la cocina.

El camarero se presenta como se presentan los camareros de los restaurantes modernos («hola, chicos, ¿cómo va eso?») y les hace un repaso de los dos menús degustación que pueden elegir. Réquiem no se atreve a preguntar el precio de ninguno de los dos. Había previsto la situación y ha sacado dinero de la cuenta de ahorros para pagar los estudios de la progenie, cuando la tenga[20]. Pensaba fijarse en los euros al lado del nombre de los platos, pedir solo entrantes que no fuesen exageradamente caros, beber agua, hacer una cenita para compartir, pagar a escote. Vicky apuesta por el menú evidentemente prémium y lo remacha con un vino blanco que debe ser esperma de unicornio con pedigrí y criado en libertad en los prados más verdes de Avalon.

—¡Que no se respire pobreza! —celebra ella.

—Muy buena elección, chicos —dice el elegante pirata mientras introduce la comanda en la tableta—. ¿Queréis un poco de pan de coca tostado con madera de nogal y tomate de nuestro propio huerto?

—¿Aún lo espolvoreáis con hebras de oro del Congo?

—Claro.

Vicky hace que sí con la cabeza y se centra en Réquiem:

—Es la tercera vez que ceno aquí, ya verás cómo te gusta. —Y se da cuenta de que puede ser que él se lleve una imagen equivocada de ella—. Sola. Siempre he venido sola. Pero háblame de ti. ¿Qué haces?

Él le dice que es médico forense (¿quién no ha inflado nunca un currículum?, le ha recomendado Dalsy) y ella se apresura en recordar que está divorciada y abierta a cualquier tipo de relación. Vicky no le pregunta casi por el trabajo y vuelve a hablar sobre su tema de conversación favorito: ella misma. Le explica que está hasta arriba de las imposiciones de los responsables de la cadena donde trabaja ahora. Firmó un contrato millonario después de tener mucho éxito con aquel programa de cotilleos de sobremesa que triunfó siete años atrás (los números siguen sin cuadrar) y que dejó de emitirse cuando ella se fue a la competencia (y porque uno de los

presentadores murió de sobredosis durante una pausa publicitaria y no pudieron amortizar el suceso en directo). Vicky dice que hace un programa de autor, a pesar de que quien da la cara cada mañana es Soraya Monteys, con quien mantiene una relación de amor-odio donde solo falta la parte del amor. Vicky elige los contenidos, la línea editorial, veta colaboradores y aprueba guiones, además de pelearse con los directores del canal y bregar con políticos que creen que el programa los perjudica. Vicky dice que Soraya solo (*solo*) pone la cara, la voz y el escote; que llega la última, justo para maquillarse y sentarse delante de las cámaras y no sabe qué pasará ni qué dirá hasta que las palabras reptan *prompter* arriba. Pero Soraya ya ha publicado (*publicado*) dos novelas premiadas con galardones de los gordos sobre amas de casa que descubren el amor en <introducir un lugar geográfico exótico de promoción en la agencia de viajes de la franquicia comercial más influyente del país>, anuncia casas de apuestas por un buen pico, le han llovido ofertas para salir desnuda en una revista de análisis político, ha hecho de secundaria en dos de las comedias más taquilleras del año, la han invitado a veranear con la familia real española y no le crece pelusilla en el bigote.

—No me quejo —se queja–. Las cosas me van bien. Pero detesto la hipocresía, el cinismo y los debates parlamentarios.

—A ver, chicos, aquí llega el primer plato. —El camarero les planta un platito de *carpaccio* de cabracho sobre pan de atún y ramen de soja que no nos distraeremos en describir porque al cabo de un rato es Réquiem quien le come la entrepierna a Vicky (un chocho depilado, rasposo como un kiwi maduro) en la habitación del Hotel-Spa Ahab Diagonal Mar.

Ella no se ha quitado ni la ropa interior de encaje para las ocasiones especiales ni la nube alcohólica que le enturbia la cabeza. Él tiene la vejiga llena de tanto beber agua y hace esfuerzos para no abrir las compuertas de la presa. Ella lo agarra por la nuca con pasión arrebatada y lo adentra hacia sus rincones más oscuros. Él cree que debería haber aprovechado el momento de entrar en la habitación para ir al baño. Ella grita y le pide un favor especial.

—¿Cuál?

—Meáme. —Sonrisa pícara—. Méame encima.

La cara de Réquiem se ilumina y Vicky cree haber encontrado un cómplice, alguien con quien conecta. Con el primer rayo perfumado de mar, ella llega al orgasmo y él a un placer liberador incluso superior. Después se abrazan hasta que las sábanas se convierten en una segunda piel, mucosa, fétida.

Hacia medianoche, ella abre el grifo del *jacuzzi* y vierte un par de botellas de champán del minibar. Saca una pitillera y le ofrece uno a Réquiem.

—No, gracias, no fumo —declina él desde la cama.

—Es maría del Himalaya. Nada te hará subir tan arriba.

Réquiem se levanta para aceptarlo, ahora sí, mientras ella lo enciende y comprueba que el agua esté lo suficientemente caliente. Una vez que el *jacuzzi* está lleno, entran y se quedan un rato mirando el techo en silencio, compartiendo el tetrahidrocannabinol y la tranquilidad de espíritu que sigue al sexo sabatino.

—¿De dónde has sacado el anillo? —pregunta Vicky, al fin.

—¿Importa? —repone él.

—No. —Le da la última calada al porro.

—¿Por qué deseas la llegada de Aquel A Quien No Se Puede Nombrar?

—Te refieres a Hástur.

—Sí.

—Tuvimos un invitado, una vez, el accionista mayoritario de un *holding* textil con proyección internacional. FÜCSIA, lo conoces, ¿verdad?

—Y tanto. —No le suena de nada.

—Es un filántropo a quien no le gusta salir en los medios, pero vino al programa a hablar de una campaña de beneficencia que preparaba de cara a la Navidad. Conectamos. Supongo que el hecho de que fichase a Monteys y la dejase en evidencia en directo ayudó. Que yo obligase al realizador a mantener el plano sobre ella le hizo cierta gracia. Nos vimos después del programa: me preguntó hasta

dónde estaba dispuesta a llegar. «¿En qué sentido?», le respondí yo. En todos los sentidos. Él fue el primero que me habló. Hástur, el Rey de Amarillo, el exiliado de Aldebarán que espera que le roguemos que venga y someta a la humanidad a su poder y nos permita sentarnos a su lado del trono.

—He estado en Carcosa.

—¿Cómo? —El burbujeo hace que tengan que levantar la voz. Ella tiene la cabellera despeinada y un mechón de pelo le cae por la mejilla hasta la comisura de los labios. Réquiem lo aparta con suavidad.

—En los suburbios de Carcosa, de hecho. Y en sueños, pero sueños reales. He visitado el lago Hali, he paseado entre las ruinas de castillos abandonados…

—¿Lo has visto? ¿Has visto al Rey?

—No. Pero he sentido su presencia.

Ella se agarra el colgante y aprieta el anillo dentro del puño, excitada.

—¿Quién eres, hombre misterioso? ¿Por qué has llegado a mi vida?

—Él está en camino —desvía el tema. Una buena sentencia profética siempre ayuda a redirigir la conversación.

—Y solo sus seguidores seremos los elegidos para formar parte de la corte en la tierra.

—¿Con qué propósito?

—¿Tú sabes la cantidad de mierda que hago flotar en mi programa? ¿Los violadores en serie, los asesinos en serie, los pedófilos en serie, los mariachis en serie que salen día sí, día también en antena?

—¿Hay muchos?— pregunta, desconcertado, Réquiem.

—¡No! ¡No hay suficientes! Por cada caso mediático que encontramos tenemos decenas de peleas insignificantes en institutos, insultos virales de YouTube, cleptómanos de súper, drogadicción de barraquismo, partidos de fútbol de alevines, apuñalamientos por cuernos en puertas de discotecas… morralla.

Tenemos que estirar cada violación en manada, cada analfabeto con tendencia a guardar cadáveres de chicas fotogénicas en el maletero del coche, cada bebé vapuleado por unos padres toxicómanos hasta la extenuación. Exprimir cada víctima, testimonio, familiar, amigo, vecino con tal de que la competencia no avance y nos pase por encima. Tenemos que inventarnos noticias e inflarlas y cocinarlas durante semanas hasta que aparezca otro depredador sexual que enganche a la audiencia.

»Hástur es la solución. Con él llegará un infierno a la tierra. La depravación y el odio serán el pan de cada día. Y quiero estar a su lado cuando eso pase. Quiero tener la exclusiva. Retransmitir el apocalipsis sin nadie que me haga sombra. Entrevistar a verdugos y víctimas, ser un oráculo. —De golpe, chasquea los dientes y pone cara de cría a quien se le ha caído un caramelo al suelo—. Pero tenemos un problema. Una de las hermanas del culto ya no está. Se suicidó hace unos días y ha dejado un vacío en el heptacírculo. No estamos completos.

Réquiem intenta esconder como puede el ansia que le provocan las palabras de Vicky. Habla de Lynette.

—¿Qué pasó?

—No lo sabemos. Apareció muerta en el puerto. Un suicidio, aparentemente.

—Le hice la autopsia a una chica que sacaron del agua, cerca del Maremàgnum —dice Réquiem poco a poco, silabeando para no mostrarse inseguro—. Se llamaba Lynette Santes Creus.

Vicky agita los ojos, abre la boca y casi se ahoga tragando un sorbo de agua. Réquiem aguanta la respiración. No hay ni un pulmón en funcionamiento durante unos segundos en la habitación 637.

—Era ella. La hermana Santes Creus.

Réquiem se siente incómodo cada vez que Vicky habla de hermanas, heptacírculos y del importe de la cuenta del restaurante. Traga saliva y burbujas (ya empieza a estar harto y arrugado) y disimula.

—No lo sabía. Tuve un presentimiento, como si la conociese.

—El Rey nos ha unido, no puede haber otra razón.

—No. No puede haber otra razón.

Seguirle el juego parece la mejor estrategia hasta ahora.

—El martes hemos preparado una sesión de espiritismo —dice ella, seria como solo un borracho puede simular la seriedad—. La Hermandad de Amigos de la Máscara Pálida nos reuniremos con el mejor médium de Europa para contactar con Lynette. Tenemos que saber qué le pasó antes de continuar con nuestro objetivo.

—A mí no me pareció nada comunicativa en la sala de autopsias.

—Creo que tendrías que venir. No lo creo. Estoy segura. Deberías asistir a la sesión. Eres la última persona que la vio. Y eres un iniciado. —Señala el anillo—. Es una señal. Así conocerás al resto del círculo. Así te presentaré a Karshwell.

—¿Martes, dices? Tendré que pedir permiso en el trabajo.

—Será en Carcasona.

—Quieres decir Carcosa.

—No. Por qué debería de querer decir Carcosa. Carcosa es el otro lado de la Vía Láctea. He dicho Carcasona porque quería decir Carcasona.

—En Carcasona. —¿Cómo cojones se supone que va a ir entre semana sin coche ni carné?

—Y ahora que ya has bebido suficiente agua, apaga el *jacuzzi* y volvamos a la cama a divertirnos un poco, doctor Réquiem.

---

[19] Aquí es necesario precisar que no llega la noche. No se ha acortado el día tanto que apenas oscurece en la sobremesa, como si el invierno cayese de golpe en pleno julio como un peso muerto, oscuro y frío. El lector comprenderá que elimine los hechos que ocurren entre la vuelta a casa de nuestros protagonistas y la cita con Vicky por economía narrativa y para evitar que el acordeonista nos persiga unas cuantas escenas más.

[20] Es falso: no tiene ninguna cuenta de ahorros.

16
Viajes SANDRY

La fortuna y una estafa a pensionistas han querido que debajo de casa haya una infestación de carteles con el siguiente anuncio: «Excursión a Carcasona (Francia). 31 euros. Visite la capital de los cátaros el próximo martes 31 de julio. Contacte con SANDRA en el teléfono 555-123456[21]. Viajes SANDRY».

Réquiem apunta el número de teléfono[22] antes de abrir la portería y subir las escaleras hacia casa, donde Dalsy y Kurosawa han pasado la noche del loro a la espera de noticias como un par de padres de un adolescente de fiesta. No quiere entrar en demasiados detalles, aunque hace un resumen por encima (menú degustación, postres acuáticos, heptacírculo amputado), obviando las micciones recreativas.

Que sea domingo a la hora en la que las calles tienen olor a churros y a sudor de *runner* no es obstáculo para que decida llamar al teléfono[23] que promete una visita a Carcasona. La tal Sandra resulta ser Joaquim, un amabilísimo dinamizador de grupos dispuesto a resolver cualquier duda sobre el viaje, que consiste en una visita relámpago de un día de ida y vuelta con el precio del anuncio más extras. Cuando Réquiem pregunta por los extras, Joaquim extrema la cordialidad para referirse a los patrocinadores sin los cuales no les sería posible hacer una oferta tan a la baja.

—Solo tendrán que asistir a una charla una vez que lleguemos a la ciudad, y ni siquiera hace falta que compren nada.

El minibús los espera el martes a las siete y media de la mañana en el Passeig de Sant Joan, al lado de Arc de Triomf, justo a la hora de disfrutar de la hora punta en toda su belleza. Réquiem se

presenta vestido con la uniformidad *upper*-marítima que adquirió el sábado. Lo acompañan sus compañeros de piso, que no se quieren perder la oportunidad de conocer a Vicky y a su clan de grillados apocalípticos.

Joaquim los saluda con efusividad de evidente etiología narcótica y avisa al conductor de que ya han llegado todos y pueden arrancar. En total serán una docena de viajeros: tres matrimonios de edad tan avanzada que no asegura una vuelta en vida, dos chicos vestidos de templarios con espadas de *foam* y un enano *influencer* belga, además de ellos tres, Joaquim y Larsson, el chófer.

El camino hasta la Junquera es tan plácido como puede serlo el último martes laborable de julio con los tres carriles de la autopista atestados de camiones y un conductor que va enviándose mensajes al móvil con la mitad de la población de Noruega mientras zigzaguea entre el tráfico. Los matrimonios conversan entre ellos en un tono de voz estridente, en una competición para dirimir quién tiene una nuera más bruja o un hijo más gandul y así no entrar en discusiones sobre política. Los chicos disfrazados de caballeros juegan *online* a construir castillos, saquear pueblos, violar campesinas, y se retan el uno al otro a ver quién es el más feudalista de los dos. El enano, un individuo pelirrojo con el nombre de su canal de directo en diferido estampado en la camiseta, lo graba todo con el móvil para hacer después un vídeo paródico que no pasará nunca de un pico de veinte reproducciones y tres comentarios de *bots* rusos ofreciendo sexo con muñecas hiperrealistas; sin embargo, como lo hace en neerlandés, ahora mismo es como un ruido blanco de fondo al que nadie presta atención.

Joaquim se arma con un micrófono que satura el sistema de megafonía del minibús y les ofrece tarjetas de prepago no rastreables para el móvil, cartones de tabaco a precio andorrano, lotería colombiana de la que siempre toca (Dalsy compra tres boletos), afiladores diamantinos de cuchillos y aceite virgen de primera prensada del Priorat en garrafas de veinte litros sin etiquetar y no numeradas, entre otras gangas.

Paran en el área de servicio antes de atravesar la frontera, donde desayunan un bocadillo de tortilla precocinada que tiene sabor a alquitrán caramelizado. A uno de los hombres del matrimonio le pica una avispa africana, tiene un ataque anafiláctico y muere en el área de pícnic inflado como un globo entre estertores de agonía; pero la esposa decide proseguir el viaje porque no está dispuesta a desaprovechar los treinta y un euros (malogrados) que le ha costado su parte, ahora que los del marido se han perdido sin remedio. Dejan al hombre sentado en el banco de piedra bajo unos pinos, la cabeza apoyada sobre el pecho, al lado de tres cadáveres más procedentes de un viaje organizado a Italia, de un circo ambulante y de una disputa entre camellos.

Larsson sorprende a todos con su dominio de los idiomas cuando abuchea a alguien en croata al pasar la frontera. Joaquim lo mira preocupado, pero Larsson lo calma al colgar. «Todo en orden», dice. Continúa la sesión de venta de productos. Kurosawa le hace ojitos a la mujer que ha dejado al marido en la sombra porque la permanente violácea le recuerda a la Señora Natividad. A la salida de Narbona ella ya ha olvidado los cincuenta y seis años de convivencia marital y se deja flirtear por el valenciano.

La silueta de ciudad medieval propia de un juego de construcción infantil flota sobre el color barro de las viñas en verano y se recorta contra el azul del cielo, las nubes como amenazas de algodón sobrevolando un paisaje que parece no tener fin. Los templarios de pega se acercan a la ventana. Un insignificante comentario político ha hecho que dos parejas hayan llegado a las manos. Kurosawa y la Nueva Señora Natividad se manosean viciosamente en los asientos del fondo del minibús. Dalsy duerme abrazada a la catana. Réquiem se acaricia el anillo, nervioso.

—Antes de visitar la ciudad, haremos una parada para escuchar unos consejos comerciales y después tendréis la tarde libre —dice Joaquim.

Larsson conduce por callejuelas cada vez más estrechas, de casas de paredes desconchadas y perros sin cola que no pueden

espantarse las moscas vigilándolos a la sombra de los toldos de *boulangeries* desérticas. Finalmente, deja el vehículo en un solar polvoriento, el aparcamiento privado de una casa de ventanas enrejadas. Abre las puertas, comprueba que no haya policía cerca, se agacha a examinar que los bajos del minibús no tengan adherida una baliza de seguimiento y, entonces, da el visto bueno a Joaquim, que hace pasar a los excursionistas con prisas por la puerta blindada de la entrada de la casa.

—Esta es la trampa de estos viajes —murmura Kurosawa, que no ha podido quedarse en el minibús con la Nueva Señora Natividad.

Han atestado la espaciosa sala de estar de la casa con sillas plegables de madera conglomerada encaradas hacia una mesa, como si fuesen reclinatorios en una iglesia. Tras el altar, haciendo las funciones del sacerdote del consumismo, el siempre alegre Joaquim enciende un amplificador tan ensordecedor como prehistórico, coloca una cinta de casete dentro de la pletina y se encaja el micrófono de diadema en la mejilla. Los altavoces vibran con una cumbia-tecno-barroca y las pruebas de sonido del guía.

Lo que sigue son dos horas de matraca comercial a cargo de Joaquim, que dialoga con voces grabadas con una sincronización casi perfecta (el guion falla dos veces, pero nadie se da cuenta), baila, gesticula y los incita a comprar, comprar, comprar estos irrepetibles fardos de cinco kilos de cocaína de una pureza como no se ha visto desde los años ochenta en España. La farlopa no tiene el éxito esperado pese a la insistencia de Joaquim en garantizarles que compran la mejor mercancía al menor precio y que, distribuyéndola adecuadamente, podrían quintuplicar beneficios. Cuando se da cuenta de que los presuntos compradores no paran de mirar el reloj, saca el siguiente producto: un cargamento de bolsas de plástico no compostables que ha ido acumulando de supermercado en supermercado, de calidad incontestable (¡más de trescientos años para desintegrarse, señora!), a un precio irrisorio y que, una vez metidas las unas en las otras como un juego de matrioscas

deshidratadas, se pueden guardar a la perfección en la cajonera que hay bajo el fregadero de la cocina.

En el mismo instante en que despliega una muestra de la partida de bolsas, una detonación hace estallar la cerradura de la puerta blindada y un grupo de intervención especial de la policía entra al grito de *¡A tierra!, ¡a tierra!* y por las ventanas entran bombas de humo que convierten la casa en un callejón del Londres victoriano en cuestión de segundos.

Armamento de guerra con punteros láser, chalecos antibalas, visores nocturnos a plena luz del día y drones de videovigilancia no evitan que el primer tiro lo reciba entre ceja y ceja la Nueva Señora Natividad, cuando uno de los agentes ha confundido el abanico que llevaba en la mano con una semiautomática.

El grupo de asalto de la Unidad Central de Delitos Contra la Emergencia Climática de la gendarmería francesa hace dos años que investiga conjuntamente con la policía española, el Mossad israelí y la guardia vaticana la organización criminal conocida como Viajes Sandry, y han elegido este precioso y último día de julio para desmantelar el negocio.

Réquiem, Dalsy y Kurosawa reptan por el suelo, con el cuello de las camisetas haciendo de mascarilla, en busca de una vía de huida. En medio del bosque de piernas embotadas y los cadáveres de los compañeros de trayecto, topan con Joaquim, que, sonrisa en los labios, les enseña el teléfono móvil:

—Ahora tenéis la tarde libre. Si os perdéis, llamad al número de Sandra[24].

Aprovechan que la aparición de una familia de coyotes distrae a los policías para salir de la casa y esconderse detrás de una de las furgonetas, saltar la valla del aparcamiento y correr por las calles un buen rato hasta toparse con los muros de La Cité, donde llegan justo a tiempo para sentarse a comer.

---

[21] Teléfono ficticio.

[22] Teléfono ficticio.

[23] Teléfono ficticio.

[24] Teléfono ficticio.

17
La Hermandad de los Amigos de la Máscara Pálida

Todos los restaurantes de La Cité tienen dos cosas en común: solo sirven sucedáneos de *casoulette* y confit de *canard* y están llenos a reventar de turistas españoles que han hecho una escapada a Carcasona.

Nuestros protagonistas buscan cobijo cuando oyen que un helicóptero de la policía sobrevuela los callejones pseudomedievales y entran en una tienda de armaduras de pega, espadas de madera y dragones de juguete que es la tapadera de un negocio de compraventa clandestina de jugadores brasileños de *curling*[25]. Una patrulla de gendarmes pasa por delante del escaparate y Réquiem le pide al dependiente si los puede esconder un rato. El tendero tiene unos cincuenta y seis años, dos meses y ocho días aproximadamente, un mostacho blanco donde almacena los mondadientes y una verruga común garbanzo negro sobre el párpado que le costó una adolescencia difícil. Echa un vistazo al exterior, arruga las cejas y responde:

—Hum.

Ni Réquiem, ni Kurosawa, ni Dalsy saben francés, así que no lo entienden. El hombre, sin embargo, abre la puerta de la trastienda y los hace pasar a una cámara frigorífica donde guarda los disfraces, los juguetes y un chico de Sao Paulo, Evaristo, en pantalón corto y bufanda. Los invita a entrar.

—Hace demasiado frío —dice Réquiem, que no las tiene todas consigo.

—Tenéis ropa de caballero con gomaespuma para abrigaros —responde el tendero en catalán.

El hombre los encierra dentro de la cámara, saludan a Evaristo y se sientan a esperar a que la policía se olvide de ellos.

—¿Alguien tiene algo de comer? —pregunta Kurosawa.

Réquiem enseña un pedazo de bocadillo de tortilla envuelto en papel de aluminio y Dalsy, uno de los fardos de cinco kilos de cocaína.

—¿Qué haces? —exclama Réquiem.

—La poli ni los ha tocado. Iban a por las bolsas de plástico. He pensado que nos podría servir. —Lo abre y ofrece a los compañeros de refrigerador, que dicen que no uno por uno.

Evaristo abre la bolsa de deporte que tiene sobre el regazo y saca una fiambrera. Sucedáneo de *casoulette* y confit de *canard*.

—*Podemos compartilhar* —susurra.

Hambrientos, Kurosawa y Dalsy se lanzan sobre la manduca. Réquiem apura las últimas migas del bocadillo. Evaristo se conforma con chupar el fondo de la fiambrera.

Una vez llenos, se intercambian números de teléfono con el brasileño, se agregan en todas las redes sociales donde están presentes, se abrazan y se prometen llamarse algún día para reencontrarse en condiciones mejores, cosa que ninguno de ellos tiene intención de hacer jamás. Llaman a la puerta de la cámara, el hombre del mostacho les abre, les cobra una morterada por la estancia y por la capa de antelina roja con cuello de armiño con la que se ha adornado Kurosawa, y que acaba con el último de los billetes que llevaban encima.

La piel, que les había quedado bien lisa, vuelve a empaparse de sudor al pisar los callejones enlosados de la ciudad.

Pasan el resto de la tarde vendiendo gramos de coca a turistas de fiesta para recuperar el dinero y hacer tiempo hasta la hora de encuentro con la Hermandad de los Amigos de la Máscara Pálida. No vuelven a encontrarse con ningún policía.

—¿Has tenido algún problema para llegar? —pregunta Vicky.

—Ni uno —responde Réquiem.

Es una relación basada en la honestidad y en la orina desde el primer momento.

La reja de hierro forjado de la entrada a la mansión da paso a un camino ascendente de gravilla entre eucaliptos. Vicky va unos pasos por delante de él. El croar de las ranas se va apagando a medida que se acercan a la casa, una mansión del siglo XIX que ahora está iluminada por antorchas a ambos lados de la puerta principal. Un hombre con esmoquin y el pelo engominado acerca un cigarrillo a la llama de una de las antorchas para encenderlo. Le ofrece a la mujer del collar de perlas que se pasa la mano por el cabello rizado, a su lado, vestida como una competidora del campeonato provincial de charlestón.

Vicky se gira, coge la mano de Réquiem y se acerca para presentarlo:

—Este es el capitán Leónidas Lorenzo de Treville, de la Legión Española.

El capitán encaja la mano tatuada con la de Réquiem, que no habría dicho nunca que se trata de un militar. Si hubiera tenido que apostarse algo, se lo habría jugado todo a que era un milhombres del cine mudo criogenizado en los años veinte en plena madurez sexual y despertado hace tan solo seis horas. Hay que decir, en su descargo, que Réquiem no tiene demasiada suerte en los juegos de apuestas. Es alto, tiene la piel morena de rayos UVA, de esa tonalidad uniformemente achocolatada que empalidece en las órbitas oculares, y no debe pasar de los cuarenta y muchos. Bajo la chaqueta se adivina un principio de vigorexia y un tatuaje tribal intenta escaparse por el cuello de la camisa. Más tarde, durante la noche, descubrirá que el capitán Leónidas, además de un alto capitoste de la legión, tiene parentesco con la familia real española: es primo de un sobrino de una cuñada de la nieta de la tía del hermano de la madre de la bisabuela del rey emérito. Vicky le confesará que un verano se lio con Soraya Monteys en el camarote de un yate donde la infanta que no acabó en prisión tomaba el sol

toda desnuda cerca de la costa de Formentera. Pero no nos adelantemos.

—Dice Vicky que usted es médico. —La mujer del charlestón le alarga la mano enguantada para que Réquiem la bese. El anillo con el signo del Rey de Amarillo emite un resplandor.

—Médico forense —responde Vicky—. Hemos tenido suerte.

Réquiem sigue el protocolo que ha visto en los programas sobre puestas de largo de las chicas del medio oeste norteamericano y hace una pequeña reverencia cuando besa el anillo. La mujer, una dama de los mismos veinticinco años que Vicky, tiene los ojos pequeños de un azul aguamarina intenso, los labios delgados rubricados de alizarina y algunas arrugas esparcidas por el cuello que ha intentado ocultar con una boa de plumas doradas y un vestido de lentejuelas.

—Soy Matilda Deulofeu —dice la mujer, dando por hecho que con el nombre ya la ha de identificar.

Réquiem nunca ha oído hablar de Matilda Deulofeu. No sabe que es la presidenta de la Asociación Coral Artística de Barcelona[26], líder del Patronato del Palau de las Caramillas de Cataluña, miembro destacado del consejo directivo de una de las compañías hidroeléctricas más importantes del país[27] y vocal de deportes del AFA en la escuela del Sagrado Corazón Redentor de Sarrià. Matilda aparece en los periódicos económicos de páginas salmón, aunque últimamente es más conocida porque su hija mayor, Luna Deulofeu, quien ha querido conservar el apellido, se dedica a grabar vídeos de moda, maquillaje y cría de hámsteres con millones de visitas, y se está trajinando a uno de los actores más populares de Hollywood por su papel de surfista sideral en una saga multimillonaria de superhéroes.

—Pasa, que te cambiarás y conocerás al resto de la hermandad —invita Vicky.

La primera impresión que tiene Réquiem al entrar en la mansión es que cumple todos los requisitos técnicos para ser una casa encantada o, como mínimo, un pasaje del terror de feria de fiesta

mayor. Una lámpara de araña escupe perdigonazos diamantinos por todo el vestíbulo, decorado con pinturas al óleo de los antiguos propietarios a caballo, en triciclo, en chanclas de piscina, con el posado noble y circunspecto de quien sabe que lo retratan para la historia. La escalera central conduce a las plantas superiores y está coronada por un ventanal gótico tras el cual cae una lluvia plúmbea pese a que en el exterior —y Réquiem sale unos segundos para volver a comprobarlo— la noche es plácida y estrellada. De cualquier rincón cuelgan telarañas que Réquiem considera una falta de higiene alarmante, tacañería por parte de los dueños de la finca o la dudosa contratación de un inquilino que no está a la altura. Justo cuando está reflexionando, el mayordomo hace aparición por una puerta lateral y le dice todo tirante un acompáñeme a los vestidores, cagüentodo.

Hay un frac preparado para Réquiem que le va ancho. Ya le va bien porque así puede esconder bajo el chaleco la Luger de Hitler que Kurosawa le ha dejado «por si acaso». El mayordomo lo ayuda a vestirse con evidentes señales de desaprobación («qué puta mierda») con un comportamiento perfectamente exquisito. La pajarita blanca no cierra del todo sobre el cuello flacucho y el mayordomo le clava un par de coces a una *chaise-longue* mientras blasfema («esto es un puto desastre, hostia puta ya») sin perder los nervios en ningún momento. Como ninguno de los zapatos es del número de Réquiem, se deja puestos los náuticos. De esta forma, parece un héroe multimillonario de la Primera Guerra Mundial que hubiera sobrevivido a su propio asesinato, se hubiese enclaustrado durante décadas en el palacete de Long Island y se hubiese alimentado únicamente de zumo de piña y arroz con leche en polvo mientras mira el faro verde al otro lado de la bahía.

Vicky entra en los vestidores fumando un cigarrillo encastrado en una boquilla de ámbar. De la diadema bordada de cabellos le sale, como un pararrayos, una pluma de faisán. Un trueno resuena en todos los rincones de la casa y hace vibrar las paredes.

—¿Estás listo? —Le da un repaso de arriba a abajo—. Estás elegantísimo, querido, pero esta ropa irá fuera más tarde.

Le alarga una jarra de agua con limón para que se la beba de un trago y le guiña un ojo.

En el piso de arriba los espera con los brazos abiertos un hombre enfundado en una túnica morada de terciopelo. En cada dedo hay un par de anillos de diferentes medidas y quilates. Cuando sonríe, dos incisivos de oro centellean a la luz de las velas. Porque hay velas. Por todas partes. Como si fuera el almacén de una tienda de velas. Todas encendidas. Mal negocio, una tienda de velas de segunda mano.

—Me llamo Raoul Le Borg —se presenta Raoul Le Borg con un acento tan francés que parece impostado—: Aunque todos me conocen como Whoopy.

—¿No sería mejor *monsieur* Le Borg? —pregunta Réquiem.

—*Seulement* Whoopy —responde el vidente.

—¿Sulemán Whoopy?

—Whoopy, *c'est tout*.

—No, yo no quiero *ser* Whoopy. Es usted quien insiste en llamarse Sulemán Whoopy.

—Whoopy, a secas, es el mejor médium de Europa. No hay alma en pena que se le resista —informa Vicky, que parece hipnotizada por el carisma del vidente.

Raoul Le Borg tiene esa edad indeterminada de las personas de setenta y un años, y desprende el magnetismo inexplicable de cualquier iluminado con túnica y sandalias. Cada vez que se acaricia la barba, blanca y larga, a Vicky le tiemblan las piernas. Un hombre de rostro chupado que está de pie detrás de la mesa redonda del centro de la estancia lo observa con recelo y Réquiem se da cuenta. No tardan en presentarlo:

—Este es el cardenal Jesús Santamaría —hace los honores Vicky.

La reacción de sorpresa de Réquiem debe ser demasiado evidente porque el prelado se ve obligado a excusarse:

—Sé que no lo parece, pero es porque voy de paisano. —Y se afloja la corbata para mostrarle el alzacuellos.

El cardenal Santamaría no soporta tener que recurrir a Whoopy. Lo considera ofensivo. Y se ha propuesto no dirigirle la palabra en toda la sesión, ignorarlo, menospreciarlo con su indiferencia, cruzar los brazos y poner morros para hacer evidente que no quiere saber nada. Tiene tanta curiosidad como el resto por saber las razones que llevaron a Lynette a quitarse la vida, pero no piensa rebajarse ni seguirle el juego a alguien de la competencia.

Quien no las tiene todas consigo tampoco es el capitán Leónidas, que ahora entra del brazo de Matilda y mira con desconfianza a Réquiem. El instinto militar se ha puesto en guardia contra el recién llegado, a quien Vicky no ha sabido sacarle por qué tiene el anillo del signo de Amarillo.

No se ha levantado para recibir a Réquiem otro hombre blanco como la cera de las velas que les rodean, de cabeza rapada y barba de mosquetero, el único que no va vestido de etiqueta, sino como un pintor bohemio con los bolsillos llenos: casaca oscura con camisa de lino, chaleco de ante, pantalones de *tweed* y zapatos de piel de armadillo. Con una mano juega displicentemente con el sombrero de copa mientras con la otra se atusa el bigote, rubio como un trago de cerveza. Ni se levanta, ni lo hará. Ya ha cogido el sitio y no está para cuentos protocolarios: quiere empezar cuanto antes mejor, acabar rápido y ponerse a cantar. Quiere ser el centro de atención, y el espiritismo lo eclipsa.

—Próspero Benavides —lo presenta Vicky, que no puede ocultar la poca simpatía que le tiene.

—Ya me debe conocer —dice Próspero con el pecho inflado.

—No, yo… —comienza a disculparse Réquiem.

—Seguro que sí —carraspea y entona—: … *El ladrón de bicicletas no pudo robarme los amigos, pero todos tranquilos, de esos los tengo a quilos…*

Réquiem no lo ha oído en la vida.

Podría haberlo hecho porque «Todos tranquilos» tuvo cierta popularidad en Barcelona a mediados de los noventa y fue la canción que catapultó[28] a la fama a Próspero Benavides, un cantautor uruguayo establecido en la Ciudad Condal cuando lo que se llevaba era la *movida madrileña*, autor de letras cargadas de melancolía irónica, un melómano, hormigómano, que ha intentado sin resultado repetir aquel éxito efímero y ha acabado escribiendo columnas de opinión en revistas sobre novedades discográficas y colaborando de tertuliano en televisiones locales.

Pero no, Réquiem no lo ha oído en la vida.

Un relámpago ilumina brevemente la sala. Whoopy los invita a acomodarse alrededor de la mesa redonda. Todos tienen una silla reservada, y la de Réquiem está al lado de la de Vicky, quien está delante de una botella de dos litros de agua. Sin contar al médium, son seis: Réquiem, Vicky, Matilda Deulofeu, el capitán Leónidas Lorenzo de Treville, el cardenal Jesús Santamaría y Próspero Benavides.

Falta el séptimo miembro del heptacírculo.

El filántropo

El trueno precede la entrada de un hombre anciano en silla de ruedas empujada por una cuidadora con la mirada de los mil metros en la cara.

Por su aspecto, el viejo debe tener entre ochenta y trescientos años: pálido como si no tuviese una sola gota de sangre en todo el cuerpo, cabello blanco y liso recogido en una larguísima cola de caballo, gafas de dioptría generosa y montura de pasta negra tras las cuales se escudan dos ojillos minúsculos y acuosos como huevos de rana, papada gelatinosa contenida por un lacito tan grande que con él se podrían pescar cetáceos y un atuendo digno de un zar en el Palacio de Invierno que envuelve un cuerpo diminuto, artrítico, desgarbado y tullido digno de un zar después de una revolución bolchevique.

Karshwell.

[25] Ahora no nos extenderemos.

[26] La prestigiosa ACAB.

[27] FILESA.

[28] La imagen de una catapulta es incorrecta, por la implicación evidente de un proyectil balístico que llega *citius altius fortius* a su objetivo, medalla de oro olímpica en la guerra de la fama. Puede ser que la imagen más correcta fuera la de cama elástica de un jardín de segunda residencia, donde alguien salta y salta una y otra vez y un día da un bote que sorprende a toda la familia y que servirá como tema de conversación cada cena de Navidad hasta el día que se muera o los hijos lo abandonen en una gasolinera.

18
La extraordinaria vida de Cornelius Karshwell

Era de noche y, sin embargo, llovía.

Una tempestad furiosa y negra engullía la luz del faro.

Antes del alba embarrancarían en los colmillos rocosos de la Costa da Morte dos goletas, un bergantín y la Santa Compaña.

Habría sido, entonces, una noche como cualquier otra si no hubiese sido por el nacimiento del hijo de Rosalía, la costurera que había decidido tirar adelante con el embarazo ella sola, en contra de la opinión del pueblo, del rector y de las meigas que, en un aquelarre pasado por agua, redactaron un informe donde concluían que aquella criatura sería de mal agüero.

Rosalía murió en el parto (punto a favor de las meigas) y el recién nacido lloró durante horas junto al cadáver de la madre. Los lobos ya asediaban la *palloza* cuando John Karshwell los ahuyentó con gritos, fuego y un poco de lástima. El hombre era el primer oficial del *Cornelius*, el bergantín inglés naufragado, y había llegado desde la playa atraído por el llanto del niño. Al agarrarlo del cuello, el pequeño gafe se calló y se quedó dormido. El marinero lo amamantó con el pecho inerte de Rosalía, lo abrigó y se fueron hacia el pueblo.

Nadie en la villa quiso saber nada, ni de aquel infante maldito ni del extranjero que se había hecho cargo. John decidió criarlo hasta que el niño pudiera valerse por sí solo, y como no tenía nombre le puso el del barco que, tocado y hundido, había cruzado sus destinos: Cornelius.

Los dos vivían a las afueras del pueblo y, de cuando en cuando, el inglés bajaba al mercado a vender lana, leche, queso y astrolabios artesanales hechos con madera de eucalipto. El niño creció rodeado

de ovejas, gallinas y perros. La chiquillería del pueblo se acercaba interesada y le lanzaban bellotas y cantos rodados y astrolabios artesanales hechos de eucalipto que estorbaban en casa. El pequeño Karshwell le preguntaba a su padre quiénes eran todos aquellos chicos y John, un poco para quitárselo de encima por inconsciencia paterna, le decía que eran monstruos con piel humana.

Cuando tuvo la edad de ir a la escuela, John recogió las cuatro pertenencias que tenía (incluido al muchacho) y se fue hacia el puerto más próximo. Allí, se enrolaron en el primer barco inglés que encontraron, el *Christmas*, un ballenero a punto de zarpar hacia aguas más meridionales o, como John decía en el lenguaje críptico de los lobos de mar: hacia abajo. Como las credenciales de John Karshwell eran buenas, lo aceptaron de buen grado como cocinero a bordo y a Cornelius como pinche. Cornelius comenzó pelando patatas en la cocina con su padre y poco a poco la tripulación fue haciéndole pequeños encargos que se esmeraba en satisfacer. Fue en el *Christmas* donde aprendió a coser y se ganó la estima tanto de los marineros como de los oficiales y de los loros a bordo.

En el ballenero, Cornelius aprendió dos lecciones que lo acompañarían toda la vida: (1) para coser velas andrajosas es importante tener unas buenas tijeras a mano y (2) no creas jamás las promesas de amor de un hombre de mar que ha bebido de más.

John Karshwell murió de escorbuto en las costas de Nantucket el día que Cornelius cumplía quince años, que ya es casualidad. El chico le hizo una mortaja tan bonita que tuvieron el cadáver expuesto en el puerto durante un mes para que todos lo admirasen, a pesar de que cada mañana tenía que recoser los pedazos que las gaviotas estropeaban picoteando los tejidos blandos y putrefactos del cuerpo.

Cornelius no tardó en alistarse en una expedición al Ártico, que lo tuvo atrapado en el hielo durante dos años y donde, por primera vez, probó la carne humana. Al volver, deliraba y pasó meses en un manicomio de Londres, donde conoció a un agente inmobiliario, aficionado a la entomogastronomía. Después de un incidente con un

lobo fugado del zoo, Cornelius contrajo matrimonio con Mary, una bella irlandesa que había servido de maestra en casa de un médico bipolar un montón de años atrás y que vio en el gallego un pupilo avanzado en el arte de la costura. Cornelius practicaba las puntadas con los cadáveres mutilados que conseguía de forma poco ortodoxa en Whitechapel. Eso fue poco antes de que Mary muriese y estallara la Primera Guerra Mundial[29], y Cornelius volviera a embarcarse, esta vez con destino a una remota isla del Atlántico.

Harto del mundo aunque también un poco influido por el deseo de escapar del conflicto bélico, Cornelius aceptó un trabajo de farero en una isla solitaria, fría, nada turística.

La estancia en el islote no sería fácil. El farero a quien tenía que sustituir se había atrincherado dentro del faro y lo recibió a gritos.

—¡No estamos nunca infinitamente lejos de aquellos a quienes odiamos! —bramaba subido al balcón.

El vendaval que soplaba sin parar hacía que Cornelius no lo oyera bien.

—¿Qué?

—¡No estaremos nunca absolutamente cerca de aquellos a quienes queremos!

El gallego comprendió que el hombre a quien venía a relevar no carburaba. El hecho de que del barco hubiera zarpado sin él los obligaba a convivir. Todo hacía pensar que se entenderían.

El farero apuntó el fusil hacia Cornelius y le disparó. El viento, una vez más, ayudó a desviar la bala, que acabó atravesando a un alcatraz en el nido. Cornelius encontró cobijo en una pequeña cueva y tomó la determinación de volver al faro al día siguiente. Los planes de Cornelius se desbarataron aquella misma noche cuando vio pasar delante de la cueva un grupo de bestias que, caminando a cuatro patas, se dirigían a rodear el faro. Los fogonazos de los tiros del farero iluminaban brevemente el ejército que lo acosaba. Las bestias eran hombres o, mejor, homínidos, como simios sin piel, viscosos, húmedos, que surgían del mar y caminaban sobre las rocas con pies

y manos membranosas y olían a pescado podrido, como una herida infectada con pus.

En cierta manera, no eran tan diferentes de aquellos niños que lo abucheaban en la *palloza* donde creció.

Los espió toda la noche y vio cómo, con el alba, se volvían mar adentro.

Cornelius aprovechó que el farero estaba adormilado para abrirse paso con relativa facilidad ente las trincheras y obstáculos que le cerraban el acceso al faro. De hecho, mientras apartaba tablones de madera reblandecida por el agua, dedujo que los monstruos solo tenían la intención de acojonarlo, porque, si hubieran querido entrar, lo habrían hecho solo de proponérselo. Al llegar a la linterna, se encontró al farero dormido en el suelo. Le quitó el fusil, le cosió un parche a la manta con la que se tapaba y se preparó un café para quitarse el frío de la cueva. Cuando el hombre se despertó al mediodía, Cornelius había barrido, fregado y arreglado el faro, y le había preparado una taza de caldo de alcatraz y unos huevos pasados por agua. El farero masculló algunos fonemas que Cornelius interpretó como holandés. Como uno de los arponeros del *Christmas* había sido un holandés muy extrovertido, Cornelius había aprendido a decir cuatro palabras en este idioma —tulipán, zueco, ano, beso—, pero entendía alguna más. El farero se presentó como Kati Uscas, nativo de Martinica, en las Antillas Holandesas. Era malcarado y arisco y no conjuntaba bien la ropa, pero Cornelius podía disculparlo porque ya había visto que no pasaba las noches demasiado bien. Cuando le preguntó por los monstruos, Kati le explicó que los había padecido desde la primera noche en el islote.

—Una vez capturé uno y lo tuve allí atado durante semanas. —Señaló el radiador, donde aún colgaban unas esposas y decoración navideña—. Se resistió pero acabó hablando. Son los snírambus, una raza de batracios que viven más allá de los escollos, bajo el agua. Pero yo los llamo «sapotes».

Era evidente que Kati Uscas mentía, porque es imposible que ninguna especie de homínidos subacuáticos hablaran tan bien

holandés.

—¿Y por qué atacan el faro? —preguntó Cornelius.

—Eso no se lo pregunté nunca.

—¿De qué hablaban?

El farero cerró los ojos e hizo una mueca de placer. Se pasó la lengua por los labios, ocultos por una barba musgosa.

—Que no te engañen: no son humanos. Pueden parecerlo a veces, pero no lo son.

Cornelius no tardó en comprobarlo por sí mismo. Aquella misma noche, los snírambus atacaron el faro con una agresividad superior a la de la noche anterior. El hecho de que se hubiera dejado la puerta de entrada abierta y sin proteger le hizo sospechar aún más que todo era más una rutina que un intento real de asalto, pero Kati insistía en que estaban en peligro de muerte.

Al cabo de unas semanas, uno de los snírambus se quedó atrapado entre unas rocas y Cornelius lo rescató y lo llevó a la cueva, inconsciente. Al despertar, resultó que había quedado muy malherido en las piernas y no podía levantarse. Lo cuidó durante las mañanas, a escondidas de Kati. El snírambus resultó que era una snírambus (resultaba casi imposible discernir el sexo sin un examen con detenimiento y mucho lubricante), y hablaba un holandés excelente. Dijo que su nombre era Àllacab y que dejase de alimentarla con conservas, por favor, que tenía el estómago revuelto.

Àllacab tenía la piel tibia, suave y rugosa, como si todo el cuerpo fuese glande. Un glande violáceo y verdoso recubierto de algas y que apestara a morsa destripada. Eso le recordó a sus amigos marineros del *Christmas* y una chispa de deseo le inflamó el pecho. A partir de aquí, su historia se vuelve previsible: Cornelius y Àllacab se hinchan a follar hasta que una mañana de resaca Kati los descubre y, celoso, intenta asesinarlos. Los sapotes acuden al rescate en el último momento, atrapan al farero y lo arrastran hacia el océano, oscuro, gélido, terrible, húmedo.

—¡Escóndete! —implora Àllacab en un, recordémoslo, holandés impecable—. ¡Ahora volverán a buscarte a ti!

—Beso, zueco, tulipán, ano —respondió Cornelius.

Ella lo entendió perfectamente. Él se quedó a plantar cara y defender aquel amor insólito.

Cuando los sapotes volvieron a aparecer, Cornelius los esperaba haciendo un vestido para su amada. Los monstruos se quedaron branquiabiertos ante aquella habilidad tan prodigiosa y le pidieron que les enseñara a coser. A cambio, aquel grupo de anfibios de las profundidades lo obsequiaban cada día con plancton abundante, desde pequeñas diatomeas que no tienen gusto a nada hasta krill, medusas y pulpos. Cornelius pasó a nutrirse únicamente de los frutos del mar y sintió cómo su cuerpo estropeado por una vida errante y errática rejuvenecía.

Los snírambus desarrollaron una afición insólita por la costura. Cada noche, surgían del agua para coser, coser y coser. Cornelius reunía las telas de las velas de antiguos naufragios en los acantilados del islote, afilaba huesos de frailecillos atlánticos para hacer agujas, diseñaba patrones y copulaba con Àllacab. Al cabo de pocos meses, tenían suficiente ropa como para abastecer a un pequeño ejército. Poco entendía que los snírambus se empeñaran en continuar desnudos, con tantos pantalones, chaquetas, chalecos, vestidos, bufandas, calzoncillos, calcetines y corbatas como cosían sin parar, aquellas criaturas.

Cuando llegó el barco que tenía que relevarlo, Cornelius subió sin mirar atrás. Tenía que volver a Inglaterra para llevar a término sus planes.

La guerra había acabado.

Cornelius fletó un barco con el sueldo que había obtenido de los años que había pasado en el islote del faro y salió a buscar a los snírambus. Hizo colocar unas enormes piscinas de agua salada en la bodega y prohibió a la tripulación que bajase. Los sapotes entraron de noche y no los vio nadie en todo el viaje de vuelta. Solo Àllacab, vestida como una dama con la ropa que Cornelius había comprado en la mejor sastrería de Oxford Circus, podía dejarse ver en cubierta.

Todos dieron por hecho que era una holandesa muy fea que Cornelius había conocido en el islote deshabitado.

En Londres, creó un negocio de costura y confección de ropa femenina y lo bautizó con el nombre de Fashion Über Clothing Snírambus Island Àllacab (FÜCSIA), en honor a los orígenes de su mujer y gracias a un dominio mediocre del inglés que le hacía escribir palabras a lo tonto.

El problema con FÜCSIA, además del léxico, fue básicamente sindical. Aquellos seres viscosos podían trabajar, sí, pero no en las condiciones en que lo hacían ni en jornadas maratonianas. Un cristal roto aquí, un coche bomba allá, el fémur y seis costillas fisuradas después, Cornelius entendió que o los sindicaba, les pagaba un sueldo y les daba días de fiesta, o bien tendría que irse a un país donde los sapotes pudieran continuar siendo felices cosiendo sin parar por nada que no fuese dormir un rato —no demasiado— y poner huevos —en abundancia—.

La Guerra Civil Española fue como un regalo del cielo.

Cornelius y sus trabajadores se establecieron en una colonia textil a la orilla del río Llobregat que el pueblo bautizó como Cals Holandesos. Sin competencia ni descanso, los sapotes de Cornelius producían a todas horas. El gallego jugaba a complacer a todos los bandos y así nadie le hacía preguntas. Vendía la ropa a muy buen precio; se lo podía permitir. Abrió tiendas por toda Europa. Cuando vio que el conflicto se decantaba, eligió el bando de los ganadores. Los soldados del Tercer Reich ya vestían los uniformes de Cornelius el día que invadieron Polonia. Las cazadoras de los pilotos de la RAF también tenían la firma de FÜCSIA. Los sapotes habían criado y eran centenares de miles, confinados en subterráneos húmedos de diferentes factorías repartidas por el país. De vez en cuando, un grupo se amotinaba y reclamaba jornadas de ocho horas, conciliación con la vida familiar (una snírambus hembra podía poner entre diez y catorce huevos en cada puesta) y un sueldo. Entonces, Cornelius hacía que una guerrilla de sapotes se los llevara al bosque, los matase y los enterrara en una fosa común. Por cada snírambus

insurrecto muerto, habría veinte que ocuparían su lugar sin protestar.

Àllacab era la única que tenía el privilegio de pasearse a plena luz del día, pero había perdido la chispa de los primeros años; cada vez más triste, cada vez más marchita. Cornelius y ella apenas se hablaban ya. Él tenía amantes en todas las capitales donde hacía negocios y no se escondía. Para compensar cierto sentimiento de culpa, Cornelius le compró una mansión en Cubelles, la mansión Àllacab, a la orilla del río Foix.

Un mes después, mientras él estaba de viaje en Nueva York, ella se suicidó.

Cornelius no lo superó; aún la quería. Se iba a la cama con cualquier aristócrata europea que se le pusiera a tiro, sin embargo, todavía la quería. Cuando los snírambus a su servicio lo supieron, se rebelaron e intentaron matarlo. Casi lo consiguen, en aquella casa de Cubelles, una bochornosa noche de verano, si no hubiera sido por uno de sus lugartenientes, un sapote de confianza que lo avisó a tiempo.

—Ya no los necesita —le aconsejó el anfibio—. Son escoria.

Los hombres de Cornelius sellaron los accesos a los subterráneos de los talleres de confección de todos los talleres. De los centenares de talleres donde trabajaban decenas de miles de snírambus. Los condenó a una muerte agónica, oscura, lenta, dramática, cruel, vil, seca, multitudinaria, aburrida y poco recomendable.

FÜCSIA no notó el despido masivo por la vía del enterramiento porque ya tenía otras factorías en marcha, la mayoría en países del sudeste asiático, rebosantes de niños —humanos— sin ningún tipo de expectativa vital más allá de coser, coser, toser y coser.

Cornelius desapareció de la vida pública. Se escabulló. Uno de los hombres más ricos del mundo era un misterio. Comenzó a donar grandes cantidades de dinero a obras benéficas al mismo tiempo que surgían escándalos de evasión de impuestos de las diferentes divisiones de su empresa. Era adorado, odiado y desconocido a partes iguales.

Recluido en la mansión de Cubelles, Cornelius Karshwell había descubierto la manera de recuperar a su amada[30] Àllacab, ahora conservada en un tanque de formol, en la buhardilla. El lugarteniente lo había iniciado en el culto ancestral, en la fe a una divinidad que podría devolverle a aquella que lo hizo ser quien era y que ha olvidado ser.

El Rey de Amarillo la devolvería a la vida, eliminaría a todos sus enemigos y haría renacer un planeta nuevo tan solo para ellos dos, aunque eso implicase el apocalipsis y una nueva colección de ropa de invierno nuclear.

---

[29] No parece que hubiera relación de causalidad ente los dos hechos.

[30] De aquella manera.

19
La séance (Un sainete en tres actos)

Acto I

Sobre el hule con motivos cabalísticos de la mesa hay un platito con plancton fresco. Karshwell alarga la mano y coge un pellizco, que se pone en la boca. Pequeños organismos gelatinosos (sálpidos, pirosomas y los deliciosos anfípodos) le resbalan por la comisura de los labios hasta el mentón. La cuidadora le pasa mecánicamente el pañuelo bordado con las iniciales CK por la mejilla. Todas las miradas convergen.

La sala tiene las paredes recubiertas de madera y el suelo entarimado. Los relámpagos iluminan fugazmente las cenefas de las alfombras persas y la presencia, en una esquina, del lugarteniente de Karshwell, sentado en una silla rococó, con el sombrero de fieltro reposando en el regazo, un traje entallado de color gris perla y las piernas una sobre la otra que hacen visibles unos mocasines relucientes y calcetines de algodón de patrones romboidales. Tiene el rostro de un verde pálido como de pantano, los ojos grandes y negros de renacuajo depresivo, la boca besuguiana, donde baila un mondadientes reblandecido por los mordiscos, y las manos membranosas y con unos dedos larguiruchos que acarician un revólver de cañón cromado.

Ahora que Karshwell ya está en su sitio, el resto de los invitados se sientan alrededor de la mesa, salvo Matilda, que prefiere continuar de pie porque sentarse es el nuevo fumar.

—Es un placer conocerlo, doctor Réquiem. —Perdigones fitoplanctonianos salen disparados de la boca de Karshwell. Tiene la

voz de alguien a quien los silencios favorecen, el aire justo que se cuela de los pulmones de mala gana en un chirrido adormilado.

—Puedo decir lo mismo. —No puede decir lo mismo.

—Vicky me ha hablado mucho y muy bien de usted. Ha sido especialmente insistente, porque, si he de serle sincero, no las tenía todas conmigo. Ni los otros hermanos del heptacírculo tampoco.

El capitán Leónidas baja la vista para hacer notorio que se ha dado por aludido.

—Comprendo el recelo. —«Que además está totalmente justificado», piensa Réquiem.

—Se ha de decir que su aparición ha sido de lo más oportuna. Si bien de entrada podíamos sospechar de sus intenciones, el entusiasmo de Vicky en su defensa ha hecho que lo considerásemos un signo más del advenimiento de Hástur; un accidente cósmico.

—Así mismo me llamaban mis padres también.

—Ya le puede estar agradecido. Si no fuese por Vicky, habríamos tenido que matarlo.

Clava la mirada fijamente en Réquiem, con el rostro ambarino por la luz titilante de las velas. Réquiem aguanta la respiración y siente el latido metálico de la Luger de Hitler muy cerca de la ingle. Cree que el lugarteniente puede olfatearla, a pesar de no tener nariz.

—Es broma —remacha Karshwell, y Réquiem vuelve a respirar aliviado—: Solo tendríamos que torturarlo hasta que confesara quién es usted y qué quiere realmente.

El sapote mafioso de la esquina emite un ronquido que pretende ser una risotada. No le hace falta sacar el cartel de Aplauso porque el resto de espectadores lo acompañan con risas impostadas y sonrisas nerviosas.

—Solo soy un médico forense.

—¿Por qué desea el advenimiento del Rey de Amarillo? ¿Por qué lleva el signo en el anillo?

Relámpago, trueno, silencio incómodo, la puerta se abre y una despedida de soltera con diademas de cipotes y disfraces de abeja de dibujos con hedor a tequila irrumpe en la sala.

—¿El *Escape Room* es aquí? —pregunta la única que todavía va recta.

—No, al lado de la entrada principal, a la derecha, en el ala este —les indica Whoopy.

—De acuerdo, de acuerdo, perdón —se disculpa la chica. Les da un repaso, con la mano agarrotada sobre el pomo de la puerta, mientras las otras ya desfilan escaleras abajo—. ¿Es una sesión de espiritismo? ¿También hacéis? ¿Tenéis tarjeta de visita?

La oportuna y algo libidinosa mano del mayordomo la abduce a tiempo.

Réquiem ha tenido tiempo para pensar una respuesta válida a la pregunta inquisitiva de Karshwell.

Aunque tener tiempo no quiere decir invertirlo bien, así que no sabe cómo salir de esa.

—Veo la muerte cada día cara a cara —improvisa. Todos lo escuchan, atentos. Se queda en blanco. No sabe cómo continuar y disimula haciendo ver que está generando tensión narrativa. No tiene la menor idea de cómo acabar la frase.

—¿Sí? —lo invita a seguir Karshwell.

Whoopy mira el reloj y se alegra de haber pactado reservar toda la noche a este grupo y cobrarles por horas.

—Y no muere nunca la gente a la que le correspondería —aventura Réquiem. No tiene ninguna lógica. Ya puestos, acaba de lanzarse a la piscina—: Quiero elegir quién muere y quién no.

Karshwell inspira fuerte y la nariz le silba como un calentador de té. Gestos de asentimiento de Vicky y Matilda.

—Es bastante razonable —acaba diciendo Karshwell—. El cometa se acercará a la órbita de la Tierra el 13 de agosto y se alineará con Aldebarán exactamente poco después de la puesta de sol. Nos queda poco tiempo y hemos perdido a una de nuestras hermanas, con quien hemos venido a contactar hoy. Sea bienvenido, doctor Réquiem. Y ahora, Whoopy, comience, por favor.

Acto II

Whoopy carraspea y pone las palmas de las manos por delante.

—Tomaos *les mains*.

—¿La mente? —pregunta Réquiem—. Perdón: ¿cómo nos tomamos la mente?

Vicky lo mira con condescendencia maternal y le ofrece la mano. Réquiem la encaja y se sonroja, avergonzado.

—Tiene un acento francés demasiado marcado —se disculpa en voz baja.

Whoopy hace sonar una campanilla y entonces entra el mayordomo. Se dirige al gramófono que hay sobre la consola colonial de madera de abedul y pone la aguja sobre el disco que estaba preparado. Los surcos crepitan unos segundos hasta que suena una aria de ópera que Matilda reconoce de forma ostensible y aprueba con un cabeceo de satisfacción. La soprano hace un *cantabile* de gorjeos suaves. El mayordomo se va rezongando en *cabaletta* («cagoncoño, hostia puta ya») por la misma puerta por la que ha entrado.

—Vacíen las mentes —solicita Whoopy.

—¿Las manos? —pregunta flojito Réquiem—. No tengo nada en las manos.

—Ahora sí que ha dicho la mente —le corrige Vicky.

Una mosca se para sobre los cabellos de Whoopy, que ha cerrado los ojos. Los miembros del heptacírculo lo imitan. El lugarteniente los observa atento; no tiene párpados.

—Lynette Santes Creus… —invoca el médium—. Lynette Santes Creus, te pedimos que vengas con nosotros.

Réquiem abre un ojo, receloso, y observa a la hermandad. Todos aprietan fuerte los ojos, con la barbilla apuntando arriba, bien concentrados, salvo el capitán Leónidas, que lo escruta desde el otro lado de la mesa. Réquiem hace ver que le pica el ojo, se lo rasca y lo vuelve a cerrar.

—Veo una gran *maison*… una casa en lo alto de una montaña. La veo en *flammes* —dice Whoopy, en éxtasis—. Entraré para *chercher*

a Lynette. Abro la puerta. Hace calor y frío al mismo tiempo. Tengo frío, tengo frío…

El mayordomo entra otra vez, ahora armado con una manta india de lana que coloca sobre los hombros del médium, y se va.

—La gente se piensa que es fácil calentar una casa antigua, pero no lo es —continúa Whoopy—. Esta casa pide fuego. Llego a una *chambre*. Es un dormitorio. Hay una niña. ¿Eres tú, Lynette? Es una niña *très jolie*, con un vestidito azul, una camisa y un canesú. ¿Eres tú? Dice que salió a pasear y se resfrió y tuvo que quedarse en la cama con mucho dolor. Pobrecita… ¿Quién eres? ¿Quién eres?

—Era mi mejor amiga de pequeña —dice Lynette al oído de Réquiem.

—Veo un médico. Un médico que le receta jarabe… con un tenedor.

—Era una muñeca —añade Lynette.

—Dos y dos son cuatro, cuatro y dos son seis; seis y dos son ocho, y ocho, dieciséis.

—Se quemó con toda mi familia.

Un escalofrío recorre la espina dorsal de Réquiem, que abre los ojos y encuentra a Lynette inclinada hacia la derecha. Está tan guapa como el día que le hicieron la autopsia. Las velas se han apagado y los participantes en la sesión parecen suspendidos en el tiempo, en un estado ingrávido, ajenos a la presencia del espectro. Solo él la ve y la oye.

—Lynette… —murmura Réquiem.

—Calla, que quiero ver qué hace el gran líder comanche este.

—Tiene una vela blanca en la rodilla izquierda y una azul en la rodilla derecha —dice Whoopy.

—Sí. Eso fue cuando hice la comunión y me regalaron una ouija. —La voz de Lynette es como un regaliz pegajoso que penetra en los tímpanos de Réquiem.

—Hola, Lynette. Ven con nosotros —pide Whoopy.

—¿Cómo lo ves? —pregunta Lynette—. Te lo digo a ti, Réquiem. ¿Cómo lo ves?

—¿Por qué yo?

—Porque ahora mismo eres la única persona en quien confío. La única persona viva, ya me entiendes.

—¡Pero si no nos conocemos!

—No hace falta que pongas tantas pegas, tampoco.

—¡Lynette! ¡Lynette! —grita Whoopy—. La he perdido. No está. Las habitaciones están vacías.

—¿Por qué te mataste?

—He ahí la cosa: no me maté. No fue ningún suicidio. No puedo decir que no se me pasase por la cabeza ni que no fuera una opción mejor que el futuro inmediato que nos espera… —Y rectifica—: … que os espera. Sin embargo, alguien se me adelantó y me asesinó.

—¿Quién?

—No lo sé. Que esté muerta no me convierte en vidente. Eso se lo dejo al payaso este que no para de invocarme.

—¿Te mató alguno de ellos?

—No eres demasiado espabilado para ser médico forense, ¿no? He dicho que no lo sé.

—No soy médico forense.

—¿Cómo?

—Que no soy médico forense.

—¿Lynette? —Ahora Whoopy ha bajado la voz, un poco para conseguir un buen clima y un poco porque el humo de las velas le está irritando el esófago—. Diría que comunica.

—¿Comunica? —pregunta Karshwell.

—Está hablando con alguien más —informa el médium—. Podríamos intentarlo más tarde, cuando acabe. O podríamos dejarle un mensaje.

—O podríamos insistir —insiste Karshwell.

El lugarteniente se levanta con un revuelo como si quisiera subrayar en negrita las palabras de su amo.

—Entonces, tendríamos que conjurarla entre todos.

—¿Qué quieres decir con que no eres médico forense? Estabas en la sala de autopsias. Me abriste en canal. Encontraste el anillo en el

estómago.

—Soy técnico en patología forense.

—¿Y eso no es un médico forense?

—Técnicamente, no.

—¿Y quién eres?

—Soy el que te sierra la cabeza, te corta las costillas y el que te recose después.

—Necesitaremos que cada uno de vosotros diga alguna cosa que le recuerde a Lynette, alguna cosa que nos sirva para hacerla venir hacia aquí —pide Whoopy.

—Pero yo creía que eras forense… —dice Lynette con un innegable tono de decepción de ultratumba en la voz.

—Has visto dónde vivo. ¿De verdad crees que un médico forense se gana así la vida? Por cierto, que encuentro de muy mal gusto hacer las apariciones que haces por las noches con todo el circo sanguinolento de subir por las paredes y descarnarte a la mínima.

—Las mandarinas —dice el cardenal Santamaría—. A Lynette le entusiasmaban las mandarinas.

—Y las cerillas —se suma Matilda Deulofeu.

—Te pido disculpas, yo habitualmente no soy así. Pero no puedo evitarlo cuando me aparezco bajo la influencia de Aquel a Quien No Se Puede Nombrar.

—¿De Hástur?

—Sí, de Hástur. Escúchame bien, no tenemos demasiado tiempo. Es posible que estos se salgan con la suya, y lo que te tengo que decir es muy importante: la Hermandad de Amigos de la Máscara Pálida contactó conmigo hace tres años para proponerme entrar en su círculo. A mí ya me venía bien porque no he tenido nunca demasiados amigos: vivo en una puta casa encantada.

—Vivías —la corrige Réquiem.

—Las traducciones al islandés del *Decamerón* —dice Vicky.

—Vivía, sí. Y aquella edición islandesa era un regalo para un profe de instituto que me gustaba, no para mí, no le hagas caso. Como te decía: hace poco descubrí que no me habían invitado a pertenecer a

su pequeño grupo selecto porque les cayese en gracia. Querían una cosa que tengo.

—Que tenías.

—Para de corregirme, por favor. No sabes cómo es de difícil usar los tiempos verbales cuando estás muerta.

—Disculpa.

—Mi segundo disco —dice Próspero Benavides.

—Debo ser la única persona que lo escuchó —responde Lynette, que pierde el hilo de la exposición cada vez más rápido—. Son dos monedas íberas que pertenecen a mi familia. Las necesitan para invocar a Aquel Que No Se Puede Nombrar.

—Hástur.

—Sí, Hástur. Insistían muchísimo. Decían que sin ellas no podían hacerlo entrar en nuestra dimensión, cosa que me parece absurda porque… bien, ya me has visto cuando me posee la locura de Aquel… de Hástur. Se pusieron muy pesados. Sobre todo Matilda, pero yo creo que quien la enviaba era Karshwell. Quería que nos hiciéramos amigas. Ya te he dicho que no tengo demasiadas amigas, ¿verdad? Karshwell no se moja nunca, no da nunca la cara. Es el típico liante de clase que manipula al resto de los compañeros para que se maten entre ellos y salir indemne.

—Las sondas gástricas —dice la cuidadora de Karshwell.

—Los condones con sabor a piña —dice el capitán Leónidas, alto y fuerte, media carcajada machofachenda en los labios.

—¡Qué hijo de puta! No sé qué insinúa, pero… bien, sí, sé qué insinúa y te aseguro que si no estuviera muerta…

Lynette coge un candelabro y lo lanza con rabia contra el militar, que no lo ve venir y recibe un golpe en la cara que solo le hiere el orgullo.

—Parece que he tocado una fibra… —presume Leónidas.

El fantasma se enfurece y comienza a tirar velas al suelo, descuelga las cortinas a tirones, tuerce los cuadros de perros jugando al póquer, hace un *scratching* salvaje y *electrohouse* en el disco de ópera, golpea con los puños sobre la mesa y hace saltar el

bol de plancton que se derrama viscoso. Agarra un muñeco de ventrílocuo que había en una estantería (y que es idéntico al mayordomo, pero de madera), entre una máscara de *hockey* sobre hielo y una motosierra, embute una mano ectoplásmica y lo coloca delante de los morros del capitán Leónidas.

Se abre la puerta y una pareja de mediana edad (gafas de pasta roja de profesor de humanidades o educador social, mirada de vacío existencial tras quince años de matrimonio sin pasión, ropa bien planchada) entra sin saber que no es un buen momento.

—Perdón, ¿la tienda de alimentación ecológica? —dice él.

—En la planta de arriba —informa Whoopy.

—Ya te decía yo que no era aquí. Perdonen, ¿eh? Mi marido tiene la mala costumbre de no llamar a la puerta antes de entrar, y a veces se lleva sorpresas desagradables.

—No empecemos, Tessie, no empecemos. Aún tengo pesadillas con aquello que hacía tu madre.

El matrimonio desaparece y deja atrás una estancia cargada de furia y velas desparramadas por el suelo.

—¡CALLA! —grita Lynette a través del muñeco.

—Hola, Lynette. Te esperábamos. —El médium sonríe de oreja a oreja: cobrará la tarifa pactada.

—¡¿QUÉ QUERÉIS DE MÍ?!

—Querida —dice Karshwell—. Bonita.

—QUE QUÉ QUERÉIS.

—Queremos saber qué te pasó.

Acto III

Réquiem contempla la escena atemorizado. Esta Lynette fuera de sí no es la misma que le hablaba al oído hace un momento. Los cabellos, eléctricos, le bailan en el aire, los ojos como dos agujeros de enchufe en medio de la cara, los músculos tensos como cables de alta tensión, las narinas hinchadas como facturas de la luz. Aunque aún es el único que puede verla. El resto habla con un títere de

medio metro de altura con los cabellos pintados con betún y las mejillas enrojecidas con la sangre de las víctimas del ventrílocuo.

—Solo puedo hablar yo —dice Whoopy—, que *je suis le* médium.

—Ella es nuestra hermana —protesta Karshwell.

—Y yo la he invocado.

—Para ser precisos, he sido yo. —Levanta un dedo el capitán Leónidas.

—¡CALLAD! —grita el muñeco sobre la mesa.

—Habla en plural mayestático —argumenta Whoopy—. Se refiere a *moi.*

—¿Entonces por qué se ha dirigido primero al capitán? —interroga Matilda.

Réquiem se levanta y tira la silla hacia atrás. Todos desvían la mirada sorprendidos. Se abotona el frac, besa el dorso de la mano enguantada de Vicky y, en cuatro zancadas, se acerca a Lynette.

—Entra —le susurra.

—¿Qué?

—Confías en mí, ¿no? Entra dentro de mí.

Ella deja el muñeco, da un paso hacia Réquiem y se funde. Él siente un cosquilleo subatómico en los genitales y el último pensamiento consciente es que, al comenzar el día, no habría imaginado que hoy una mujer lo penetraría de forma tan íntima. Ni hoy ni nunca.

—En el contrato de prestaciones de servicios… —comienza a quejarse el médium pero es interrumpido por Requienette.

—INGRESÉ EN EL PSIQUIÁTRICO POR VOLUNTAD PROPIA. SENTÍA QUE ME PERSEGUÍAN, LAS PESADILLAS ME ESTABAN CONSUMIENDO Y UN DÍA APARECIÓ EL DOCTOR GISBERT, QUE SE OFRECIÓ A TRATAR MI CASO.

—¿Soy la única a la que las mayúsculas le irritan un poco? —pregunta Matilda en voz alta.

—LAS PESADILLAS NO SOLO NO SE ACABARON SINO QUE SE INTENSIFICARON. EL DOCTOR GISBERT NO CURABA NADA, AL CONTRARIO. INSISTÍA EN QUE NO TENÍA QUE SALIR DEL

HOSPITAL PORQUE LA AMENAZA EN EL EXTERIOR ERA REAL. COGÍ FUERZAS DE DONDE PUDE Y ME ESCAPÉ. ¿TENÉIS UN POCO DE AGUA? NO ESTOY ACOSTUMBRADA A ESTAS CUERDAS VOCALES Y ME DUELE LA GARGANTA.

Vicky se afana en darle un vaso de agua.

—Te pongo más, si quieres.

Requienette se lo bebe de un solo trago y lo lanza contra la pared, donde se rompe en mil pedazos (pedazo arriba, pedazo abajo), con tal de mantener la reputación espectral de la *séance*.

—SIN HOGAR, SIN FAMILIA, SIN SUSCRIPCIÓN A NINGUNA PLATAFORMA DE *STREAMING*, PASÉ DOS DÍAS ALREDEDOR SIN SABER A DÓNDE IR.

—Podías recurrir a nosotros, bonita —dice Karshwell.

—Miren, si yo sobro *ici*, me largo —protesta Whoopy.

—NO PODÍA PORQUE TEMÍA QUE UNA VEZ CONSIGUIERAIS LAS MONEDAS OS DESHARÍAIS DE MÍ.

—¿Por qué lo tendríamos que hacer? Tú y yo somos amigas —dice Vicky.

—Y eres tan necesaria como el resto de nosotros para cumplir la misión —añade Karshwell.

—ALGUIEN ME PERSEGUÍA. ALGUIEN QUE ME QUERÍA MATAR, Y PODÍA SER CUALQUIERA DE VOSOTROS.

Señala uno por uno a todos los asistentes: Karshwell y la cuidadora, el cardenal, el militar, la periodista, la ejecutiva, el cantante, el lugarteniente, el médium y el muñeco del ventrílocuo.

—Creo que estás haciendo una montaña de un grano de arena, nena —opina Leónidas.

—FINALMENTE, ME ENCONTRARON ESCONDIDA DENTRO DE LA GOLONDRINA DONDE PASABA LAS NOCHES. FUESE QUIEN FUESE, NO LO VI VENIR Y SOLO TUVE TIEMPO DE TRAGARME EL ANILLO PARA ENVIAR UN MENSAJE A LA POLICÍA.

—¿Cuál? —pregunta el cardenal Santamaría.

—NO LO SÉ. ME ESTABAN MATANDO, NO TENÍA LA CABEZA CLARA. PENSÉ QUE YA SE ENTENDERÍA.

—No creo que se entendiese —dice Próspero—. La prensa hablaba de suicidio y la policía no contactó con la hermandad en ningún momento.

—O VOSOTROS MISMOS OS HABÉIS ENCARGADO DE TAPARLO —los acusa con rabia.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza. ¿Por qué te invocaríamos, entonces? —interroga Matilda—. ¿Por qué nos molestaríamos en hacerte volver si alguno de nosotros es tu asesino?

—¡PORQUE QUERÉIS SABER DÓNDE ESTÁN LAS MONEDAS!

—De verdad que a mí esto de las mayúsculas me está matando —protesta Matilda.

Un trueno hace temblar la casa, la aguja del gramófono salta sobre el disco y se queda enganchada en una ristra de gorjeos estridentes como puñaladas en la ducha de un motel.

—¡Es evidente que lo queremos saber! —grita el cardenal Santamaría—. ¡Sin las monedas no podemos cumplir nuestro objetivo! ¡Estábamos todos de acuerdo, Lynette!

—Déjalo estar, ya dije que no tendríamos que haber confiado en una paranoica pirómana. —El capitán Leónidas chasquea los dientes, resignado.

—Te pedimos… te lo rogamos —Karshwell, sibilante como una serpiente de cascabel entre la hierba alta—, que nos digas dónde ocultaste las monedas, Lynette.

—¡OKHYOI ORR'E OTLKI THROD VKHLO TEGOTH!

—Si se ha de poner así, vale más no hablarle —sentencia Matilda.

—¡CN'QHA'AI EU-RIBOR YOI EF'NOG!

—¿Son las palabras que buscamos? —pregunta Vicky.

—Es aklo, pero me temo que no, que no lo son —dice Karshwell, que mira de reojo al lugarteniente.

El sapote niega con la cabeza y se acomoda en la silla.

—Dice que su grito de muerte ya llega —traduce.

Volutas de humo azul envuelven a Requienette.

—Me gustaría llevarla de bolos —dice Próspero—. Si hace eso sobre el escenario, podría dejar de actuar en cumpleaños infantiles.

—¡AFT'M GNH'GUA!

—Que olvidemos el futuro… aquello que ha de llegar —continúa traduciendo el gorila de ultramar.

—No entiendo por qué tiene que hablar un idioma primigenio si sabe hablar el nuestro —se queja el capitán Leónidas—. ¡Que hable en el nuestro, que lo entendemos todos, y no esa lengua vernácula!

—¡KHLYEH DM'KHLYEH!

—¿Qué ha dicho? —pregunta Karshwell.

—Hostia —murmura el lugarteniente.

—¿Pero qué ha dicho? —insiste Karshwell.

—Hostia. Ha dicho *hostia*.

—Virgen santísima —se persigna el cardenal Santamaría.

La posesión comienza a perder cobertura y se limita a graznar palabras incomprensibles llegadas de un universo más allá del más allá.

—Eso ya se lo tendré que cobrar a precio de conferencia interdimensional —advierte Whoopy—. Les advierto que no les saldrá barato.

—Las monedas —insiste Karshwell—. Las monedas, Lynette…

Se abre un portal dentro del estómago de Réquiem por donde se cuela el alma de Lynette Santes Creus, un trozo de confit de *canard* y butifarra de la *casoulette* que todavía tenía encallados en el esófago, el humo azul, una pestaña postiza de Matilda, medio bigote hormiguero del capitán Leónidas, la angustia vital de la cuidadora, cuatro gambas minúsculas y todo el oxígeno de la estancia en un chasquido líquido y fragoroso, como una flatulencia inversa, un plop de ventosa que se despega. Extenuado, Réquiem cae de rodillas y pierde el conocimiento y el control de los esfínteres, momento en que el mayordomo entra dignamente por la puerta como si acabase de atravesar la columna de la victoria de un emperador romano de postre y, con toda la solemnidad, se caga en la puta madre que los parió a todos, comenzando por *monsieur* Raoul Le Borg, a quien no tendría que haber escuchado el día que se conocieron en aquel grupo de terapia para pintores daltónicos, y que lo animó a

abandonar una brillante y monocroma carrera pictórica en favor de la comedia espiritista.

El mayordomo clava un par de bofetadas en las mejillas de Réquiem con el efecto esperado: desquitarse. Como el falso médico forense no vuelve en sí, trae un frasco con Agua del Carmen anisada y la destapa bajo la nariz antes de tragársela de un solo sorbo. El eructo del mayordomo y la recuperación de Réquiem son casi simultáneos.

Las velas se han apagado y en el aire queda un perfume de incienso (¡que pida un deseo! ¡que pida un deseo!), de resina de copal y de los calzoncillos derrapados del cardenal Santamaría. El silencio se apodera de la hermandad, los latidos de forja vulcaniana de los corazones son como una resaca esotérica que les martillea los tímpanos y les cose las palabras en la garganta. Whoopy chupa un caramelo de propóleos para suavizar la carraspera.

Réquiem abre los ojos y encuentra a la cuidadora de Karshwell mordiéndose un mechón de cabellos a un costado y a Vicky sosteniendo un vaso de agua en el otro. Lynette ya no está. Solo queda un vacío, la sensación de que se le ha amputado una parte del cuerpo, que le han arrancado un trozo de alma y el agujero se está rellenando poco a poco de un horror lacerante, lancinante e infinito, como si la locura de ella hubiera hecho una metástasis famélica y malsana, anidase en cada célula de su cuerpo y hubiese puesto los huevos de un conocimiento aberrante, una sabiduría más allá del sentido, así como todos sus secretos, excentricidades y talla de sujetadores.

Mucho circunloquio para acabar diciendo que, en definitiva, ahora Réquiem sabe la ubicación de las monedas celtíberas que sirven para invocar a Aquel Que No Puede Ser Nombrado[31].

---

[31] Hástur.

20
La verdad oculta

Dalsy y Kurosawa esperan al otro lado de la reja. Ya hace demasiado rato que Réquiem ha entrado en la mansión Le Borg y les preocupa no tener noticias. Ella propone entrar catana en mano y resolverlo expeditivamente. Kurosawa le pide paciencia y cocaína.

—No creo que sea una buena idea, Sawa. Hoy ya has tomado demasiada —sugiere Dalsy.

—¿Quién eres tú ahora? ¿Mi madre?

—Soy la que tiene que controlar que este fardo nos dure lo suficiente para sacarnos un dinero. Y al ritmo que vas te la habrás acabado antes de que salga el sol.

—Un poco más para estar a tono y ya.

—La última.

—La última.

Los dos saben que no será la última. Lo que no saben es que las consecuencias irán más allá del impacto en la salud ya de por sí precaria de Kurosawa. Tampoco saben que, dentro del caserón, la Hermandad de los Amigos de la Máscara Pálida juega una partida de *whist* mientras esperan que Réquiem se reponga del todo.

Karshwell es un jugador de *whist* experimentado desde que aprendió las normas en las tabernas de marineros de Nueva Inglaterra los días que llovía a cántaros y no podía matar el tiempo practicando polo o destripando prostitutas. De la mesa es el único que sabe cómo se juega, sin embargo, y como no se explica demasiado bien, los otros se dedican a seguirle la corriente y mostrar y esconder los naipes sin tino. De esta manera, Matilda ya ha ganado dos rondas. Whoopy ha declinado participar y mira

aburrido, medio apoyado en la butaca, a punto de caer dormido por el repique constante de la lluvia en el tejado y el calorcito de la manta india.

—Te debemos una explicación —dice como de pasada Karshwell —. Todo este espectáculo, toda esta ceremonia, toda esta posesión tuya.

A partir de entonces, Karshwell levanta una escenificación de leyendas, mitos, supersticiones que comienzan, cuéntame, oh, diosa, con la guerra de Troya y un terrible malentendido entre el cojo, feo y sudoroso Hefesto y la angustiada nereida Tetis, cuando esta le pide que forje una armadura para su hijo Aquiles. El dios del fuego crea un escudo indestructible de una belleza extrema y le coloca dos medallas de plomo con una plegaria para dominar a Hástur, un primo lejano por parte de Hades de quien nadie sabe nada desde que discutió con Zeus, le dejó la cara como el culo de una cabra y se exilió en las Híades. Tetis, que confiaba en la astucia y la fuerza de su hijo, pero no demasiado en su capacidad para gestionar la llegada de una divinidad violenta dispuesta ya no a acabar la guerra con Troya sino a arrasar el Olimpo y a sus habitantes, tuvo tanto miedo al ver aquellas plaquitas que le pidió a Hefesto que hiciera el favor de reemplazarlas por dos talentos de oro que simbolizasen la justicia y la paz (*Ilíada*, Canto XVIII, Verso 508). Una vez Hefesto entregó la armadura, no supo qué hacer con las medallas y las lanzó a las murallas de Troya, con tan mala fortuna que golpearon la cabeza de Odiseo. Este se las quedó, pensando que eran un buen augurio enviado por los dioses, lo que era cierto solo a medias. No relacionó nunca el mal hado y un cierto retraso en su vuelta a Ítaca con la posesión de las dos monedas de plomo, y así fue como las conservó durante veinte años hasta que se las entregó a Alcínoo (*Odisea*, Canto XII, versos 44-46), rey de los feacios, quien finalmente haría llegar al astuto héroe a casa. Por desgracia, la mala suerte de las monedas de Hefesto no tardó en aparecer: ya a la vuelta de la nave de los feacios, Poseidón se había enrabietado tanto con Alcínoo por haberle echado un cable a Odiseo que convenció a

Zeus, el de la cara de culo de cabra, para que convirtiera el barco en piedra y bloqueara el puerto. Alcínoo se enfadó, sacrificó doce bueyes y entregó las malditas monedas a los primeros que encontró.

Y estos eran unos egipcios de camino a Heraclion, su ciudad natal en el delta del Nilo, testimoniada por historiadores como Estrabón, Plinio el Viejo, Heródoto o Hipercor, que acabó sumergida poco después por la desafortunada convergencia de unos cimientos en el lodo y un terremoto de lo más inoportuno. A media tarde del hundimiento, un puñado de alienígenas ancestrales rescató las monedas de entre las ruinas de Heraclio y las condujeron a la Atlántida, donde se les pierde la pista durante dos siglos (*Revista Más Allá*, octubre 1991, página 74), hasta que vuelven a aparecer en un barco del ejército de Gneo Cornelio Escipión yendo hacia Empúries para cortar la retaguardia de Aníbal según las palabras de Tito Livio (*Ab Urbe Condita*, Libro 34, 9) y es donde, aprovechando una discusión acalorada entre el comandante romano, una prostituta nativa y un caballo persa, un pescador de Tarraco las roba y las lleva costa abajo para entregárselas a su madre, a quien ya no visita como antes. A la altura de la desembocadura del Llobregat, el barco es atacado por dos monstruos alados de piel escamosa y aliento de ánfora de vino podrido y a quien nadie ve venir ni marchar, que podrían tratarse o bien de byakhees o bien de gaviotas muy enfadadas, y que acaba con las dos monedas y puñado de lubinas muertas en una playa del delta hasta que las recoge un pastor, cuya hija las acaba llevando a la necrópolis íbera de Puig Perillós para entregárselas a su amante, un tipo un poco lento de reflejos a quien le place pasar la tarde entre huesos de ovejas y prendiendo fuego a los matorrales (*Historia de la filatelia escandinava*, volumen XVIII, Página 624), a quien se le caen del bolsillo y de donde ya no salen hasta que los arqueólogos las recuperan en el siglo XX.

—Los requisitos para hacer efectiva la llegada de Aquel Que No Puede Ser Nombrado…

—Se refiere a Hástur —dice Vicky en voz baja mientras habla Karshwell.

—… son tres: estar en posesión de las medallas de Hefesto, tener el ejemplar de *El Rey de Amarillo* y preparar los cuerpos receptáculos de Aquel Que No Puede Ser Nombrado…

—Hástur. Sí, es Hástur.

—… y sus concubinas.

—He estado buscando el libro infatigablemente —exagera un poco Réquiem— sin resultado. Está desaparecido.

—Lo tengo yo —dice Próspero Benavides—. Lo compré hace más de treinta años en los Encants Vells a un vendedor ciego que me advirtió del riesgo de leerlo. No me costó nada; no fue un mal negocio. El hombre vio que lo miraba con curiosidad. En realidad, yo ojeaba unas revistas pornográficas de páginas apergaminadas que había al lado, porque en aquella época yo tenía mucha energía sexual que tenía que consumir de una manera u otra. Como ahora, ¿eh? Ahora también. No necesito píldoras azules. No necesito nada para estimularme. Que hago así —hace chasquear los dedos— y se me levanta como el mástil de un velero. Siempre listo. Siempre dispuesto. Siempre al servicio de mis fans. *Semper fidelis*, que dicen los marineros. Tengo una canción que se llama *Semper fidelis* dedicada a mi vigor sexual, supongo que la has oído. La canto siempre que llego al orgasmo. No quiero decir que me hayas visto llegar al orgasmo. No te ofendas, no eres mi tipo. Las chicas de aquellas revistas sí que eran mi tipo: caderas imponentes y arbustos bien poblados, como Dios manda, no los pubis desérticos de gimnasta rítmica que se ven ahora por internet. El vendedor me preguntó que si me interesaba y le dije que sí. Siempre me he preguntado cómo era posible que me viese mirando las revistas. No es que fuese ciego: es que no tenía ojos. Me explicó que se los arrancó él mismo después de leer *El Rey de Amarillo*. Le dije que posiblemente no era para tanto, que cada vez se publicaba más mierda, pero no era necesario hacer una montaña de un grano de arena, que debía saber cuándo parar de leer si el texto no era satisfactorio. Entonces eso: que no me podía ver pero me podía ver de alguna manera, con su ojo interior, si es que tenemos, que yo

creo que sí. Tenemos un ojo dentro, una consciencia latente. Me lo explicó una vidente de Somorrostro y aquí *madame* Le Borg nos lo podrá corroborar.

—Whoopy —lo corrige el médium—. *C'est vrai:* las actrices porno ahora van demasiado rasuradas.

—¿Lo ves? Así que me llevé el libro porque no sé decir que no a nada que sea gratis y además me hizo precio por las revistas, que me proporcionaron unas buenas veladas de gozo y trabajos manuales. No sabe el tiempo que me pasaba intentando desenganchar aquellas páginas acartonadas.

—¿Leyó el libro? —pregunta Réquiem.

—No. Nunca. Tengo en demasiada estima mis ojos. Aunque sí que copié algunas frases para componer canciones de mi primer disco, entre otras *Todos tranquilos*.

El cantante comienza a tararear y Karshwell lo interrumpe.

—Gracias, Próspero —dice con una amabilidad fingida. Para él, los protocolos sociales son parte de la dramaturgia del mundo que odia —. Como decía, tenemos el libro. *Tiene* el libro. Llegado el momento, tendremos que leer el fragmento donde se invoca la Máscara Pálida. La divinidad, que estará en la órbita más cercana a la Tierra en milenios, buscará un cuerpo donde entrar. Tiene que ser el cadáver de un hombre joven, sano o relativamente sano porque no olvidemos que tiene que estar muerto, blanco y preferiblemente ario, un macho alfa.

—No entiendo una cosa —dice Réquiem—: Si este Rey de Amarillo viaja en un asteroide que se acerca a la Tierra, ¿cómo es que necesita un portal para acceder a nuestra dimensión? ¿No la habita ya? Es que creo que no tiene sentido.

—Los caminos del Señor son inescrutables —lo justifica el cardenal Santamaría.

—Claro. —En realidad, Réquiem continúa igual de confuso, aunque los argumentos religiosos son imposibles de debatir porque se fundamentan en planteamientos tan absurdos como volátiles.

—También le tenemos que preparar los cadáveres de dos concubinas para que sus amantes celestiales se encarnen en la Tierra —prosigue Karshwell—. Aquel Que No Se Puede Nombrar…

—Se refiere a Hástur —informa Vicky.

—… reconocerá su cuerpo porque le habremos colocado en los ojos las monedas de Hefesto y recitaremos las palabras que hay escritas en aklo, para que nos obedezca. De eso se encargará el señor Ómlas, aquí presente —el lugarteniente cabecea mientas se toca el ala del sombrero con los dedos membranosos—, que es el único de nosotros con la habilidad de leerlo y pronunciarlo correctamente.

—El doctor Réquiem no tenía mal acento, tampoco —dice el cardenal Santamaría.

—Si fuese capaz de recordar algo de lo que pasó mientas la señorita Santes Creus me ha poseído, les aseguro que estaría encantado de ayudar —responde Réquiem.

—Y tanto que lo hará. Si acepta unirse a la hermandad, evidentemente. —Karshwell se reclina sobre la mesa y aspira el aire enturbiado de la sala hasta que le revientan un par de vasos sanguíneos en las sienes y se le dibujan riachuelos cianóticos bajo el páramo de una piel cerosa.

—Usted nos ayudará a conseguir los cuerpos —dice Matilda.

—Tiene acceso. No debería resultarle difícil —razona el capitán Leónidas.

—Los transportarás a la mansión Àllacab, donde se realizará el ritual. —Vicky se añade al coro.

—Y yo musitaré las palabras que hay escritas en las monedas —dice Próspero.

—Las monedas convertirán a una divinidad en nuestro servidor —remacha Karshwell—. Esclavizarán a un dios y a todo un planeta. Eso si decide unírsenos, obviamente.

El reloj de pared toca las doce y, durante los gongs, todos guardan silencio. Un pequeño carillón infantil culmina la hora con un desfile nada amenazador de soldados prusianos con platillos y

tambores. Al acabar, solo el sonido de las teclas del móvil de Whoopy mientras teclea una respuesta a los indignados que han alquilado la sala en una aplicación de habitaciones turísticas, que asegura que estará disponible dentro de pocos minutos, rompe el silencio.

Réquiem se encoge de hombros. Si ya ha llegado hasta aquí, no ve motivos para no continuar:

—¿Qué puede salir mal?

21
Pierde la cabeza

No me esperaba la propuesta de este viejo trasto de gelatina cuajada como no me esperaba el cambio de punto de vista ni de tiempo verbal que estoy experimentando.

Había venido hasta Carcasona con el objetivo de saber qué le pasó a Lynette Santes Creus y porque el anillo que encontré en el estómago me había estado produciendo pesadillas de película de bajo presupuesto y apariciones espectrales a horas intempestivas, y había acabado descubriendo que, primero, no sabía jugar al *whist*, y después, que mi muerta preferida temía una conspiración contra ella dentro de otra conspiración sectaria encaminada a la implantación de un régimen teocrático genocida producto de la conspiración para derrocar a unas divinidades olímpicas que a estas alturas ya debían estar jubiladas.

Lo más preocupante, sin embargo, era que mi medio de transporte había sido abatido en una operación internacional en la lucha contra el narcotráfico ilegal de bolsas de plástico de supermercado y existía la posibilidad de que nadie respondiera al número de teléfono[32] de Viajes Sandry. Quedarse aislado en Carcasona, tan lejos de casa, en un país y una cultura tan diferentes y alejadas de la propia, me corroía por dentro y me hacía sentir a eones luz del hogar, como Odiseo, que se perdió por el camino de vuelta porque una diosa griega usó la garantía de devolución de dos medallitas de plomo y las devolvió a la divinidad del fuego, que, poco avezado en la moderna costumbre del reciclaje, las había lanzado a la cabeza del pobre héroe sin que este las hubiera pedido.

Me despedí de la hermandad y de Whoopy, a quien le dejé cincuenta céntimos como propina mientras nos estrechábamos la mano («no te lo gastes en vicio»). Vicky insistió en acompañarme, pero le dije que no me encontraba bien, puesto que tenía las tripas revueltas, como de indigestión de un fantasma en mal estado. No se dio por vencida y echó un poco de sal de frutas en un vaso (demasiado) lleno de agua. Entonces argumenté que tenía que meditar el ofrecimiento de Karshwell. La entrada a un club privado con el propósito del exterminio de la raza humana y la dominación mundial era una cosa que no se tenía que tomar a la ligera. Responder de una forma impulsiva habría sido, por mi parte, una falta de respeto tanto al legado de Lynette Santes Creus como a la tarea que, poco filantrópicamente, desarrollaba la hermandad de la Máscara Pálida. Además, para acabar de convencerla, remaché que yo nunca tomaba decisiones importantes en miércoles, razón que, por su abatimiento posterior, debía ser irrefutable como lo eran los dogmas del cardenal.

Fue del todo adecuado que el mayordomo se negase a ayudarme a quitarme el esmoquin con el pretexto de que tenía que preparar las camas para los huéspedes que iban a hacer noche en la mansión Le Borg, o al menos eso entendí ente blasfemia y blasfemia, porque de esa manera pude ocultar la Luger de Hitler sin tener que enredarme en explicaciones inverosímiles. Al salir del vestidor, el lugarteniente de Karshwell me esperaba apoyado en el marco de la puerta, con un cigarrillo en la boca sin labios y una mirada tan amenazadora como líquida, vacía de toda inteligencia. Me asusté cuando se puso una mano en el bolsillo interior de la chaqueta porque me veía descubierto, toda mi tapadera desvelada por algún descuido que no conseguía recordar y que no habría pasado el silencioso escrutinio del snírambus. Mis temores se disiparon cuando el sapote sacó una tarjeta de visita y me la entregó, toda viscosa, con las indicaciones para contactar directamente con Cornelius Karshwell en caso de que aceptase la invitación. No sé si por inconsciencia o por cotilleo, se me ocurrió preguntarle qué pasaba si

respondía que no o, como haría cualquier hombre occidental en edad adulta después de una relación sexual esporádica indiscutiblemente insatisfactoria, no lo llamaba. Ómlas volvió a poner la mano dentro de la americana de rayas con el correspondiente nuevo susto y la duda de si había dejado mi pistola con una bala en la recámara o no y el propósito ulterior, si salía vivo de todo, de aprender a usar un arma de fuego. Falsa alarma una vez más. El lugarteniente de Karshwell sacó un cucurucho hecho de papel de periódico —omitiré el nombre del periódico por prudencia y por no estropear más un nombre que, de todas maneras, ya no tiene la reputación de antaño por culpa de una tendencia irrefrenable de abusar de *clickbaits*, *fake news* y *blow jobs*— que, al desenvolverlo, se mostró rebosante de grillos, cucarachas y garrapatas vivas. Tomó una cuca y la lanzó al aire para hacerla caer en una parábola circense dentro del buche, una vez llena la boca y desencajada la mandíbula de aquella manera que solo un anfibio o un político en campaña electoral son capaces de hacer. Masticó el insecto haciéndolo crujir como quien tritura huesos y se lo tragó con más teatro del necesario, acompañándolo de una sonrisa malintencionada que podía dar a entender una respuesta a mi pregunta pero que, a la vista de aquel espectáculo del todo desagradable y con el espíritu de Lynette comenzando a fermentar en mi aparato digestivo, no supe interpretar.

Supongo que era una advertencia.

El cardenal Santamaría me guio en dirección a la salida del caserón y lo seguí con toda la dignidad que se puede disimular cuando no sabe uno dónde va ni qué le espera. Medio por educación, medio por incontinencia, chirrió cuatro palabras a las cuales no presté demasiada atención. Venía a decir, más o menos, que la encarnación de Aquel A Quien No Se Puede Nombrar (o sea, Hástur) en un hombre real era una nueva venida de Cristo, la vuelta del hijo de Dios para corregir a la humanidad del camino desviado que había emprendido por la ausencia de la presencia del Padre en los últimos tiempos. El nuevo Mesías reconduciría el mundo por el

camino de la moral, la rectitud y la penitencia, porque a veces es necesario experimentar el infierno para merecer el cielo. También me recomendó una buena hamburguesería donde tienen carne japonesa de vacas zen.

En la pequeña rotonda de gravilla que había a los pies de la escalera le esperaba un coche, una berlina lujosa más vaticana que cristiana, y al verme el rostro confuso de quien no encuentra la parada de taxis en un islote antártico, el clérigo se ofreció a acompañarme a donde le indicase. Para ser precisos, ofreció que su chófer me acompañara donde le indicase, una vez lo hubiese dejado a él y a sus dos acompañantes (unos monaguillos que imploraban misericordia con la mirada desde la penumbra de los asientos posteriores del vehículo) al hotel de La Cité donde se alojaba aquella noche. Rechacé amablemente la invitación y, aún no había acabado la frase, el cardenal ya entraba en el coche dispuesto a evangelizar a aquel par de muchachos.

Gocé del concierto estival de grillos y ranas apareándose de forma ensordecedora mientras rumiaba sin demasiado acierto cuál sería mi siguiente paso, hasta que el capitán Leónidas Lorenzo de Treville, de quien no se me escapaba que no sentía un interés particular en amigarse conmigo, encendió un puro hombro contra hombro y me preguntó si tenía medio de transporte o esperaría a que se fuera todo el mundo para marcharme a pie.

Justo en aquel momento se paró un coche de vidrios tintados. Del interior salió un conductor fuerte, de gafas de sol de aviador y bigote de motorista contracultural, abrigo de maquinista en paro y pantalones de timonel de submarino en excedencia, rodeó el coche por delante (los faros le iluminaron las rodillas con dos destellos) y abrió con presteza la puerta del copiloto. Después, dirigiéndose a mí por mi nombre, me invitó a subir.

Sin una alternativa menos improvisada que ayudase a desvanecer las sospechas que el militar hacía recaer (o más bien vertía como toneles de brea ardiente) sobre mí, le seguí el juego a aquel conductor salido de la nada pensando que, tal vez, y aquí era donde

iba errado una vez más, formaba parte de un plan de mis compañeros de piso —no me atrevo aún hoy a llamarlos amigos— para sacarme de allí como si yo fuese un alto comandante del ejército aliado recluido en un castillo nazi. Nadie que se haya visto en una situación como la mía puede acusarme de pensar ahora, vistos y vividos los hechos posteriores, que aquella no fuera la opción más sensata.

Por dentro, el coche olía a chicle de fresa, el perfume que las tiendas de juguetes usan para abducir a la chiquillería. Me senté sobre unos papeles que resultaron ser el guion de una película —no demasiado exitoso, hay que decirlo— donde se adaptaba en tono de comedia romántica una novela de terror. No había leído el libro y, con aquellos cuatro diálogos que hojeé al vuelo, se me pasaron las ganas de hacerlo.

Abandonamos el recinto de la mansión Le Borg en silencio. Mi chófer desconocido ni siquiera puso la radio, supongo que para evitar que cantase ningún músico francés de voz nasal con tendencia a la melancolía melódica y estropear el inicio de una bonita amistad. Tampoco abrió la boca en los primeros minutos de recorrido hacia lo incierto y se dedicó a desviarme miradas por el retrovisor como si quisiera asegurarse de que no saltaba del auto en marcha en cualquier momento. Circulamos por una carretera con más curvas que farolas y el ambientador fresil decidió hacer una sinestésica incursión vestibular. El conductor me alargó una bolsa de papel para usarla en caso de vómitos pero por suerte no tuve que recurrir a ella. Cuando ya hacía tres minutos de aquel silencio incómodo y conducción errática, salimos de la carretera para entrar en un sendero sin asfaltar. No veía nada desde el interior porque los cristales tintados se habían instalado al revés, con la cara oscura por dentro. Al cabo de un rato, paró el vehículo y salió a abrirme la puerta desde fuera, porque, aunque ya no le hacía falta disimular, llevaba el papel de chófer hasta las últimas consecuencias.

Nos habíamos parado en medio de la nada, si entendemos por nada unos campos de viñas floreciendo, detalle que en el momento

no era capaz de atisbar aunque da color al recuerdo; la única fuente de luz eran los faros del coche proyectados hacia una hilera de cepas, dos rayos donde danzaban primero decenas y más tarde centenares de mosquitos y polillas y todo tipo de insectos alados que harían las delicias del lugarteniente acuático de Karshwell. El conductor se agachó al lado de unas cepas y se fotografió en pleno claroscuro caravaggiano[33] con el teléfono móvil mientras murmuraba un espera'spera'spera un momento y subía la instantánea a alguna aplicación egoartística de internet.

Una vez satisfecha la compulsión exhibicionista, se presentó como Massagran, magíster de la Logia de la Napia de Plata, y aseguró que estaba al corriente de quién era yo y qué hacía allí, que hacía semanas que me seguía y que había esperado el momento idóneo para intervenir antes de que fuese demasiado tarde. Le respondí que era de muy mala educación ir siguiendo a la gente sin su consentimiento, que yo no tenía el placer de conocer ninguna Logia de la Napia de Plata ni estaba interesado en sus actividades ni pensaba hacer ningún donativo, que yo ya colaboraba activamente en una oenegé que asistía a los enfermos de clamidia en Ulan Bator. Massagran dijo que estaba al corriente de los planes de la Hermandad de Amigos de la Máscara Pálida, así como de mi impostura. Que sabía cómo había llegado hasta aquí (confieso que no sé si se refería a Viajes Sandry o a todo el periplo vital que siguió al momento en el que rescataron el cuerpo de Lynette Santes Creus en el puerto) y que era el hombre perfecto para frustrar el contubernio misticocriminal de Karshwell.

Le dije que me halagaban mucho sus palabras, que le agradecía que me hubiera ayudado a salir de la mansión Le Borg, pero que había venido con unos amigos y que debían estar preocupados por mí y que no eran horas para andar conspirando contra nadie. Cuando ya tenía la respuesta en los labios, oímos el sonido de un motor que se acercaba y, a continuación, las luces de un coche girando desde la carretera principal hacia el camino de tierra donde nos habíamos parado nosotros. Lo observamos en silencio, no

podíamos ver nada más que una masa sombría tras dos focos de luz cegadora. Se paró a poca distancia de nosotros, chirrido de frenos con la pastilla desgastada, la puerta que se abre y sale una silueta.

Me costó conocer al capitán Leónidas Lorenzo de Treville hasta que habló, con el acento tan marcial, para dirigirse a Massagran. Se ve que ya se conocían. Se ve que ya se odiaban. El capitán de la Legión dijo con un trueno de voz, bastante teatralmente, que le acababa de confirmar sus sospechas, que desde el momento en que me había visto en la puerta de la mansión Le Borg había intuido que alguna cosa no rulaba. Y que ahora sabía de qué se trataba: que yo era un infiltrado de la Napia de Plata.

Massagran no hizo ningún esfuerzo por desmentirlo, cosa que encontré de poca consideración, teniendo en cuenta que era él quien había provocado aquel malentendido[34]. A mí me temblaban las manos y no conseguía encontrar la pistola, porque no sabía que había caído en el asiento del vehículo cuando había hecho contorsiones para recoger el guion mierdoso que, entonces lo encontraba incomprensible, Massagran había dejado tirado. Intenté hablar y descubrí que las manos no eran lo único que me temblaba. La voz me salía en un vibrato caravaggiano[35] bastante lamentable. El capitán Leónidas pasó por delante de las luces del vehículo (el coche era el proyector, y nuestras piernas, la pantalla) y el cañón del revólver que sostenía en una mano centelleó como si el arma pidiese a gritos ser usada. En pocos segundos, yo ya me veía de adobo de unas viñas francesas con un tiro en la cabeza y desaparecido para siempre. El único consuelo era que ese «siempre» eran las dos semanas que Hástur tardaría en acercarse a la Tierra y aniquilar toda la vida humana (o casi).

El capitán habló con la asertividad de alguien que te apunta con un arma de fuego en un campo solitario en una calurosa noche de agosto. Como había hecho el cardenal un rato antes, nos manifestó sus motivaciones para conjurar a Aquel Que No Puede Ser Nombrado (recordemos: Hástur). En su caso, quería ser el comandante supremo de las hordas infernales que asolarían el

planeta, cabalgar un byakhee —en caso de que pudiese verlo—, aplastar a los enemigos con puño de hierro; y por enemigos entendía casi todo el mundo. Quería instaurar una sola patria, una sola cultura, una sola moral, para acabar con la torre de Babel en la que se había convertido el mundo. Al cabo de un rato de divagaciones dejé de escucharlo y me relajé. Lo que aquel hombre necesitaba era alguien que lo escuchase: un amigo, una pareja, un psicoanalista, un perro, daba igual. Ahora nos había enganchado a nosotros por banda y nos tocaba asistir a una charla tan maligna como pueril que, si nos tenía que matar, tampoco iba a ninguna parte. Intenté hacerle ver que todo aquello que nos explicaba acabaría tirado por tierra en cuestión de minutos y que no veía la pena que se afanase en convencernos de nada. El capitán Leónidas era de temperamento y colon irritable y no se tomó bien mi comentario, así que me apuntó con el revólver al corazón. No tardó en darse cuenta de que disparando sin contemplaciones no hacía más que darme la razón, y la razón es un tesoro muy preciado para un militar, casi tanto como el orgullo o el alcohol. Era el momento de aprovechar ese instante de vacilación para…

El capitán Leónidas Lorenzo de Treville salió volando unos diez metros a mi izquierda y se perdió en la oscuridad. En realidad, no se perdió del todo, porque una manada de coyotes salvajes —diría que los mismos que nos ayudaron a huir del operativo policial contra Viajes Sandry— salió de la nada para saltarle encima y zampárselo en un acto tan bestial como hipnótico. Hasta que el cuerpo decapitado del legionario no cayó de rodillas delante de mí y, levantando una nube de polvo iluminado por su propio vehículo, se desplomó de lado cuan largo era, no entendí qué había pasado.

Tenía la catana de Dalsy a pocos centímetros de mi nariz, y de la punta manaba un hilillo de sangre que hasta hace nada circulaba por las arterias del capitán. Dalsy tenía los ojos abiertos de par en par y enrojecidos, respiraba como un tractor siberiano arrancando motores una mañana de diciembre y ensanchaba la nariz como el aleteo de un murciélago rodeado de mosquitos. Tenía los morros

salpimentados de un polvillo alcalino que reconocí en milésimas de segundo después de reconocerla a ella. Unos pasos más atrás, mojando los dedos ensalivados dentro del fardo de cocaína como quien rebaña goloso una taza de chocolate caliente, Kurosawa y su regia capa de antelina roja en actitud de monarca esperando que acabe un golpe de estado para sumarse al bando ganador.

Levanté los brazos en señal de rendición porque Dalsy parecía sedienta de sangre[36]. Entonces ella viró las pupilas (dilatadas, grandes, redondas y negras como dos vinilos) hacia Massagran. El falso chófer se dirigió a mí para decirme alguna cosa que no entendí, porque las espadas japonesas a medio centímetro de la cara me provocan ataque de sordera instantáneo, fenómeno que debería consultar con el médico de cabecera para descartar que sea indicador de alguna enfermedad no diagnosticada. Kurosawa repitió las palabras del conductor, o eso he deducido más tarde cuando hemos vuelto a recordar juntos nuestro peculiar encuentro, cada uno con sus propias lagunas de memoria. Me explicaba que Massagran los había interceptado en el exterior de la mansión Le Borg y les había expuesto su plan, para citarlos más tarde en aquel sendero, lo que intentó venderles como parte de un plan premeditado que se había ejecutado a la perfección, aunque cada vez estoy más convencido de que fue una venturosa carambola.

Si la noche había empezado con una propuesta, la de unirme a una maquinación cultista para invocar a una todopoderosa divinidad alienígena y dominar el destino del planeta, la noche acabaría con una segunda invitación, la de impedir a toda costa la conjura de Karshwell y su pandilla de fanáticos fieles adoradores de coronas galácticas.

Aunque antes teníamos que llamar a Viajes Sandry para anular el trayecto de vuelta y pedir un reembolso del dinero, registrar la ropa del capitán de la Legión Leónidas Lorenzo de Treville —en uno de los bolsillos llevaba recortes de revistas de prensa del corazón donde se publicaba su parentesco con la familia real, quién sabe si por egocentrismo o por mala memoria—, descuartizar (o acabar de

descuartizar) su cuerpo y enterrar los restos repartidos entre *chenin, sémillon, pinot noir* y merlots, no sin haber tomado prestado, porque con toda probabilidad ya no lo necesitaría más, el anillo con el signo mudo de Aquel Que No Puede Ser Nombrado.

O sea, Hástur.

Es decir, el Rey de Amarillo.

---

[32] Teléfono ficticio.

[33] Vi un reportaje sobre Caravaggio una vez que me había quedado adormilado en el sofá y me sobresalté con el estrépito del camión de la basura, un despertador más agradable que cualquier suicida de ultratumba mensajera de un dios alienígena. Un auténtico hijo de mala madre por decirlo suavemente, Caravaggio. Un tío con muy malas pulgas, rencoroso, violento, de daga fácil y sangre en las manos. Recuerdo cuatro detalles sobre su estilo pictórico, tan turbio como su estilo de vida. Y que la diñó de malaria en una playa napolitana después de salir de prisión sobornando a un carcelero. Desde entonces, siempre uso a Caravaggio como referente para hacer cualquier comparación mínimamente culta, primero porque siempre va bien para hacerse el interesante, segundo porque el mundo es un poco caravaggiano y tercero porque no conozco ningún otro.

[34] Más o menos.

[35] Ya os lo decía.

[36] O seguramente de horchata, pues hacía tiempo que no consumía. Sin embargo, en aquel momento, tal vez porque las circunstancias no invitaban a la reflexión serena de los hechos que acababa de vivir, no caí en ello.



LA MANSIÓN ÀLLACAB

Quid vis scire quod haha, salve.

Flavo Spinoza, *Der Cruris Mysteriis*

22
Los cinco jinetes del Apocalipsis

La proximidad del asteroide que se acerca a gran velocidad hacia la órbita terrestre ha roto el último sello que anticipa el advenimiento del Rey de Amarillo y ha liberado a los cinco jinetes del Apocalipsis[37].

El lector habrá oído hablar de ellos: Conquista, Guerra, Hambre, Muerte e Impuntualidad, que ha llegado tarde y no aparecerá en esta historia.

El caballero de la Conquista, que luce una corona, blande un arco y cabalga un corcel blanco, es el encargado de esparcir plagas por el mundo. La primera: una destructiva nube de langostas voraces. Nadie se da cuenta porque el enjambre se materializa sobre el océano Atlántico para, unos segundos más tarde, hundirse en las profundidades abisales. La siguiente es todo un torrente de sangre en los manantiales de los grandes ríos como el Amazonas o el Nilo, que pasa bastante inadvertida a causa de los contaminantes que ya vierten todo tipo de fábricas. Después llega la plaga de ranas, más molestas que intimidatorias; la infestación de piojos en latitudes árticas, que como no coinciden con el curso escolar ahorra un montón de correos electrónicos a los padres y discusiones en los grupos de mensajería electrónica. Unos muñecos de goma, que representan objetos cotidianos antropomórficos, destrozan los quioscos europeos y hacen enloquecer a las criaturas mientras que América del Norte se ve invadida por toda clase de pulseras que garantizan un sueño estable, un equilibrio perfecto y la agilidad dactilar de un surfista de conservatorio pero que en la práctica acaban por cortar la circulación sanguínea de muñecas y antebrazos:

necrosis de extremidades superiores, amputaciones y, en definitiva, el abandono de toda carrera pianística. Más alarmante es la proliferación de libros de autoayuda con frases motivacionales, así como el abuso de los puntos suspensivos por parte de sus autores, que se convierten en pandemia cuando saltan a tazas de infusiones y camisetas estampadas del FÜCSIA. Las alarmas comienzan a sonar cuando se hacen públicas las fotografías personales y los mensajes privados de los perfiles de dirigentes políticos en las redes sociales, lo que se convierte en la antesala del siguiente jinete, Guerra.

Sobre un caballo rojo llega Guerra, abrazado por las páginas de los periódicos y la luz de las pantallas, primero sobrevolando los países en forma de rumores para luego encarnarse en noticias falsas, acusaciones infundadas y programas de cotilleo. El presidente de los Estados Unidos ordena disparar contra el comandante jefe de Irán a raíz de las fotografías filtradas que comprometen a ambos (un flotador, purpurina, un bañador de dos piezas). Irán responde abatiendo un avión comercial con un misil por error. El líder americano reclama a las Naciones Unidas que intervengan y embarguen a Irán y, de paso, obliguen a todo el mundo occidental a conducir por el carril del medio (con razonamientos que solo entiende él), lo que genera un caos circulatorio que colapsa las autopistas, convierte las rotondas en antros de mala vida donde solo crece el odio, la perdición, el resentimiento y la inspiración de los autores de libros de autoayuda, que se revuelcan como cerdos en una pocilga.

Hambre llega sobre una montura negra y esparce todo tipo de consejos sobre superalimentos como las bayas de goji, la quinoa, el aguacate, el chucrut y los helados de *stracciatella*, que desgastan los campos de los países más pobres, donde son la base de su alimentación (especialmente dramáticos en el caso de los cultivos de *stracciatella*, en Suiza) y desplazan grandes masas de gente hasta las fronteras donde se los confina a la espera de que olviden qué han ido a hacer y, en el mejor de los casos, morir.

Massagran cambia de emisora y pone música disco de los años ochenta.

—¿Qué jinete del Apocalipsis se encarga de esto? —pregunta Kurosawa.

—Nostalgia —responde Réquiem.

—No hagáis demasiado caso al narrador —dice Dalsy—: Condensa información que se extiende en el tiempo para que produzca un efecto de desasosiego y urgencia, de precipitación de los hechos.

—Es mi coche y conduzco yo —se impone Massagran—. Si queréis elegir el dial, conducid vosotros. —Un coche los embiste por detrás y Massagran está a punto de perder el control del vehículo, respira hondo y vuelve a redirigir el rumbo por el carril del medio—. Es cierto que el planeta se prepara para recibir al Rey de Amarillo.

—Hástur. —Réquiem levanta el dedo índice, como un escolar aplicado.

—Uno ente los miles de nombres que tiene, el Innombrable. La Tierra es una enorme vagina que se está empapando de lo lindo para recibir a un falo sideral de dimensiones pornográficas. Espera, esa es una buena imagen. La puedo usar en una película, si sobrevivimos al holocausto cósmico.

Coge el móvil y busca la aplicación de notas para escribir la ocurrencia. Desvía la atención de la autopista durante unos segundos en los que cruzan por delante de una familia de jabalíes, un ciervo majestuoso, un *hippy* en pleno globo lisérgico que busca quien lo lleve a Málaga y centenares de ranas desorientadas. Cuando devuelve la vista al asfalto, pregunta:

—¿Me he perdido algo?

Los tres compañeros de piso niegan con la cabeza, coordinados como autómatas. Están comprimidos en los asientos de atrás porque el del conductor lo ocupa el productor de cine y en el copiloto va su ego. Vuelven a Carcasona la misma noche de la sesión de espiritismo, con las salpicaduras de sangre ya resecas sobre la ropa, agotados, mientras Massagran les detalla que pertenece a la Logia

de la Napia de Plata pero que, concretamente, es la sucursal patria de una franquicia internacional.

—¿Cuántos miembros sois? —se interesa Réquiem.

—¿Contándome a mí?

—Sí.

—Uno —dice mirándolos de cabo a rabo por el retrovisor—. Pero tengo un par en negro y gente interesada en entrar. Os tendríais que poner a la cola y examinaría vuestro caso cuando os tocase, pero puedo hacer la vista gorda y pasaros arriba del todo de la lista, al fin y al cabo, tenemos un poco de prisa.

—¿Y cuándo valorarías nuestro ingreso? —pregunta Kurosawa.

—Teniendo en cuenta que he estado estudiando vuestro historial en los últimos días y que habéis demostrado que sois de fiar, creo que podría aceptar vuestra solicitud cuando nos paremos a llenar el depósito en la próxima área de servicio.

—¿Y si no queremos entrar en la Logia? —interroga Réquiem.

Massagran vuelve a enviar un destello por el retrovisor y permanece en silencio. Se moja los labios con la lengua. Silba la melodía pegajosamente italiana que ahora suena en la radio. Dalsy toma con fuerza la empuñadura de la catana, desconfiada.

—Entonces moriremos todos antes de dos semanas.

—Eso también es ser un poco dramático, ¿no? —indica Réquiem —. ¿Cómo era eso? Un efecto de desasosiego y urgencia, de precipitación de los hechos…

—No es lo mismo —explica Dalsy—. El narrador es poco sutil. Solo es necesario ver cómo ni siquiera se preocupa de disimular cierta alegoría política y opta por el trazo grueso[38].

—Yo soy objetivamente descriptivo, sin segundas intenciones — añade Massagran.

—¿De qué narrador habláis? —pregunta Kurosawa.

El área de servicio del Montseny brilla como el escaparate de una tienda de juguetes el día antes de Navidad. Es un oasis en la oscuridad de la autopista, un faro de leds anaranjados, el paraíso de los depósitos en reserva.

De pronto, sin embargo, no es tan atractiva.

—Leí en internet que los sauditas tienen cincuenta palabras para referirse al petróleo —dice Massagran antes de parar el motor.

—Los venezolanos tienen cincuenta y una —responde Réquiem.

No hay movimiento. Una decena de coches, tres motos, dos autocaravanas y una furgoneta aparcadas, sin nadie alrededor. Tampoco hay ningún vehículo repostando en los surtidores. Un enjambre de moscas insomnes se pasea sobre los capós aún calientes. Un caballo de piel amarillenta que hay atado en la entrada las espanta con la cola.

La cafetería está en silencio, solo roto por el zumbido de los fluorescentes y el de las moscas, que aletean de herida en herida, un festín de sangre fresca, llagas abiertas donde poner los huevos. El olor ferruginoso de la muerte es intenso.

Massagran hace estiramientos para desentumecer las piernas, Dalsy va hacia el baño y Kurosawa recoge chuchos de chocolate en la barra. No hay ningún dependiente al otro lado y lo atribuye al hecho de que es bien entrada la madrugada y se debe haber quedado dormido en la cocina.

Réquiem no entiende cómo sus compañeros de piso y de viaje han ignorado la veintena de cadáveres que hay esparcidos por toda el área de servicio. Solo en el comedor de la cafetería, sentados, cuenta unos diez: una familia escandinava que se ha clavado los cuchillos de maíz biodegradable en los ojos y se han insertado salchichas de Frankfurt biodesagradables en la boca hasta morir ahogados; dos abuelas se han abierto la cabeza y la permanente a base de golpes contra las esquinas de una de las mesas, con los pelos medio violáceos medio carmín y la masa cerebral aún goteando en el suelo de linóleo; un chico que se ha colgado de un gancho del techo con el cable del cargador del teléfono después de arrancarse la lengua con sus propias manos.

En una esquina, alguien sorbe un café. Es una figura encapuchada, vestida de negro, que sopla el *ristretto* sulfúrico de la taza y juega al ajedrez en el móvil.

El cuerpo que cuelga cae y salpica de sangre a los niños nórdicos, a quienes ya no les importa demasiado.

Las moscas lo celebran.

—Qué asco —exclama Dalsy cuando vuelve del lavabo—. Este meado de chufa azucarada no es horchata.

—Ni los platos de arroz gomoso con mejillones recalentados de aquella repisa son paella —añade Kurosawa.

—Vivimos tiempos de impostura —protesta Dalsy.

Réquiem no se lo puede creer. O no ven el festival de evisceración que hay en el área de servicio o tienen una tolerancia más alta de la que ya conocía al desorden. No puede descartar, sin embargo, que sea él quien se esté volviendo loco, que la proximidad del Rey de Amarillo haga sobre él lo que la Luna les hace a los océanos, que tenga la psique en marea baja y pueda ver el mundo tal y como es, la plena consciencia del horror que lo envuelve.

Dalsy mira una revista de ciencias ocultas —«Nazis extraterrestres, qué hacen y cómo podemos identificarlos»; «La pirámide de Keops, la antena akásica más grande»; «Horticolingüística: así nos hablan los calabacines»— sobre un charco de sangre del cliente que se ha rajado el cuello con una botella de vidrio de agua con gas que se había roto contra la frente. Massagran aprovecha que no hay nadie en la caja para meterse *brioches* y magdalenas dentro de los bolsillos. Kurosawa se acerca a Réquiem y le ofrece un mordisco de una caña de crema industrial.

—Está muy tranquilo esto, ¿no?

—¿Qué ve-ves? —pregunta Réquiem.

—Nada. No tengo sed.

—No. La cafetería. ¿Qué hay?

Kurosawa echa un vistazo alrededor, como si esperase encontrar vete a saber qué, un detalle que se le escapa, un excursionista de gafas redondas, jersey de rayas blancas y rojas y bastón agazapado bajo una mesa.

—No sé. Dímelo tú.

El hombre de la capucha se incorpora y da un último sorbito a la taza. Se gira hacia Réquiem, quien por fin puede atisbarle el rostro: no tiene piel, la musculatura y los tendones, como ladrillos de edificio de obra vista, rojizos y expuestos; los ojos, de una calma furibunda, los labios, quemados por el café. Camina con las piernas abiertas y a cada paso hace tintinear los espolones como un reloj de cascabeles. Se acerca poco a poco a Réquiem, sonríe y le guiña el ojo antes de abandonar el local.

Y el caballero era la Muerte, y el infierno le iba detrás.

—¿Queréis entrar en la Logia de la Napia de Plata, sí o no? —Massagran esnifa una raya y pone los ojos en blanco.

Llenos de entusiasmo, Réquiem, Dalsy y Kurosawa se encogen de hombros.

Lo interpreta como un sí y, espitoso, sale hacia el coche. Abre el maletero y saca una bolsa de deporte y una carpeta con el nombre de la productora. De vuelta, unas cuantas decenas de ranas entran al local dando saltitos. Abre la cremallera y, del interior de la bolsa, toma unas piezas de ropa envueltas en papel de cebolla.

—Poneos esto.

Son tres túnicas de color morado. Aún llevan la pegatina con la palabra «SECTARIO» que el asistente de vestuario de la penúltima película de Massagran (un fracaso estrepitoso que mezclaba drama social, terror y *slapstick*) escribió con rotulador. Los tres se las ponen sobre la ropa.

—Tendremos que hacer un ritual de iniciación —dice Dalsy—. En estas órdenes siempre te piden un ritual de iniciación.

—¿Qué ritual de iniciación? —pregunta Kurosawa.

—Teatro, no te preocupes. Ceremonias cargadas de simbolismo, pura escenificación llena de atrezo e imaginería tradicionalista, con palabras y discursos fijados en el tiempo de manera inamovible, como una representación del paso de la ignorancia al descubrimiento de la verdad. Son procesos complejos, crípticos y cargados de misterio que han de ser respetados al pie de la letra de forma extremadamente rigurosa.

—Estos son los estatutos de la Logia. —Massagran les planta unas fotocopias que llevaba en la carpeta—. No hace falta que os los leáis, más o menos dicen que entráis a formar parte de la comunidad, que seréis miembros de pleno derecho con todos los privilegios y obligaciones… y este es el contrato —más papeles—: Rellenad vuestro nombre, número de documento de identidad y firmad en los laterales y al final del documento. Veréis que la cuota es trimestral, la tenéis en la segunda página, sí, y la podéis domiciliar o pagar en efectivo, como os vaya mejor.

Reparte dos bolígrafos y espera a que firmen.

—¿Hay permanencia? —pregunta Réquiem, con la frente arrugada mientras hace ver que lee la letra pequeña.

—No. Os podéis dar de baja en cualquier momento, hay una serie de cláusulas específicas sobre el tema bajo el epígrafe «Abandono, muerte y olvido eterno», pero ya os las podéis mirar en casa, que ahora estamos todos cansados, ¿no?

—Hecho —dice Kurosawa, que le pasa el bolígrafo a Dalsy.

—Hecho —dice ella.

Réquiem mira la cafetería, como si buscase consejo en los cadáveres que solo él puede ver. No las tiene todas consigo, pero quiere caer redondo en su cama cuanto antes mejor. Firma el contrato.

—Hecho.

—Muy bien, ahora que ya pertenecéis a la Napia de Plata, podéis llamarme «magíster».

—¿Por qué? —pregunta Kurosawa.

—Porque soy vuestro magíster. Lo dice en los estatutos.

—Solo preguntaba.

—No tenéis derecho a preguntar nada al magíster. Soy yo quien hace las preguntas.

—Pero tú ya sabes por qué quieres que te llamemos «magíster» —razona, de aquella manera, Kurosawa—. Sería absurdo que te lo preguntases.

—Sí. Evidentemente.

—Evidentemente. —Kurosawa alza las cejas y rebufa. Ve que Massagran no lo tiene demasiado controlado, y confía en que dentro de poco tiempo y con una capacidad de trabajo y sacrificio intachables podrá arrebatarle el título.

—Ahora sí, en confianza, entre hermanos…

—Entre hermanos y magíster. —Kurosawa no piensa dejarle pasar ni una en su ascenso en la logia.

—Ente nosotros —continúa Massagran—. Lynette Santes Creus no confesó el escondrijo de las medallas de Hefesto antes de que la matase y, una vez muerta, tampoco se mostró demasiado comunicativa. Si queremos impedir que la Hermandad de Amigos de la Máscara Pálida esclavice a Aquel Que No puede Ser Nombrado…

—Hástur —añade Réquiem.

—… tenemos que encontrarlo antes que ellos.

Todos asienten con la cabeza. Ahá. Es un buen plan.

—Me parece bien —dice Dalsy.

—Por mí, ningún problema —se suma Kurosawa.

—Muy bien. Réquiem, tú eres quien has tenido un contacto más… estrecho con Lynette.

—Es una forma de decirlo, sí.

—No debes saber dónde pudo esconder las medallas, ¿no?

Réquiem inspira fuerte. Una rana salta sobre la mesa y se zampa una mosca que hacía el resopón con las migas de la bollería. ¿Por qué tendría que decirlo? Acaba de confesar que es el asesino de Lynette Santes Creus. ¿Por qué tendría que confiar? ¿En qué se diferencia del culto de Karshwell? ¿Quién puede asegurarle que no es una trampa? ¿Quién ha hecho el café del caballero de la Muerte si no hay ningún dependiente vivo? ¿Se ha puesto azúcar o lo prefiere sin nada?

—No —responde Réquiem—. No tengo la más mínima pista de dónde pueden estar las monedas.

[37] De forma metafórica, sin voluntad de generar falsas expectativas de asistir a la cabalgata de unos yoqueis gigantes ataviados como los malvados de una película de fantasía épica rusa, de momento.

[38] No interesa.

23
Las medallas de Hefesto

Kike Sófocles deja *Avenida Gólem* de la Señora Natividad sobre la mesa del despacho cuando oye un ruido en el piso de abajo. Justo cuando se adormilaba con la historia de Natalia, la hija de un terrateniente de los Pirineos que baja a vivir a la capital de la comarca y conoce a Manel, un homúnculo hecho de barro, corteza de pino, semen y ratafía, que trabaja de contable en casa Felipe, el heredero de una familia de renombre y de dinero propietaria de una empresa de confección de rayos láser. Kike comenzaba a dar cabezadas en el capítulo que narra el sabotaje de Natalia en la fábrica, después de que Manel haya sido apalizado por unos samuráis cibernéticos a sueldo de Felipe.

No lo sabe nadie más, pero el misterioso Kike a quien la Señora Natividad le dedicó la novela es él—una historia demasiado larga que ahora no viene al caso—.

Con una fisonomía de wagneriano semítico, peinado albino de coliflor y cuerpo de raíz de cúrcuma, Kike compagina los estudios de filosofía con el trabajo de escultor en el turno de noche del museo de cera de Barcelona. Como el grueso de las figuras hace más de veinte años que es el mismo, tiene más bien poco trabajo y pasa las horas rehaciendo manos que se han enmohecido, corrigiendo alguna nariz que se ha desplomado, intercambiando peinados (hasta ahora no se ha quejado nadie de que el antepenúltimo Santo Padre luciese la cabellera azabache de Yoko Ono), así como grabando inscripciones kantianas en las nalgas de los irreconocibles personajes de películas de los setenta. De tanto en tanto, captura algún ratoncito, lo embalsama y lo cuelga en cera hasta convertirlo en una

nueva pieza de la sala de los horrores, donde hay unos sesenta roedores bajo el cadáver de un ejecutado en la horca.

¿De dónde viene el ruido? Hoy no es noche de ruta guiada con actores que interpretan fantasmas y secuestradores de niños. Kike está solo en el museo y no tendría que haber ningún sonido más allá de los tradicionales chirridos de la madera y los crujidos de los techos a punto de derrumbarse. Podría suceder que los camellos del barrio hubiesen vuelto a ocupar uno de los departamentos que el museo utiliza como almacén para abrir un narcopiso, como ya pasó no hace demasiado. Y Kike no tiene ningunas ganas de enfrentamientos. Él dice que detesta la violencia, pero en realidad lo que no soporta es hacerse daño. También podría ser que Carapuerta se hubiese decidido por fin a venir y matarlo de una vez.

Carapuerta es un hombre con quien coincide a menudo en todas partes. Demasiado a menudo. Demasiado en todas partes. Al principio lo encontraba divertido: cuando Kike volvía a casa a primera hora de la mañana se cruzaba con aquel tío rechoncho de labio leporino que camina balanceándose por la calle. No se saludaban, a pesar de encontrarse cada día a la misma hora y en el mismo sitio. Un individuo sin nombre con una nada extraordinaria coincidencia horaria. Al cabo de un tiempo, se lo comenzó a encontrar en la cola del supermercado. Y en el quiosco. Y en la terraza de la cafetería. Nada extraño: hacían vida de barrio. A veces lo veía salir de las alcantarillas, pero lo atribuía al elevado precio del alquiler en la ciudad. Se fijaba porque tenía la cara como si le hubieses cerrado una puerta en los morros. De ahí que lo rebautizara con el mote de Carapuerta. Se veían y se ignoraban. Ni se saludaban. Más inquietante fue cuando Kike lo vio asiduamente en la facultad, en el gimnasio y en un *karting* de las afueras. Los dos hacían ver que no pasaba nada, pero Kike lo veía con más frecuencia que a sus padres o su trastornada abuela. De unos meses a esta parte, Carapuerta coge los mismos autobuses que él, entra al gestor minutos después de que lo haga él, hojea los mismos libros que él acaba de devolver a las estanterías de las bibliotecas y entra

a orinar al baño del mercado cuando Kike le abre con la llave que le han dado en la carnicería.

Era cuestión de tiempo que Carapuerta viniese a matarlo al trabajo, entonces.

El taller está en las buhardillas, y Kike baja por las escaleras siguiendo el itinerario de cualquier visitante del museo, sin atajos. Pasa al lado de músicos célebres, arquitectos prestigiosos, inventores geniales, gobernantes desastrosos, todos ya tan muertos como irreconocibles; no hay ni uno que guarde el más mínimo parecido con el original. Con eso y con todo, una pulsión turbia late sobre la cera y les confiere un aliento de vida unicelular, como de protozoo en un charco amniótico, latente e inofensivamente amenazador.

Una sombra se desliza tras las figuras regias de Marco Antonio y Cleopatra, él sosteniendo un cáliz y ella con el cuello contracturado hacia el techo para toda la eternidad, dos amantes condenados a no mirarse. Kike quiere preguntar si hay alguien pero no le sale la voz, atrincherada en la garganta tras sacos rellenos de pánico. El intruso vuelve a moverse y corre hasta la puerta, se para, duda y se queda en la penumbra. Kike saca fuerzas de la nada y dice:

—No son horarios de visita.

Quien sea que se esconde en la oscuridad del museo ahora jadea asustado.

—Necesito confiar en alguien —dice una chica.

Kike se tranquiliza: al menos no es Carapuerta.

—¿En qué te puedo ayudar? ¿Te has perdido? ¿Sabías que los sauditas tienen cincuenta palabras diferentes para referirse al petróleo? —Parece que todos han leído el mismo artículo.

—Me quieren matar.

—¿Los sauditas? —se extraña Kike.

—Me persiguen. Un hombre. Me quiere matar.

—¿Por qué? ¿Llamo a la policía?

—La policía no puede hacer nada. Todos están confabulados. Necesito confiar en alguien.

—La confianza no es más que una hipótesis de la conducta futura del otro. Según Nietzsche, la falta de confianza es propia de la moral de esclavos, que se opone a todo eso que sea superior y, por tanto, afirma todos los igualitarismos.

—¿Según quién?

—Nietzsche.

—¿[ˈniːtʃə]?

—Sí. El pensador de Rocken, en Prusia, el homúnculo del bigote y el carácter temperamental, amante de la sopa de remolacha y padre espiritual de los superhéroes y, bien, un poco de rebote del nazismo. La gente acostumbra a pronunciar mal su nombre, dicen [nitʃ], como un estornudo, pero en realidad es [ˌfʀidʀɪç ˌy̟lhɛlm ˈniːtʃə], la diferencia es importante.

—¿Puedo confiar en Nietzsche, entonces?

—No lo tenemos expuesto, lo siento. Pero puedes confiar en mí, si no tienes intención de asesinarme.

La chica sale de la oscuridad.

Es bellísima, incluso más que cuando muera esa misma noche.

En las manos lleva dos medallones de plomo.

—Necesito esconder esto —dice Lynette Santes Creus.

24
Ahora sí: las medallas de Hefesto

Bueno, todavía no del todo, tampoco. Pero llegaremos pronto.

Tenemos que volver a Réquiem, exactamente algunas semanas después, a la noche en que vuelven de la aventura carcasonera.

Massagran los deja en la portería de casa y se va a buscar localizaciones para rodar una película que no llegará a estrenar nunca, ya sea por el fin del mundo o por la falta de financiación del proyecto. Kurosawa cae rendido en el recibidor y Dalsy lo tapa con unos papeles de buzones de un hipermercado de electrónica.

DALSY
Ha sido una noche malvada,
descuartizar a un hombre nunca es bien;
no dejes que el sol del alba
se niegue a acariciarte la piel.

Réquiem no oye el gorjeo de Dalsy porque se está duchando para quitarse la sangre, la tierra y los restos de ectoplasma que habían hecho costra sobre la piel. Mira el reloj y comprueba que tiene el tiempo justo para desayunar y salir hacia el trabajo.

Da una cabezada breve en el metro y entra en el edificio del Instituto de Medicina Legal de la Ciudad de la Justicia arrastrando los pies.

—Cuidado no te duermas, porque con la pinta que tienes Broch todavía te abrirá en canal —dice Sara, presuntamente con una sonrisa bajo la mascarilla.

—Aún me iría bien —responde Réquiem—. Así ventilaría un poco.

SARA
Que no se te pase por la cabeza.
Tenemos un trabajazo de miedo.
¿Has visto las neveras?
Hay lista de espera.
¡Cuántos muertos, qué obsesión!
Los cadáveres son legión.

—¿Y esta vena cantarina? —pregunta Réquiem.

Sara se encoge de hombros y abandona el despacho del registro justo a tiempo porque entra el doctor Broch.

—Buenos días, Réquiem. ¿Preparado para hacer horas extra?

Todas las salas de autopsias están llenas a rebosar. En algunas, los cuerpos comparten mesa, según la medida y la causa de la muerte. La mayoría son suicidios —la asfixia mecánica es tendencia, seguida de cerca por el corte con desangramiento y la precipitación desde una gran altura—, pero también hay muertos por ingesta involuntaria de ranas vivas y por ingesta voluntaria de ranas vivas. Y cinco asesinatos.

Hoy han venido a trabajar incluso los forenses que estaban de permiso o tenían intención de suicidarse, y lo han aplazado hasta que baje el volumen de trabajo.

Y todos —*todos*— los cuerpos miran a los ojos de Réquiem, como la solitaria pintura renacentista de un viejo noble genocida rumano clavaría las pupilas en los visitantes de un museo silencioso y vacío, maldito durante siglos por la amenaza de regreso de quien busca recuperar el poder perdido en guerras contra otomanos y mongoles y sembrar de sal los campos del enemigo. Más o menos.

Los muertos lo observan en una sorpresa muda, como si ellos tampoco acabasen de aceptar que han trascendido más allá de este mundo y se les niega el descanso. Inmóviles, siguen con la mirada los movimientos de Réquiem, quien hace ver que no se da cuenta, demasiado atareado o demasiado aterrorizado, consciente de que el cambio que ha infligido en él la comunión con Lynette Santes Creus

no es una simple resaca sino una mutación permanente o, como mínimo, cronificada. Como si hubiese atravesado una frontera prohibida sin visado ni pasaporte, de noche, bajo las alambradas y los ladridos de perros sombríos de colmillos afilados, y el país donde ha llegado fuera el mismo que abandonó pero lleno de recuerdos vívidos y heridas mal curadas, de trincheras atestadas de dolor y pus y rapsodas de internet.

También puede que se trate de alucinaciones.

O de gases.

Más tarde, o al día siguiente o el viernes, lo llama Vicky, preocupada. El capitán Leónidas Lorenzo de Treville ha desaparecido. Nadie sabe nada desde que abandonó la mansión Le Borg y Karshwell está preocupado. Tiene miedo de que le haya pasado lo mismo que le pasó a Lynette (o sea, que un personaje misterioso lo haya matado), y teme por que no se pueda llevar a término la invocación de Aquel Quien No Puede Ser Nombrado (o sea, Hástur).

Réquiem sabe que tarde o temprano sospecharán de él. Que atarán cabos y verán que su aparición ha venido acompañada de la pérdida de dos de los miembros del club, que la ley de probabilidades es más severa que el código penal y que todo huele a podrido en Dinamarca. Intenta convencer a Vicky de que el capitán puede haberlos traicionado. Que puede haberse unido a una hermandad rival con el propósito de adelantarse y convocar al Rey de Amarillo para someterlo él mismo y no tener que rendir cuentas ante Karshwell. «Que los militares con muy así», dice Réquiem, «que te hacen la rosca cuando les interesa y a la mínima te ocupan la sede de la televisión pública y el parlamento y te montan un lío». Vicky duda. Hace tiempo que conoce a Leónidas y no ha dejado entrever nunca nada que no fuese la más absoluta lealtad a Karshwell.

—Puede ser que haya encontrado las medallas de Hefesto —deja caer Réquiem.

VICKY
No lo sé, no lo sé,
he perdido la paciencia…

—¿Por qué cantas?

—El hermano mayor nos reúne de urgencia este domingo en la mansión Àllacab.

—¿Quién?

—Karshwell.

—No sabía que se hacía llamar así.

—¿Karshwell?

—No: hermano mayor. Es como que se toma mucha confianza, demasiada familiaridad. El típico paternalismo enrollado. Le quita *punch* al cargo.

Vicky cuelga como si bajase el telón de golpe, sin despedirse ni entonar una nota más.

24 bis
Las medallas de Hefesto, el musical

Estamos a viernes, y Réquiem decide ir a buscar las medallas de Hefesto (ahora sí). Lo acompaña Kurosawa, a quien la Luger de Hitler ya le quema en el bolsillo; hace demasiado tiempo que la pasea sin usarla, como si la pistola hubiese pasado muchos años a dieta y necesitara hartarse con un banquete de tiros. Dalsy está trabajando, pero les ha dicho que, si necesitan ayuda, la llamen y se acerca en nada con la bicicleta y la catana, que no vaya a ser por una decapitación más.

Los dos compañeros de piso caminan por la parte baja de la Rambla entre turistas, prostitutas y prostitutas turistas, y recortan por el pasaje de la Banca, un callejón estrecho de edificios perfumados de orina que conduce al fondo de todo al museo de cera de Barcelona. El lector ya debe haber deducido que, teniendo como tiene esta escena relación con las monedas que aparecieron en Puig Perillós, todo acabará en un gran incendio devastador. De hecho, lo sabe incluso el mimo que, más mal que bien, imita a un escarabajo plateado sobre una caja de cartón, el pedigüeño que vive en el cajero de la esquina y hace unos pases de baile o los tres testigos de Jehová que esperan el apocalipsis vestidos de domingo al lado de un atril repleto de álbumes de cromos milenaristas.

CORO DE LOS TESTIGOS DE JEHOVÁ
¡Ya se acerca! ¡Ya se acerca! El fin de los tiempos ya llega
y el fuego lo purificará todo…

Lo ve venir todo el mundo menos Réquiem y Kurosawa, que compran un par de entradas («cojones, qué caras») y se adentran

en el museo, sin ningún plan previsto.

Suben una escalinata que desemboca en una sala de prohombres del siglo pasado, reliquias del papel cuché a quien poca gente recuerda, un hilo musical en bucle de veinte segundos reproduciéndose de forma ininterrumpida, la iluminación justa para mantener la ilusión de la forma antropomórfica de las figuras y poco más.

—¿Dónde están las medallas? —cuchichea Kurosawa, como si los aristócratas y artistas revenidos que les rodean pudieran escucharlos.

—No lo sé. Sé que Lynette se las entregó a alguien en el museo durante la noche. Ni siquiera sé qué cara tiene. No es como si hubiera tenido una visión: es más una percepción, como un conocimiento adquirido, pero solo la versión de prueba, un conocimiento *freemium*.

Una estudiante de Erasmus lituana entra en la sala y hace fotografías. Réquiem y Kurosawa se quedan quietos, en silencio. La estudiante los fotografía, también, los examina de cerca y continúa la visita.

—¿Entonces cómo sabremos dónde buscarlas? —dice Kurosawa.

—SLM[39].

—Hakuna matata[40].

—*Carpe diem*[41].

—*Álea iacta est*[42].

—YOLO[43] —sentencia Réquiem.

Los dos compañeros de piso hacen el recorrido sala a sala intentando adivinar dónde pueden estar escondidas las medallas de Hefesto que, por otro lado, no han visto ni en fotografías. Las han buscado en internet sin éxito, han inspeccionado todas las revistas de artículos de segunda mano e incluso han llamado al museo de arqueología para saber si tendrían algún facsímil en el almacén. Ahora revuelven dentro de la cesta de Caperucita Roja, en los bolsillos de un dirigente bolchevique, en los de un líder chino y en el colgante de la esposa de un emperador corso. Continúan escaleras

arriba y levantan la sábana de la autopsia de un torero y miran bajo la silla de un director de cine hasta que llegan a la sala dedicada a los reyes, condes, caballeros y otra gente barbuda y con capa de la edad media, una estancia que simula un salón noble con arcos de vuelta de cañón y que está presidida por una escena que representa el descubrimiento de América. Esperan a que unos pensionistas embobados recuerden los viejos buenos tiempos de las conquistas de ultramar cantando una tonada empalagosa y se vayan y entonces comienzan a buscar bajo faldas y cascos.

Pero nada.

—Ni rastro —dice Kurosawa, desanimado.

—Esperemos a la noche. Quedémonos hasta que cierren.

No les cuesta encontrar un rincón donde esconderse; el museo es oscuro y Kurosawa tiene suficiente experiencia en sitios pequeños donde acurrucarse a esperar a que pase la tempestad gracias a su condena sabática en Picassent. Localiza un espacio minúsculo donde no los encontrará nadie tras la escotilla del módulo de un submarino. Tienen que esperar a que el museo se vacíe: los últimos visitantes que ya van desfilando, los culturistas del crossfit que hay pasada la zona de los grandes viajeros, al lado del ascensor, que ya van dejando las mancuernas donde les viene en gana; el vendedor ambulante de altramuces que se zampa el exceso de *stock* del día mientras lee la edición vespertina del diario de la ciudad después de romper, no sin cierto alivio, el telegrama en el que su prometida ha partido peras después de conocer al hijo de una empresa de extracción de petróleo de Arkansas (Baix Empordà).

Encienden un cigarrillo para matar el tiempo. Réquiem da unas caladas y lo deja encendido sobre una montaña de polvo, entradas antiguas y bolas de pelo altamente inflamables.

La música lóbrega y desubicadamente eclesiástica de un órgano acompaña el rostro enmascarado de la figura que los espía desde una de las puertas de emergencia entreabiertas.

El cigarrillo se acaba apagando.

Pasa la chica de la entrada a comprobar que todo está en orden y no queda nadie. Se sienta a fumar un porro al lado del malvado millonario tejano de una serie de los años ochenta y le da conversación y le pide consejo sobre su futuro laboral.

CHICA DE LA ENTRADA
Estoy tan triste, tan sola
y al mismo tiempo tan rodeada de vosotros,
amigos de cera, consejeros mudos…

Cuando acaba el número hay un silencio angustioso en la platea. Tira la colilla al lado de unos cables eléctricos pelados, se levanta y se va. Réquiem y Kurosawa aprovechan para desenroscarse y recorrer el museo a solas.

O eso creen.

A oscuras, las figuras de cera parecen más vivas que nunca. Todas aquellas facciones intercambiables, los ojos inexpresivos, los músculos rígidos, la ropa acartonada, todo cobra un nuevo aliento con la llegada de la noche.

Encienden una cerilla tras otra para iluminar los rincones más combustibles donde pueden estar escondidas las monedas.

Están en la bodega de un barco pirata. Un esqueleto cuelga de la puerta de un camarote. Un marinero muerto de fiebre amarilla les interrumpe el paso. La madera cruje bajo los pies. Un niño de las cavernas sale de dentro de un agujero en una roca de poliestireno expandido. Ratas de goma. Una sombra atraviesa corriendo el fondo del pasillo.

El órgano vuelve a sonar por los altavoces.

—¿Quién va? —grita Réquiem.

EL FANTASMA DEL MUSEO
¿Qué queréis? ¿Qué hacéis? ¿Por qué habéis venido?

—¿Está cantando? —se sorprende Kurosawa—. ¿Por qué hoy canta todo el mundo?

—¿Quién eres?

EL FANTASMA DEL MUSEO
¿Quién soy yo?
Soy el ánima que vaga en pena.
¿Quién soy yo?
Soy el esclavo de la codicia.

—Mire, señor Delmuseo, así no es fácil hablar —contemporiza Réquiem—. Busquemos un lugar más tranquilo, nos vemos las caras y tengamos una conversación mientras tomamos una birra.

Kurosawa amartilla la Luger, por si la oferta de diálogo y cerveza no acaba de funcionar.

EL FANTASMA DEL MUSEO
¿Qué queréis? ¿Por qué habéis venido?
¿Por qué os escondéis en la penumbra?

—Yo disparo y acabamos deprisa, Réquiem —murmura Kurosawa.

—Espera. —Y dirigiéndose al fantasma—: Si usted es quien creo que es, señor Delmuseo, tenemos una amiga en común que le dejó en custodia dos monedas a principios de verano.

EL FANTASMA DEL MUSEO
¡En mi casa hay tres sillas: una para la soledad,
otra para la amistad
y una tercera para la sociedad!

El volumen del órgano sube con la última sílaba, que el fantasma alarga más rato de la cuenta.

—¿De dónde sale la música? —pregunta Kurosawa—. Si él está aquí, ¿quién toca?

Réquiem no tiene tiempo de responder: un golpe en la nuca lo deja aturdido. Tampoco ve cómo Kurosawa cae redondo al lado, un

hilo de sangre que le resbala por la mejilla hasta el suelo de la falsa gruta y las botas del fantasma que se paran entre los dos.

Se levanta el telón.

Réquiem trata de espabilarse, pero tiene los brazos atados por la espalda a una silla. Intenta mirar de lado a lado pero la cabeza le da vueltas. El golpe a traición se ha transformado en un chichón doloroso que, de grande y molesto, parece un hijo adolescente. A un lado está Kurosawa, que tiene media cara ensangrentada y aún no se ha despertado, también atado de manos y pies como él. Al otro lado, los acompaña un hombre estrangulado al garrote vil y un soldado haciéndose el *harakiri*. Más allá, la doncella de Orleans tostándose los pies en la hoguera. Le cuesta entenderlo pero, finalmente, se da cuenta de que están en el pasaje de los horrores del museo de cera.

—Sawa, despierta —lo insta Réquiem—. Creo que tenemos problemas.

EL FANTASMA DEL MUSEO
¡La historia de los grandes acontecimientos de este mundo
no es más que la historia de sus crímenes!
Confesad, y tendréis una muerte rápida.
¡Callad, y seréis tratados como mimos!

—¿Que confesemos qué?

EL FANTASMA DEL MUSEO
Los pecados del hombre,
delante de un juez que ya no es hombre.
¿Quién soy yo?
Soy el ánima que vaga en pena.
¿Quién soy yo?
Soy el esclavo de la codicia.

—Reconozco que la melodía al principio no acaba de entrar, pero cuando la escuchas un par de veces se pega. Le veo posibilidades, pero no entiendo del todo a dónde quieres ir a parar.

La luz tenue y verdosa de la salida de emergencia se refleja en la hoja del cuchillo que blande con la mano enguatada. El fantasma del museo se agacha hasta ponerse cara a cara con Réquiem, que puede verle la máscara: un rostro de cera imperturbable, de facciones muy similares a las de la mayoría de las esculturas del museo, la región orbitaria recortada torpemente que deja entrever unos ojos enrojecidos, a medio camino entre la locura, el cannabis y la falta de sueño. El fantasma va vestido con un mono de cuero de motorista *bondage*, todo hebillas y correas, y una capa de raso que le ha cogido al vampiro de la sala de los monstruos. En el pecho, adheridas con imperdibles y celo, las medallas de Hefesto.

Ahora sí.

EL FANTASMA DEL MUSEO
Soy el rencor que me persigue,
fruto del misterio, fruto del miedo.
Y ahora os habéis atrevido, habéis entrado en mis dominios.
Vosotros sois el hambre, yo soy el pescado,
que tiene vida en la oscuridad…

—Creo que podríamos llegar a un acuerdo, de verdad, señor Delmuseo.

La música adopta un tono más íntimo, que acompaña al comportamiento más introspectivo que asalta a su secuestrador como si hubiese sufrido una descarga eléctrica o una gastroenteritis súbita.

EL FANTASMA DEL MUSEO
¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo luchar contra el destino?
¿Cómo puedo liberarme de mi perseguidor?
¿Por qué me acosa día y noche si no hay culpa ni pasión?
¿Qué puedo hacer? ¡Si mi vida anterior está muerta,

si ya nadie me da calor,
si solo vivo en la sombra de Carapuerta!

—Espero que mi compañero no esté muerto —lo interrumpe Réquiem—. Sería un pequeño obstáculo para el diálogo que le ofrezco con la mano extendida. No literalmente, ya me entiende, porque ahora mismo se me está cortando la circulación a la altura de las muñecas, aunque sí en un sentido figurado.

EL FANTASMA DEL MUSEO
La paciencia es la fortaleza del débil,
y la impaciencia, la debilidad del fuerte…
¿Quién soy yo?
El nombre ya no es mío.

—En serio, antes de que comience el regreso. ¿Qué planes tiene para nosotros? Lo digo porque tenemos el tiempo en contra: necesitamos estas monedas que mi… —duda en usar la expresión ¿«amiga»?, ¿«finada»?— conocida le hizo llegar con tal de impedir un cataclismo irreversible. Me hago cargo de que podemos haberle provocado un cierto estado de alienación transitoria, yo mismo estoy pasando por una etapa similar en los últimos días, pero póngase en mi pellejo y entienda que no son suyas y que estaría interesado en recuperarlas.

EL FANTASMA DEL MUSEO
La razón es la esclava de las pasiones.
¿Quién soy yo?
Soy el esclavo de la codicia.
Seréis invitados míos para siempre,
la eternidad solo una caricia,
como huéspedes de cera, compañeros de carrera,
hoy seréis bautizados en la nueva vida.
¿Quién soy yo?

¡Soy el verdugo de la máscara lívida,
el escultor de personas, el dios que aprisiona!

En el estremecimiento final, el fantasma señala hacia la cisterna que hay en el techo, de la que sale un canalón que apunta directamente a la testa de Kurosawa. Tanto el vapor que desprende como el olor a vela caliente que Réquiem ya conoce de la mansión Le Borg lo llevan a deducir que no solo se trata de un depósito lleno de cera, sino que pretende embadurnarlos hasta convertirlos en una atracción más del museo.

—No querría resultar impertinente, pero diría que el último verso no tiene demasiado sentido. Funciona, sí. Pero tal vez la rima está demasiado forzada.

El fantasma acaricia una cabeza estacada y tararea el *reprise* de la melodía que ha entonado todo el rato. Se acerca a la guillotina y coge una cuerda que no está atada al *chapeau* donde está sujeta la hoja sino a la cisterna con la cera hirviendo.

EL FANTASMA DEL MUSEO
¡Solo tenemos que sacrificarnos por los ideales!
¡Sacrificaos para que se vuelvan reales!

CHICA DE LA ENTRADA
¡No! ¡Para! ¡No lo hagas!

La silueta de la chica de la entrada se recorta en el umbral de la puerta que conecta la sala de los horrores con la cámara acorazada. Réquiem resopla aliviado. Acaba de ganar unos segundos preciosos, aunque no sabe cómo aprovecharlos, Y Kurosawa continúa inconsciente.

EL FANTASMA DEL MUSEO
¡Estefanía! ¿Qué haces? ¿Qué has venido a hacer?

ESTEFANÍA (antes CHICA DE LA ENTRADA)
¡A impedir que cometas un error que te condenará para siempre jamás!

EL FANTASMA DEL MUSEO
El error soy yo. El error somos todos.
El hombre nace libre, pero está encadenado por todos los lados…

ESTEFANÍA
¡Estoy tan triste, tan sola,
nuestras vidas se cruzan como el sol y la luna,
tu indiferencia mi corazón asola,
estoy tan cansada de la mala fortuna!

Un golpe de órgano acompaña la reacción dramática del fantasma de ocultarse la máscara de cera con la capa entre avergonzado y sobreactuado.

EL FANTASMA DEL MUSEO
¡Traidora! ¡Eres una de ellos! ¡Conspiras contra mí!
¡Tú también has de morir!

ESTEFANÍA
Tu corazón es bueno, lo sé…

EL FANTASMA DEL MUSEO
¡Prepárate! ¡Es la hora!
¡Bienvenido sea el dolor si es causa de arrepentimiento!

Toma con fuerza la cuerda que hará caer la cera sobre el cuerpo de Kurosawa. Réquiem casi ha conseguido desatarse, aunque no le dará tiempo de salvarlo. Si hay una cosa que teme más que a que su amigo muera delante de él y él no pueda hacer nada es que muera en medio de un musical mediocre.

CARAPUERTA
¡No, para! ¡No lo hagas!

Carapuerta aparece al lado de la barra donde está el cuerpo sin vida de la réplica cérea de Séneca, una escena que a Réquiem le parece del todo caravaggiana. Ha irrumpido de golpe con voz de barítono y ha helado la sangre del público, que contiene la respiración. Los labios desfigurados y la mirada fulgurante como si hubiese cenado un barril de pólvora.

EL FANTASMA DEL MUSEO
¡Por fin nos encontramos!

CARAPUERTA
¿Quién soy yo?

EL FANTASMA DEL MUSEO
¿Quién eres tú?

CARAPUERTA
Soy tu sombra del pasado,
soy tu ángel protector.
Soy de este museo el antiguo escultor.

ESTEFANÍA
¡Padre!

EL FANTASMA DEL MUSEO
¿Padre?

CARAPUERTA
¿Quién soy yo?
¡Yo era quien secuestraba jovencitas para hacer esculturas,
la vergüenza y la deshonra,
el padre de una chica que no me puede mirar a los ojos!

ESTEFANÍA
¡Estás muerto!

CARAPUERTA
¡No, hija mía!
Vivo en las alcantarillas desde hace más de veinte años,
mi fin simulé
para que no me odiaras.
Soy tu vergüenza, soy la semilla de los malos agüeros,
pero soy el hombre que te cuida y te quiere
y que quiere evitar que tu amor
cometa el mismo error…

Réquiem tiene las manos libres, por fin, pero está intrigado por saber cómo acabará esta subtrama melodramática propia de un capítulo de relleno de la serie de moda y que acaba de entrar en los últimos compases. Con el codo, intenta despertar a Kurosawa, que se lo está perdiendo todo.

Estefanía corre a abrazarse a Carapuerta, el padre a quien daba por muerto desde hacía tanto tiempo.

ESTEFANÍA
¡Aún estás a tiempo, aún te puedes salvar!

EL FANTASMA DEL MUSEO
No, estoy condenado…

ESTEFANÍA Y CARAPUERTA (dueto)
¡Aún estás a tiempo, aún te puedes salvar!

EL FANTASMA DEL MUSEO
¿No es terrible que la salvación propia sea la condena
de otro?

CORO DE LOS TESTIGOS DE JEHOVÁ
¡Aún estás a tiempo, aún te puedes salvar!
EL FANTASMA DEL MUSEO
¡Nooooo!

Tira de la cuerda y vierte la tina de cera hirviente sobre el canalón. El líquido, espeso, desciende hacia Kurosawa.

—¡No! —grita Réquiem, casi como un eco del fantasma.

De un salto se lanza sobre el cuerpo inmóvil del compañero de piso y lo tumba, a tiempo de que la cera le caiga a poco menos de un palmo de los pies, aún atados con cinta americana. Como puede, se arrastra para alejarse del charco de cera que se está formando en el suelo, mientras que agarra con fuerza a Kurosawa y lo apoya en el regazo del ejecutado por garrote vil.

EL FANTASMA DEL MUSEO
¿Quién soy yo?
Todo lo que hago no sirve para nada,
desde que ella entró en mi vida la perdición me ha apresado,
a la locura estas medallas me han empujado…
¿Quién soy yo?
¡Soy Kike Sófocles!

Y en un arrebato, el fantasma del museo se pone bajo la ducha caliente de cera que le quema entre estertores de dolor y algún pequeño gallo en la afinación del todo excusable atendiendo a las circunstancias.

Estefanía busca refugio en el abrazo de su padre.

Réquiem abofetea a Kurosawa para intentar despertarlo, pero el hecho de que el valenciano tenga medio cráneo hundido no ayuda.

La música fúnebre se ve de pronto arrebatada por un *ostinato* trastocado de violines y, como una estampida, por un estrépito de explosiones que hacen temblar los cimientos del museo.

LA SEÑORA NATIVIDAD
¡Siento vergüenza de haberte metido en mi cama,
maldito yonqui escuálido
podrido y pervertido!
¡Devuélveme la pistola de mi marido!

No se sabe bien dónde comienza el incendio, pero en cuestión de segundos el humo se apodera de la sala de los horrores y ahoga al reparto. Las estancias contiguas deslumbran con el fuego que llega de todos los sitios y proyecta sombras nada platónicas. Carapuerta acciona una antorcha y abre una pequeña trampilla por la que se desliza con Estefanía.

Otra detonación hace tambalear las paredes y derrumba algunas vigas de madera que sostienen el techo y caen sobre el cadáver del fantasma. Réquiem rompe las ataduras de los pies y, renqueando, aparta los escombros y le arranca las medallas de Hefesto del pecho.

LA SEÑORA NATIVIDAD
¡Sal, rata asquerosa!
¡Recibe esta reprimenda!
¡O prepárate para ser exterminado!

El calor funde las figuras de cera del museo poco antes de que las llamas lo consuman del todo. Los vestidos se vuelven ceniza, y debajo de estos hombres y mujeres congelados en el tiempo emergen los esqueletos de los cuerpos de marineros, mendigos y patrones de Las Golondrinas que Carapuerta había secuestrado y asesinado, no importa el orden, durante décadas, para esculpir su obra.

Réquiem arroja a Kurosawa por la oscuridad del pasadizo secreto, tose, tiene los ojos anegados en lágrimas y el sudor le bulle sobre la piel. Antes de dejarse caer al vacío, inconsciente, oye los últimos versos de la mujer que busca venganza:

LA SEÑORA NATIVIDAD
¡Exterminar! ¡Exterminar! ¡Exterminar!

Se baja el telón.

---

[39] Sobre La Marcha.

[40] Ningún problema.

[41] Vive el momento.

[42] Se ha tirado el dado.

[43] You Only Live Once*.

* Solo se vive una vez.

25
La primera casa a la izquierda

Situada a pocos metros del tren, en la encrucijada que forman las calles de la estación, Narcís Bardají y el número 4 de la Vall de la Desolació de unas dimensiones tenebrosas y siniestros laberintos babilonios, de cielos en llamas y páramos infinitos, de monstruosos esqueletos de bestias extinguidas eones atrás, la mansión Àllacab tenía toda la pinta de una antigua casa modernista abandonada desde hacía décadas, la fuente de todos los rumores y chismes del pueblo de Cubelles, el origen de las historias que los niños contaban para hacerse los valientes, la mole que todos evitan caminando por la otra acera, un nido de gatos salvajes, el terror del cartero del pueblo.

Desde fuera, nos costará ver el edificio. Oculto tras un muro de piedra y cubierto por la vegetación del jardín, tan densa que no sería extraño encontrarse con un saurio prehistórico o una tribu primitiva que no haya conocido nunca la civilización. El observador que tenga valor suficiente para pararse a contemplarla durante un buen rato entreverá un par de ventanas —siempre cerradas— del primer piso y parte de la torre que se alza en lo alto de un tejado de pagoda que queda atrincherada bajo la copa de un pino negro y espeso como una nube de tormenta.

El mismo observador puede dar una vuelta al perímetro de la finca, para asegurarse de que la persiana que hay en la puerta del vértice del triángulo está bien cerrada y oxidada, sin indicios de haberse abierto desde vete a saber cuándo, tal vez la última vez para dejar entrar un coche de caballos. La parte de arriba del muro tiene tramos rotos, por donde sería fácil acceder escalando si un

ladrón fuese lo bastante valiente para aventurarse a entrar a robar. Una cosa es segura: si alguna vez hubo alguien, no salió para explicarlo. La mayor parte del muro, sin embargo, está recubierta de buganvillas rosadas, gigantes dedos perfumados que intentan escaparse hacia la calle como una explosión de color congelada en el tiempo.

La puerta de acceso también tiene un arco de barro al estilo oriental de donde cuelgan arañas y leyendas negras. En una jamba hay un grafiti mal hecho de una estrella de David, y en la otra, un signo del dólar. Las bisagras están medio descolgadas y la puerta se aguanta porque las hojas están unidas entre sí por un candado bien sujeto, pero la explicación más racional sería que lo hacen por arte de magia.

Pongamos que el observador atraviesa esa puerta y se adentra en la finca. El camino de adoquines se bifurca hacia el jardín de la izquierda, inexpugnable en su abundancia de pinos, avellanos, robles, palmeras, cactus, arbustos y setas, hacia el sonido cristalino y juguetón del agua que brota de una fuente, hacia el rugido de una bestia indómita que se siente amenazada, hacia el zumbido de una colonia de mosquitos grandes como murciélagos. El observador, que no es idiota, se encaminará hacia la entrada de la mansión y la abrirá para descubrir un vestíbulo maloliente, sombrío y para reformar.

Si bien el olor a mar, o más bien a playa después de un temporal, es lo primero que invade los sentidos al acceder, el vestíbulo se puede definir más por las ausencias que por lo que el observador puede ver. No hay fotografías ni retratos ni pinturas, ni nada que indique que quien sea que viva ahí tiene o ha tenido nunca una vida con recuerdos, familiares, visitas al zoo o fiestas de cumpleaños. No hay estanterías ni armarios, ni vajilla de plata en alacenas difíciles de abrir, ni relojes de pared, ni un perchero para dejar los abrigos, ni nada que no sea la casa (La Casa), pura edificación, piedra y madera y hedor de fondo marino. Las paredes desnudas, sin papel, como si solo sirvieran para contener aquello que aguarda tras las puertas:

cinco grandes que llevan a otras estancias y una pequeñita que, indudablemente, sella el acceso a un sótano. Una chimenea en una de las esquinas rompe la simetría del lugar. Enfrente, las escaleras se esconden en la penumbra para subir a los pisos de arriba.

Si nuestro observador no ha decidido huir, todavía, puede examinar las salas tras las puertas: una puerta lleva a la cocina, atestada de botes, cazuelas, dildos, sartenes y todos los utensilios alineados sobre el mármol, preparados para ser utilizados en cualquier momento, aunque la despensa está tan vacía que no hay ni ratones muertos; otra confina la pequeña habitación del servicio; otra cierra el baño, el váter gélido y un fregadero de grifo oxidado; la cuarta es la salida al jardín pero las raíces la han dejado medio clavada y no se puede mover ni hacia adentro ni hacia afuera, y la última pertenece al ascensor, un cubículo pequeño, cuadrado, anacrónicamente perturbador, sin espejos, como un ataúd con polillas que solo funciona con llave.

En las escaleras hay hojas de eucaliptos esparcidas, y el observador —que ahora ya no es observador sino intruso— las sube hasta que llega al rellano de la planta de arriba, donde hay un distribuidor con diferentes puertas. Por no alargar demasiado la descripción de la casa, el intruso las encontrará casi todas cerradas. Ningún problema: son las habitaciones del servicio y los invitados, así como otro baño. El intruso sí que puede entrar en la biblioteca, un espacio rectangular con estanterías que se alzan hasta el techo, llenas de volúmenes antiguos y polvorientos y colecciones por fascículos inacabadas de los mejores coches deportivos del mundo, del esqueleto humano (falta un fémur y todos los metatarsos), los minerales más exóticos de Asia o los loros más famosos de la literatura universal (con una réplica mediocre a escala 1:1 del Capitán Flint). Aprovechará para recuperar el resuello examinando los volúmenes que hay sobre un escritorio: el *Der Cruris Mysteriis* de Flavo Spinoza, el *Cultes de Vacuum* de Gironetto o los *Manuscritos inflamados* de Fraulein Ra'hello, así como diversas obras sobre canibalismo explícitamente ilustradas, revistas de costura

acartonadas, un álbum de cromos de la liga de fútbol turca de la temporada 74-75 y un par de novelas de la Señora Natividad (*Del que Satán no puede huir* y *La cabaña infernal junto al mar*), subrayadas y anotadas, con las esquinas de las páginas dobladas en los pasajes más interesantes según el criterio de Karshwell[44].

El intruso sentirá un ruido que proviene del piso de arriba e, interesado como un bebé ante un enchufe, se encaminará hacia las escaleras que ascienden hasta el desván de la torre. No hay luz ni ventanas. Es un tramo oscuro, de peldaños que chirrían a cada paso, y que poco a poco se va estrechando hasta que, llegado a la puerta, la anchura no es mayor que la de sus hombros y la altura ha disminuido tanto que lo obliga a encorvarse para girar un pomo helado como el cuerpo sin vida de un explorador antártico.

La puerta no se abre.

El intruso pega la oreja y siente un ronquido inquieto, como de bestia en vigilia.

El sonido se para en seco.

Ha llegado el momento de irse. El intruso recula y baja las escaleras sin dejar de mirar la puerta, que parece a punto de abrirse en cualquier momento. Acelera el paso y se tropieza, casi cae, pero como es una figura literaria incorpórea recupera el equilibrio y corre escaleras abajo, presa de un terror irracional[45].

Llega al rellano y el distribuidor no es el mismo que cuando ha subido hace pocos segundos (¿o son horas?). Se desorienta y no encuentra las escaleras de bajada para salir de la casa (La Casa). Intenta abrir una puerta y otra sin éxito, hasta que encuentra la que da acceso a la biblioteca, o eso cree.

Una lámpara de gas le ilumina el rostro, pero lo último que ve es un fogonazo. No escucha la detonación del tiro porque la bala ya le ha atravesado el pómulo, el bulbo raquídeo y la cuarta pared.

El intruso —que ahora ya no es intruso sino cadáver— cae a plomo.

Ómlas vuelve a disparar, esta vez al corazón, por si acaso. Enfunda el arma y agarra el cadáver por los tobillos. Lo arrastra por

el pasillo dejando un rastro de sangre que habrá desaparecido en la página siguiente. Lo empuja por las escaleras y lo saca al jardín, donde lo abandona a la sombra de los árboles, medio oculto entre zarzas, para que los enormes gusanos ciegos que reptan entre la pinocha se den un buen banquete.

---

[44] Mayoritariamente las escenas de cariz sexual, abundantes en la bibliografía de la autora.

[45] Como son todos, de hecho.

26
Lorem ipsum dolor sit amen

—¿A qué huele? —Massagran sube la ventanilla del coche y enciende el aire acondicionado.

—A prosopopeya en proceso de descomposición —responde Dalsy.

—No —dice Réquiem—. A plancton. A mar. Karshwell lo come todo el día, así que es normal que la casa apeste a pescado podrido.

Massagran golpea el ambientador con forma de dados que cuelga del retrovisor y el hedor a chicle de fresa se mezcla con el marino. El interior del vehículo no baja de los cuarenta y cuatro grados, y los asientos de imitación de piel hechos del revestimiento antiadherente de las calderas del infierno burbujean como un caldo acrílico. Réquiem acecha la casa desde el asiento trasero y consulta el reloj. Todavía es temprano. Como si Massagran le leyese la mente, propone:

—Vamos a comer un taco.

Arranca el coche y conduce hasta el paseo marítimo de Cubelles, que a esta hora de la tarde está lleno a reventar de matrimonios paseando del brazo, chiquillería con las rodillas erosionadas, manteros de catálogos eclécticos y socorristas que rescatan los cuerpos inanimados de media docena de bañistas imprudentes cada hora.

En una pequeña cafetería piden tacos y burritos y horchata, que Dalsy saborea con deleite.

—No parece que al mundo le quede una semana de vida —dice la de Myanmar con el sol en la cara.

—Este armagedón no tiene pinta de ser peor que una gripe común —razona Réquiem.

—Son una sociedad secreta. —Massagran fotografía la michelada y la cuelga en internet antes de darle un sorbo—. Se-cre-ta. No hacen campañas de promoción de sus planes. No hay tráileres ni posters finales que anuncien el estreno del apocalipsis. Y eso que se ahorran. No queréis saber la cantidad de presupuesto que se escapa en publicidad y que, muchas veces, no tiene ningún impacto final. Pero no quiero decir que no haya señales alrededor: el planeta se subleva, las guerras se vuelven más cruentas, los cocineros se creen semidioses…

—¿Y cuándo ha pasado eso? —protesta Réquiem—. Ahora nos fijamos, pero me parece que toda la vida las cosas siempre han ido a peor. Que siempre hemos estado al borde de la extinción.

—Claro. Porque siempre lo hemos estado. Porque siempre ha habido un culto, una secta, una hermandad o un club de petanca dispuesto a destruirlo todo. Por la misma razón que la Logia de la Napia de Plata siempre ha estado para impedirlo.

—¿Son siempre así?

—¿Así cómo?

Una gaviota pasa en vuelo rasante y picotea el lomo de un *yorkshire*, de donde brota un chorro de sangre. Dos gaviotas más se acercan volando y también lo atacan. El perro ladra histérico, boca arriba, mientras las aves lo destripan y se zampan los intestinos delante de la mirada contemplativa de la gente que hay en el paseo y que, como mucho, se apartan para no ser salpicada.

—Cuatro incompetentes. Un grupúsculo de gente con ínfulas pero que no son nadie, y que se ven capacitados para esclavizar a una divinidad alienígena y dominar el mundo —resume Réquiem.

—Sí —sentencia Massagran—. Más o menos. A veces son espabilados, como aquel verano sin sol en que Byron, Shelley y Polidori invocaron a Nyarlahotep en Villa Diodati y se quedaron a esto —hace la medida de un garbanzo con los dedos— de que hoy aún estuviéramos construyendo pirámides y recibiendo latigazos de

faraones intergalácticos. Pero la mayoría de las veces son unos inútiles. ¿La revolución bolchevique? Un encuentro desafortunado entre un intelectualoide británico y una manada de perros de Tíndalos. ¿La crisis de los misiles de Cuba? Tres estudiantes de química jamaicanos adoradores de Shub-Niggurath. ¿Las torres gemelas? Os sorprendería de lo que son capaces los veganos extremistas. Todos, todos, por inconsciencia o por tontería, han estado a punto de enviar este insignificante rincón del cosmos a comer mierda interdimensional.

—¿Y la Segunda Guerra Mundial? —pregunta Réquiem.

—Nah, eso fue una ouija mal calibrada —le quita importancia Massagran—. Insisto: no subestiméis el poder de la estulticia.

—Dunning-Kruger —añade Dalsy.

—¿Quién es ese? —Arruga la frente Massagran.

—Cuanto menos sabes, más te crees que sabes —responde Dalsy.

—¿Me lo dices a mí? ¿Me estás llamando ignorante? Yo he sido muy sincero con vosotros. Y diría que no es recíproco. Aún no me habéis aclarado qué ha pasado con vuestro amigo, por ejemplo, y qué razón tan poderosa ha hecho que hoy no esté aquí.

Los estados de ánimo de Massagran son tan volátiles como una bandeja de cocaína en medio de un huracán. Puede pasar de la excitación más absoluta, de una alegría incontenible, de ser tu mejor amigo, el compañero inseparable de aventuras, el hombre de los abrazos y los besos, hacemos un pacto de sangre y seremos BFF, a una oscuridad insondable, el hundimiento de toda voluntad, el amargor y el confinamiento, el tú me deseas el mal, la paranoia del paranoide, *mute*, *unfollow* y *block*. Quien lo conoce ha aprendido a identificar estos cambios por la sombra que se le instala en las cejas o el entusiasmo que contamina sus palabras, aunque tampoco hace falta ser demasiado inteligente para detectarlo.

Aquí, no obstante, no le falta razón. Réquiem ha mantenido en secreto la aventura musical en el Museo de Cera y no le ha dicho nada sobre las medallas de Hefesto, con tal de tener un as en la manga y el resto de la baraja marcada, porque tampoco se acaba de

fiar. El golpe le había propiciado a Kurosawa un traumatismo craneoencefálico de cierta importancia con hemorragia interna y hace dos días que lo tienen en observación en el hospital, aunque no se teme por su vida, o no más de lo que ya se temía de forma habitual, o no más de lo que se temerá si realmente se acaba el mundo la semana que viene.

Kurosawa se despertó al día siguiente de la incursión museística de buen humor y sin ninguna otra secuela que el firme convencimiento de que su objetivo vital es presidir el Fútbol Club Barcelona, como lo habían hecho sus padres antes que él. Durante buena parte de la tarde intentó convencer a Réquiem y a Dalsy de que no solo estaba preparado para hacerlo, sino que reunía todos los requisitos imprescindibles. Finalmente, aceptó que el escollo de la inminencia de un posible armagedón lo separaba de su destino.

Para excusar su ausencia, entonces, Réquiem decidió explicarle unas mentirijillas de nada.

—Le han encontrado un tumor del tamaño de un melón —se pone la mano sobre la barriga y la mueve cubriendo todo el abdomen con tal de ser tan inconcreto como le sea posible— … aquí.

—¿Es grave?

—No —dice Dalsy—. Están esperando que lo mee para darle el alta.

Massagran asiente con la cabeza, pero ya no escucha. Está distraído con otros temas que considera más importantes, como el estancamiento de su número de seguidores en las redes sociales, un posible cambio de peinado porque ya está harto de parecer un rumbero de los noventa y cómo puede hacer para conseguir mesa en el Krusty Krab Le Meridién para cenar el martes con aquel autoestopista sueco que ha conocido mientras paseaba al perro en una zona de *cruising* junto al Pont del Petroli.

En la mesa de al lado se sienta un hombre abotargado, azulado, de piel rasgada, que viste un bañador y lleva una compresa adherida a la pantorrilla. Réquiem lo mira de reojo y enseguida lo identifica como uno de los ahogados que han sacado del agua. El hombre gira

la cabeza poco a poco con un sonido mucoso y un chorro de agua salada le resbala de los labios, que se tensan en una sonrisa mórbida. Réquiem le devuelve la sonrisa, educado.

—Tendríamos que ir tirando —dice, sin dejar de pisar al cadáver que está tomando el sol en la terraza–. Karshwell nos espera.

—Pedid la cuenta. —Massagran se levanta—. Tengo que ir a mear.

La camarera responde a la esgrima fugaz de la mano de Réquiem y hace cuatro garabatos en una libreta que recuerdan a unas operaciones matemáticas simples. Como Massagran no ha vuelto del lavabo, Réquiem reúne las pocas monedas que tiene en la cartera y las deja sobre el platillo.

—Mátalos —sonríe la chica mientras cuenta el dinero.

—¿Perdona?

La debe de haber entendido mal, porque Dalsy no ha hecho caso y continúa mirando cómo las gaviotas atacan ahora a un niño de no más de dos añitos que iba en triciclo por el paseo.

—Mátalos —repite la camarera, sin perder el brillo de luz en la cara, todo simpatía—. Mátalos a todos.

El cadáver gordo e inflado deja ir una ventosidad fragorosa. La camarera vuelve dentro del local y se cruza con Massagran, que ha estado esperando el fin de la transacción al lado de la nevera de los helados.

—¡Quería invitar yo! —exclama.

Réquiem se pregunta si el cadáver podrá permanecer un rato más en la terraza sin consumir antes de que la camarera psicópata lo eche.

Las gaviotas han conseguido atrapar al niño y llevárselo volando al espigón, donde se reparten las vísceras, aún calentitas.

27
Tunguska™

—La Hermandad de Amigos de la Máscara Pálida se ha visto gravemente comprometida —dice Karshwell—. Como bien sabéis, el capitán Leónidas Lorenzo de Treville desapareció la misma noche que contactamos con el espíritu de Lynette Santes Creus a través de nuestro nuevo hermano, el doctor Réquiem.

Lo saben bien, sí, pero eso no impide que los convocados se muestren incómodos, murmuren palabras de preocupación y especulen sobre las causas de este acontecimiento. También recelan de la extraña que Réquiem ha llevado al encuentro, una chica asiática que no ha abierto la boca desde que entró por la puerta y viste como si acabase de salir del castillo de un sogún del siglo XVII.

—Entonces, tenemos que abortar nuestro plan —dice Matilda Deulofeu—. La hermandad está incompleta y no tenemos las medallas tampoco. Hemos fracasado.

—Yo no pienso volver a abortar nada —protesta Vicky—. Tenemos que seguir adelante sea como sea.

—No tendremos otra oportunidad como esta —piensa en voz alta el cardenal Santamaría—, aunque no sé cómo lo haremos, sinceramente. No creo en el fracaso, pero el tiempo se nos echa encima.

—El tiempo y el asteroide —dice Próspero Benavides—. No puede ser que lo tengamos tan cerca y se nos escape en el último momento.

—A ver, calmémonos todos un poco —intenta apaciguar los ánimos Karshwell—. El capitán Leónidas no nos ha traicionado. Los

infiltrados que tengo en la competencia aseguran que nuestro hermano no se ha cambiado de bando…

Réquiem se queda helado. Si Karshwell tiene informadores en la Logia de la Napia de Plata, tanto él como Dalsy han quedado al descubierto y esta reunión es una trampa para hacerlos hablar y, en última instancia, asesinarlos. O a la inversa.

—Eso quiere decir que lo han matado, como mataron a Lynette —deduce Vicky, con una mano en la boca y los ojos muy abiertos.

—No nos precipitemos —dice Karshwell.

—Hacemos otra sesión espiritista y listo —propone Próspero.

—Uy, no, qué desagradable. —Matilda hace una mueca de repugnancia—. La ropa aún me apesta a ectoplasma.

—No será necesario. —Karshwell emplea un tono de voz suave, de niñera experimentada hasta las cejas de tranquilizantes—. El doctor Réquiem nos quería ofrecer una solución.

—Sí. —A Réquiem le tiembla la voz, pero espera que los otros no lo perciban.

—Te tiembla la voz, querido —percibe Vicky.

—Sí. Es que soy alérgico al hedor del mar.

—Disculpe —se disculpa Karshwell.

—No pasa nada.

—¿No deben ser los nervios? —insiste Vicky—. Entendería que fueran los nervios. La mayor parte de las veces que hay temblor de la voz puede ser por nervios, aunque también puede ser por culpa del miedo o por el hecho de que alguien esté mintiendo en una situación muy delicada. Pero deben ser los nervios.

—No, no. Es el olor del plancton, que se pone en la nariz y me baja al esófago.

—Ya paro de comer, de verdad. Disculpe. —Karshwell cierra el frasco y se lo pasa a la cuidadora, que lo guarda dentro de la bolsa que cuelga de la silla de ruedas.

—Bien, el caso es que el plan puede seguir adelante.

—¿Cómo? —pregunta el cardenal.

—Realmente te tiembla mucho la voz —observa Vicky—. ¿Quieres una pastilla para la garganta? ¿Un calmante?

—Yo tengo muchos calmantes —ofrece Karshwell, y despliega un pastillero que de tantas casillas y colores parece un juego tradicional africano.

—No hace falta, de verdad. Como decía, el plan puede seguir adelante. Tal y como le dije a Vicky el otro día…

—Ayer —vuelve a interrumpirlo Vicky.

—Sí, tal y como le dije ayer a Vicky y le he hecho saber a Karshwell, quería que conocieseis a *madame* Kim Jong Jenny. Es la accionista principal de Tunguska…

—¡Ah, en casa compramos mucho en Tunguska! —se alegra Matilda, que aplaude—. ¿Cómo es el lema? «Si no hay, no existe».

—Encantada —dice Dalsy.

—… y una de nuestras principales aliadas —acaba la frase Réquiem.

Como en una coreografía (porque en realidad se trata de una coreografía que han estado ensayando durante la mañana), Dalsy espera al silencio de Réquiem para mostrar el anillo que lleva en el dedo índice de la mano derecha: el signo del Rey de Amarillo, que el lector recordará que nuestros protagonistas tomaron prestado de la mano amputada de Leónidas, aunque ahora ella lo hace pasar por suyo.

—Hasta que el doctor Réquiem no se puso en contacto conmigo esta semana, estaba convencida de que yo era la única persona en el mundo que esperaba el advenimiento de Aquel Que No Se Puede Nombrar.

—Hástur —aclara Vicky, estremecida de arriba a abajo.

—Exacto. Hace mucho tiempo que me preparo para este momento.

—Después de vivir una posesión en primera persona y de saber que el capitán Leónidas había desaparecido, decidí investigar dónde podrían estar las medallas de Hefesto. De esa manera encontré una referencia en un foro en la *deep web* donde *Madame* Kim Jong

Jenny pedía ayuda para traducir las inscripciones en aklo. Afortunadamente, *madame* Kim Jong Jenny vive desde hace años en Barcelona, y no me resultó difícil contactar con ella.

—¿Tienes las medallas? —se interesa Karshwell, a quien la boca se le hace agua más que de costumbre. Ya de pasada, ingiere un par de píldoras para la presión.

Dalsy abre el zurrón que lleva cruzado sobre el *kamishimo* y saca una de las medallas, que enseña a la hermandad.

—Las subieron a una casa de subastas y juegos de apuesta en línea que pertenece a un conglomerado de empresas de cuya junta directiva soy miembro.

—Quedamos, hablamos y pensé que, invitándola, matábamos dos pájaros de un tiro: teníamos las medallas y suplíamos la ausencia del capitán.

—¿Dónde está la otra? —pregunta el cardenal.

—La conservo como garantía de seguridad. No sabía qué me encontraría aquí. Todo podría haber sido una trampa. Podríais haber sido un club de terraplanistas o yonquis adictos al 5G, o unos sicarios contratados por mis compañeros menos abiertos de miras del consejo directivo de Tunguska, o una facción de la Logia de la Napia de Plata.

—¿Conoces la Napia de Plata? —se sorprende Karshwell.

—Cualquier persona que se tome en serio la invocación de una entidad supradimensional que no conozca la Logia de la Napia de Plata o es un imprudente o un *amateur*. Y yo no trabajo con ninguno de los dos.

—Parece razonable. —Se encoge de hombros el cardenal, que sí está interesado en el trato con *amateurs*.

—Y verosímil. Sobre todo, verosímil —asegura Dalsy.

—Sí —dice Próspero Benavides, suspicaz—. Parece más plausible que la opción de que Réquiem, a quien recordemos que solo conocemos desde hace una semana, hubiese asesinado al capitán y hubiese hecho desaparecer el cadáver, quién sabe si a sueldo de la Logia de la Napia de Plata, y, conociendo la localización de las

medallas de Hefesto, las haya recuperado y las emplee para introducirnos confiadamente a *madame* Kim Jong Jenny dentro de la hermandad, con la finalidad malintencionada de desbaratar los planes de invocación de Aquel a Quien No Se Puede Nombrar.

—Hástur —cuchichea Vicky.

—Solo hay una forma de averiguarlo. —Karshwell se aclara la garganta, con las píldoras atravesadas en la faringe.

Una corriente de aire súbita abre algunas de las puertas del vestíbulo. De las escaleras que bajan al sótano sube un aire podrido, denso, de melaza corrompida. Karshwell acerca la silla de ruedas a Dalsy.

—¿Has sido sincera?

—Si mi intención no fuera la que os he transmitido, habría bastado con no presentarme con la medalla.

Karshwell alarga la mano y acaricia la mejilla de Dalsy. Los dedos ásperos, arrugados y larguiruchos como nueces pacanas. Es como si intentara leerle la mente.

—No le ha temblado la voz; la creo. Una chica tan linda no mentiría.

Le toca el culo con la mano, con la confianza de quien se siente con todo el derecho de hacerlo. Por unos instantes, Dalsy está a punto de poner en marcha el plan y la cabeza de Karshwell a rodar, pero se obliga a tomar aire, mostrar su mejor sonrisa y jurarle interiormente una muerte lenta y dolorosa en un término relativamente corto de tiempo.

Karshwell hace un gesto con la cabeza y la cuidadora lo empuja hasta el ascensor.

—La hermandad está al completo otra vez. Bajemos a la bodega y planifiquemos el próximo movimiento.

Vicky se agarra del brazo de Réquiem para bajar las escaleras.

—Suerte que abajo nos podremos sentar. Me estaban empezando a dar calambres en las piernas de estar de pie. Como el hermano

mayor ya tiene una, nunca piensa que al resto nos gusta que haya sillas en los cónclaves.

Réquiem espera la emboscada nada más pisar el subterráneo.

En cambio, lo reciben con una copa de champán que Próspero acaba de descorchar y que les sirve de uno en uno excepto a Karshwell, la cuidadora y él mismo, abstemio desde la última gira provincial, cuando el hígado decidió jubilarse unilateralmente.

La bodega ocupa toda un ala del subterráneo, la que se alarga bajo parte del jardín cretácico de la superficie. En la oscuridad, se adivinan estanterías llenas de botellas cuya antigüedad se puede medir con un corte transversal en el polvo acumulado. Pero no todo es bodega, ya que una sala pentagonal al lado de las escaleras sirve de punto de reunión para los miembros de la hermandad. Vicky resopla fastidiada: tampoco hay sillas.

Lo que sí que hay son tres mesas preparadas con servilletas de papel y vasos de plástico, y toda una reserva de bolsas de patatas fritas, cortezas y aperitivos en un rincón. De pared a pared, unos banderines de colores dan la bienvenida: «*Yoi'a! Nfto g'y'harne!*», que es la traducción de «¡Hola! ¡Me alegro de verte!» que Ómlas ha escrito en aklo. Al lado de la puerta del ascensor, un inflador de globos de aire comprimido.

—Lo tenemos todo preparado, guapa, como puedes ver —dice Karshwell—. Nenas, abrid alguna cosa para picar.

Vicky y Matilda se afanan en poner nachos dentro boles y naranjada en los vasos. Réquiem se apodera de una bolsa de pistachos, los mordisquea nervioso y tira las cáscaras al suelo polvoriento de la bodega. Una ranita perdida las esquiva hasta que la cuidadora de Karshwell la ve y se agacha a recogerla con delicadeza y dejarla dentro del bolsillo del delantal.

Próspero Benavides aprovecha que Vicky monopoliza a Réquiem para acercarse juguetón a Dalsy y acorralarla contra uno de los muros.

—Supongo que me conoces —dice con sonrisa pícara y colmillo dorado y encías deshidratadas.

Dalsy dice que sí, que lo conoce, porque ya ha conocido a unos cuantos como él. Próspero apoya el brazo en la pared, al lado de la cabeza de Dalsy. Como ella no habla, él tira por la derecha y hace aquello para lo que nació: hablar de él mismo.

—Tú eres joven, pero no te dejes intimidar por todo este grupo de viejos que ves hoy aquí. —Risitas de complicidad no correspondida que se pierden en la oscuridad—. Yo mismo tengo el corazón de un chaval. No literalmente, claro. Eso se lo tendrías que pedir a nuestro amigo Xus. —Señala al cardenal, que levanta la copa porque intuye que hablan de él—. En sentido figurado. Es una metáfora. Soy bueno haciendo metáforas. Pero eso ya lo sabes. Por mis canciones, quiero decir. Pero a lo que iba: tengo la experiencia de un hombre maduro y la vitalidad de un adolescente.

«Y el aliento de un cadáver», piensa Dalsy.

—Lo parece, lo parece. —Se desliza elegantemente de la llave con la que Próspero la había arrinconado–. Me preguntaba qué ha llevado a alguien con su bagaje vital a querer desear la implantación de un reino de terror basado en una monarquía extraterrestre.

—Oh, eso —dice Próspero con displicencia— podríamos hablarlo más tarde, en otro sitio…

—Deme un avance…

—No me trates de usted, mujer, que ya te he dicho que aunque podría ser tu padre también podría ser tu amante.

Réquiem le pregunta con la mirada si todo va bien y ella responde con un parpadeo que sí, que lo tiene todo controlado, que este tío es un baboso que no me dura el suspiro de una rata y me libro de él cuando quiera, pero ahora necesito ganarme su confianza y por eso he de enviarle mensajes contradictorios que le hagan creer que soy receptiva pero, al mismo tiempo, de difícil acceso y, en ningún caso, alguien de quien pueda desconfiar para que le dé la impresión de que estoy aquí para enviar al puto Rey de Amarillo al agujero abisal más profundo del lago Hali.

—De verdad: de ellos me lo puedo imaginar, pero de ti… de ti no sé qué te hace desear la llegada de Aquel a Quien No Se Puede

Nombrar.

—Hástur —dice Vicky, que tiene la oreja pegada.

—Olvídalos. —Y baja la voz, en confidencia, y con ello aprovecha para volver a arrimarse a Dalsy—. Son un grupo de machistas y racistas, solo los tienes que ver comportándose y escucharlos un rato. ¿Cómo se puede ser machista y racista cuando hay preciosidades asiáticas como tú? —Chasquea la lengua y pone los ojos en blanco—. Son extremistas de ultraderecha y yo soy de izquierda no nacionalista, ¿me entiendes? He llevado una vida muy disoluta, he sucumbido a los excesos, he vivido en el lado oscuro, me he abandonado al vicio, pero ahora soy una persona nueva precisamente por eso: porque sé cuán bajo puede caer el hombre sin brújula ni moral y con un mánager que te estafa en cada contrato con una discográfica. Sé que, sin una dirección firme, sin una figura que represente a la autoridad, estamos condenados a ser el que yo fui una vez, y eso solo nos puede llevar al caos. ¿Has visto alguna vez un hormiguero?

—Sí.

—Aparentemente puede dar toda la impresión de ser un caos. —Próspero ha ignorado la respuesta de Dalsy; él tiene su mensaje registrado de contestador automático y ya ha pitado el *play*—. Túneles hacia aquí y hacia allá, sin ningún orden, dirías. Hice una canción sobre eso: *Sin orden ni concierto*, seguro que la has oído. Es una impresión errónea. Es un engranaje perfecto. Todas las hormigas tienen su sitio en el hormiguero, sin margen de error. Las trabajadoras, las soldados, las reinas, todas… Todas trabajan para el bien común y todas son recompensadas. No hay ninguna que se quede atrás. El hormiguero es una sociedad ejemplar. ¿Y sabes por qué? Porque todas las hormigas tienen claro quién es la reina. La reina es el corazón del hormiguero. Todo gira a su alrededor, y sin ella las otras están condenadas a morir. Se desorientan y la colonia se extingue, que es lo que está pasando ahora mismo a nuestro alrededor. El mundo necesita una reina. Un líder fuerte e indiscutible. Un líder fuerte e indiscutible no nacionalista, porque las hormigas no

son nacionalistas. En mi patria siempre decimos que no hay nada peor que los nacionalismos. Yo soy un patriota, no un nacionalista.

—Saint-Exupéry decía que la infancia es la patria de todos los hombres —cita Dalsy—. También tengo un amigo que cree que el Principito es un avatar del Rey de Amarillo. ¿Tu libro no dice nada del Principito?

—La verdad es que no lo he leído. —Da un sorbo del vaso de naranjada, que le deja burbujas azucaradas en el bigote de cortesano—. *El Rey de Amarillo*, quiero decir. *El principito* sí que lo leí y es un libro lleno de reflexiones maravillosas, como que has de domesticar a tus amigos para que no te muerdan ni se vayan, cosa que es totalmente cierta y aplicable también a los mánagers y a los propietarios de salas de conciertos.

—Pero si no lo has leído, ¿cómo es posible que hayas usado fragmentos para hacer tus canciones?

—La heroína no solo mató a mi hermano, sino que me hizo enloquecer una vez, en los ochenta. No soy tan simple de volver a caer en el mismo error otra vez: lo he hojeado por encima y he cogido frases al azar y no he tenido ningún hermano más. Creo que hace más de treinta años que no acabo una novela, si he de serte sincero. Porque entre nosotros seremos sinceros, ¿verdad, *madame* Jenny?

—*Madame* Kim Jong Jenny —matiza Dalsy.

—Por lo que tengo entendido, incluso para traducir *El Rey de Amarillo* recurrieron a doce traductores diferentes, a los cuales asignaron fragmentos dispersos y breves de la obra, para que no les hiciera perder el sentido. No tuvieron el mismo cuidado con los dos correctores, que acabaron suicidándose. El editor también se quitó la vida al poco tiempo. Y, finalmente, los doce traductores desaparecieron en extrañas circunstancias, tal y como explico en mi canción *Extrañas circunstancias*. ¿Quieres que te la cante?

—No.

No pensemos que, durante toda esta larga y nada provechosa conversación, el resto de los personajes han estado callados, mano

sobre mano, esperando turno como quien tiene una clienta charlatana delante en la cola de la pescadería. Matilda conversa con el cardenal, inquieta porque no ha encontrado el momento para exponer los motivos por los cuales quiere invocar al Rey de Amarillo, y eso la hace quedar como un secundario sobrante y poco aprovechado, prescindible, alguien que puede sufrir una muerte violenta y súbita pronto sin que la historia se resienta demasiado. El cardenal le da la razón, pero por inercia, porque nunca ha llegado a tener prácticamente nada en común con ella, más allá del gusto por el dinero y la ropa interior *sexy*.

Réquiem se ha interesado por la ceremonia en sí. Ha preguntado si tienen que llevar alguna cosa, si necesitan sillas —momento en el que Vicky le ha besuqueado la mejilla— y si la invocación será inmediata o será necesario esperar unos días como quien hace una transferencia bancaria a una entidad diferente, ya que, al fin y al cabo, el Rey de Amarillo viene de otra dimensión y con un *jet lag* considerable. Karshwell le ha quitado importancia, ha dicho que todo está previsto, que tan solo necesitan que *madame* Kim Jong Jenny venga con las dos medallas de Hefesto y que Réquiem robe los cadáveres de un chico ario para la encarnación del Innombrable Hástur y dos chicas de buen ver para sus concubinas. Ha añadido que el recibimiento y posterior encadenamiento heféstico se llevara a cabo en la antigua discoteca La Central, a poco menos de medio kilómetro, que ahora es un edificio abandonado suficientemente grande para dar cabida al monarca interplanetario y a su corte de byakhees, ya que cree que si los hacen «aterrizar» (y he empleado este verbo rodeándolo simbólicamente con el gesto de los dedos haciendo las comillas) en casa lo dejarán todo empantanado. Que cuando la cosa se calme ya vendrán a hacer el piscolabis.

Falta menos de una semana para la sumisión de la raza humana a un ser supranatural procedente de un pedrolo recóndito del espacio exterior, y Réquiem aún no ha decidido si frustrar los planes de la Hermandad de los Amigos de la Máscara Pálida o unirse y

convertirse, casi de rebote y sin haberlo visto venir, en unos de los socios fundadores del apocalipsis.

O bien podría cerrar la puerta e interceptar la salida. Acercarse a Karshwell y propinarle un golpe tras otro en ese cráneo blanquecino y desértico y abrirlo como una sandía albina antes de que alguno de los asistentes intente detenerlo o aparezca el lugarteniente anfibio para coserlo a tiros. Dalsy reaccionaría rápidamente y seccionaría un par de cabezas e incluso podría ser que arrancase el brazo con el que Ómlas blande el revólver de un corte limpio de catana. El viaje acabaría aquí y ahora, en una bodega reconvertida en cripta, en una escena difícil de justificar delante de un consejo directivo, la curia papal o el aula de preescolar. Una investigación que acabaría archivada como un suicidio ritual. Dalsy se iría solitaria hacia la puesta de sol. Kurosawa se presentaría a las elecciones presidenciales del Barça.

La única cosa que sabe con certeza, la única verdad objetiva ahora mismo, eso a lo que puede aferrarse sin que aparezca el más pequeño indicio de duda, es que los pistachos que el multimillonario Karshwell ha repartido están pasados.

28
Técnicas de negociación agresivas

Al acercarse a Carcosa, supo que estaba en un sueño.

La frontera entre el mundo onírico y su vida diaria se había ido desvaneciendo como el humo de un incendio extinguido, y ahora sentía que podía pisar la orilla fangosa del lago Hali de camino al baño, los dedos de los pies hundiéndose en un lodo frío y negro, lleno de conchas brillantes y moluscos de dibujos en espiral, y condones usados y anudados hechos con las tripas de bestias mitológicas desaparecidas cuando la ciudadela de la gran y ruinosa Carcosa aún era una metrópoli bella y exuberante.

Pasea por las calles empedradas donde no crecen ya ni las malas hierbas, las casas abandonadas desde tiempos remotos que emiten un sonido agudo, estridente, como el de una sirena atrapada en un arrecife, cuando el viento las penetra por aspilleras como cicatrices en muros graníticos, de tacto gélido y áspero. Mea fuera de la taza, oculta por una neblina verdosa y densa, y tira de la cadena, y el ruido es el de un ejército desesperado de moribundos a punto de iniciar la última carga, morir o matar, media cisterna o depósito entero.

Las estrellas negras de las Híades le iluminan el rostro cuando abre la nevera, de donde saca un cartón de leche, y prepara un café soluble, bajo la vigilancia de Aquel a Quien No Se Puede Nombrar (diría que casi oye la voz de Vicky pronunciando el nombre: Hástur), que lo vigila recluido en la torre más alta del promontorio donde se eleva el palacio medio derrumbado de rasgadas cortinas volanderas que se enredan con una antena parabólica que no recibe ninguna señal por satélite desde hace eones.

Sube las escaleras que se alzan en una perspectiva imposible hasta la pirámide impía, con un altar todavía mellado por las cuchilladas sagradas de los sacrificios de religiones extintas a dioses olvidados por desaparecidos historiadores amnésicos. Desde allí, se recoloca los calzoncillos, que habían serpenteado nalga adentro, se rasca el pubis rizado y fúnebre y contempla la ominosa Carcosa, la ciudad que acogió al Rey de Amarillo en su exilio después de haber sido derrotado en Aldebarán, según reza el cartel que la oficina de turismo ha instalado a la entrada de la plaza de las Almas Malditas, ahora medio borrado por las lluvias y por el óxido de los orines de los byakhees que sobrevuelan los callejones laberínticos, muertos de asco.

Carcosa, el adelanto del destino pútrido que espera a la humanidad.

—¿Sabes que eres sonámbulo, chaval? —grita Kurosawa desde el comedor. Cuando aparece por la puerta de la cocina con esa peste a barbería antigua, de loción de afeitar sulfhídrica y macho ocioso, le espeta—: ¿Qué cojones te has hecho?

El cuerpo de Réquiem está ensangrentado por las heridas abiertas. Durante la noche ha cogido un cuchillo de la cocina y con la punta se ha dedicado a dibujarse sobre la piel todo tipo de glifos, runas y palabras en lenguas tan muertas que se confunden con garabatos. Solo la cara y las manos han quedado limpias de la profanación de la carne. En los brazos se puede leer FÜCSIA y TUNGUSKA y la conocida marca blanca de un supermercado de hilo musical trepanante. En el abdomen hay estrellas de David, estrellas de cinco puntas y estrellas de Navidad, además de un uróboro, un cuadrado Sator, un Óttastafur, una cruz de Ankha, un código QR que no se atreve a escanear, el ojo de Udjat y una red de Wyrd. En el cuello se ha trazado la constelación de Tauro, donde está Aldebarán, el planeta del Rey de Amarillo. Al llegar a los muslos, quién sabe si por aburrimiento o falta de ideas, hay trazado un pene un poco torpe y combinaciones numéricas que ahora mismo no sabe a qué corresponden.

—¡Hostia! —dice Réquiem cuando se da cuenta del desastre estético—. Pensaba que me estaba afeitando.

—¿Te creías el hombre lobo?

—Qué mierda, ¿no? —Réquiem se mira y se remira—. ¿Qué tengo en la espalda?

—Nada. No te debías llegar. —Le baja unos centímetros la goma de los calzoncillos—. El culo lo tienes como siempre. Si quieres te acabo de inscribir alguna cosa, para que no te quede descompensado.

—¿Tenemos tiritas?

Kurosawa levanta las dos manos y muestra los dedos envueltos con tiritas de dibujos de perros policía y guerras galácticas.

—Ayer justamente las gasté todas porque me estuve quemando las huellas dactilares con ácido.

—¿Y yodo?

Dice que no con la cabeza.

—Tenía sed y lo confundí con orujo de hierbas. Por cierto, no te lo recomiendo: hace cagar negro.

—¿A qué estás jugando? —Dalsy llega medio adormilada, pero se despierta de golpe al ver la escena. Todo el suelo de la cocina está manchado con el rastro de gotas de sangre que aún chorrean de los cortes de Réquiem—. Cojones. ¿A quién le tocaba fregar esta semana?

Unos puntos de sutura improvisados y unas gasas y un par de lavadoras más tarde, Réquiem ya está listo para ir a robar tres cadáveres como un vulgar asaltador de tumbas escocés del siglo XVIII. El plan es el de siempre: ninguno. A verlas venir. Al descuido.

Entrará a trabajar a la hora de siempre y hacia media mañana saldrá a recoger a Matilda Deulofeu, a quien Karshwell ha comisionado para que se encargue de elegir los cuerpos bajo el pretexto de que es quien tiene mejor criterio estético. Dado que se ha dejado el cuerpo como una página de publicidad de la revista de ocultismo más tronada del quiosco, no le falta razón.

En la recepción, un chico jovencísimo le pide que se identifique.

—Trabajo aquí —se sorprende Réquiem.

—Y a mí me acaban de recolocar. identifíquese, por favor.

—¿No nos conocemos?

—Sí. Ya aparecí en Can Ruti. Era el recepcionista. Usted es el primo de aquella chica que murió, ¿verdad? Identifíquese, por favor.

—¿Pero qué hace ahora aquí?

—Alguien creyó que era innecesario cubrir esta plaza con un nuevo personaje. Reciclar o morir. Ni siquiera se trata de un tema económico. El dinero no es el problema. Al menos no ahora. Pero para la madre sí que lo era. Si la madre hubiera tenido dinero, no habría pasado nada de lo que vino después. De hecho, yo no habría nacido, pero eso ya lo sabe, ya se lo expliqué. Cuando alguien dice que el dinero no da la felicidad, no puedo evitar reírme. Seguro que ese alguien es el mismo que ha decidido darme este trabajo. La podría haber hecho también mi prima. Ella la necesita más que yo. Lo está pasando muy mal con todo eso de las revueltas y una hernia de hiato que le han diagnosticado. También puedo disfrazarme de ella, si le resulta más cómodo. Tengo aquí la peluca. —Abre una cajonera y saca un manojo sintético de pelos rizados—. No me costaría nada. Identifíquese, por favor.

Réquiem le entrega una credencial.

—Más tarde vendrá una mujer a reconocer los cuerpos de su marido y sus dos hijas.

—Pobrecita, qué drama. ¿Querrá que la abrace?

—No. Querré que la deje entrar.

El recepcionista no responde. Está catatónico, en la luna, con la mirada en el salvapantallas. Con una mano sostiene la acreditación y con la otra la peluca como lo haría el gerente de un motel de carreteras del *midwest*.

—¿Quiénes son esos dos cadáveres? —pregunta entonces Réquiem, señalando dos cuerpos sentados detrás del recepcionista, midriasis de *after* y mandíbulas desencajadas, las cabezas apoyadas sobre los pechos (uno de los cuales ya inflado por los gases, el otro todavía rígido), los brazos colgando a ambos lados.

—¿Estos? —reacciona de golpe el postpúber lampiño, que vuelve a guardar la peluca dentro del cajón—. Uno es el vigilante de seguridad, que murió anteayer y no ha querido coger la baja porque tiene miedo de perder el trabajo. El otro es su pareja, que dice que últimamente inventa excusas para no pasar más tiempo en casa, y ha venido esta mañana con unas décimas de fiebre. —Con un dedo le toca el codo y el cadáver cae a peso—. No están pasando por un buen momento.

Cuando Réquiem baja al vestuario, aún no se hace a la idea de lo que va a encontrarse cuando atraviese la puerta. Se viste con parsimonia, primero los patucos, después la bata y los guantes (un par en cada mano) y el gorro de quirófano. Con el codo acciona el botón que le da paso al corredor que conduce a la sala de autopsias.

La luz es crepuscular.

Habitualmente, los sótanos del Instituto de Medicina Legal tienen un brillo aséptico y diáfano desprovisto de sombras, una luz de olor a desinfectante, fría, azul, racional, como si quisiera compensar la irreversibilidad tenebrosa de la muerte. También es para suplir la ausencia de ventanas.

Hoy, en cambio, el color dominante es el de la arcilla, como de tierra mojada por la lluvia, con una neblina enfermiza que llega hasta las rodillas y el ahogo penumbroso de todos los cadáveres amontonados en las paredes como ladrillos, apilados y encajados en un rompecabezas completado y a punto de barnizar, que tapan los fluorescentes y liberan metano y otras pestilencias que los conductos de ventilación no son capaces de absorber.

«Muy caravaggiano», piensa Réquiem.

Una figura enmascarada sale al encuentro de Réquiem. La cabeza con forma de cuervo, un pico negro largo y puntiagudo sobre un cuerpo oculto por una capa que le llega a los pies. Réquiem retrocede espantado, choca con los cuerpos de las paredes y una mano le cae sobre el hombro con una confianza impropia de alguien que ni siquiera se ha presentado.

—¿Réquiem? —El Doctor de la Peste se levanta la máscara y revela el rostro del doctor Broch, que respira y tose un rato antes de continuar hablando—. ¿No has leído los nuevos protocolos de seguridad?

—¿Qué protocolos?

—Se han acabado las mascarillas y las batas improvisadas con bolsas de la basura y desde la consejería nos han enviado el uniforme tradicional de emergencia. ¿No lo has visto en tu taquilla?

Réquiem niega con la cabeza y el doctor Broch lo agarra por el codo y lo lleva hacia el despacho de ingresos. Atraviesa la sala de neveras, donde hay cadáveres depositados de pie como quien espera que amaine la lluvia sobre una marquesina.

—Tenemos un repunte de trabajo y media plantilla enferma —dice el doctor Broch—. Ya pensaba que no vendrías.

Durante las dos horas siguientes, Réquiem se dedica a abrir tórax, serrar cráneos, pesar intestinos, rascarse las heridas, consultar el móvil y suturar cuerpos. Broch va al lío y no tiene tiempo ni de tomar fotografías. En la pizarra ha trazado un puñado de columnas con las diferentes causas de la muerte que van encontrando, la mayoría por asesinato, un buen puñado de suicidios, golpes de calor, huesos de aceituna y algunos de pánico. Hay gente que muere de miedo a morir.

Lo que no hay, o no lo parece, son arios como los que busca la hermandad. O no se mueren, cosa extraña si atendemos al gran volumen de defunciones que ha colapsado el instituto; o es cierto el rumor de que la misma comunidad de arios silencia el deceso y los devuelve a sus lugares de origen para que les den la pira funeraria que se merecen y asciendan al Valhalla. Además, como tienen que permanecer fuera de las neveras, los cuerpos están en plena *roña mortis* y ya gusanean y tienen unas livideces poco estéticas, con tonalidades verdosas y cianóticas que combinan poco o mal con el amarillo del monarca sideral que está por caer.

Cuando la sierra se rompe en pleno occipital de un barrendero que se ha colgado de unos columpios en un parque infantil antes de

acabar el turno y habiendo dejado todo lleno de cáscaras de pipas de girasol y colillas de porros por recoger, el doctor envía a Réquiem a buscar un recambio al almacén. De camino, el cadáver de un anciano lo mira con ojos sorprendidos. Réquiem lo atribuye al principio a la rigidez, pero no hay ningún fenómeno *post mortem* que justifique que lo siga con la mirada como lo hace mientras le pasa por delante. Y no es el único. Una niña con coletas, un hombre gordo, un tipo con los labios hechos un nido de moscas lo miran con insistencia, como si le pidiesen explicaciones. Al entrar al cuartito donde están los recambios, se encuentra al jinete de la gasolinera fumando un cigarro.

—Aquí no se puede fumar —le dice Réquiem.

El jinete sonríe y, parsimonioso, le da otra calada.

—Me estaba tomando un descanso.

Tiene una voz de doblaje, con la entonación suficientemente engolada y falsa para que prefiera la versión original en danés con subtítulos, pero ahora Réquiem no puede elegir.

—No eres real, ¿verdad?

La Muerte cambia de postura y apoya la cabeza contra una estantería abarrotada de cajas con bisturíes, papel secante y revistas sobre decoración de ataúdes de alta gama.

—Todo es tan real como tú quieras que lo sea.

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Realmente importa?

—Supongo que no. Pero no entiendo qué haces aquí. ¿Has venido a buscarme?

La Muerte sonríe entre condescendiente y resignada.

—No eres demasiado espabilado, Réquiem.

—Eso lo decidiré yo.

—¿No te das cuenta? El Rey te ha elegido. —Señala el anillo con el símbolo en el anular de Réquiem—. Quiere que seas su portal, aquí. Y tú aún no sabes qué harás de aquí a media hora. La verdad es que no sé qué ha visto en ti. Puede ser que solo sea casualidad.

Puede ser solo que estás en el lugar adecuado en el momento adecuado. Qué sabrá él; no es de aquí.

—¿Por qué? ¿Por qué nos tuteamos tú y yo? ¿Por qué las pesadillas? ¿Por qué me acosan los muertos? ¿Por qué me he despertado con el cuerpo lleno de arañazos satánicos?

—A ver, tampoco es necesario exagerar. Los muertos no te acosan: se dedican a mirarte implorando misericordia.

—¿Por qué motivo? Necesito que me lo reveles.

El doctor Broch le grita a Réquiem de lejos. Ya hace demasiado rato que ha salido a buscar la radial.

—No puedo revelarte más. —La Muerte se muestra impasible, pero también influye que no tenga dermis ni cejas y que sea muy mal actor—. Pero me parece obvio que es una estrategia de negociación agresiva. Te está apretando, Réquiem. Quiere que te decidas. No puede esperar más. Quiere que elijas de una vez qué estás dispuesto a hacer. Supongo que no sabe que no tienes ningún tipo de personalidad, pero te está forzando a actuar. Y, cuando digo actuar, me refiero a que quiere que te encargues de guiarlo hasta esta dimensión.

—¿Con quién hablas? —El pico de cuervo del doctor Broch aparece por la puerta.

Réquiem está solo en el despacho. El jinete ha desaparecido, si es que ha estado alguna vez.

—Con recepción. —Hace ver que cuelga el auricular de un teléfono que hace meses que alguien dejó en una estantería para llevarlo a reparar—. Hay una mujer que reclama ver los cuerpos de su familia.

29
La valquiria de hielo

—Antes de nada, déjame explicarte mis motivos para invocar a Aquel Que Tú Ya Sabes —dice toda nerviosa Matilda Deulofeu en el vestíbulo del Instituto de Medicina Legal.

—No es cosa mía por qué quieres que reine sobre la Tierra. —Réquiem la acompaña a través del arco de seguridad, que pita pero no altera el enésimo ataque de ausencia del recepcionista.

—Siento que si soy la única en no justificarme es porque soy prescindible y desapareceré como lo hizo Lorenzo.

—Hay días que también me despierto así, pero se me pasa después de mear.

Matilde puede perder los nervios, pero no pierde nunca la elegancia a la hora de vestir: media melena de alta funcionaria, chaqueta cruzada y falda hasta las rodillas, zapatos de tacón alto y ese aire de haber quedado anclada tres décadas atrás. Cuando se calza los patucos —agujereados al instante—, la bata y el gorro de celulosa, adopta la pose de la directora general de una empresa cárnica que baja a visitar a la plebe. Al encontrarse con los pasillos tapizados de cadáveres, Matilda parece enfilar hacia el patíbulo.

—¿Qué es esto?

—Un mal día.

Réquiem ya se ha ataviado con el vestido de contención tradicional y el gorro le baila un poco en la cabeza.

—¿Es por nuestra culpa? —A Matilda le tiemblan los labios.

—¿No te arrepentirás ahora?

—No.

Es un no poco convincente. Nada convincente. Si las palabras cobrasen vida, este *no* habría saltado de los labios de Matilda al suelo, se habría puesto las manos en la nuca y se habría entregado a gritos alegando que lo habían obligado a existir.

El doctor Broch les sale al paso y contempla a Matilda con sorpresa. No cae al momento, pero se conocen. Han coincidido en algún acto benéfico del Patronato del Palacio de les Caramelles de Cataluña y en la concentración de fanáticos de los pitufos que se hace anualmente en Landerneau, pero se hace difícil poder reconocerlos tal como van vestidos ahora.

—¿Usted es la familiar? —pregunta el forense, seco.

—¿Qué?

—Me ha dicho el técnico que tenía que identificar los cuerpos de su marido y de dos hijas. La acompaño en el sentimiento y en el trámite pero le ruego que vaya al lío, que los muertos no esperan.

—Sí, claro, yo… —Matilda está trastornada, pero no lo suficiente como para que se le escape un detalle de las palabras del doctor Broch—. ¿El técnico?

—Sí. —El dedo acusador apunta a Réquiem—. El técnico.

Ella ve la mentira y el castillo de naipes que se hunde como un cliché gastado. Si Réquiem no es quien dice ser, eso lo convierte en alguien que es quien no dice ser, y, si es quien no dice, nada de lo que diga puede ser lo que él ha dicho que sea eso que ha dicho. Eso lo hace sospechoso de la muerte de Lynette Santes Creus (¡incluso de simular la posesión!) y de la desaparición de Leónidas Lorenzo de Treville. Es más: quién es esta supuesta accionista mayoritaria de Tunguska surgida de la nada (provincia de Gyeonggi, capital de Suwon) sino otra impostora. Con una llamada tendría suficiente para confirmarlo.

—Señora Deulofeu —dice Réquiem apretando los dientes.

Él también es consciente de la situación. Sabe que ella sabe que él sabe que lo ha descubierto. Y, si lo ha descubierto, es que sabe que sabe más de lo que dice y es una cosa diferente de lo que dice ser, pero no sabe hasta qué punto sabe que eso que ha dicho es

cierto o no, aunque ciertamente sabe que, si no dice nada, todo eso que ha dicho sabrá que lo ha dicho sin ser cierto.

—Doctor Réquiem —dice ella, astuta.

—Acompáñeme —la invita Réquiem, todo teatro delante del doctor Broch, que ya vuelve a la sala de autopsias.

—¡No eres médico! —exclama ella cuando se quedan a solas con decenas de cuerpos amontonados a un palmo de ellos—. ¡Seguramente no eres ni adorador de Aquel Que Vive Más Allá De Todos Los Planetas! ¡Y tu amiguita tampoco debe trabajar en Tunguska!

—Técnicamente sí. Es repartidora.

—¡Eso lo tiene que saber el Gran Maestro!

—¿Y qué conseguirás? Es demasiado tarde. —Y un pensamiento como un pinchazo— … O eso es lo que quieres. Deseas pararlo todo. Te estás viniendo abajo.

—No. —La palabra que vuelve a escaparse de la boca con un cinturón de explosivos atado al cuerpo y lágrimas en los ojos mientras suplica por su vida amenazada.

—Llamarás a Karshwell y le contarás la verdad. ¿Crees que él apretará el botón rojo?

—¿Qué botón rojo?

—Es una metáfora.

—Karshwell no tiene ninguna metáfora, y menos aún roja.

—No. Cuando hablo del botón rojo me refiero a cancelar la invocación. No hablaba literalmente. No queda tiempo. Él tirará por el camino de la derecha, aunque tú te lo hayas repensado y yo no sea quien él se piensa.

—Todo esto —señala alrededor y hace evidente que por *esto* se refiere más al desorden putrefacto que a una extinción masiva de la humanidad— no es como lo imaginaba.

—Los apocalipsis están sobrevalorados.

Ella se desmorona y las piernas le flaquean. Le falta el aire —en parte también porque los gases de la descomposición les están cociendo los pulmones a fuego lento— y apoya la mano sobre la

cabeza calva y vistosamente blanda de un cadáver. Réquiem le acerca una silla y aparta las larvas de mosca de un manotazo, pero ella no se sienta.

—No puedo.

—Estás pálida.

—No puedo sentarme. Hace años que no puedo. Es mi condena.

—Pensaba que lo hacías por capricho.

—Tengo una fisura anal crónica. Me han operado seis veces sin éxito. Me han inyectado tanto bótox en el recto que mi pompis[46] podría ser portada de una revista de moda. Perdí el control de los esfínteres hace cinco años y llevo pañales todo el día. Y el dolor, el dolor… es una masa airada que blande antorchas dentro del agujero del culo mientras la criatura del científico loco corre histérica por el molino y se atrinchera tras vigas de madera astilladas.

—*Eso* es una metáfora.

—No he hablado de ningún botón rojo. Estoy consumida por el dolor y por el miedo al dolor. Cada vez que veo a alguien sentado lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas. Y querría que experimentase aunque fuese por unos instantes lo que yo siento en cada segundo de mi vida.

—Y por esa razón deseas la llegada del Rey de Amarillo —deduce Réquiem—. La acritud de la venganza.

—No. No es por eso. ¿Qué te hace pensarlo? Es por…

Matilda Deulofeu sale disparada hacia la báscula de pesar de la entrada del depósito. Primero es la cabeza, que se retuerce en un crac salvaje e inicia un desplazamiento parabólico seguido del cuerpo, ingrávido como un pañuelo en pleno vendaval. Cae al suelo con un sonido sordo, exánime, prescindible.

Réquiem tarda unos segundos en entender qué pasa. O, si bien no a entenderlo, a interpretar las señales. Con Matilda yaciendo muerta sobre el linóleo de la sala de neveras, el doctor Broch lo mira de hito en hito a través de las gafas salpicadas de sangre.

De hecho, el doctor Broch no lo está mirando fijamente. La mirada lo atraviesa, como si intentara ver a través de él, mucho más

allá, hacia un infinito gelatinoso. Réquiem deduce que el hecho de que solo sea la cabeza del doctor Broch, con el rostro blanco, y chupado por la pérdida de sangre y tono muscular, sin el resto del cuerpo, ha podido influir. Del cuello, serrado de forma muy zafia, salen músculos desgarrados y arterias enroscadas alrededor de un par de vértebras.

¿Pero de dónde cuelga esa cabeza? No flota en el aire, no levita solo delante del ánimo aterrorizado de Réquiem. Alguien la sujeta, la tiene agarrada por los cabellos castaños y hasta hace pocos minutos repeinadísimos del doctor Broch. Alguien que cierra el puño como la garra de un águila, nudosa y amarillenta por décadas de nicotina[47]. Alguien que va medio envuelto con la mortaja como un senador romano que se ha quedado dormido la mañana que debían matar a Julio César. Alguien que no está pasando su mejor día. Alguien que tiene toda la permanente chafada en la zona occipital de la cabeza. Alguien que busca venganza. Alguien que da nombre a una biblioteca.

—¡Señora Natividad! —grita Réquiem.

Deberíamos retroceder un poco, aquí, hasta la huida del Museo de Cera, cuando la Señora Natividad prendió fuego bajo una orquestación estridente y un estribillo empalagoso. La dejamos al grito de «exterminar, exterminar, exterminar», con el convencimiento de que no solo había conseguido matar a Kurosawa, sino que también había eliminado al gandul de su nieto, un estudiante de filosofía con personalidad múltiple que trabajaba como escultor nocturno y con quien había ampliado los límites del tabú incestuoso de las sociedades occidentales hasta extremos libidinosamente insalubres.

La Señora Natividad había iniciado su venganza y ahora no podría pararla nada ni nadie.

Para ser meticulosos, hemos de retroceder un poco más, porque la venganza ya la había comenzado el día que colocó el primer artefacto explosivo en la puerta de casa de su traductor al italiano por motivos todavía muy confusos (una discusión relacionada con el

tiempo de cocción de la pasta, que ella prefiere bien pasada). Desde esa primera vez, la Señora Natividad se sentía liberada con cada detonación, como si el peso que cargaba dentro, entre el pecho y el estómago, por fin se viese aligerado por una serie de pequeñas explosiones de violencia terapéutica. Cuando aquel malnacido amante del porno tirolés le robó la pistola que su marido había conservado desde el día que la encontró en la cisterna del lavabo del Nido de las Águilas en Berchtesgaden, decidió que escribiría su última novela a fuego en las calles de Barcelona.

La decisión fue, también, literal. En paralelo a la actividad criminal, había vuelto a la literatura después de un retiro motivado por la piratería, la pereza y la falta de ideas. En un impulso postmoderno, la Señora Natividad había optado por la autoficción en una novelita donde relataría todos los dolores de cabeza de convertirse en una mujer empoderada en el anarcoterrorismo y la lucha contra el sistema capitalista encarnado en bancos, compañías aseguradoras, sedes de partidos políticos y zoológicos. En la última semana, la historia había acabado tomando forma —ciento trece páginas en Times New Roman 16— y título: *La valquiria de hielo*. Una vez escrito el último capítulo («Manifiesto»), un final a la altura de esta tragedia íntima, se había teñido el pelo de un rubio platino bien griálico y había salido a la calle con la intención de berserkear a diestro y siniestro hasta ser abatida por la policía, sin contar con que lo que la acabaría fulminando sería un cóctel molotov mal maridado con una sobredosis de antipsicóticos.

La Señora Natividad había ingresado finada en el Instituto de Medicina Legal pero ahora caminaba, decapitaba y echaba espuma por la boca como en un día cualquiera.

—No eres real —dice Réquiem, como si eso tuviera que evaporarla y fundirse con la neblina de gases de la descomposición —. Eres una técnica de negociación agresiva.

La Señora Natividad sonríe en una mueca desencajada. Aunque es más un espasmo muscular que una sonrisa en sí. Lanza la cabeza del doctor Broch y muestra la hoja de la sierra que ha usado para

seccionarla. A Réquiem no le cuesta adivinar sus intenciones. Ella no dice nada. No habla. Solo camina arrastrando una pierna, aún rígida. Réquiem retrocede y decenas de brazos lo agarran por los hombros y la cabeza y le arrancan la máscara de cuervo. Son las extremidades putrefactas y costrosas de los cadáveres amontonados, que lo han capturado para facilitar el ataque lento, silencioso y patético de la Señora Natividad.

Ella aproxima la cara, el maquillaje corrido, el aliento de formol y anís.

Si eso es una negociación, Réquiem está dispuesto a firmar donde sea.

Algunos dedos de los cuerpos que lo apresan están tan débiles y resecos que se rompen con chasquidos liberadores. Réquiem esquiva el primer golpe de sierra, que se queda encallada en un hombro de la pared humana. Eso le da unos segundos para liberarse y correr hacia la sala de autopsias, donde se encierra.

Sobre las camas frías de metal hay dos cuerpos cubiertos de sábanas.

Se mueven, inquietos.

Réquiem destapa uno. Desnudo y blanquecino, recubierto como de una sustancia de telarañas, parece un cuerpo a medio formar, aunque no del todo humano. Se revuelve dentro de la película membranosa y emite un estertor agónico y echa un caramelo por la garganta.

Entonces destapa el otro y ve el cadáver rebozado en cera de Kike Sófocles, que se esfuerza por salir de la prisión lipídica donde quedó enjaulado durante el incendio del museo. Réquiem toma un bisturí y rasga la cápsula a la altura de la cara. Kike tiene los ojos abiertos, sorprendidos, como si no entendiera nada de nada, y la piel intacta, sin quemaduras, solo un pequeño rastro de hollín alrededor de los labios, como si la causa de la muerte hubiese sido el humo y no las llamas, y el cuerpo se hubiese conservado como el de un mosquito dentro de una lágrima de ámbar.

La Señora Natividad abre las puertas de la sala de autopsias, infatigable. Avanza como un autómata con las poleas desengrasadas, toda ella una marioneta con los hilos enredados. Réquiem resuella blandiendo el escalpelo, a la espera de un último *deus ex machina*.

Que llega, de la forma más gratuita y visceral posible.

Una radial atraviesa el tórax de la Señora Natividad desde atrás y escupe estrellas de costillares y pedacitos de pulmón como proyectiles de crema catalana. Eso es suficiente para pararla. La chica que la ha empalado con la sierra mecánica está ensangrentada de pies a cabeza, pero como es pelirroja es un detalle que pasa desapercibido. Se está quieta unos segundos para comprobar que la anciana no vuelva a levantarse, le clava una patada y entonces se dirige a Réquiem.

—¿Estás bien? —dice, con acento mexicano—. ¿Estás bien?

—He tenido días mejores —responde él, estupefacto.

La chica corre hacia el cuerpo a medio formar. Como lleva una bata blanca y una acreditación de anestesista de Vall d'Hebron, Réquiem saca la conclusión de que o es médico o bien tiene otra alucinación.

—¡Son los eucaliptos! —dice ella—. Están formando copias de la gente.

—No —niega él—. No creo que sea lo que está pasando ahora.

—¿Eres uno de ellos?

Una voz de hombre grita desde el pasillo:

—¡Irene! ¡Vámonos!

La chica se limpia la sangre de la frente con la manga de la bata, pero solo consigue extenderla.

—No confíes en nadie —dice, antes de abandonar la sala de autopsias con prisas.

Réquiem se queda solo de nuevo, con el convencimiento de que ha habido un cruce de líneas temporales o una colisión de multiversos que ahora ha de dejar de lado porque hay prioridades

más perentorias. Él ha venido a buscar tres cadáveres arios y con tres cadáveres arios se irá.

Recoge a la Señora Natividad del suelo y la recose para disimular el estallido torácico. La pone en una camilla y apila a Matilda Deulofeu encima, ya tiene a las concubinas, no hace falta darle más vueltas.

No importa que Kike Sófocles no le quite los ojos de encima con la angustia existencial perpetua. Si exceptuamos la nariz ganchuda y una innegable ascendencia hebraica, el blanco del pelo y las cejas puede hacerlo pasar por un ario de raíz. El que fuera el fantasma del museo será el recipiente del habitante de Carcosa.

Los lleva hasta el aparcamiento a través del bosque de brazos que imploran un poco de atención y abre la puerta batiente. Massagran está fuera, sudando a chorros, con el motor del coche encendido.

—Me tendrás que explicar bien cómo, siguiendo las instrucciones de Karshwell, piensas parar la llegada de Aquel Que No Puede Ser Nombrado —dice, apoyado en el capó de la berlina con los brazos cruzados.

—Dos locos quieren escaparse de un psiquiátrico.

—¿Qué? —Massagran mete los cuerpos en el maletero, un rompecabezas macabro.

—Calla y escucha: dos locos quieren escaparse de un psiquiátrico. Uno de ellos tiene un plan infalible y el otro lo tiene que ejecutar. —Réquiem se sienta en el asiento del copiloto y espera a que Massagran entre al del conductor para continuar hablando—. El loco con el plan le dice al otro: «Esta noche nos escaparemos». «¿Cómo?», le pregunta el compañero del frenopático. «Coge esta cuerda y esta pala y escóndelas bien hasta que llegue la hora».

—Espera, espera. —Massagran para el motor mientras observa por el retrovisor cómo la puerta del aparcamiento se cierra poco a poco—. ¿Cómo ha hecho para conseguir una pala y una cuerda en un manicomio?

—No interrumpas y baja la ventanilla o la peste nos asfixiará antes de que lleguemos a la esquina.

Massagran aprieta el botón y un soplo de aire caliente entra en el vehículo.

—No sé a dónde quieres ir a parar —masculla mientras prepara una raya de coca sobre el espejito que guardaba en la guantera.

—«Esta noche yo hago guardia en la habitación y tú corres hacia el muro. Si es bajo, usa la cuerda para escalarlo», dice el loco del plan. «Si es alto, cava un agujero con pala». Pasa la tarde, llega la noche y el loco de la pala espera a que vuelva el compañero al lado de la puerta de la celda. Una hora y otra y el loco de la pala y la cuerda no da señales de vida. El loco del plan teme que el otro haya huido sin él. Pero cuando llega la madrugada, el loco de la pala y la cuerda entra desconcertado. «¿Por qué has tardado tanto?», le pregunta el loco del plan. «¡No podemos escaparnos!», lamenta el loco de la pala y la cuerda. «Por qué?», pregunta el otro de nuevo. «Porque no hay muro. ¡No hay muro!».

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada. Solo te distraía hasta que llegara mi amiga.

Dalsy agarra del cuello a Massagran desde detrás a través de la ventanilla abierta. El productor intenta resistirse hasta que ve el relampagueo convincente de la hoja de la catana.

—Yo conduzco, yo elijo la música —le dice Dalsy al oído.

—Y, por cierto, ya hay suficiente con la tontería de Aquel Que No Puede Ser Nombrado. Se dice Hástur.

Si el lector es un poco perspicaz y ha seguido con atención el curso de los acontecimientos aquí descritos, se habrá dado cuenta de un par de hechos indiscutibles.

El primero, que no hay manera de que esta historia tenga un final feliz. *Keep calm and Lasciate ogni speranza voi ch'entrate*, como alguien con muy poca empatía y una tolerancia extrema a las altas temperaturas escribió sobre el dintel de las puertas del infierno. No es hora de buscar culpables, ya llegará el momento cuando haya pasado el temporal, pero es posible (si no muy

probable) que todo ello no habría salido así si el lector hubiera entrado una página antes, con el doctor Broch —la tierra le sea leve— a punto de iniciar la autopsia de Lynette Santes Creus. Pero no. Tenía que ser justo cuando Réquiem se encuentra solo. El lector tenía que dejar el destino de la humanidad en manos de este muerto de hambre sin personalidad.

Es aquí donde viene el segundo hecho indiscutible. Réquiem y su mísero arco argumental extravagante y errático, sin ningún propósito ni meta más allá de ver qué pasará ahora. Se podría debatir si se trata de un narrador no fiable, pero tal discusión se acabaría rápido con el argumento de que solo narró un capítulo (y ni siquiera el más exitoso), y se deja llevar por los sucesos que, de forma tan lógica como previsible, han ido aconteciendo a lo largo de las últimas semanas.

Entonces, ¿cuál es la decisión que tomará ahora? ¿Qué ha aprendido desde que lo conocimos y cómo ha influido para que actúe con determinación y cierre su propia historia?

Seguro que un lector mínimamente despierto ya sabrá la respuesta: nada de nada. Réquiem no sabe qué hacer.

Pero como el pacto implícito al que hemos llegado con el lector es el de contar esta historia hasta el final (un final trágico, repetimos), proponemos que seas tú, que ahora mismo lees estas palabras dentro de tu cabeza con una mezcla de estupefacción y vergüenza ajena, quien te pongas en la piel de Réquiem (que, como sabes, hace días que no se ducha y tiene un olor nada agradable).

→ Si crees que Réquiem ha de ser la puerta de entrada interdimensional del Rey de Amarillo, pasa a 30B Manifiesto.

→ Si quieres que Réquiem se duche y detenga la invocación del Rey de Amarillo, pasa a 30A ¡Iä, Iä!

[46] Matilda es de ese tipo de personas que dice pompis y hacer sexo.

[47] Es necesario dejar claro que no hay ninguna evidencia ornitológica de que las águilas fumen.

30A
¡Iä, Iä!

Réquiem y Dalsy despliegan la sábana ensangrentada donde está envuelta Matilda Deulofeu sobre el parqué hinchado del vestíbulo.

—¿Qué ha pasado? —berrea Vicky, pálida de golpe.

El cardenal Santamaría se persigna. Karshwell rechina los dientes. Próspero Benavides afina la guitarra.

—Ahora sí que te vas a reír —dice Réquiem—. Matilda pertenece a la Logia de la Napia de Plata. Pertenecía, más bien. Fue ella quien persiguió y mató a Lynette Santes Creus. Y fue ella quien asesinó al capitán Leónidas después de la *séance* en Carcasona. Y era quien hoy quería sabotear la invocación de Aquel Que Todos Sabemos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Karshwell con un hilo de voz, atónito.

—Intentó matarme en el Instituto de Medicina Legal.

—No es posible. Conozco a Matilda desde que era una niña que no levantaba un palmo del suelo. —Karshwell va haciendo que no con la cabeza, en parte negándolo, en parte por un principio de Parkinson—. Viene de una de las estirpes más nobles de este país, de sangre bien pura. La he visto crecer. Prácticamente he sido como un tío para ella. Y ella siempre me ha sido fiel. Fue Matilda quien encontró esta casa y presionó al propietario para que la vendiera a un precio asequible. Y fue Matilda quien hizo que Àllacab permaneciera en suspensión en el desván a la espera de la llegada del Rey de Amarillo.

—¿Quién es Àllacab? —Réquiem se encoge de hombros,

—Su mujer —cuchichea Dalsy—. Se ha explicado fuera de plano.

—Y ahora estás aquí presente y me tiras su cadáver a los pies y ¿pretendes que crea esa historia? ¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Qué me impide ordenar a Ómlas que te ejecute en este mismo instante?

El lugarteniente de Karshwell saca el revólver de dentro del chaleco. Le baila un poco entre las manos resbaladizas.

—Primero, porque si me matas no habrá manera de completar el ritual.

—¡Matilda es mortal! —Karshwell escupe perdigones de saliva y plancton—. ¡El círculo se ha roto!

—Aún no. —Réquiem le hace un gesto a Dalsy, que se dirige a abrir la puerta de entrada—. Tengo un contacto dentro de la Logia de la Napia de Plata que es quien me avisó de que teníamos un infiltrado y no era el capitán, como usted ya sabía.

Dalsy gira el pomo y hace pasar a Kurosawa, ataviado con un traje azul marino de raya diplomática que le va grande y corbata granate, robados de unos grandes almacenes, y la cabeza vendada. Tensa una cuerda atada a las muñecas de Massagran, a quien arrastra junto al cuerpo de Matilda. El productor de cine está magullado a golpes, medio inconsciente, con un trapo de cocina insertado en la boca y sin datos de telefonía móvil.

—Este es el magíster de la franquicia local de la Logia de la Napia de Plata —dice con un marcado acento tirolés aprendido a base de pajas—. Es quien nos ha estado espiando los últimos meses, quien hizo encerrar en el psiquiátrico a la señorita Santes Creus, quien después ordenó el asesinato, tanto de ella como del capitán…

—Ya lo hemos dicho antes, no es necesario insistir —lo interrumpe Réquiem.

—¿Y quién es usted? —pregunta el cardenal Santamaría.

—Maximilian Dickfest, director técnico de las secciones de viento y percusión del Fútbol Club Barcelona. Y miembro sénior de la Logia de la Napia de Plata desde 1978.

Kurosawa suena convincente del todo. El traumatismo craneoencefálico le ha dado un plus de asertividad que antes o le

faltaba o había cercenado con diferentes sustancias psicoactivas hasta rebajarlo a la mínima expresión. Seguro de sus capacidades, se ha creado un papel que piensa interpretar como un ensayo de lo que acontecerá en un futuro próximo, que es presidir el Barça, pese a no ser ni socio porque sus padres se avergonzaban tanto que nunca le hicieron el carné: el del directivo procedente de Suiza con un par de masters comprados en las universidades más prestigiosas de la *deep web*, casita en Palamós y coche de alta gama para compensar su complejo de micropene. El hecho de que haya elegido el nombre de su actor favorito es anecdótico.

Ómlas apunta a Kurosawa con el revólver entre ceja y ceja, dispuesto a apretar el gatillo tan pronto como Karshwell lo ordene. Ganas no le faltan, porque todo le da muy mala espina. Karshwell le aplaca los ánimos levantando la mano.

—¿Qué hace usted aquí, pues?

Ahora viene el momento crítico que Réquiem, Dalsy y Kurosawa han estado preparando a conciencia.

—Si vivir del deporte me ha enseñado algo es que solo los mejores son los escogidos para dominar al resto. Solo hace falta ver esos padres que insultan a rivales de ocho años y a árbitros de dieciocho en partidos dominicales. Sabes qué se juegan: dinero, influencia, poder, dominio. —El tono de Kurosawa es mecánico, de preescolar tímido recitando el poema de Navidad delante de los tíos, aunque el acento hace que tenga toda la apariencia de espontaneidad—. Hoy todo el mundo se cree legitimado para ser alguien, y eso es imposible. No todo el mundo puede vivir donde quiere, no cabemos, no hay recursos ni funcionaría nada si cada individuo reclamase ser igual al de al lado. No somos iguales.

—¿Sabías que era de la Logia, amor? —pregunta Vicky.

—Sí. Como también sabía que adoraba a Aquel A Quien Todos Llaman Hástur.

—Hástur —dice Vicky.

—Es lo que he dicho.

—Perdona, vida, es la inercia.

—Después de nuestra última reunión me puse en contacto con él y me advirtió del complot contra la hermandad.

—Está bien, está bien —balbucea Karshwell, harto de tanta charla —. Me ha convencido. Y no tenemos demasiado tiempo. Aldebarán será visible en el horizonte en dos horas y aún hemos de ultimar los preparativos. ¿Dónde están los otros cuerpos que te pedimos?

Réquiem y Dalsy salen de nuevo a la calle. Es 13 de agosto y el sol se resiste a esconderse, como si supiese que una vez que se pierda en el horizonte este ridículo planeta azul perderá el color para siempre jamás. Las azoteas de las casas de Cubelles se recortan en un horizonte dentado de oro y el cielo es un descampado de nubes inflamadas. Las buganvillas perfuman el aire con una esencia dulce y penetrante. El camión de la basura se tambalea al pasar al lado del coche donde están los cadáveres de Kike Sófocles y la Señora Natividad.

Cuando vuelven a la mansión, Kurosawa y Próspero Benavides charlan. El de Valencia ha reconocido al cantante porque hace años había visto el videoclip de *Todos tranquilos* en una cinta VHS que ponían a todas horas en el televisor de la prisión. Próspero se anima y le explica vida y milagros y cómo el mundo de la música no es el mismo desde la aparición de toda esta chiquillería de uñas postizas, incisivos adiamantados y uniformidad chandalera.

Dejan caer los cadáveres a los pies de la silla de Karshwell, al lado de Matilda.

—¿Tienes las medallas? —pregunta el viejo.

Dalsy hace que sí con la cabeza.

—¿Tienes la obra de *El Rey de Amarillo*? —pregunta Réquiem.

Próspero Benavides se abre la americana de pana —seda estampada con ilustraciones de hormigas— y muestra el bolsillo interior, de donde sobresale la parte de arriba del libro.

Massagran jadea y se revuelve, al lado de la chimenea.

—Deshazte de él, Ómlas —ordena Karshwell.

El snírambus se tensa y le dispara un tiro que le atraviesa la sien. Todos en la sala dan un bote menos Karshwell, por razones obvias.

—¿Lo dejo en el jardín?

—¿Qué haces, imbécil? —chilla Karshwell—. ¿No podías esperar? ¿No ves que me estropeas el parqué?

—Lo siento. Me he equivocado. No volverá a pasar —se excusa el batracio.

Para no faltar a la verdad, hay que decir que las disculpas de Ómlas no son del todo sinceras. Ha reconocido a Massagran en cuanto lo ha visto entrar tropezando por la puerta. Es el productor de cine que le prometió un papel principal en una superproducción que, por falta de financiación, se convirtió en la película independiente que desgraciadamente se reescribió como telefilm para acabar siendo una serie web que no llegó a registrarse nunca. Ómlas, que en secreto siempre ha aspirado a ser un galán de la pantalla grande a pesar de su aspecto de *crooner* de Las Vegas con una cirrosis terminal, había ido al *casting* a escondidas de Karshwell. Y había accedido a realizar ciertos actos que requerían una interpretación más física que verbal para conseguir el rol de protagonista. Cuando, pasadas unas semanas sin noticias, había llamado a la productora para preguntar si habían decidido ya el reparto de la película, al teléfono se había puesto una estudiante de historia del arte que insistía en las bondades de la promoción de dos *pizzas* familiares por el precio de una si se acercaba a recogerlas al local. Frustrada la carrera como actor, avergonzado por haberse dejado engatusar de esa manera y más gordo por haberse alimentado a base de dos por una en *pizza frutti di mare* durante meses, no había dudado ni un segundo en disparar a Massagran cuando tuvo la ocasión, por mucho que eso estropeara el parqué de la mansión Àllacab.

Ómlas no dice ni una palabra más y se lleva el cadáver al jardín, no sin dejar pasar la oportunidad de golpearlo contra todas las paredes, puertas, peldaños y raíces que encuentra por el camino. Lo abandona bajo un roble y aún no se ha dado la vuelta cuando unos tentáculos finos y purulentos como lombrices brotan del sotobosque, reptan por el cuerpo, se enredan y, con unas ventosas minúsculas

provistas de aguijones, lo sorben poco a poco. Al volver a entrar al edificio, Karshwell le pregunta dónde cojones estás, primo, y señala a Massagran, que yace en el suelo como si nada hubiera pasado. Ómlas no sabe qué responder y Karshwell tampoco le da tiempo:

—Deshazte de él, Ómlas —ordena.

Esta vez no dispara. Lo agarra por las bridas que tiene alrededor de las muñecas. Massagran se arrastra débil para librarse pero el snírambus es más fuerte y consigue llevarlo hasta el exterior. Una vez en el jardín, lo mira a los ojos fijamente y espera a que Massagran recuerde qué le hizo. El productor está tan asustado que no fija la mirada, se ahoga con el pañuelo que le tapa la boca y, finalmente, se rinde y muere con un estertor exangüe sin dar ninguna señal de haberlo reconocido. Ómlas no tiene tiempo de enrabietarse, ya que ha de retroceder cuando los tentáculos salen de entre la hojarasca.

Vuelve a la casa y Massagran respira entrecortadamente sobre el parqué.

—Deshazte de él, Ómlas —dice Karshwell.

El lugarteniente dispara contra Massagran y después lo hace contra Réquiem y Kurosawa, que se desploman muertos, Dalsy se abalanza catana en mano y Ómlas también la cose a tiros. Continúa disparando incluso cuando el tambor del revólver se ha quedado sin balas (clic, clic, clic, clic), da media vuelta, abandona la casa, toma aire y entra otra vez.

—¿Dónde cojones estás, primo? —brama Karshwell.

Están todos vivos. Todos menos Matilda y los otros dos, que no sabe cómo se llaman pero debe ser porque ya han llegado así. La única explicación que encuentra es que la proximidad de Hástur aumente la circularidad de los acontecimientos.

Sin embargo, hay una diferencia.

Van todos vestidos con las túnicas FÜCSIA que Karshwell tenía preparadas desde que comenzó a planificar el apocalipsis, todos menos Matilda y los otros dos que no sabe cómo se llaman pero debe ser porque ya han llegado así. La única explicación que

encuentra es que la proximidad de Hástur aumente la circularidad de los acontecimientos.

Y la cuidadora de Karshwell, que lleva la misma bata blanca amarillenta y crocs de suela gastada de los últimos años. Una mosca vuela distraída demasiado cerca de la boca del snírambus, que, de un latigazo de la lengua y sin mover ni un solo músculo de su rostro de batracio, caza y se la zampa.

—Deshazte de él, Ómlas. —Es la letanía de Karshwell.

El lugarteniente, esta vez, oculta el cuerpo del productor en el pequeño baño que hay tras la puerta del vestíbulo. Tal y como cierra la puerta, ve que los cadáveres que han de servir como huéspedes ya no están. La lámpara de araña está encendida, ilumina la estancia con una luz fantasmal y salpica de chisporroteos temblorosos a los miembros de la Hermandad de Amigos de la Máscara Pálida.

—¿Dónde están los receptáculos?

—Los has llevado a La Central —dice Karshwell—. Has venido todo sudado y te has encerrado en el lavabo para lavarte un poco ante de llevarnos al resto. Se está haciendo tarde, Ómlas. Aldebarán está a punto de aparecer en el firmamento.

El lugarteniente abre la puerta del baño y Massagran no está.

—¿Qué se le ha hecho?

—¿A quién? —pregunta el cardenal.

—Al magíster de la Napia de Plata.

—Eso lo debes de saber tú —protesta Karshwell—. Lo has cargado hasta el jardín hace un buen rato después de agujerearme el parqué.

Ómlas no es el único que está experimentando fenómenos inexplicables. Dejemos de lado las visiones sinestésicas de Réquiem —ahora acompañadas de una urticaria terrible y súbita en todas y cada una de las heridas que le han convertido la piel en un lienzo siniestro— y fijémonos en Vicky. El teléfono la avisa de que ha recibido un mensaje. Ella da por hecho que se trata del «todo preparado» del reportero del programa que dirige y que había convocado en la discoteca abandonada para retransmitir en primicia

el fin de los tiempos. Es un vídeo, qué extraño. Lo abre y la cara del reportero aparece en un primer plano, mal afeitado, con los ojos en blanco, los labios flácidos, un maquillaje espantoso para entrar en directo. Vicky está a punto de abroncarlo, de pedirle que deje de enviar vídeos estúpidos y esté por el trabajo cuando la cara del reportero se aleja de la cámara y de su propio cuerpo a la vez[48]. Soraya Monteys la tiene agarrada por el pelo y ríe como una loca —puede ser que haya enloquecido— mientras intenta articular una serie de fonemas ininteligibles. Vicky deja caer el móvil, asustada, y Réquiem se agacha a recogerlo. Cuando vuelve a la conversación, no hay ni rastro del vídeo. Llama al reportero, pero le sale el mensaje de decapitado o fuera de cobertura.

—¿Estás bien? —pregunta Réquiem.

—No funcionará —profetiza Vicky.

El cardenal Santamaría hace rato que la mira con desconfianza.

Espera. ¿Qué es eso que se mueve como una palpitación y navega bajo la dermis de la mujer de forma casi imperceptible? ¿Es la piel de Vicky un disfraz? ¿Un camuflaje? ¿Qué tiene tras las orejas? Parecen escamas. Ahora que se fija, la voz de Vicky es cada vez más sibilante y, cuando abre los labios, delgados y secos, le parece intuir una lengua bífida dentro de la boca. Dentro del cardenal resuenan las palabras del Apocalipsis 20:2, que ha tenido que buscar con urgencia en un navegador de internet: «El ángel cogió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo encadena por mil años». A él le toca ser el ángel y castigar a este demonio áspid en forma de mujer que ha venido a impedir el reinado del Rey de Amarillo.

Por suerte, el cardenal siempre esconde un hacha bajo la sotana desde aquel incidente en el casino de Mónaco[49].

Próspero se gira alarmado cuando oye que alguien tararea una melodía de su primer disco. La voz procede del sótano y le resulta muy familiar. La reconoce. Pero no puede ser. Se encamina hacia las escaleras, con los pelos de punta y el bigotito tieso como las orejas de un lebrel. No había oído esta canción desde… pero no puede ser.

No puede ser él quien la cante. Está muerto. Un mal viaje de caballo se lo llevó. Era su canción preferida. Baja las escaleras y penetra en la oscuridad. Es la voz de su hermano. Continúa descendiendo un escalón tras otro pero nunca llega a la bodega. El hermano canta lánguido y Próspero Benavides toca los acordes con la guitarra. Paso a paso, la culpa lo hunde. Fue él quien le dio la papelina y se quedó quieto, inmóvil, contemplando cómo se adormecía mientras canturreaba esa tonada. La melodía se convierte en un carraspeo y el frec-frec de unas patas queratinosas y peludas que le esperan. Próspero se hunde con la negrura de túnel al ritmo del tintineo de unas mandíbulas afiladas y calla para siempre.

Quien también ha oído un ruido que lo ha estremecido es Karshwell. Viene del desván y es un lloro lastimoso de una criatura que repta. Karshwell entra en el ascensor y gira la llave para subir directo a la torre. La cuidadora y Réquiem cruzan miradas: la de ella, vacía.

La luz desaparece del vestíbulo como un mordisco de las sombras.

El cardenal Santamaría se acerca a Vicky y desenvaina el hacha. Ella no lo ve venir porque tiene la vista clavada en el móvil. Toca un número de teléfono y otro inútilmente. Tiene la cara iluminada por la pantalla, donde ahora hay una fotografía de su hijo Bernat, de quien se quiere despedir porque tiene la certeza absoluta —y nada desencaminada— de que la muerte la acosa. El cardenal se guía por ese faro tecnológico para asestarle un hachazo en la espalda. Ella grita y un chorro de sangre sale a presión. El hacha se ha quedado clavada y el cardenal cae de culo al suelo al hacer fuerza para sacarla; no lo consigue.

Kurosawa corre hacia la puerta de salida y, al abrirla, solo encuentra un abismo de desesperanza: no hay nada más allá del portal, una nada inaprensible. El cerebro de Kurosawa no entiende que eso que ve es el olvido terrible e inabarcable, y es incapaz de mover un solo músculo. Vuelve a quedar aprisionado, sí, otra vez, aunque esta en el confinamiento inquebrantable y perpetuo de una

sensatez capturada por la revelación de una inexistencia absurda y la aceptación casi completa de que será muy difícil que algún día sea el presidente del Barça.

El cardenal grita:

—¡Reptiliana! ¡Reptiliana!

Vicky tiene suficiente faena muriendo desangrada para responder airada a sus insultos. Derrumbada como un desprendimiento de tierras tras un aguacero, está sentada con la cabeza apoyada sobre el mango del hacha, el pecho ensangrentado, las rodillas hundidas y la orina extendiéndose por el parqué.

Ómlas los ejecuta a los dos de un tiro ente ceja y ceja y se para a escuchar en un silencio solo roto por los pasos rápidos de Réquiem y Dalsy, que suben las escaleras persiguiendo a Karshwell. Atraviesan pasadizos y corredores de arquitectura no euclidiana, como si las dimensiones universalmente consensuadas se hubieran rendido y se encontrasen capturadas dentro de una jaula de bambú en un campo de prisioneros rodeado de arrozales. Cuanto más corren, más difícil es orientarse en un juego de espejos sin reflejos.

Dalsy se para y pone la mano sobre el antebrazo de Réquiem, que resuella excitado.

—Las escarificaciones —dice ella.

Los glifos de la piel desprenden una sustancia bituminosa como de mermelada de mora sin azúcares añadidos abandonada al fondo de un armario de la cocina durante décadas, pestilente y enllaponada.

—No es sangre —dice él—. Es una puerta. Una puerta y una llave que vienen de muy lejos. *Nglui gela…*

—¡Allí! —Señala Dalsy.

Delante de él están las escaleras que conducen a la terraza, aunque hace unos segundos solo había una pared desnuda. Arriba del todo, la puerta entreabierta deja salir una luz azulada de neón de whiskería sórdida. Caminan deprisa escaleras arriba, escalones interminables en mitosis constante. Eones más tarde, consiguen coronar la cima de la torre sin oxígeno ni sherpas y entrar.

Karshwell está en el suelo, abrazado a una figura membranosa, al lado de un tanque de vidrio resquebrajado, sobre un charco viscoso que apesta a alcohol y eucalipto. Llora e hipa como un niño pequeño que llora e hipa, mientras la cuidadora lo mira todo medio ausente, medio impaciente, como una niña pequeña que lo mira todo medio ausente, medio impaciente.

—¡Àllacab! —lamenta Karshwell—. Lo hacía todo por ti…

Ómlas entra en el desván y examina la escena antes de decidir que encañonar a Réquiem es la opción por defecto a partir de ahora. Ya lo ha matado antes y no tendrá problemas para volverlo a hacer (la única explicación que encuentra es que la proximidad de Hástur aumente la circularidad de los acontecimientos), si esta vez ha de ser la definitiva.

—No querría interponerme en los problemas conyugales de una relación de pareja —dice la cuidadora con una voz ronca de cantautor maldito pero tremendamente popular en ciertos ambientes moderadamente transgresores de una intelectualidad autocomplaciente—, pero Àllacab se mató por no tener que volver a mirarte a los ojos nunca más, Cornelius.

—Yo la quería. —Tiene el impulso de justificarse, aunque suena falso, melodramático y frágil.

—Solo te quieres a ti mismo. No hay ningún otro motivo para hacer venir a un dios del espacio exterior a ser esclavizado que no sea el de construirte un monumento a ti mismo. *¡Naglaaki go e' g'ookhu!*

Ómlas interpreta que la amenaza ha cambiado de procedencia y apunta ahora a la cuidadora. Eso hace que no vea cómo la brea viva que supura Réquiem se esfuerza por esparcirse por toda la sala a la vez que le consume las fuerzas sin matarlo (todavía).

—Dalsy… —murmura Rèquiem, que sospecha que no se trata de un ataque de hipocondría—. *Cn'gha'ai eh oktmyoi epf'nog…*

—¿Qué?

—Dalsy, la Luger…

—*Ya na kadishty nilgh'ri stell'bsna Yog Sothoth* —confiesa la cuidadora, en éxtasis—*. K'yarnak phlegethor l'ebumna vag'i'nesil syha'h n'ghft. ¡Ya hai kadisht ep r'luh-eeh Yog Sothoth eeh. S'uhn-ngh athg li'hee orre' syha'h!*

Ómlas comprende que siempre los ha estado engañando y vacía el tambor del revólver sobre el cuerpo de la cuidadora. El problema es que ya ha disparado tantas veces y en tantas realidades diferentes que vaciar el cargador quiere decir disparar un solo tiro, que no sirve de nada porque la cuidadora se mantiene derecha.

—Dalsy, siento que llega —dice Réquiem agónico.

—¿Quién? ¿Hástur?

Dice que no con la cabeza y se contrae del dolor. Un grito gutural precede a la respuesta:

—El habitante de las tinieblas.

—¡Iä! ¡Iä! *¡Llllll-nglui, nnnn-lagl, fhtagn-ngah, ai Yog Sothoth!* —invoca la cuidadora.

Es el momento de encontrar un antagonista.

No se puede culpar a nadie por haber otorgado este papel hasta ahora a Cornelius Karshwell. Huraño y paranoico, de físico repulsivo y hábitos gastronómicos indigestos, el viejo decrépito ejecutó un genocidio contra una raza de anfibios antropomórficos como vía para solucionar un conflicto laboral, lo que desembocó en el suicidio de su esposa y, en consecuencia, significó la reunión de un grupo de grillados ultraconservadores para invocar una divinidad extraterrestre con el fin de conseguir el dominio sobre la raza humana (y cualquier otra raza en general).

Lo vemos ahora vulnerable, abatido, lejos de la imagen de omnipotencia de coronel rebozapollos con que se había revestido a través del aislamiento, el fraude fiscal, la publicidad fraudulenta y un peinado de druida posmoderno.

No es él contra quien se enfrenta Réquiem.

O no solo.

Girémonos hacia la cuidadora de Karshwell, ahora, a quien hemos mantenido en un discreto anonimato no exento de artimañas

narrativas durante buena parte de esta historia. Ni siquiera nos hemos referido a ella por su nombre. Podríamos argumentar que los snírambus no adoptan un nombre hasta que no son adultos y un humano se lo pide para poder dirigirse a ellos y que, si no se da el caso, viven y mueren sin convertirse en individuos, un sapo más de tantos, como aquel del público de concurso televisivo que espera en vano que lo citen para bajar a ser humillado en directo por un presentador pasado de vueltas.

La cuidadora nació de la puesta de centenares de huevos en un sótano de la Casa de Holanda, en el lecho del río Llobregat. Era un snírambus macho que escogió hacerse pasar por hembra cuando conoció a Àllacab —en una serie de casualidades que harían dilatar la historia de forma aún más innecesaria—, con quien congenió hasta el punto de que la ama lo adoptó como confidente y amiga intimísima. La cercanía con la señora de la casa hizo que pronto se encargase de las faenas domésticas y, por tanto, tuviese la oportunidad de bautizarse con un nombre de pila. Escogió el de Çull, en honor a un legendario guerrero snírambus que derrotó a los vikingos en la batalla del mar del Norte y cocinaba un kraken asado delicioso, que es la base de la ancestral religión snirámbica, el profundismo, en la cual ahora no nos detendremos.

Çull acompañó a Àllacab en su tristeza y ulterior suicidio, y se podría creer que eso fue determinante para que anhelase en secreto la venganza contra el culpable de la muerte de su amiga. Nada más lejos de la realidad: Çull no necesitaba ningún motivo para desear la extinción de toda forma de vida sobre el planeta. Simplemente creía que la devastación absoluta era la salida más lógica a la sinrazón de la existencia.

Çull no quiere conquistar el mundo: quiere destruirlo.

Entramos en su habitación, que hemos tenido cerrada por prudencia y de forma un poco tramposa con tal de no adelantar acontecimientos. Forzamos la puerta porque está abarrotada de osamentas de gatos, perros y otras bestias, sillas y mesas descoyuntadas y el cuerpo momificado del doctor Heribert Gisbert, a

quien asesinó después de que el psiquiatra contactase para pedir una entrevista con Karshwell no se sabe bien con qué finalidad, pensando que era su secretaria personal[50]. Sobre la mesilla de noche, además de un paquete de tabaco negro y una revista de caza y pesca que usa para masturbarse, hay una edición adaptada para lectores jóvenes del *Necronomicon*, del poeta árabe boxeador Abdul Al-Hazred[51], rebosante de anotaciones manuscritas, fotografías recortadas de directores de orquesta famosos y el mechón de pelo de Réquiem que le arrancó después de la sesión espiritista, la noche que comprendió que el misterioso nuevo miembro del culto era la encarnación de Tawil at'Umr, la entrada perfecta y fértil que necesitaba para conducir al Habitante de las Tinieblas a esta dimensión.

—*¡Gyagin vardar Yog Sothoth! ¡Gyagin! ¡Gyagin! ¡Gyagin!* —grita Çull en una salmodia diabólica—. ¡Sirviente de Yog-Sothoth, el Sin Nombre! ¡El Gusano de más allá del espacio! ¡El comedor de estrellas! ¡El cegador de los tiempos! *¡Verminis!* ¡Ha llegado la hora del devoramiento, la hora de la sumisión! *¡Verminis! ¡Alyah! ¡Gyoza! ¡Gyagin!*

Dalsy sabe bien de quién habla: Yog Sothoth, Aquel Que Abre El Camino, una deidad que permitirá la entrada de los Antiguos y el fin de la vida tal como la conocemos, incluida la horchata.

La catana es un relámpago en la oscuridad azulada del desván.

De un tajo *yoko ichimonji giri*, parte a Çull por la mitad y el cuerpo del sapo continúa riendo cuando el torso cae sobre el charco de formaldehído y fumet de pescado.

Ómlas no puede asimilar el horror infame de la imagen que presencia y se introduce el revólver hasta el cielo del paladar. Aprieta el gatillo como quien tira un dado de seis caras y clic, clic, clic. No comprende que ya no le quedan balas y continúa intentándolo, tal es su urgencia por morir pese a que en esta ruleta rusa poco exitosa tenga todas las apuestas en contra.

Las heridas de Réquiem se dilatan y la sustancia queratinosa deja paso a unas esferas iridiscentes que se abren camino con unos

tentáculos ganchudos que le desgarran la piel.

Dalsy cercena algunas de las protuberancias carnosas que intentan acceder a este lado de la realidad a través de un Réquiem que chilla exhausto pero, como una hidra oscura y amorfa, allá de donde pierde una extremidad aparecen tres más, cavernosas, trenzadas por tendones vigorosos que no la consideran ni siquiera una amenaza.

—*¡Ygnaiih, ygnaiihm thflthkh'ngha! Akhai Luuuuger hupadgh Hitler. ¡Yog-Sothoth, y'bthnk! H'ehey-n'grkdl'lh!* —pronuncia Rèquiem en un aklo perfecto, sin ningún tipo de acento terrícola.

Una llamada hace vibrar el teléfono de Dalsy. Número oculto. Es el séptimo de caballería. Tiene que ser el séptimo de caballería. Su antiguo maestro de Bokudenryu Jujutsu Koshimawari Iaiheiho, que acude al rescate. Puede ser incluso que sea el espíritu inmortal Tsukahara Bokuden, dispuesto a batirse en un último combate contra las fuerzas del mal. Aprieta el botón verde mientras la monstruosidad que brota de Réquiem repta y atrapa a Ómlas con unas mandíbulas dislocadas que lo engullen de un par de mordiscos.

La voz despreocupada de una teleoperadora pregunta por el titular de la línea y le ofrece una oportunidad irresistible para rebajar la tarifa mensual de la conexión a internet.

—No necesito su fibra óptica ahora mismo, gracias.

—Es un pack de teléfono, fibra y televisión.

—No es un buen momento.

—¿Me está diciendo que no le interesa pagar menos por navegar por internet? Piense que es un precio imbatible. ¿Me puede decir cuánto paga ahora mismo?

—¿Me podría volver a llamar de aquí a un rato, por favor?

El ente palpitante envía el teléfono a la otra punta de la sala de un golpe tentacular. Dalsy se pone en guardia para contraatacar pero una masa primordial de carne y pus también le arrebata la catana y la envía directa a Karshwell, que queda empalado con Àllacab.

—¿Qué parte de *akhai Luuuuger hupadgh Hitler* no has entendido? —barbotea Réquiem.

Tiene el cuerpo prácticamente irreconocible, cubierto por decenas de globos de carne protoplasmática, dientes, pelos y sangre gelatinosa. En la oscuridad hay un centelleo dorado. Dalsy hunde la mano dentro de la película esmegmática que le recubre la piel y coge la pistola de oro.

Quiere apuntar, pero no hay una diana donde encañonar el arma, ni parece que la aberración interdimensional tenga un punto débil.

El mundo sucumbe al Todo En Uno y El Uno En Todo.

La resistencia en inútil.

Sin embargo.

Dalsy recoge las medallas de Hefesto del fondo del zurrón. Las examina como si fuera la primera vez. Continúa sin entender ni una pizca de las inscripciones, Pero ahora Réquiem sí sabe leerlas. Rasga la membrana que le ha formado una máscara adiposa sobre la cara y le inserta las dos monedas en las cuencas de los ojos.

Réquiem tiembla y abre los dientes.

—Y'Achillatep uftoin s'uhn. Y'ei g'wgah'n. Y'stell'bsna hefestter ftkhukhyor yll'ehyah.

La luz anaranjada del sol crepuscular que se pone sobre la ciudadela, le calienta. ¿Es Carcosa? No. No lo es. Las torres son de un mármol reluciente y en las ventanas hay destellos que chisporrotean como el fuego de un diamante. Réquiem pisa el césped, de una esponjosidad uterina, y acecha los bosques de árboles extraordinarios donde serpentea un río cristalino que se pierde en el norte. ¿Cómo sabe que aquello es el norte? Lo sabe. Como sabe que aquellas sombras sobre el desierto del este son shantaks, aves de cuerpo escamoso y cabeza de caballo, o que la ciudad de murallas ciclópeas al oeste es Kadath, donde viven los dioses. Se dirige hacia allí con calma. A medio camino se para a comer los frutos de un zarzal, y el jugo le resbala por los labios como la sangre que se le escapa en el torreón de la mansión Àllacab. No siente dolor. Lo dejaremos aquí, convertido en Tawil at

‘Umr, Aquel Que Abre El Paso, tranquilo, sereno, habitante de la tierra de los Sueños con una pulsera de todo incluido en la muñeca.

La criatura, si es que se puede llamar criatura a la sombra batiente extendida por toda la oscuridad del desván, se para y escucha en silencio.

Dalsy lo interpreta como una señal de miedo.

Tiene miedo.

Puede ser vencida.

Monta la Luger y el sonido de la bala entrando en la recámara eriza la piel de Yog Sothoth[52]. Dalsy dispara, entre ceja y ceja y codo y tentáculo.

—*Teke-lili*, medusomental.

Aquel Que No Puede Ser Nombrado[53] no para de comprobar, inquieto, que tenga suficiente cobertura para recibir la invocación. Baja a las mazmorras y abre el baúl donde refrigera la comida, coge una botella de hidromiel dorado y una cecina muy picante de gusanos gigantes que come de pura ansiedad. La noche avanza y no tiene noticias de los humanos. Sube de nuevo hasta arriba del todo de la atalaya. Cuando la hizo construir a los esclavos ciegos desterrados de Aldebarán, la escalera de caracol parecía una gran idea por representar el ascenso helicoidal de su símbolo, pero ahora se maldice por haberla hecho levantar tan alta y con tantos peldaños; la humedad que llega del lago Hali le destroza las articulaciones y lo deja clavado demasiado a menudo a media subida. Sale a la balaustrada y contempla la Tierra.

«Se han dormido», se dice, «O puede ser que se hayan entretenido». «Ya me invocarán más tarde». «Picaré alguna cosa».

Finalmente, el asteroide pasa de largo y se pierde en la inmensidad ominosa del espacio.



[48] ¿Cuántos ha habido ya?

[49] Sumemos un decapitado más.

[50] Es posible que el doctor Gisbert fuese la garganta profunda de Karshwell dentro de la Logia de la Napia de Plata (o es él o es Massagran, cosa poco probable), y que se dispusiera a avisarlo de los planes improvisados de cancelar la invocación sin derecho al reintegro de la entrada.

[51] Anteriormente conocido como Cassius Clay.

[52] Es un decir.

[53] Hástur.

30B
Manifiesto

Massagran rueda por tierra hasta frenarse a los pies de la silla de ruedas de Karshwell. Está amordazado con un trapo, está atado de pies y manos y tiene la cara machacada a golpes, los ojos tan inflados y cerrados que podrían confundirse con un par de huchas, si bien solo cabría calderilla y haciendo mucha presión, con lo que el ahorro no valdría la pena. Apenas le quedan fuerzas ni ganas de hacerse selfis.

Lo ha lanzado Réquiem, ahora con los brazos en jarra en la puerta de entrada de la mansión Àllacab, la silueta recortada contra la rosada luz crepuscular del atardecer, el posado de un *cowboy* que ha capturado al facineroso que molestaba a las meretrices y va al *saloon* a cobrar la recompensa y gastársela en una sola noche.

—¿Quién es este? —pregunta Karshwell, sorprendido.

—El hombre que ha estado a punto de reventar los planes de la hermandad.

—¿Cómo es posible? —exclama Vicky—. ¿Y dónde está Matilda?

—¿Qué pregunta quieres que conteste primero? ¿La que acaba bien o la que acaba con otro miembro de la hermandad asesinado?

—Es un dilema. —Arruga las cejas—. Por un lado, me inquieta no saber cómo ha llegado hasta aquí este hombre de un atractivo tan magnético incluso con toda la cara llena de morados, pero, por otro, me corroe no saber dónde está Matilda y si está bien o no cuando la última vez que la vimos te había acompañado a buscar los cadáveres que iban servir de receptáculo a Hástur…

—Aquel Que No Puede Ser Nombrado —la corrige Karshwell.

—… con el convencimiento íntimo de que estaba destinada a una muerte fatídica. No sé decidirme.

—Yo quiero saber qué hace aquí este hombre —dice el cardenal.

—Y yo, qué ha pasado con Matilda —dice Próspero Benavides, que hace ejercicios para calentar las cuerdas vocales.

—Somos dos contra uno —cuenta Karshwell—. Vicky, has de decidirte.

—Matilda. Estoy preocupada por Matilda.

—Eso es un empate. —Hace números Réquiem.

—Pero yo he preguntado primero y mi voto vale el doble —se impone Karshwell—. ¿Por qué hay un hombre desplomado sobre el parqué del vestíbulo de mi casa, doctor Réquiem?

—Este de aquí es el culpable de la muerte de Lynette Santes Creus —como Massagran intenta protestar, Réquiem le clava una coz en las costillas— y de la del capitán Leónidas Lorenzo de Treville. Es el magíster de la Logia de la Napia de Plata, o al menos el de su franquicia nacional, y es quien hoy conspiraba para boicotear el ritual e impedir la llegada de Aquel… bien, ya os hacéis una idea.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta el cardenal Santamaría.

—Esta es una tercera pregunta y solo he respondido a una de las dos que me habéis formulado antes. Vosotros decidís qué hago.

—Es una subpregunta —dice el clérigo—. En realidad, deriva de la primera.

—De acuerdo, tienes razón. Lo sé porque intentó asesinarnos y lo consiguió en un cincuenta por ciento.

—Eso quiere decir que… —Vicky se pone una mano en la boca, más porque es lo que se espera de una persona con sentimientos y empatía (que no tiene) que por un miedo real.

—Eso quiere decir que solo tuvo éxito en la mitad de su propósito —explica Réquiem.

—Pero si tú estás vivo…

—Sí…

—Y Matilda no está aquí…

—No…

—Eso quiere decir que…

—Eso quiere decir que solo tuvo éxito en la mitad de su propósito —confirma Réquiem—. Y yo estoy vivo.

—Y Matilda está muerta.

—No era una ecuación difícil.

—¿Dónde está? —solicita Karshwell, más consternado porque se ha roto el heptacírculo que por la suerte de Matilda Deulofeu en sí.

—Está en el coche, fuera.

Réquiem los conduce al exterior. Vicky y el cardenal Santamaría lo siguen, mientras que Próspero Benavides aprovecha para ir al baño a hacer de vientre, que hace rato que tenía ganas pero como es de estómago tímido, si hay alguien cerca, el esfínter le queda sellado y padece unos espasmos que le impiden mover un solo músculo. Quien oirá el recital gaseoso es Karshwell, a quien la cuidadora ha empujado hasta el umbral, pero no se ha visto con el corazón de bajarlo a pulso los tres escalones de piedra.

Dalsy y Kurosawa esperan apoyados en el lateral del coche, el bajo de la música *funk* se escapa por las ventanillas abiertas. Réquiem abre el maletero en un plano contrapicado y contempla el contenido escoltado por Vicky y el cardenal, medio nervioso por hacerles pasar una historia tan rocambolesca como no exenta de algunas verdades, medio orgulloso de haber conseguido apiñar tres cadáveres en un espacio que no ha sido diseñado para llevar tantos.

El cardenal hace la señal de la cruz para bendecir a Matilda y rogar por su alma, porque la extremaunción llega tarde.

—¿Qué ha pasado?

—Están medio retorcidos porque no cabían rectos.

—No. Quiero decir que *qué* ha pasado con Matilda.

Ómlas se acerca al maletero y pone la oreja. Si Karshwell no puede escuchar, ya se encarga de hacerlo por él. Así, de paso, mira al tipo nuevo de la cabeza vendada que no conoce de nada y viste un traje azul marino de raya diplomática que le va grande y una corbata granate.

—El magíster nos acorraló en el Instituto de Medicina Legal. Yo pude escabullirme porque primero lo aturdió con un golpe en la cabeza, y eso me dejó margen para reaccionar y contraatacar.

—¿Por qué la tienes con los otros dos? —pregunta Vicky.

—Antes de morir, me imploró que usase el cuerpo como un receptáculo. Quería ser una concubina de Aquel Que No Puede Ser Nombrado.

—Hástur —musita Vicky.

—Ese.

—Pero si lo aturdió de un golpe, ¿cómo pudo implorar? —se extraña el cardenal.

Réquiem esperaba más credulidad de un hombre de fe.

—Fue un pasmo no instantáneo… Se fue apagando poco a poco.

—¿Y entonces te pidió ser la concubina? —pregunta Vicky.

—Sí.

—¿Sus últimas palabras fueron que quería ser un recipiente sexual para el Innombrable? —insiste Vicky.

—Hástur —dice Réquiem—. Sí.

—¿No te dijo nada de un bolso de Louis Butoni que le había dejado y que tenía que devolver?

—No.

Vicky chasquea la lengua.

—Vaya. Me gustaba mucho ese bolso. Y ella ahora ya no lo necesitará.

—¿Quién es este? —Ómlas señala a Kurosawa, harto de tanta charla.

—Es la persona que nos permitirá completar el heptacírculo. —Réquiem remacha las palabras con el blam del golpe del maletero al cerrarse.

—Maximilian Dickfest —Kurosawa alarga la mano hacia Ómlas—, director técnico de las secciones de viento y percusión del Fútbol Club Barcelona. Encantado.

Kurosawa suena convincente del todo. El traumatismo craneoencefálico le ha dado un plus de asertividad que antes o le

faltaba o había cercenado con diferentes sustancias psicoactivas hasta rebajarlo a la mínima expresión. Seguro de sus capacidades, se ha creado un papel que piensa interpretar como un ensayo de lo que ha de acontecer en un futuro próximo, que es presidir el Barça, pese a no ser ni socio porque sus padres se avergonzaban tanto que nunca le hicieron el carné: el del directivo procedente de Suiza con un par de masters comprados en las universidades más prestigiosas de la *deep web*, casita en Palamós y coche de alta gama para compensar el complejo de micropene. El hecho de que haya elegido el nombre de su actor favorito es anecdótico.

—Es de total confianza —avala Réquiem.

Ómlas se gira y se va a explicárserlo todo a Karshwell. Réquiem los ve debatir y de cuando en cuando giran la cabeza hacia ellos, momento en que se ve con obligación de saludar y, después de ignorar el gesto, vuelven a hablar con una actitud severa. La cuidadora, mientras tanto, caza mosquitos con la lengua extensible.

—Tan vez lo llevaba encima —dice Vicky.

—¿El qué?

—El bolso. Era de esta temporada, y Matilda tenía que asistir a un cóctel en Landerneu en febrero, una especie de encuentro anual de pitufos. Una cosa bien ridícula, porque todos saben que en Francia, en febrero, solo hace frío y todo está cerrado. Pero vaya, que le cedí el bolso porque ella no tenía ninguno en blanco y era el único complemento que podía añadir a los pantalones y el gorro, y además no quería repetir el *outfit* del año anterior.

—No lo llevaba encima.

—Sí, sí que lo llevaba. Me enseñó fotografías vestida de pitufina con todos los pelos erizados de la rasca que hacía.

—Cuando la mataron, digo. No lo llevaba encima cuando la mataron.

—Sí que tengo mala suerte.

Ómlas vuelve con el mensaje de Karshwell:

—Dice que pasen, que no queda demasiado tiempo antes de que Aldebarán aparezca en el horizonte. Y que me den las llaves del

coche, doctor Réquiem. He de llevar los cadáveres a La Central para prepararlos. —Extiende la mano.

Réquiem saca las llaves del contacto y la radio se para de golpe. Una cigarra carraspea a lo lejos. Es 13 de agosto y el sol se resiste a esconderse, como si supiese que, una vez se pierda en el horizonte, este ridículo planeta azul perderá el color para siempre jamás. Las azoteas de las casas de Cubelles se recortan en un horizonte dentado de oro y el cielo es un descampado de nubes inflamadas. Las buganvillas perfuman el aire con una esencia dulce y penetrante. El camión de la basura se tambalea al pasar al lado del coche. Ómlas arranca el motor y se coloca tras el camión. Cuando ve un poco de espacio, acelera de tal manera que las ruedas chirrían sobre el asfalto y avanza.

De nuevo en el vestíbulo de la mansión Àllacab, Vicky carga con un puñado de túnicas que Karshwell ha mandado confeccionar y las va repartiendo. Cuando llega delante de Kurosawa, duda. Karshwell da el visto bueno.

—No tenemos tiempo para ponernos tiquismiquis. Nos acompañará esta noche, señor Dickfest, aunque no dispondrá de los mismos privilegios que el resto de los miembros de la hermandad, como puede entender.

—Oh, me hago cargo —dice Kurosawa, que arrebata la túnica de las manos de Vicky.

—Y ahora, por favor, me gustaría que alguien tirara la basura. —Karshwell hace un gesto con las cejas en dirección a Massagran.

—Justo acaba de pasar el camión —informa Kurosawa.

Karshwell vuelve a hacer un movimiento con la cabeza para indicar que el magister aún está en el suelo del vestíbulo.

—Pues tendrá que ir al contenedor del orgánico —insinúa Karshwell.

—Yo no pondría la mano en el fuego sobre que el del reciclaje pase un domingo por la noche en un pueblito así.

—Me parece que se refiere a Massagran —dice Réquiem.

—Ah, claro. —Kurosawa asiente con la cabeza—. Ahora lo capto. —Pero no lo capta.

—Ya nos encargamos nosotros. Maximilian, cógelo por los pies.

Kurosawa no se da por aludido. Se mira las mangas de la túnica, que tienen un bordado de hilos de oro —seguro que imitación de oro — precioso. Réquiem ha de repetir el nombre silabeando y ni así. Finalmente, es Dalsy quien le hace entender de un codazo que lo están llamando por su nombre falso de directivo del Barça. Kurosawa y Réquiem cargan el cuerpo de Massagran, que se resiste, y lo sacan por la puerta hasta la calle, donde no hay gente ni contenedores de reciclaje. Convienen entonces llevarlo al jardín de la finca y dejarlo entre las hierbas. El productor de cine es alto y está musculoso, y se les cae al suelo un par de veces mientras intentan caminar sobre los adoquines que se adentran en el bosquecillo denso y lóbrego. Al cabo de veinte minutos, cuando han pasado una cascada y un pequeño estanque justo después de atravesar el cementerio de criaturas mastodónticas, encuentran un claro donde ven apropiado abandonarlo. Lo tiran al lado de unos matojos.

—¿Qué hacemos? ¿Lo matamos? —duda Kurosawa.

—No tenemos ninguna prisa. De aquí a un rato se encargará Aquel Que Ha De Venir —responde Réquiem.

—¿Pero estás seguro?

—¿Qué alternativa tenemos?[54] No. Es nuestro momento, Sawa. Hoy podemos ser alguien.

—Yo ya soy alguien. De hecho, hoy soy dos alguien.

—Tenemos un poder enorme en las manos. No veo por qué tendríamos que renunciar.

—No soy la persona más indicada para cuestionarlo, pero pudiera ser que el exterminio de la mayor parte de la raza humana plantee ciertos dilemas éticos.

—Nos lo han servido en bandeja. Sigámosles la corriente hasta el último momento y después usemos las medallas para esclavizar al Rey de Amarillo. No seremos peores que estos cuatro colgados.

—No digo que no sea un buen momento para hablarlo, pero alguna cosa se lo está comiendo.

El cuerpo de Massagran está cubierto de unos tentáculos finos y purulentos como lombrices que salen del sotobosque, se enredan y, con unas ventosas minúsculas provistas de aguijones, lo sorben poco a poco. El hombre intenta gritar a través del trapo que le obstruye la boca, abre de par en par los ojos y desaparece tierra adentro.

—Ya no hace falta matarlo —sentencia Réquiem, da una palmada e inicia el camino de vuelta.

Cuando se acercan a la casa, que ya atisban a través de las frondosas copas de los árboles, el sonido de unos pasos los pone en alerta. Como dos actores de un vodevil, se esconden en la sombra de unos arbustos y ven pasar a Ómlas. El lugarteniente de Karshwell carga con el cuerpo de Massagran, que no tiene ninguna señal de haber sido atacado por los tentáculos de hace unos minutos. Es más, cuando pasa por delante pueden ver claramente que tiene media cabeza ensangrentada por un disparo que le atraviesa el cráneo. Ómlas continúa su camino como si nada. Cuando lo pierden de vista, dejan el escondite y se dirigen a la mansión. Al entrar, Karshwell rebufa impaciente.

—Pensaba que habíais desertado: lleváis fuera más de una hora. ¿No habéis oído los gritos de *madame* King Jong Jenny?

Dalsy no puede esconder la preocupación, no tanto por el hecho de que la hayan abandonado —cosa que en ningún momento le ha pasado por la cabeza—, sino porque el apocalipsis acabe comportando también el fin de la horchata.

Ómlas aparece de detrás de la chica con ese posado suyo tan pegajoso.

Réquiem considera las probabilidades de que se les haya adelantado desde que lo han visto cargar con el cadáver de alguien a quien acababan de ver absorbido por unos gusanos subterráneos y calcula que deben rondar entre ninguna y casi ninguna. Y, no

obstante, lo tienen delante, hecho un perdonavidas de agua estancada.

—Pesaba como un muerto —se excusa Réquiem.

Karshwell mira el reloj.

—Vamos justos de tiempo.

Reparten los vehículos. Ómlas conducirá la limusina de Karshwell, en la berlina del cardenal caben él mismo, Vicky y Próspero; mientras que en el coche de Massagran (heredado por silencio administrativo negativo instantáneo) se desplazarán Dalsy, Kurosawa y Réquiem. La cuidadora se quedará a cargo de la casa y tendrá las mesas preparadas y la cisterna de formaldehído donde está Àllacab en suspensión a punto para cuando vuelvan con el Rey de Amarillo, que seguro que traerá hambre.

Como en un cortejo fúnebre, los coches enfilan hacia la antigua discoteca La Central, la cúpula de la cual ya ven al salir del paso subterráneo como una mole, el encofrado de una central nuclear (nunca el nombre de una discoteca fue más acertado) que ha tenido más fugas que fiestas de la espuma, muros carcelarios firmados por los grafiteros más hiperbólicos y menos prestigiosos de la comarca y una palmera que se alza solitaria como un pararrayos vegetal, empeñada en sobrevivir al abandono del que un día fue el templo de peregrinaje para espídicos feligreses de flequillo de cenicero.

Réquiem aprovecha para contarle a Dalsy la visión que ha tenido en el jardín. Ella arruga la nariz mientras lo rumia y emite un veredicto:

—Es un error de rácord.

—Ahora que habláis de recuerdos: yo trabajé aquí —señala Kurosawa.

—¿De camarero?

—No, en el parquin. —Dibuja una sonrisa que quiere ser evocadora, pero que se convierte en vertedero—. Me la conozco como la palma de la mano.

—Te recuerdo que te has borrado las huellas dactilares con una hoja de afeitar —dice Réquiem, inclinando la cabeza para abarcar

todo el edificio con la mirada.

Esquivan a unos feriantes que están montando las atracciones para la fiesta mayor del pueblo, que ha de comenzar en un par de días si el apocalipsis no lo impide, y aparcan delante de la discoteca. Ómlas ya ha forzado la reja de acceso, así que no pierden demasiado tiempo para entrar y se ahorran tener que dar explicaciones a la patrulla de policía local que pide unas patatas fritas en la churrería móvil instalada en la esquina de por qué un grupo de gente vestida de procesionarios irrumpe en una discoteca abandonada un atardecer de agosto.

Si desde fuera ya daba la impresión de que se caía a trozos, el interior no decepciona. Bajo la cúpula hay una gran sala catedralicia donde no hay un solo palmo de terreno que no esté cubierto de escombros y mierda, ni una sola columna o pared que no tenga una firma aberrante de cada explorador que alguna vez la ha pisado. La preside un rosetón ciclópeo y tuerto de vidrio a través del cual se va filtrando la luz de las estrellas que titilan tímidas en un cielo de noche incipiente. El edificio tiene diferentes plantas, todas con remaches de techos derrumbados, barras de bar que parecen trincheras de una guerra antiquísima y monitores de televisión agrupados en colmenas de pantallas rotas.

El escenario que hay justo bajo el rosetón circular es el único que se ha limpiado y arreglado para la ocasión: lo cubre una manta aterciopelada, con un bordado de plata en forma de tentáculo que une las cinco puntas señaladas con antorchas e incienso de canela, que Ómlas se encarga de encender. Una mesa de mezclas y un amplificador conectados a dos humildes altavoces de música de metro en un rincón esperan a que Próspero enchufe el micrófono.

El cantante pone el libro maldito sobre un atril y lo abre como un misal. Hace ejercicios para calentar la voz, toca viejos temas y deja la funda de la guitarra abierta delante de él, con tres o cuatros discos para vender a diez euros a los visitantes de otra dimensión que estén interesados[55].

—Mierda —dice Dalsy a Réquiem al oído—. Me he olvidado las medallas en el zurrón.

—¿No las has cogido?

—Si las hubiese cogido, ahora no tendríamos esta conversación.

Réquiem se dirige a Karshwell, que conversa con el cardenal. Le pregunta si queda mucho para que Aldebarán aparezca en el firmamento y el hermano mayor le responde con un «no» raso y seco de padre harto de oír a los niños impacientarse en el asiento trasero del coche. Réquiem le dice que Dalsy —aka *madame* Kim Jong Jenny— tendría que ir un momento —será un momento— a casa a recoger las medallas de Hefesto. Karshwell no tiene más remedio que acceder, de mal grado, porque sin las monedas solo hay sumisión y derrota y una mala jubilación.

—Mi cuidadora te abrirá la puerta.

Cuando sale de la discoteca, la recibe una enorme nube de mosquitos girando en espiral, que la distrae y hace que no preste atención a la furgoneta de la cadena donde trabaja Victòria Bracons que hay aparcada al lado del río. Dalsy arranca el coche justo cuando llega otro conducido por Soraya Monteys, la presentadora del matinal, armada con un serrucho. El reportero que hay dentro de la furgoneta está a punto de enviar un mensaje al móvil de Vicky para avisarla de que está listo para retransmitir la invocación en directo. Soraya Monteys abre las puertas posteriores y la contempla como una loca —puede ser porque haya enloquecido— mientras intenta articular una serie de fonemas ininteligibles y esgrime la sierra.

El encargado de los autos de choque prueba la sirena en el momento preciso para ahogar el grito del reportero mientras Soraya le sierra la cabeza[56].

A Dalsy no le hace falta llamar al timbre porque se encuentra la puerta abierta. Entra sigilosamente y sube hasta el primer piso, donde Vicky ha dejado la ropa extendida sobre una de las camas de la habitación de invitados. Revuelve entre pañuelos de papel usados y tarjetas de visita de podólogos hasta encontrar las monedas. Al

salir al pasillo, un olor intenso a eucalipto la sorprende. Interesada, echa una ojeada a la biblioteca e intenta abrir las puertas de los dormitorios del servicio, pero están cerradas con llave. Entonces se da cuenta de que la puerta de la torre que hay escaleras arriba está entreabierta. Sube y pone la oreja. Gemidos y borboteos guturales de naturaleza incierta. Empuja la puerta con el hombro y lo primero que ve es un tanque de vidrio resquebrajado. Sobre el charco viscoso que huele a alcohol y eucalipto, la cuidadora de Karshwell yace sobre una figura membranosa que Dalsy identifica como el cadáver de Àllacab. No solo yace: copula necrofílicamente, apretando las nalgas verdosas en cada embestida, el pene fibroso que penetra la carne muerta y flácida de la snírambus.

—¡Iä! ¡Iä! ¡Lib! ¡Llllll-nglui, nnnn-lagl, fhtagn-ngah, barely Yog Sothoth! —ruge la cuidadora.

Delante de una situación así, la reacción habitual acostumbra a ser primero la de perder unos segundos de tiempo de reacción por culpa de la sorpresa y, después, intentar entender qué está pasando. Son los segundos que la cuidadora —que, si una cosa queda clara en este lapso de vacilación, es que de cuidadora tiene bien poco— aprovecharía para levantarse y tomar la iniciativa. Es en este espacio de tiempo cortísimo cuando el intruso se juega la vida. Dalsy, versada en el Bokudenryu Jujutsu Koshimawari Iaiheiho, ha dedicado toda la vida a reducir estos instantes de duda[57]. Desenvaina la catana, la clava en la espalda de la cuidadora (*sic*) y la empala con la esposa de Karshwell —a quien ya no le va a importar demasiado—, dos sapos de una vez. Para asegurar el resultado, de un movimiento ágil de muñeca los destripa, y los intestinos se desparraman sobre el charco alcohólico.

Suena el teléfono. Dalsy lo descuelga sin fijarse que la llaman de un número oculto, confiada de que se trata de Réquiem para acuciarla a que vuelva.

—Buenas tardes, ¿hablo con el titular de la línea? Mi nombre es Yessica y llamo para ofrecerle pagar menos por su conexión a internet, tanto de fibra como de móvil…

Como si fuese la reencarnación de Tsukahara Bokuden, Dalsy no vacila ni medio momento y deja a la teleoperadora con la palabra en la boca colgando la llamada.

Ya puede volver a la discoteca.

Ya vuelve a la discoteca.

Ya ha vuelto a la discoteca.

El cielo se ha oscurecido y está limpio de nubes, excepto las de los mosquitos, que vibran ansiosos como si supiesen que falta poco para que se abra el bufé libre. Para el coche detrás de la furgoneta de la televisión y se encamina hacia la reja de la entrada. Soraya Monteys le sale al paso profiriendo alaridos incomprensibles y blandiendo la cabeza del reportero que tenía que cubrir el acontecimiento. Dalsy no la reconoce porque cuando Soraya presenta el programa ella suele estar durmiendo, y por esta razón no le pide hacerse un selfi de recuerdo. La periodista homicida emite una carcajada antes de lanzarle una estocada directa a la cabeza con el serrucho. Dalsy la esquiva con un movimiento tan elegante como rápido, saca la catana y parte a Soraya Monteys por la mitad. Su intervención en esta historia, no más larga ni influyente que la de un simple cameo, finaliza con los dos trozos sobre el césped seco junto con la cabeza del reportero sin nombre ni derechos de autor.

Karshwell pone mala cara cuando ve a Dalsy, pero van tan tarde que no le da tiempo a abroncarla. Aldebarán aparece por la parte inferior del rosetón. En el extremo superior, una lucecita anaranjada es el asteroide frío donde viaja el Rey de Amarillo. Vicky usa una aplicación del *smartphone* para reconocer los astros y confirma que están en posición. Próspero Benavides carraspea y toca su primer acorde.

—Canto de mi alma, mi voz está muerta; muere sin que te canten, las lágrimas contenidas se secarán y morirán en la perdida Carcosa. Obsérvame bien, ¿sabes quién soy? Soy las voces de tu cabeza, Soy El Que Soy, nadie mejor, ni más ni menos que el Emperador, llámame Rey, inclínate ante el Señor, te deslumbraré con

mi resplandor, para atención, memorizar los versos, entra por la puerta el Amo del Universo.

Karshwell coge la mano del cardenal —a quien le sudan las palmas más que de costumbre— y este la de Vicky, que ahora se la coge a Réquiem, y este a Dalsy y ella a Kurosawa, que toma la de Karshwell con las puntas de los dedos, sin ganas, los huesos flojos. Próspero calla un segundo. Siente alguna cosa dentro de la garganta, como un huevo. Un huevo puntiagudo y rasposo como la lengua de un gato que le está rajando las cuerdas vocales. El cantante siente cómo la sangre le mana esófago abajo hasta el estómago y se mezcla con el zumo de pomelo que se ha tomado antes de la actuación. Los ojos le rotan hacia adentro tan bruscamente que el nervio óptico se parte y la sangre le resbala por la cara como lágrimas de una madona napolitana que la mafia usa de reclamo turístico. Eso no es suficiente para que Próspero decida interrumpir el concierto más importante de su vida, y se dispone a entonar la segunda estrofa. Es entonces cuando escupe un tumor bilioso y urticante que golpea el atril y hace caer el libro al suelo, pero él es el único que no lo puede ver porque tiene los ojos mirando hacia su propio cerebro. El esfuerzo del vómito, además, lo enmudece. Saca fuerzas de donde no hay para continuar. Literalmente: se introduce un puño dentro de la boca y hurga tanto como puede hasta arrancarse la lengua de un tirón, momento en el que los versos que canta provocan pequeñas detonaciones en el tejido de la realidad (*¡N'gai, n'gha'ghaa, bugg-shoggog, yhah, Umpah-pah!*) y abren un portal sobre sus cabezas. Entonces, Próspero Benavides interrumpe la interpretación y cualquier otra función vital. El pólipo arrojado por el cantante se agrieta y, como un huevo pleistocénico, o mejor, una semilla elefantiásica, brota una flor majestuosa, una rosa de espinas como dagas y pétalos flamígeros, que inicia una pulsión hipnótica, de vagas reminiscencias cetácicas, que deja un regusto en el paladar de roble y cardamomo.

No se puede decir que esta sucesión de hechos estéticamente tan vistosos como inesperados hayan pasado inadvertidos a los

miembros de la Hermandad de Amigos de la Máscara Pálida. Como solo ha sido el disparo de salida de una serie de fenómenos que relatamos a continuación, la desagradable muerte de Próspero Benavides y su despedida del mundo de la música pop queda como un asunto menor, una anécdota que contar en la cena de empresa de Navidad cuando no hay más temas de conversación, en el supuesto de que ningún humano vuelva a celebrar nunca más la Navidad, trabajar por cuenta ajena o comer caliente antes de ir a dormir.

El portal abierto por la interpretación loca pero bien afinada del músico uruguayo es un remolino invertido que flota al amparo de la cúpula de la discoteca, espumoso y burbujeante como el desagüe de una refinería de residuos tóxicos, y que emite destellos de colores indescriptibles de aguamarinas pigmentadas de un azafrán ferruginoso, de púrpuras oxidados con una llovizna de cobalto de arcilla, de brillos de un amarillo de iyanden oscurecidos por las sombras verdes de coelia. Más allá, la oscuridad, el abismo infinito donde no puede vivir nada y de donde salen unas garras también indescriptibles, de dedos alargados como osarios de subsuelo, queratinosos y afilados, unidos por membranas de sedas aracnoides y recorridos por una multitud de parásitos minúsculos que viven de fagocitar las células escamosas que se desprenden en el viaje eterno por las curvaturas ocultas del universo. Detrás de las garras, unos aullidos demenciales de cuervo con la tisis, que preceden el descenso de unas monstruosidades colosales, de colas de murciélago y alas de lagarto, de nalga bulbosa y contracciones hidráulicas, que sobrevuelan las huestes cadavéricas estiradas sobre un altar, se paran como una paloma o una cotorra, los examinan a latigazos cervicales y alzan el vuelo de nuevo con el sonido de un cuerno infame que da inicio a la cacería.

—¡Los leñadores! —grita Kurosawa, feliz e inocente como un niño durante una cabalgata de Reyes.

Un escozor recorre las piernas del cardenal Jesús Santamaría desde las puntas de los dedos de los pies hasta la entrepierna,

donde se instala y cuece como una sopa de ácido. El prelado se levanta la túnica, deja caer un hacha de mano que llevaba escondida por si acaso, se desata el cilicio y se baja los calzoncillos, para descubrir un pene inflamado que se va desconchando y se abre como la flor de una calabacín. El hombre lo agarra entre las dos manos para recomponerse y la docena de antenas de pellejo en que se han transformado los genitales se resisten a ser capturadas y lo pellizcan y le muerden los nudillos con unas bocas pequeñas que le han crecido en las puntas. Al mismo tiempo, la pulsera de poliéster con la bandera patria que lleva en la muñeca y la pulsera de plástico de un ciclista tramposo que lleva en la otra se estrechan hasta seccionarle las manos, que quedan tiesas alrededor de los cuerpos cavernosos que hasta hace unos segundos había conformado su pene hiperactivo.

Uno de los monstruos alados desciende sobre al cardenal y lo agarra de los hombros para llevárselo hacia el remolino. Otra de las criaturas se pelea por la presa. El religioso acaba repartido en diversos trozos por la pista de baile y el primer piso, pienso para bestias interdimensionales.

—Nunca había visto antes un byakhee —sonríe Réquiem.

Vicky toma consciencia de que las cosas no están saliendo tal y como esperaba y no le sabe tan mal que el reportero no haya llegado a tiempo para hacer un directo. Es más que evidente que ninguna empresa de pegamento para dentaduras postizas, pañales para gente mayor, jamones envasados en cortes de la textura del papel de celofán o colchones de muelles rígidos y precios inflexibles querrá anunciarse en un programa como este. De hecho, lo mejor que puede hacer es lo que ha hecho siempre: esconderse detrás de otros y echarle las culpas de todo.

Se abraza fuerte a Réquiem y espera a que pase la tormenta. Si es necesario hacerle una mamada a Hástur, se la hará, que en peores despachos ha bregado.

Karshwell levanta la mirada hacia el vórtice iridiscente, esperanzado. Ve más cerca el momento que tanto anhelaba: la

recuperación de Àllacab y el dominio mundial más allá del competitivo mercado textil y las partidas de *whist* de las tardes de domingo. Se ve con fuerzas de levantarse de la silla de ruedas para dar la bienvenida a la Máscara Pálida. Las piernas le fallan y Ómlas corre a sujetarlo. El portal late para recibir al Rey.

—¡Las medallas! —Karshwell alarga la mano hacia Dalsy—. ¡*Madame* Kim Jong Jenny, deme las medallas de Hefesto, deprisa!

Dalsy ya tiene una en cada mano pero no hace ningún gesto de pasárselas.

—Es el momento —dice Vicky, parapetada.

Las luces de colores y la base de *dream trance* que es el aullido del viento huracanado que hace volar cascotes y escombros y carteles de sesiones extáticas recuperan el antiguo esplendor de la discoteca, si alguna vez resplandeció.

Réquiem encañona a Karshwell con la Luger de Hitler. Apunta a la cabeza, el brazo bien recto, como si tensase un arco.

—No permitiré que escoria como vosotros se apodere de este planeta.

—Deme las medallas, doctor Réquiem. —Cuando te amenazan con una pistola, el tuteo desaparece.

Ómlas entiende que la vida del jefe está en peligro, más del que se supone que comporta la invocación de una deidad alienígena sedienta de poder, y responde encañonando a Réquiem. Dalsy le lanza una moneda a Kurosawa para tener la mano libre para esgrimir la catana en dirección al lugarteniente.

—La gente como tú me repugna —dice Réquiem, que ha optado por no tratarlo de usted, ahora que ha establecido una relación de una confianza íntima—. Te piensas que puedes hacer y deshacer como te place solo porque un grupo de adolescentes inseguros en busca de una identidad propia te compra la ropa. Que puedes esclavizar a medio mundo para satisfacer la autoestima de la otra mitad. Que el poder es una droga que solo se sacia con más poder, y nunca hay suficiente. No puedes ni imaginar el dolor que causas con tu placer…

—¿Has visto las donaciones que hago a oenegés cada año? —exclama Karshwell, medio apuntalado por Ómlas.

—No mueves ni un dedo si no es para tener una contrapartida, Cornelius. ¿Qué es todo esto, si no? No es una invocación, es una expansión. Es el paso de presidir una multinacional a una multidimensional, y si eso significa sacrificar la especia humana, es el precio que pagarás encantado.

Un estallido de trompetas anuncia el advenimiento de Aquel Que Está a Punto De Aparecer.

—Ya no tienes tiempo de impedirlo.

—No quiero impedirlo; quiero impedírtelo. A ti y a estos que te siguen ciegamente. Y a los millones de personas que no vacilarían ni un segundo en firmar con su propia sangre este contrato que tienes sobre la mesa y que, todo tengo que decirlo, tiene tanta letra pequeña que hace que te cagues.

—¿Por qué has de ser tú mejor que yo? —rebate Karshwell, que vuelve al tuteo a la desesperada—. ¿Qué te hace pensar que contigo la humanidad no sufrirá? Eres un muchacho, no has visto lo que yo he visto. No has caminado tantos kilómetros por esta tierra, no has navegado tantas millas por estos mares, no sabes que estamos condenados desde el primer día que nos erguimos sobre las dos piernas y pintamos a nuestros enemigos con su propia sangre en las paredes de las cuevas.

—Históricamente eso no es del todo preciso —interviene Dalsy—: El color rojo solía conseguirse aplicando fuego sobre mineral de hematites, que después se disolvía con agua salada.

Un gran monolito de basalto irrumpe desde debajo del suelo y rompe la tarima. Lo hace a tanta velocidad que golpea a Vicky y la lanza a una decena de metros, magullada, dolorida y tímidamente vejada pero viva. De entre los escombros nace un árbol vigoréxico de tronco nautílico y ramas teuthidianas que apuñalan a Vicky y la levantan bien arriba, perforada, el cuerpo inerte a merced de los alisios ultraespaciales como una bandera de la humanidad derrotada. Otro baobab e incluso otro más apuntalan la sala de la discoteca

como columnas berninianas. El monolito de un negro reluciente crece hasta el córtex, se inclina y une el tentáculo con la puerta dimensional.

—¿Quién eres tú para ostentar el poder sobre los Grandes Ancianos? No eres nadie. No estás acostumbrado a mandar. Apártate y deja hacer a quienes nacimos para esto, a los que hace siglos que tomamos decisiones que gente como vosotros, mierdas secas como vosotros, no tenéis valor de afrontar.

—Yo ya he escogido, nazi —rechina los dientes Réquiem.

—Nazi, dice —se esfuerza para hacer un simulacro de sonrisa en medio de la desolación—. ¿Te piensas que no reconozco la pistola del Führer? Se la regalé yo, doctor Réquiem. Nazi, dice. Matar a un nazi con la pistola nazi por excelencia te convierte a ti, inmediatamente, en nazi.

—Te equivocas.

El dedo de Réquiem aprieta el gatillo y el martillo percutor impacta contra el cartucho que espera en la recámara la orden de salir a escena. La bala inicia el camino girando sobre ella misma dentro del cañón y emergiendo expelida a una velocidad endemoniada que solo se ve reducida cuando impacta, desgarra y atraviesa la piel, la carne, el cráneo y el cerebro de Cornelius Karshwell.

Ómlas pierde al amo y los estribos y dispara a Réquiem, pero las balas le salen en todas las direcciones porque el antebrazo y la mano que sostienen el revólver caen sobre la manta aterciopelada. Dalsy recupera la guardia en *hasso no kamae* después de haberle amputado la extremidad con la catana al grito de: «¡Para el carro, ronin!».

—¡*Fhalma hlirgh-azath*!

A pesar de no hablar aklo, Dalsy entiende perfectamente el significado del insulto por su proximidad fonética con el holandés.

—¡Te volverá a crecer, anfibio! —Lo golpea Kurosawa.

Del agujero que la bala ha hecho en la frente de Karshwell, le salen escopeteados renacuajos pequeños como lágrimas negras que

resbalan cuerpo abajo y chapotean en el charco de sangre que se ha formado a los pies.

Ómlas intenta tapar la hemorragia con la mano que le queda.

Dalsy le ofrece una de las monedas, reconciliadora.

—Necesitamos que las leas.

Ómlas la mira con un rencor del todo comprensible pero que tendría que dejar para más tarde si quiere salir con vida.

Un grupo de millones de moscas sale escupido del remolino, desorientado, escruta cada rincón de la discoteca, zumba alrededor de nuestro trío protagonista, picotea el corte en el brazo del lugarteniente como si fuera un aperitivo goloso, se para a descansar sobre los cadáveres y de golpe abandona el lugar por el rosetón en busca de nuevos pastos de deliciosa caca.

Por la pasarela de basalto desciende una criatura envuelta en harapos sulfurosos. Es gigante como lo son los baobabs que le han precedido y no parece ni perdido, ni muerto de cansancio, ni muerto de hambre, ni muerto de sed, ni muerto de mierda. El cuerpo es de una sustancia jabonosa indistinguible de la ropa que flota ingrávida, como los tentáculos de una medusa (el invertebrado marino, no la Gorgona). Avanza, lento, sobre un moco que segregan los poros de unas patas filamentosas, deleitándose en su propia presencia como una *vedette* cuando llega el número principal.

Ómlas desearía tener el revólver en las manos para volarse la mollera.

Dalsy y Kurosawa han quedado paralizados por la irrupción del Rey de Amarillo.

Réquiem se desnuda y se arranca gasas y apósitos para mostrar el cuerpo escarificado. Abre los brazos en cruz y traga saliva.

«*E'Chtengoth?*».

La voz de Hástur les resuena dentro de la cabeza. Aunque tiene el rostro oculto tras una máscara carnosa, no parece que hable mediante ningún órgano fonador visible.

Los tres miran a Ómlas para que les haga de traductor, pero el snírambus está ocupado recogiendo el antebrazo del suelo, con los

dedos tiesos sobre el revólver.

—Lee —le dice Dalsy, que insiste en ofrecerle la medalla de Hefesto.

Ómlas estalla en una carcajada y se pone el antebrazo con la pistola en la boca. Entonces estalla de otra manera y se quedan sin intérprete.

El Rey de Amarillo espera impasible. O eso parece, porque la máscara no deja entrever ninguna reacción facial, como si ya estuviese acostumbrado a provocar esta conducta.

Réquiem arrebata las monedas y las alza para que Hástur las vea bien. Tal vez no sepa leer las inscripciones, pero si la fanfarronada funciona Aquel Que Ya Tienes En Los Morros se lo tomará como una amenaza.

Es el plan más estúpido de la historia, pero no podemos pedir nada más con el protagonista que nos ha tocado.

Hástur alarga un brazo y los señala uno a uno.

«¿*Hri, Ro'n, Her-mione*?»

—¡Oh, Innombrable! —brama Dalsy para hacerse oír sobre la ventolera y el aleteo de los byakhees–. Tienes a tus pies el receptáculo para morar en esta dimensión. Los hemos preparado especialmente para ti y tus concubinas.

—Que son muy tímidas o llegan tarde —dice Kurosawa al oído de Réquiem.

El Rey de Amarillo contempla los cuerpos de la Señora Natividad, Matilda y Kike Sófocles. Toma el de la escritora anarcoterrorista y le extrae el cerebro como quien rebaña el helado de un cucurucho.

«Un, dos, probando. Un, dos, probando. ¿Sí? ¿Sí? ¿Sssssssí? ¿Me entendéis ahora?».

Hace chascar los dedos y los byakhees se abalanzan sobre los cadáveres como aves de rapiña. En cuestión de segundos no dejan ni la médula del hueso.

«¿Quién ha tenido ocurrencia de que necesitaría una corteza vieja para habitar este mísero planeta?».

—Ha sido cosa de estos. —Kurosawa agarra a Karshwell por la solapa de la americana—. A nosotros ya nos parecía raro.

El Rey de Amarillo medita la respuesta. No tiene prisa. Nunca tienes prisa cuando eres una deidad inmortal venida de los confines del cosmos.

La rosa baila como una cobra hipnotizada por la presencia de Hástur.

«Te conozco, Hri», silabea sin sonidos el dios. «Eres el hombre que me ha abierto la puerta».

Las heridas de Réquiem sangran todas a la vez en un llanto carmesí, y de ellas se escapa como una fuga de gas el aliento de Lynette Santes Creus.

«Habla y escucharé».

—Parece razonable —dice Kurosawa.

—Como mínimo es bien educado —añade Dalsy.

—Te ordeno que me obedezcas. —A Réquiem le ha costado Dios y ayuda que no le temblase la voz, nunca mejor dicho.

Las vestiduras de Hástur flotan como los restos de un naufragio a merced de la marea.

«Ah, por eso me enseñas estas dos monedas. No las veía bien, ¿sabes? Tengo la vista acostumbrada a mirar de lejos, allá a la infinidad del espacio, hacia las Híades, y me parece que de cerca no veo bien».

—Son las medallas de Hefesto y ostentan el poder de convertirte en mi siervo.

«Ja, ja. Conozco la historia. Lamento decepcionarte, pero son una estafa. Hefesto solo quería presumir delante de Tetis. Era muy feo. Mucho. Así que solo le quedaba el engaño y la chulería. Pero no te lo tendré en cuenta. Te estoy agradecido y, por tanto, tendrás una oportunidad. Seré tu esclavo si respondes acertadamente la pregunta que te formularé».

—Acepta, acepta —lo insta Dalsy.

—No parece nada ortodoxo —piensa Réquiem en voz alta—, pero hemos venido a jugar.

Del exterior llegan gritos y llantos y carreras y la terrible sirena de los autos de choque.

El Rey de Amarillo repta hasta Réquiem y le acerca una de las garras al cuerpo. Le toca un glifo encontrado bajo el pezón izquierdo. El tacto es gélido, y Réquiem se da cuenta de que no podía esperar otra cosa de alguien que acaba de venir del espacio exterior y que ni siquiera va bien abrigado.

«¿Te da miedo este dibujo?».

Kurosawa se tensa de golpe. Salta hacia Réquiem para taparle la boca, pero no llega a tiempo.

—¿Por qué debería darme miedo?

«Respuesta incorrecta».

—Es una serpiente que se ha comido un elefante —grita Kurosawa a la desesperada.

—No, no lo es. Es un sombrero —se enfada Réquiem por lo evidente que es.

«La segunda mordida de una serpiente no tiene suficiente veneno para matar».

—No permitiremos que te apoderes del mundo. —Dalsy da un paso adelante, catana en mano.

«Mira, tenéis suerte de que me habéis pillado de buen humor. Esto de respirar polución me rejuvenece. Además, no tengo prisa: me esperan eones de supremacía total. No tendríais que haberme invocado si no estabais dispuestos a asumir las consecuencias. O bien, ¿os pensabais que podríais liberar una entidad omnipotente y desentenderos si la cosa no salía bien?».

—Yo sabía la respuesta —protesta Kurosawa—. Ha faltado muy poco.

Con un solo gesto de la mano, Hástur lo funde como a una de las figuras del Museo de Cera.

«No me gustan los esclavos sindicalistas».

Réquiem y Dalsy cruzan miradas. Todo está perdido. No hay un final feliz, ni ninguna trampa narrativa que los salve. Solo pueden aspirar a una muerte digna.

La catana le arranca la máscara de un golpe preciso de *hidari gyaku kesa giri* y la Luger de Hitler le rellena la cara horrible, demencial y extrememadamente caravaggiana de balas de oro.

—¡Teke-lili, motherflequer!

Es el último acto heroico, la gesta de un anonimato que no cantará nadie, antes de que Aquel Que No Puede Nombrarse[58] ocupe el trono para siempre.



---

[54] Nos permitimos recordarle al lector que la alternativa está en el capítulo 30A.

[55] Precio negociable.

[56] La enésima decapitación de esta historia.

[57] En palabras de Tsukahara Bokuden: «Los cementerios están llenos de titubeos».

[58] Hástur.

X
No está muerto aquello que puede dormir eternamente

En un mercado de Wuhan, dos camioneros comen sopa de pangolín, que a la noche les produce la visión terrorífica de un mundo de calles desiertas, hospitales colapsados y la migración más grande de excavadoras nunca registrada, así como un ataque de dispepsia aguda.

Una pesadilla tempestuosa desvela a un artista de la Lombardía italiana y lo impulsa a abrir el taller de madrugada (escozor de ojos al encender la bombilla) y esculpir una figura de arcilla con la efigie de la Cosa.

Una patrulla de la policía municipal de Madrid encuentra una veintena de cadáveres colgados boca abajo en una gestoría de extrarradio fuera del horario de atención al público, en el que parece un ritual satánico en manos del gremio de charcuteros.

En medio mundo hay disturbios producidos por asaltos masivos en supermercados, en la disputa por papel higiénico y la levadura industrial.

Los estados se apresuran a implantar medidas de control de la población (¿dónde estás?, ¿con quién hablas?, ¿qué consumes?, ¿ya te has abrigado bien?, ¿ya comes de todo?, tienes mala cara, ¿te hago una tortillita?) a través de las aplicaciones de los *smartphones* y del sistema de delación más efectivo que se ha desarrollado nunca: la vecinovigilancia desde los balcones.

Réquiem recibe una notificación de última hora en el teléfono móvil de ese diario digital al que no recuerda haberse suscrito y del cual no hay manera de desvincularse. Es la vigésimosegunda en los

últimos quince minutos. Se han filtrado las imágenes que ha tomado la expedición de la marina norteamericana en la búsqueda de la fuente de los misteriosos sonidos que la NOAA ha captado cerca de la isla de Paludnia, en un rincón imposible del Pacífico. Es un vídeo desenfocado, borroso y grabado en vertical, donde no se ve nada de nada y que sirve para rellenar horas de tertulias televisivas y conspiraciones en los grupos de mensajería instantánea de la pescadería del mercado.

En el vídeo, se ve el mar embravecido, terrible, con unas olas altas como montañas si entendemos que aquella mancha que se atisba a un lado es una de las fragatas americanas. El cielo es una ensaimada de nubes enfurecidas, relámpagos que estallan y ciegan la pantalla y al fondo se adivina una sombra mastodóntica que…

Otra notificación informa a Réquiem de que ya ha acumulado suficientes monedas para pasar de nivel en el juego de hacer reventar golosinas.

El programa de aduanas sorprendentes interrumpe la emisión. El de los gemelos que reforman casas, también. Y el de los forjadores de espadas. Kurosawa y Dalsy, tendidos en el sofá como soldados muertos en Somme, cruzan la mirada. Solo un hecho muy grave puede hacer caer esta programación inalterable como que el sol sale cada mañana o el sabor de las hamburguesas de las grandes cadenas de comida rápida.

Alguna cosa. Alguna Cosa. Alguna COSA ha hundido los barcos de la marina de los Estados Unidos y lo ha hecho de un porrazo, como de profesor de escuela a la antigua. Una decena de marinos ha conseguido salvarse y, a bordo de una lancha, han llegado a una isla hasta ahora nunca cartografiada, cincelada a escala de los dioses, una acrópolis babilónica de proporciones titánicas y un gusto decorativo excesivo y tenebroso, de ángulos imposibles, muchas humedades en rincones y torres altísimas horriblemente gotelé y la grafía de los Grandes Ancianos, los dioses que cayeron a la Tierra eones atrás y que esperan su momento para volver a tomar el control.

La gran ciudadela de R'lyeh se alza majestuosa, tétrica y mal encuadrada a los ojos del mundo.

El dragón sepia se ha levantado. El calentamiento de las aguas del Pacífico lo ha sacado de su adormecimiento eterno, molesto, con un muy mal despertar. Un coloso húmedo y babeante, la cabeza gelatinosa de un pulpo descomunal de barba tentaculada, el cuerpo vagamente antropomórfico, escamoso y lleno de protuberancias óseas, alas de saurio volador. Emite un bramido espantoso que hace enloquecer a los marinos. Unos matan a otros. Los otros se lanzan a los abismos abiertos en el poco inteligente sistema de alcantarillas de R'yleh. Los supervivientes se aferran a los rollos de papel higiénico como un último reducto antes de perder del todo el juicio delante del horror cósmico que, una vez despierto, ya no descansará nunca más.

Porque no está muerto aquello que puede dormir eternamente, y al cabo de eones extraños hasta la muerte puede morir.

Aquí rebrota la semilla de la destrucción procedente de las inmensidades infinitas del cosmos.

Así se alza el gran Cthulhu, dispuesto a reclamar aquello que siempre ha sido suyo y que no encuentra en las escrituras.

¡Iä! ¡Iä! ¡Cthulhu fhtagn! ¡Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah-nagl fhtagn!



Agradecimientos

Gracias.

Índice

Prólogo
La mansión Santes Creus
La mansión Le Borg
La mansión Àllacab
Créditos

Título original: *L'horror de Réquiem*

Edición en formato digital: 2025

Publicado originalmente en catalán en 2020 por MaiMés
© Marc Pastor, 2020. Autor representado por The Ella Sher Literary Agency
© de la traducción: Antonio Torrubia, 2025
© Alianza Editorial, S. A., 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-931-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.